



El Ángel de su alma gemela

¿ESTARÍAS DISPUESTO A DARLO TODO
POR AMOR?

Laura Zárraga

El Ángel
de su alma gemela

Laura Zárraga

Copy Right © 2018 Laura Zárraga.

Primera edición para Amazon, noviembre 2018.

Esta obra está registrada en Safe Creative

Código: 1807077659877

Todos los derechos reservados

prohibida su reproducción total o parcial
por cualquier medio sin permiso del autor.

*Para todos aquellos que han conocido el amor,
los que fueron correspondidos y a los que les rompieron el corazón.*

CONTENIDO

PRIMERA PARTE

Capítulo 1: la inauguración.

Capítulo 2: Alexander.

Capítulo 3: el día esperado.

Capítulo 4: a primera vista.

Capítulo 5: uno enamorado y el otro resentido.

Capítulo 6: todo marchó bien, hasta que llegó la hora.

Capítulo 7: Anna.

Capítulo 8: una noche difícil.

Capítulo 9: los pensamientos de Alexander y el sueño de Anna.

Capítulo 10: los hombres de ciudad son atrevidos.

Capítulo 11: visita inesperada.

Capítulo 12: las preocupaciones de Alexander.

Capítulo 13: llamada en la madrugada.

Capítulo 14: una presencia extraña.

Capítulo 15: conversando de madrugada.

Capítulo 16: desayuno ligero.

Capítulo 17: demasiado para Anna.

Capítulo 18: la respuesta.

Capítulo 19: la entrevista.

Capítulo 20: cambios en la vida.

Capítulo 21: París.

Capítulo 22: de nuevo a preparar las maletas.

Capítulo 23: Hawái.

Capítulo 24: la nota.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 25: en busca de una respuesta.

Capítulo 26: encuentro bajo la lluvia.

Capítulo 27: el club.

Capítulo 28: él es un playboy.

Capítulo 29: las suposiciones de Anna.

[Capítulo 30: noche de chicas.](#)
[Capítulo 31: a seguir adelante.](#)
[Capítulo 32: una interrupción agradable.](#)
[Capítulo 33: Central Park.](#)
[Capítulo 34: un encuentro inesperado.](#)
[Capítulo 35: los problemas de Alexander.](#)
[Capítulo 36: James casi pierde la razón.](#)
[Capítulo 37: una invitación a cenar.](#)
[Capítulo 38: una visita al doctor.](#)
[Capítulo 39: la decisión de la Señora Elisa.](#)
[Capítulo 40: la despedida de Anna.](#)
[Capítulo 41: ocasión perfecta.](#)
[Capítulo 42: un café y una aspirina.](#)
[Capítulo 43: las fotografías.](#)
[Capítulo 44: preparando todo.](#)
[Capítulo 45: la despedida.](#)

TERCERA PARTE

[Capítulo 46: cambio de horario.](#)
[Capítulo 47: una decisión difícil.](#)
[Capítulo 48: la gota que derramó el vaso.](#)
[Capítulo 49: una consulta de emergencia.](#)
[Capítulo 50: una foto para James.](#)
[Capítulo 51: Los Hamptons.](#)
[Capítulo 52: decisiones.](#)
[Capítulo 53: secretos.](#)
[Capítulo 54: James no puede esperar más.](#)
[Capítulo 55: no se puede borrar el pasado.](#)
[Capítulo 56: la despedida de James.](#)
[Capítulo 57: la verdad.](#)
[Capítulo 58: una nueva vida.](#)
[Capítulo 59: reencuentro.](#)
[Epílogo.](#)

Nota de la autora

Introducción

Una larga cabellera roja resaltaba entre un grupo de personas que caminaban en una calle a pleno sol de verano.

El clima cambió drásticamente. De pronto, el viento empezó a soplar fuerte, la temperatura comenzó a bajar y enseguida hubo una densa neblina. Nadie pareció notarlo, solo la mujer de cabello rojo.

Ella se cruzó de brazos y aceleró el paso para protegerse del frío cada vez más intenso. Su corazón latía con fuerza y parecía que, a pesar de caminar rápido, no llegaba a ningún lugar.

Escuchó una voz en tono de súplica.

—¡Ven!, ¡aquí estoy!

Miró a su alrededor con sorpresa, se dio cuenta de que era la única persona que había escuchado, todos estaban distraídos.

—¡Estoy aquí! —insistió la voz.

La pelirroja continuaba buscando, pero no veía otra cosa que no fueran edificios, autos o personas que caminaban. No pasó mucho tiempo para que comenzara a desesperarse. A pesar de eso no se rindió, algo en su corazón le decía que debía encontrar el origen de aquello.

Pasos más adelante vio a lo lejos una figura humana, era como una sombra justo en medio de la calle, la sombra de un hombre que no podía dirigirse hacia ella a pesar de que parecía intentarlo, como si alguien o algo invisible estuviera sujetándolo con mucha fuerza.

—¡Aquí estoy! —escuchó que le repitió mientras extendía su mano con desesperación—, ¡por favor ven!

Ella apuró el paso, ignoró el tráfico y caminó hacia eso que la llamaba. Los autos se detenían con brusquedad a pocos centímetros de chocar contra sus piernas, pero eso no la inmutaba, llegar hasta la sombra era en ese momento lo más importante en su vida.

Ya estaba casi allí, pero unas personas comenzaron a aglomerarse junto a ella, casi enseguida se convirtió en una multitud que le impedía el paso. La mujer observaba a su alrededor, la gente no tenía intenciones de detenerla, algunos hablaban por teléfono, otros se notaban entretenidos, no la miraban,

solo estaban allí.

—¡Disculpe señor, necesito pasar! ¡¿Puede hacerse a un lado?! ¡¿Señor?!

Era inútil, nadie la escuchaba. Se quedó mirándolos confundida, estaban tan juntos y tan distraídos que pensó que la única forma de continuar sería abriéndose paso a la fuerza.

Comenzó a empujar, primero con delicadeza, luego sin lástima. A duras penas se hacían a un lado y a ninguno le importaba. Con firmeza avanzó con sus brazos protegiéndose la cabeza, movió sus pies hacia adelante hasta que pudo distinguir lo que la llamaba.

Extendió el brazo con dificultad y continuó avanzando, las manos de ambos estaban a punto de tocarse al fin. No imaginaba qué haría luego, ni siquiera sabía si aquella sombra fuera sólida o si su mano la traspasaría, lo único de lo estaba segura era de que debía llegar hasta ella, pocos centímetros faltaban para intentar tocarla.

En eso apareció de la nada un ser oscuro y de gran tamaño. Esta figura parecía ser un Ángel, vestía una túnica negra y tenía unas alas que sobrepasaban su tamaño, eran de un negro intenso y se desplegaban a ambos lados de su cuerpo. La mujer observó sus ojos, eran de un color negro tan vivos como sus alas, solo que estos tenían un brillo especial. Su cabello, negro también, era tan largo como el de ella. Él la miraba fijamente como si quiera decirle algo, pero no salió sonido de sus labios. Entonces, con asombrosa velocidad desenvainó una filosa espada y desvaneció la sombra que se evaporó poco a poco.

La joven pelirroja se tragó un grito de terror, un poderoso sentimiento se apoderó de ella, temió que algo terrible estaba por ocurrir, algo que no podría controlar. No supo que hacer, así que cerró sus ojos y los apretó con fuerza, unos ojos hermosos de color miel, y deseó que todo fuera parte de un sueño.

Los abrió enseguida y experimentó un desagradable frío recorrer su cuerpo con rapidez, ya no estaba El Ángel. Pudo distinguir con dificultad las flores blancas que decoraban la pared de su habitación, aún no había amanecido. Sintió entonces un alivio que nunca creyó llegar a sentir, a pesar de eso, el sueño había sido tan real que no podía mover su cuerpo y tuvo que esperar

unos minutos para poder levantarse de la cama.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1: la inauguración.

Alexander estaba cubierto bajo las sábanas de su cama cuando sonó la alarma del reloj de mesa, justo a las once de la noche. Abrió los ojos con pocas ganas y dudó de aquel sonido, no podía ser ya la hora, sentía que acababa de acostarse.

Tardó quince minutos en ponerse de pie, estaba cansado y sin ganas de salir, pero tenía que hacerlo.

Se dirigió hasta el baño, se despojó de su vestimenta y abrió el grifo de agua fría en contra de su voluntad, una ducha de agua helada era la manera más rápida de despertarse.

Cinco minutos después salió tiritando del frío. Comenzó a buscar su toalla con desesperación, no tardó mucho en darse cuenta de que debido al sueño no la había llevado con él.

Un cuarto de hora más tarde se encontraba bien despierto sentado en una de las sillas altas que había en la cocina. Vestido con un traje elegante de color negro y corbata a juego comía apresurado unas galletas con queso mientras que fijaba su vista en el gran reloj de la pared.

Lavó el plato vacío con velocidad mientras que todavía sostenía una galleta en la boca, y lo guardó después de secarlo con un paño pequeño.

Tomó el par de llaves que estaban junto a la puerta y salió de su apartamento. Corrió al ascensor mientras que masticaba la galleta.

Una vez en el estacionamiento del edificio se dirigió hasta su auto, era de último modelo y muy brillante de color negro.

Alexander conducía casi sin pisar el freno, solo al encontrarse frente al semáforo se detenía y se dedicaba a mirar su reloj con impaciencia.

No tardó en llegar a su destino y una sonrisa asomó en sus labios al observar que había una fila interminable de personas esperando por entrar.

Se bajó del vehículo y saludó a los guardias de seguridad que lo dejaron entrar sin hacerle preguntas.

El club estaba repleto de personas, la mayoría de ellas bailaban al ritmo de la música ensordecedora, a simple vista todos parecían disfrutar y se quedó un instante contemplando con emoción. No pasó ni un minuto, pronto distinguió

un rostro familiar que caminaba hacia él radiante de alegría.

—¡Amigo mío! ¡Pensé que no vendrías, ya me iba a empezar a preocupar!
¡¿Por qué no contestaste mis llamadas?! —preguntó James, un joven moreno y de la misma estatura de Alexander. Abrió los brazos y le abrazó con fuerza.

—James, me estas asfixiando —respondió forzando la voz— ¡No tenías de que preocuparte, eres mi mejor amigo, no te defraudaría! —agregó más tranquilo luego de que los brazos lo soltaron— ¡Extravié mi celular! ¡Perdón por llegar tarde, estaba agotado!

—¡¿Estabas trabajando?! ¡Es sábado! —exclamó, colocó un brazo sobre su hombro derecho y comenzó a dirigirlo a un lugar.

—¡Es ese proyecto, la presentación es el lunes!

—¡¿Tan pronto ya?! —preguntó James con un gran gesto de sorpresa— ¡Bueno —dijo después de que Alexander asintiera con la cabeza—, olvídale por un momento, observa el éxito que tenemos en nuestra primera noche!, ¡no hubiera podido hacer esto sin ti, no me gustan los bancos! ¡Será el mejor club de Manhattan! —agregó con voz muy fuerte mientras señalaba el lugar con su brazo libre.

—¡Ya lo creo! ¡¿A dónde vamos?! —preguntó Alexander que se sentía desorientado entre tanta gente y la alta música.

—¡Te presentaré a unas nuevas amigas, son muy hermosas!

—¡Sabes que no salgo con nadie! —reprochó.

—¡¿Quién dijo que tienes que salir con alguna de ellas!? ¡Es solo para que te diviertas! ¡Te conozco bien, ni que se esté acabando el mundo tendrías una cita!

Ambos rieron, aunque sonaba exagerado no parecía estar lejos de la realidad. Alexander era un hombre muy atractivo de piel clara, cabello negro, ojos verdes y poseía una sonrisa encantadora que derretía a las mujeres con facilidad, pero, aunque contaba con veintinueve años nunca había tenido una relación que durara más de una noche.

Unos segundos más tarde los dos se sentaron en un sillón circular que rodeaba una mesa, allí los estaban esperando varias mujeres que vestían atuendos muy llamativos. Todas fijaron pronto su atención en Alexander, lo observaban con deseo, le coqueteaban y sonreían, algunas más atrevidas se

excedían con los movimientos clásicos de coqueteo.

Alexander vio que James se marchaba sin decir nada, pero pronto regresó, esta vez iba acompañado de un joven rubio que llevaba una bandeja vacía.

—¡Alex, damas, él es John, será su mesero por esta noche! —explicó, continuaba radiante de felicidad— ¡John, por favor trae muchas bebidas!

James parecía dispuesto a marcharse de nuevo, antes de hacerlo se acercó a Alexander y se inclinó para hablarle al oído.

—Diviértete amigo, son todas tuyas.

Alexander no se quejó, agradeció los tragos y se dispuso a disfrutar de la noche.

Se entretuvo como nunca, bebió y bailó a más no poder. Pudo separar su mente del trabajo, justo lo que necesitaba, olvidar todo por un momento, hace semanas que no salía a divertirse. Incluso conversó unos minutos con unos amigos que tenía en común con James que habían asistido a la muy esperada inauguración.

Las horas pasaron sin que se diera cuenta, ya era bien entrada la madrugada, a duras penas lograba mantenerse de pie. Pidió a un trabajador del club que lo llevara a su apartamento en su auto, le pagaría un taxi de vuelta, no estaba en condiciones de conducir.

Alexander se despidió, pero un par de mujeres muy bellas se ofrecieron para acompañarlo. Decidió no desaprovechar la ocasión y, luego de intercambiar unas palabras, se marchó con ambas.

Capítulo 2: Alexander.

El domingo por la tarde Alexander estaba parado en el balcón de su apartamento, sostenía entre sus manos una poderosa taza de café que combinaba con su pijama azul marino. Muy desaliñado y con la mirada perdida recordaba con dificultad las horas anteriores.

La vista era majestuosa como siempre, pero no la disfrutaba, sentía que el sol le golpeaba el cuerpo, había bebido demasiado.

Terminado el café se sentó un rato en una de las sillas que se encontraban allí. Habiéndose ya divertido lo suficiente en el club y con las mujeres hermosas, que bien temprano antes de salir el sol ya no se encontraban allí, no tenía nada por hacer el resto del día. Cada vez faltaban menos horas para el inicio de una nueva semana laboral, lo mejor sería descansar.

Se dirigió entonces a la cocina. En la pared al lado del refrigerador había un teléfono y llamó para ordenar una pizza tamaño familiar, se había saltado el desayuno. Su estómago pedía a gritos algo rápido, así que tomó una manzana para aguantar mientras esperaba su orden y fue a la sala.

Se recostó en el único sofá que había, uno enorme en donde podían sentarse a gusto ocho personas, todo de cuero negro y cojines color beige, era como sentarse en una nube de algodón. Encendió el televisor y se dedicó a cambiar los canales, pero no encontró nada bueno. Ya iba a desistir cuando comenzó en el canal de películas clásicas «*Casablanca*», era la preferida de su madre. Decidió verla para recordarla, había muerto hace poco menos de cinco años en un viaje que salió mal, junto a su recuerdo había dejado unos cuantos millones de dólares a disposición de su hijo único, la mayoría provenían de sus fracasos matrimoniales con millonarios excéntricos.

Mientras veía la película sentía un conflicto en su interior, nunca había creído en el amor, mucho menos en ese que llaman *amor verdadero*, no tenía planes de conseguir una novia estable y casarse. Para Alexander la idea de comprometerse con alguien durante años y convivir para más tarde separarse le parecía algo sin sentido, ¿todo ese esfuerzo invertido en una persona para saber que igual iba a terminar?, no gracias, no era lo suyo. Opinaba que el matrimonio era una de las tantas maneras que existe de perder el tiempo, y es que su infancia estuvo repleta de discusiones, gritos, insultos y palabras que, a corta edad, no había necesidad de conocer su existencia. Él no participó en

estos debates nunca, pero los escuchó todos. Sus padres se divorciaron cuando era un niño, ambos volvieron a casarse con otras personas para luego separarse en repetidas ocasiones, y su padre, que gozaba de una envidiable salud, había celebrado hace menos de un año una nueva y muy costosa boda con una rubia considerablemente más joven.

Aquel domingo la película finalizó y él no había cambiado de opinión. Más tarde, en la noche, después de ver un par de películas de acción y de comer, hasta no poder más, decidió irse a dormir, así que subió las escaleras y entró al baño de su habitación.

Se le antojó darse un baño de agua caliente para tratar de dormirse rápido, así que llenó la bañera y se sumergió allí casi una hora mientras miraba a su alrededor y disfrutaba de su soledad. La decoración en esta área del apartamento era casi nula, los colores en las paredes y suelo eran distintas tonalidades de gris y blanco. Solo tenía lo básico: toallas, espejo y artículos de higiene personal, no tenía flores, velas, nada de adornos, a fin de cuentas, era un baño de hombres.

Luego del baño relajante se colocó un pijama limpia y se acostó. Le gustaba dormir bien vestido, tenía varios modelos, de cuadros y rayas de diferentes colores. Su cama era King Size, 193×203 cm para ser exactos, la más espaciosa del mercado necesitaba completa comodidad, además, solía llevar varias mujeres con él, así que necesitaba algo que cubriera sus necesidades. La verdad es que no le faltaba nada, tenía todas las comodidades que pudiera desear y si llegaba a requerir algo solo debía utilizar parte de la fortuna que reservaba, por eso nunca hubiera podido imaginar que esa paz y tranquilidad de la que disfrutaba sería pronto interrumpida por algo que él no podría controlar, ni él, ni su dinero.

Alexander cerró los ojos en un intento de conciliar el sueño, pero no fue hasta las dos de la madrugada que lo logró, incluso tuvo que ir a la cocina a buscar algo de comer. Hace años que sufría de problemas para dormir, solía tomar pastillas para eso en ocasiones como estas en las que necesitaba descansar para rendir en el trabajo la mañana siguiente, pero se le habían terminado y por algún descuido olvidó comprar más.

Al día siguiente abrió sus ojos por pura casualidad, estaba teniendo una

pesadilla en la cual llegaba tarde al trabajo y su jefe crecía con el enojo hasta medir unos tres metros de alto. Al segundo de despertarse sus ojos cansados vieron el reloj de mesa, la pesadilla se iba a volver realidad, eran ya pasadas las siete de la mañana, tenía que estar en la oficina a las ocho en punto para la presentación, con el estrés de no poder dormirse olvidó colocar la alarma.

Se levantó de un brinco y se vistió sin ducharse, no necesitaba el agua fría, el susto había sido suficiente para ponerlo en estado de alerta.

Salió apresurado con su maletín en mano, ni siquiera desayunó.

Con toda la rapidez que pudo subió al vehículo y manejó como loco para llegar. Por suerte había goma de mascar en el asiento del chofer, no se había cepillado los dientes tampoco, sospechó que era del camarero del club, no recordaba haberla comprado.

El trabajo era para Alexander lo más importante, amaba lo que hacía, por eso estaba muy inquieto. Si decepcionaba a su jefe con la presentación, una dirigida a unos inversionistas extranjeros que habían esperado mucho tiempo, lo despediría, ya se lo había advertido en más de una ocasión y el respetado señor no andaba con bromas. No podía permitirse llegar ni un minuto tarde o estaría fuera de la compañía.

Capítulo 3: el día esperado.

Alexander condujo con tanta prisa que a punto estuvo de arrollar a un perro y a dos ancianas con la bolsa de compra. El animal solo gimió y apuró el paso con el rabo entre las patas, pero las señoras les dirigieron unas miradas asesinas que lo acompañaron el resto del camino.

Estacionó el auto muy mal, pero si se lo llevaban no importaba, si salía bien la presentación, tendría también altas esperanzas para un ascenso.

Entró al edificio y corrió lo más rápido que pudo al ascensor, trataba de no llevarse a nadie por delante, pero era un lugar muy concurrido. A pocos pasos del elevador tropezó con una joven muy hermosa que llevaba una gran cantidad de carpetas con papeles, todos volaron por el aire. La culpa quiso comérselo por dentro, pero no permitió que le afectara, la oficina estaba casi en la punta de la alta construcción.

Justo en el momento en que las puertas del ascensor iban a cerrarse se lanzó sobre él haciendo una extraordinaria maniobra. Los que estaban dentro quedaron sobresaltados, Alexander solo carraspeó, colocó su maletín entre las piernas, sacó un pequeño peine de su bolsillo, y, después de asumir que había quedado bien, empezó a hacerse el nudo de la corbata como si nada hubiera sucedido.

No despegaba la vista de su reloj, no podía estar más impaciente, varias veces el elevador se detuvo. Cuando ya no quedaba nadie y faltaban solo cuatro pisos, el aparato se detuvo de nuevo y quiso gritar de lo alterado que estaba, más aún al ver como cinco ancianas con maquillaje estruendoso eran las que habían solicitado el servicio. Alexander no podía imaginar quienes eran esas mujeres y a donde se dirigían, ¿a los pisos de arriba?, ¡imposible! Ya casi se disponían a entrar, pero dos de ellas cargaban caminador, parecía una eternidad. Las señoras al notar su inquietud le reclamaron alborotadas y de muy mal humor que ellas no eran jóvenes como él. «Pero, ¿qué le pasa hoy a la gente de la tercera edad?» pensó. Pasaron unos segundos y no pudo soportarlo más.

Salió en busca de las escaleras de emergencia, intentó lanzar la goma de mascar en una papelera del pasillo, pero esta cayó afuera, se hizo el que no lo vio y comenzó a brincar los escalones de dos en dos. Corrió a la sala de conferencias con todo el apresuramiento que pudo, lo cual provocó miradas

atónitas de sus compañeros. Se deslizó por la puerta que su jefe se encontraba cerrando en aquel preciso instante.

—Alexander, por un momento pensé que habías olvidado mi advertencia. Creí que no querías ser parte de la compañía —reclamó su jefe que lo observaba sin pestañear y alzando una ceja. Era un señor muy exigente de penetrantes ojos azules, y muy viejo como para estar perdonando los errores de los demás.

Alexander no pudo responder, apenas lograba respirar, por dentro jadeaba como perro, pero tenía que aparentar estar bien, así que solo asintió con la cabeza y dio gracias en su mente por no haber desayunado, pues hubiera vomitado.

Casi se desmaya cuando fue a sentarse en su silla, no pudo doblar las piernas muy bien y cayó sobre el asiento de manera tan brusca que el ruido fue suficiente para que todos voltearan a verlo enseguida. Él no se percató de esto, parecía que la habitación se movía y trataba de sostenerse, por unos segundos perdió la consciencia de lo que ocurría.

Enseguida comenzó la reunión, y los potenciales nuevos clientes dejaron de inspeccionar al recién llegado para prestar atención a las explicaciones de cómo iba a ser invertido su dinero. Por suerte el tiempo fue suficiente para que Alexander pudiera reponerse y cuando le llegó el momento de hablar pudo hacerlo sin problemas.

Comenzó a dar los detalles del plan de negocios, se le veía muy profesional y seguro de sí mismo, el esfuerzo había valido la pena. Hubo un momento en que cruzó la mirada con su jefe, el hombre parecía asombrado de su desempeño y esto aumentó su confianza.

Terminada la reunión Alexander se encontraba todavía en la sala de conferencias, revisaba unos papeles cuando escuchó la voz de su jefe que lo llamaba. El señor Erick estaba de pie en la puerta.

—Felicidades, todo salió a la perfección, debo admitir que me sorprendiste —dijo al tiempo que le daba tres palmadas en la espalda—. Pronto tendrás ese ascenso que aspiras. Ha sido dura la batalla, pero para ganar mucho hay que trabajar bastante. Por eso te exijo de este modo, tienes que trabajar fuerte como yo si quieres llegar a la cima.

—Sí señor —respondió complacido—. Muchas gracias, si no le importa

voy a desayunar.

—No hay problema, de hecho, te puedes tomar el día libre, hemos acabado por hoy.

—Gracias señor —dijo y trató de disimular su emoción. No había tenido un día libre en meses.

Alexander terminó de arreglar los papeles con satisfacción y salió de la sala de conferencias dispuesto a comer en cantidad.

Una vez afuera Alexander notó sin demora que su auto se lo habían llevado, pero no se preocupó, lidiaría con eso más tarde, necesitaba comer.

Caminó unas tres cuadras, buscaba un lugar interesante para celebrar.

Se detuvo al encontrar un restaurante donde vendían comida mexicana, se había mantenido alejada de ella toda la vida, pero tuvo una corazonada. Tal vez el destino quería decirle algo, o a lo mejor era solo que tenía mucha hambre.

El lugar era alegre, muy colorido, demasiado colorido para su gusto. Miró hacia arriba y tenía una decoración extravagante, eran telas de varios colores cortadas en forma de rectángulo, formaban entre ellas, tejidas de alguna manera, un techo de lo más original. Sobre las mesas había servilletas de varios matices, las sillas eran de madera con coloridos cojines para sentarse.

No conocía lo mexicano, pero ordenó una quesadilla de pollo que era algo que había escuchado nombrar en más de una ocasión, y un licuado imperial que consistía en una bebida con: manzana, pera, leche de soya, amaranto y canela. Algo distinto para variar la dieta.

No tuvo que esperar demasiado, muy pronto le trajeron su orden. Tomó la quesadilla entre sus manos con cuidado, estaba caliente. Justo al momento de llevársela a la boca vio, frente a la mesa donde estaba, a una chica de largo cabello rojo que leía un libro, vestía una falda larga de flores y blusa blanca. Entonces sintió algo muy extraño, fuera de lo normal, no podía explicarse a sí mismo lo que le ocurría, pero no se iba a poner a tratar de buscarle la lógica en ese momento. No conseguía dejar de mirarla, tenía la boca abierta dispuesta a probar la comida y así se quedó, fascinado por completo.

En eso vio que la chica lo había notado, observó como ella cerraba el libro y lo metía en su bolso. Se puso de pie y comenzó a caminar hacia él.

Capítulo 4: a primera vista.

Alexander se había puesto nervioso y eso hizo que no pudiera pensar en qué diría, eran apenas unos pocos pasos que había de distancia entre él y la mujer.

Pronto la pelirroja estaba frente a su mesa y escuchó que ella intentaba hablar en un tono de voz bajo e inseguro.

—¿Puedo...?

—¿Ah?

Alexander no pudo pronunciar más nada, todavía sostenía la quesadilla entre las manos cerca de su boca, en ese momento el relleno caliente se salió y cayó, una mitad sobre el plato y la otra sobre el limpio mantel.

—¡Cuidado! —exclamó ella. Miró la escena y arrugó el rostro.

Alexander intentó limpiar el desastre lo más rápido posible como si con eso pudiera deshacer lo ocurrido. En medio de ello se detuvo, suspiró, miró primero a su plato y luego a ella.

—¿Sabes? Esto es culpa tuya —dijo a modo de broma—. Vienes aquí a mi mesa y me pones nervioso, ahora parezco un idiota, seguro ya quieres darte la vuelta y marcharte.

—No, no quiero marcharme —dijo ella con voz tímida—, lo siento, es que... —suspiró e hizo una gran pausa como para tomar valor— vi que me mirabas y me acerqué para saber si podía sentarme aquí contigo —agregó y desvió la mirada.

Alexander la observó con una sonrisa, le pidió que se sentara y ella, que parecía en extremo nerviosa, obedeció.

Hubo un incómodo silencio durante unos segundos, Alexander no estaba muy seguro de lo que hacía.

—Vi que estabas leyendo un libro —señaló.

—¿Te gusta leer?! —preguntó ella con emoción, pero casi al instante su rostro cambió al ver como el individuo frente a ella procedía a comer la quesadilla deshecha, inclusive el relleno que había caído sobre el mantel de un blanco immaculado. Se notaba sorprendida, pero es que a nadie se le ocurriría pensar que un hombre vestido de saco y corbata comiera de ese modo.

—No, en realidad no me gusta —respondió Alexander luego de varios bocados.

Ella pareció desencantarse con la respuesta.

—Pareces decepcionada —opinó después de beber de un trago más de medio vaso del licuado imperial.

—Pensé que dirías que sí, al menos para entablar una conversación.

—¡Ah!, bueno, pero yo no digo mentiras —explicó despreocupado—. ¿Quieres algo de comer? Yo invito.

—No gracias, ya comí —respondió atónita mientras observaba como él ya casi terminaba de almorzar.

La mujer parecía tener ganas de iniciar una conversación, pero Alexander aparentaba estar más concentrado en lo que había en el plato que en su presencia. El momento se hacía cada vez más incómodo, Alexander se asombraba de que estuviera todavía allí sentada, es posible que otra se hubiera levantado del asiento para marcharse sin mencionar palabra al ver semejante reacción de un hombre que parecía tener interés hace unos instantes. Fuese cual fuese la razón agradecía mucho que siguiera allí, no solo tenía mucha hambre, sino que tampoco encontraba que decirle.

Alexander terminó de comer, se limpió con las coloridas servilletas y le dirigió unas palabras para disculparse.

—Debes pensar que soy un idiota. Gracias por quedarte, verás, estaba hambriento, este fue mi desayuno y ¡mira la hora que es! La mañana de hoy fue una locura —comentó mientras suspiraba aliviado de haber al fin llenado su estómago.

—No te preocupes, puedo entender eso —respondió ella y su expresión cambio, se notaba contenta.

Luego de disculparse, Alexander tuvo problemas para encontrar algo de qué hablar, no sabía cómo comportarse con una mujer, al menos con una que no planeara llevar a la cama dentro de quince minutos, le daba la impresión de que la pelirroja saldría corriendo si le hacía semejante invitación, debía de escoger sus palabras con cuidado. Decidió entonces preguntarle cualquier cosa, pensó que sería fácil una vez empezado a hablar.

Para su sorpresa pudo comprobar que su suposición era cierta, pronto se

encontraron charlando animados y esto lo hizo sentir feliz, era algo nuevo para él, como si hubiera descubierto que se podía hablar con una mujer además de solo tener sexo sin compromiso.

Alexander no encontraba una explicación lógica para aquello que estaba sintiendo, no era el porte angelical de aquella mujer, ni su cabellera hermosa, ni los ojos bellísimos, tampoco era la dulce voz que salía de sus labios rosados. No podía explicarlo, sentía como si hubiera una cuerda que los estuviera atando con un nudo muy fuerte y no quisiera nunca desatarlo, ni siquiera le había preguntado su nombre y ya sentía que la conocía. Quería que el tiempo se detuviera para siempre, o al menos que ese sentimiento permaneciera con él, tenía que verla de nuevo.

—No puedo creer que hayan pasado tres horas —observó Alexander mientras que veía su reloj. Se rio para sí, esto era en definitivo algo nuevo.

—No puede ser —respondió—. Debería marcharme —agregó a media voz como si no quisiera.

—¿Puedo verte mañana? —soltó de pronto.

Alexander parecía estar desesperado, esta sensación aumento mientras esperaba una respuesta, fueron unos segundos, pero a él le parecieron minutos.

—Me encantaría verte mañana —dijo ella al fin.

Ambos sonrieron.

—Hemos hablado mucho y todavía no sé tú nombre. No tengo idea de porque no te lo había preguntado —dijo mientras hacía un gesto gracioso—, pero ¿para qué discutirlo? Yo me llamo Alexander, ¿y tú?

—Soy Anna —respondió sin hacer un esfuerzo en ocultar una sonrisa muy bella.

Anna. Era el nombre más hermoso del mundo, al menos para los oídos de Alexander que parecían ser los de un hombre enamorado.

Acordaron verse el día siguiente a las ocho de la noche en el mismo lugar. Alexander no sabía cómo despedirse de ella, terminó por ofrecer su mano de una forma respetuosa y ella la estrechó mientras que ambos no podían dejar de sonreír.

Capítulo 5: uno enamorado y el otro resentido.

Alexander siguió con la mirada a Anna hasta la salida del restaurante, después de eso se quedó con la vista fija en la mesa, trataba de asimilar lo que había ocurrido.

Repasaba en su cabeza algunas partes de la conversación que acababa de tener, el extraño sentimiento no se apartaba de él. Transcurrió una hora y terminó por pedir que le arreglaran unos chilaquiles para llevar.

El encuentro con Anna hizo que cambiara todo lo que antes había pensado de una relación. «Estoy loco, son tonterías», se decía a cada instante, pero su corazón latía con tanta fuerza que algo real tenía que haber allí. Sentía las famosas *mariposas en el estómago*, por un momento llegó a pensar que la quesadilla era la culpable del malestar, tal vez los chilaquiles no eran buena idea.

Cuando estuvo lista la nueva orden agradeció la rapidez, estaba desesperado por marcharse, las sillas le estaban causando dolor de espalda desde hace rato.

Al cancelar la cuenta pidió el número del lugar, y se prometió a sí mismo que, si la comida no le causaba malestar estomacal, llamaría a menudo para encargar servicio a domicilio.

Se dirigía a la salida cuando escuchó un teléfono. Tardó unos segundos en darse cuenta de que el sonido venía de su maletín, era el suyo, no recordaba haberlo dejado allí, y no lo vio tampoco cuando sacó los papeles en la empresa. Se dio cuenta de que le quedaba muy poca batería. James estaba llamándolo, lo más probable para saber cómo había resultado la presentación. Atendió y en efecto James, todo preocupado, quería saber cómo le había ido en el trabajo. Alexander procedió a contarle lo ocurrido con lujo y detalles, no sin antes advertir que el aparato podría apagarse en cualquier momento.

Su amigo lo escuchaba con atención, de vez en cuando expresaba un «¡Oh!» o «¡Ah!» al enterarse de los problemas que tuvo para llegar al trabajo esa mañana. Luego de eso, James quiso saber cómo le había ido con las mujeres que le presentó en el club, y al escuchar el número dos no pudo contenerse.

—¿Cómo lo haces?! ¡Nunca lo entenderé! —exclamó sobresaltado al otro lado de la línea.

—Creo que ya no lo haré más —se atrevió a decir, se sentía muy raro de solo pensar en la posibilidad.

—¡Dios mío Alex! ¡No me digas ahora que eres gay! —gritó perturbado — Porque no me sentiría nada cómodo con esto ¡No puedo creer que tus intenciones sean otras conmigo!

—¿Cómo crees?! ¡James! ¡Yo no soy gay! —dijo en voz alta y entre enormes carcajadas al escuchar aquel disparate, sabía que su amigo bromeaba, pero algunas personas en el restaurante lo observaron de manera extraña al escucharlo y tuvo que bajar el tono—. No es eso, es que he conocido a una mujer y creo... —suspiró— creo que estoy enamorado.

—¿Enamorado tú? ¡Já! Te caíste en las escaleras mientras subías a la sala de conferencias, ¿verdad? Tiene sentido, te diste un golpe en la cabeza y no lo recuerdas, por eso no me lo contaste.

—No, no me he caído —se defendió Alexander, James había dicho aquello con tanta seriedad que se confundió por un momento.

—Alex, ¿has tenido alguna vez interés sentimental en una mujer?

—No, tu sabes que no.

—¡Entonces! ¿Por qué ahora de pronto dices que estás enamorado? Puedes decir que te gusta alguien, pero ¿enamorado?, ¿así de rápido? Por cierto, ¿de quién estamos hablando?

—¿Estás en tu apartamento cierto?, ¿puedo ir para allá?

—Sí, sí, puedes venir, pero más te vale que no vengas a hablar de romance —advirtió James en un tono burlón.

—¡Oye! ¡Espera!

—¿Qué?

—¡Mi auto! —gritó Alexander— ¿Puedes venir a buscarme para ir por él?

—Claro, ¿dónde estás?

—En Fajitas Mex.

—¿Qué es eso? —preguntó extrañado.

—El Restaurante Fajitas Mex, aquí cerca de donde trabajo.

—¡Con razón estás hablando cosas raras!, ¡no te caíste por las escaleras, lo que te pasó es que comiste comida mexicana! A ver, ¿comiste eso? — preguntó con la voz que recordaba a una madre enojada.

—Sí —respondió Alexander incómodo—, con ella.

—Bueno, bueno —suspiró—, ya voy para allá. Te llevaré algo para el estómago.

—¡Espera!

—¿Y ahora que sucede?

—No sé dónde está mi auto. Voy a ir a donde lo dejé estacionado, justo frente a las oficinas de la compañía, ve a buscarme allí y...

El teléfono se apagó.

Alexander confió en que James había entendido donde tenía que ir a buscarlo y salió del local de comida.

No tardó en encontrar el adhesivo en el asfalto con el número de teléfono para hacer el reclamo. Solo bastaba una llamada para saber dónde estaba su auto, pero tendría que esperar.

Como era habitual James se tardó demasiado en llegar, por eso apenas vio que trataba de estacionarse, lo cual también llevaba mucho tiempo, se subió desesperado.

—¡Maldición Alexander, te he dicho al menos cien veces que no hagas eso!, ¡debes esperar a que me detenga por completo! —reclamó James.

—Estás en lo cierto, ya van ciento cincuenta y ocho.

James hizo un gesto de asombro y se quedó con la boca abierta unos segundos.

—¿De verdad?! —preguntó después.

—Estoy bromeando, pero no me extrañaría que fuera mucho más.

Esta vez James se hizo el ofendido, se disponía a arrancar el vehículo cuando algo llamó su atención.

—¿Qué es eso? —preguntó al señalar la enorme bolsa colorida que abrazaba Alexander.

—Mis chilaquiles —respondió después de abrirla y aspirar con fuerza—. Esta comida es de otro nivel.

—No voy a discutir, pero si sigues comiendo eso te va a hacer daño —dijo a regañadientes.

James empezó a contar como una vez había comido unas enchiladas y tuvo que ir directo al hospital, condenaba la comida mexicana. Alexander, que ya se sabía la historia de memoria, lo escuchó con una expresión de asombro, James lo hacía ver siempre como una experiencia muy trágica.

—Así que ya lo sabes, esa comida no es de fiar —dijo mientras que sacaba algo de la guantera del auto—. Ten —agregó al extraer una pequeña píldora blanca de un envase naranja. Tomó un termo verde que tenía en el portavasos—, tomate esto.

—¿Qué es? —preguntó Alexander con mucha curiosidad.

—Para que no tengas que ir al hospital —explicó.

—¡Bah! No la necesito, sabes que tengo un estómago muy resistente.

—Alex no quiero discutir, tómatela —insistió de mal humor y le ofreció de nuevo el termo.

Alexander sabía que no tenía opción, aceptó la pastilla y bebió lo que parecía ser té de limón caliente.

—Ya está —dijo al colocar el recipiente de nuevo en su lugar—. Por cierto, gracias por venir a buscarme.

—Tú sabes que puedes contar conmigo siempre, no solo soy tu mejor amigo, también soy tu chofer en ocasiones —dijo James mientras arrancaba el vehículo con extrema precaución.

James manejaba con prudencia, lo que hacía que Alexander perdiera la paciencia a veces. En más de una ocasión lo había incomodado con la frase: «manejas como una mujer de edad avanzada, una muy, pero muy anciana», a lo que él contestaba, «nunca está de más ser precavido», u otras frases similares. A pesar de todo Alexander justificaba en parte su manera de conducir, sabía que una vez en un campamento James había escuchado historias horribles sobre accidentes automovilísticos. Por alguna razón en una de las noches, en lugar de contar cuentos de fantasmas para asustar, uno de los niños contó su experiencia en un choque y eso desató una larga conversación entre los otros

campistas, cada quien tenía una historia que contar que involucrara una colisión, ninguno de ellos pudo pensar que estaban traumando a uno de los integrantes del grupo. Este miedo le había quedado desde entonces, James nunca, mientras estuviera vivo, se subiría de nuevo en un auto con Alexander al volante, la primera vez que lo hizo fue una pesadilla y no pensaba repetirlo. Por suerte esto nunca era necesario, pues él no era un gran bebedor y el que a veces se pasaba de tragos era su compañero, quien esta vez no le criticó la baja velocidad con la que iba, al contrario, se le veía contento.

—Por cierto ¿a dónde vamos? —preguntó James después de cuatro cuadras.

—¡Diablos, lo olvidé!, préstame tu teléfono.

Alexander hizo la llamada correspondiente y casi enseguida de colgar comenzó a hablar.

—Se llama Anna. Es hermosa, inteligente, graciosa, tiene un no sé qué que me tiene confundido...

—Alex —interrumpió James en un tono pesado—, ¿para dónde vamos?

—¡Demonios!, sí que estoy distraído

—Y que lo digas, más perdido que mi tío Joe.

Alexander se quedó pensativo unos segundos, desconocía a ese miembro familiar. Decidió no darle importancia y le dio la dirección exacta antes de que se le olvidara. Continuó con su explicación.

—Te lo juro no había sentido nada así antes, sabes que yo no soy como tú, yo...

—¡¿Perdón?! —interrumpió James muy alterado y algo chillón de voz— ¡¿Cómo yo?! Sabes bien lo que opino de las mujeres.

—Siempre te apoyé amigo, pero ella es distinta. No es como Julia, te aseguro que es diferente.

—Alex, las mujeres son peligrosas —advirtió.

Alexander volteó los ojos, aquí iba de nuevo.

—Julia fue la mujer perfecta durante cuatro años, tú lo sabes, estabas allí —continuó James—. Yo hice las cosas bien, nuestra relación era maravillosa, todo marchaba excelente hasta que le propuse matrimonio ¿Tu sabes que me

respondió ella?

Hubo un silencio.

—¿Sabes lo que ella me respondió?!

—¿Eso era una pregunta? —interrogó Alexander haciéndose el desentendido.

—¡Por supuesto!

—Claro que lo sé.

—¿Cual fue? —insistió— a ver.

—Hay alguien m...

—¡Hay alguien más! —interrumpió James en un fuerte lamento.

—Lo sé, pero...

—Le di lo mejor de mí ¡Le di los mejores años de mi vida! ¿Cómo crees que esta tal Anna es diferente si la conoces desde hace pocas horas? A mí me partieron el corazón...

Alexander vio que James soltaba una mano del volante para hacerse algo en el rostro, podría apostar a que hacía un esfuerzo por no llorar. Sintió lástima, cuando su amigo recordaba a Julia se ponía sensible.

—Sé lo duro que fue para ti, pero te repito, Anna es diferente —intentó justificarse, a pesar de que sabía que no lo haría cambiar de opinión de ese modo.

—¡Bah!, ya se te pasará. Llegamos.

Alexander dio las gracias a su chofer que hacía un esfuerzo en reponerse.

Después de despedirse entró al estacionamiento dispuesto a pagar la multa.

Cuando recuperó su auto se dirigió en él a su apartamento con la velocidad de quien no quiere llegar, demasiadas cosas pasaban por su mente.

—Ya está, me voy a volver loco. No pensaré más en Anna hasta mañana —dijo en voz baja para sí mismo.

Fue muy fácil decirlo, pero imposible hacerlo. Daba vueltas y vueltas en su cama enorme, su cuerpo no encontraba en qué posición dormir y su cabeza no podía dejar de recordar a la pelirroja. Ya quería encontrarla de nuevo. Era

muy obvio que ella también había gustado de él, no podría ser difícil. Sin embargo, él no tenía idea de lo que estaba ocurriendo en ese momento, ni de lo que acontecería después, no había forma en que imaginara lo complicada que se volvería su vida.

Capítulo 6: todo marchó bien, hasta que llegó la hora.

La mañana siguiente, cuando llegó al trabajo, Alexander no podía dejar de sonreír al pensar en Anna, esperaba ansioso su cita de esa noche ¿Qué le había ocurrido? ¿Por qué un hombre que nunca antes había tenido interés en una mujer se encontraba ahora con el corazón acelerado? No podía explicárselo, pero el cambio era evidente y sus compañeros de trabajo notaron que había algo diferente en él.

Alexander siempre era amable, pero esta vez saludó con excesiva cordialidad y una enorme sonrisa.

—Buenos días Mary ¿Cómo estás el día de hoy? Amaneciste radiante.

Mary era su secretaria, una cuarentona de piel oscura y algo pasada de peso. La verdad no se veía nada bien, se notaba el cansancio en sus ojos, pero ese comentario tuvo un efecto positivo.

—¿Radiante?, ¿le parece?, ¿de verdad? —decía mientras se llevaba las manos al rostro con timidez—. Temía verme terrible, los niños anoche no me dejaron dormir —agregó.

Después de saludar a todos, Alexander entró en su oficina, se sentó en su silla y empezó a trabajar. Una vez superada la tarea de convencer a los nuevos inversionistas tenía ahora que poner en marcha el proyecto real.

No llevaba ni una media hora trabajando cuando su jefe lo mandó a buscar.

—¡Jefe! ¿Cómo se encuentra usted hoy? —preguntó apenas entró a la oficina del señor Erick. Era un espacio enorme con una maravillosa vista a la ciudad.

—¡Me siento excelente! —respondió con mucha alegría al ver la actitud de su empleado preferido—, por allí dicen que andas de muy buen humor. Ayer estuviste muy profesional, me sorprende lo mucho que has madurado en tan poco tiempo.

—Mejor no pudo haber sido —respondió con un suspiro después de sentarse en la silla frente al escritorio de su jefe. Estaba muy feliz por el proyecto, pero a su mente se le venía el recuerdo de Anna.

—Te llamé porque necesito que me traigas las copias de la presentación de ayer, quiero revisar algo, olvidé pedírtelas. Además, quería saber si era cierto que andabas así de contento.

Alexander, que no podía parar de sonreír, tomó un dado azul de gran tamaño que estaba sobre el escritorio y comenzó a jugar con él.

—Ayer fue el mejor día de mi vida —suspiró.

—¿Tanto así? —preguntó el señor Erick con una mirada de confusión— Bueno, fue... fue... tiene que haber... ¡Bah! Dejémoslo así —terminó por decir, parecía tener problemas en encontrar las palabras correctas a semejante confesión—, fue un buen día para mí también. Ahora, tráeme las copias y...

—¿Copias? ¿Cuáles copias señor? —preguntó Alexander al soltar el dado y observó a su jefe como si no lo hubiera visto en días.

—Las copias de la presentación de ayer...

—¿No se las di ya? —interrumpió.

—No —respondió con lentitud, como si lo estuviera pensando— ¿Te sientes bien?

—Perdóneme, es que ayer... —suspiró de nuevo y sonrió—. Enseguida se las mando con Mary.

Alexander salió de la oficina sin saber que su jefe dejaba al señor Erick muy preocupado.

Cuando eran casi las siete de la noche Alexander, que ya se había duchado y cambiado de ropa, se encontraba en su apartamento esperando el momento de salir, muy emocionado y a la vez preocupado.

Había hecho el mayor esfuerzo en arreglarse, aunque en realidad no tenía que poner empeño en ello, era atractivo por naturaleza, pero tenía la costumbre de ir siempre lo más elegante posible a cualquier lugar. Cuidaba siempre su apariencia personal, opinaba que, si alguien se esforzaba en verse bien era porque se esforzaba en todo lo que hacía, por eso vestía en casi todo momento con saco y corbata, usaba solo ropa de marca. También era regla para él estar perfumado y llevar la barba bien rasurada, todo esto acompañado por supuesto de un buen calzado.

Alexander creía también que una buena apariencia, una gran sonrisa y billetes en el bolsillo, eran suficientes para cautivar Anna. Esto era un punto en su contra, si bien es cierto que el físico y el dinero ayudan, no son la base sobre la cual debe fundarse una relación, al menos no una que se mantenga a largo plazo.

El amor de verdad era un terreno desconocido para él, creyó que el camino no tendría obstáculos. Anna lo había atraído como un imán muy potente, la verdad es que no sabía si era amor, pero se parecía bastante, era lo que todos siempre dicen: que no se puede dejar de pensar en esa persona, que es difícil esperar para verla de nuevo y que se sienten animales extraños en el estómago. Alexander encontraba que esto último no era del todo agradable, pensándolo bien, creyó que la persona que había inventado la frase de *mariposas en el estómago* no estaba de verdad enamorada, su problema se resumía a una fuerte indigestión.

A las siete en punto Alexander echó un último vistazo a su apartamento, tenía altas expectativas de devolverse con Anna esa noche. Como siempre todo se encontraba limpio y ordenado. Cerró la puerta con una sola vuelta de llave por si acaso, uno de los problemas que a veces enfrentaba al traer una mujer era que tardaba demasiado tiempo en abrirla, y cuando la pasión está en juego mejor que nada intervenga.

Caminaba muy alegre por el pasillo amplio y solitario mientras que jugaba con las llaves en su mano. Se dirigía al ascensor cuando de pronto la felicidad desapareció de su rostro.

Las luces titilaron un instante. Alexander desaceleró el paso, y las luces se apagaron por completo. Justo en ese momento sintió un ligero roce en su brazo izquierdo. Lo consideró muy extraño, no recordaba haber visto a nadie. Quiso decir algo en voz alta, pero enseguida regresó la electricidad.

Miró a todos lados, buscaba desesperado a la persona que había casi chocado con él.

—¿Hay alguien allí?! —preguntó en voz alta. Quiso reírse de sí mismo, se sintió estúpido al hacerlo.

Continuó caminando, esta vez con paso veloz, era más que obvio que no había nadie, o al menos nadie que él pudiera ver.

Al llegar el elevador entró con prisa y marcó la planta baja. Puso su

mano derecha sobre su brazo, estaba seguro de haber sentido algo. Vaciló. Se lo dejó a la imaginación, después de todo el roce había sido mínimo.

Las puertas se cerraron. Enseguida las luces se apagaron y sintió un desagradable frío recorrer su cuerpo. El ascensor no descendía. Intentó moverse, pero sintió como sus piernas parecían perder fuerza, todo pareció volverse más oscuro. No pasó mucho tiempo para que cayera al suelo completamente inconsciente.

Capítulo 7: Anna.

Anna era natal de Leesburg, un pueblo ubicado en el estado de Virginia. No tenía hermanos ni hermanas, solo su padre y madre. Siempre estaba con un libro en la mano o en su bolso, era apasionada a la lectura, no prefería un género específico y esto le desarrolló la habilidad de escribir sobre prácticamente cualquier cosa, con previa investigación por supuesto. Actualmente se encontraba desempleada, había trabajado desde muy joven escribiendo artículos, el dinero que reunía lo utilizaba para pagar sus cursos de escritura y si algo le sobraba lo ahorraba para cuando llegara el momento de echar a volar.

Se encontraba residenciada en Manhattan, pero esta decisión le había tomado bastante tiempo. Casi sin darse cuenta había comenzado a inspeccionar su vida. Su madre la estaba ahogando con sus comentarios, últimamente parecía que lo único que le aconsejaba era que debía de empezar a buscar un hombre bueno, tal vez tomar un curso de cocina avanzada para intentar conquistar por el estómago, quería que se casara pronto y tuviera todos los hijos que ella no pudo tener. El trabajo lo encontraba en exceso aburrido, además, su jefe era un hombre pesado que fumaba demasiado y ella debía de hablarle siempre guardando una considerable distancia que la mantuviera alejada del humo, si no lo hacía, comenzaba a toser de tal manera que parecía padecer una grave enfermedad. Los pocos amigos que tenía, que más bien eran amigos de la familia, eran tan monótonos como se pudiera imaginar. Como si fuera poco, una noche su gato, que era gigante y se asemejaba muchísimo a una bola de algodón, murió de repente, al menos estaba muy viejo y partió en paz. Una madrugada Anna se despertó con una idea fija en la cabeza, salir de allí cuanto antes. «Creo que me voy a ir hoy» había dicho en la soledad de su habitación. Y así hizo, aunque no fue el mismo día porque no era tan fácil como lo imaginó, pero sí esa misma semana. Anna se había marchado en medio de un ataque de desesperación de su madre. En el último momento, a la señora Samantha se le ocurrió llamar a su hermana, a quien no veía desde hace más de treinta años y que solo se sabía de su existencia en los cumpleaños y navidades porque enviaba regalos muy costosos, y le suplicó por un puesto de trabajo a su única sobrina. Esto no fue posible, pues, la tía Liz, como Anna se había acostumbrado a llamarla, era la dueña de una muy importante revista, pero al menos la señora Samantha logró conseguir que su hija fuera evaluada. Así que Anna terminó por marcharse del hogar que la había visto crecer,

cargada de maletas y con una entrevista pendiente.

La tarde que conoció a Alexander decidió terminar de desempacar las últimas tres cajas, que quedaban de su reciente mudanza. Hace apenas dos semanas se había establecido en el apartamento y el espacio reducido no le incomodaba para nada, era un sacrificio a cambio de al fin independencia total. Además, ya estaba acostumbrándose a vivir en la ciudad. Era una experiencia muy emocionante, pero lo mejor de todo había sido toparse con aquel hombre.

Anna se despertó la mañana siguiente casi al medio día, se impresionó mucho al ver la hora, pero se alegró de haber descansado. En la madrugada había tenido una pesadilla muy extraña y real, un Ángel de alas negras la había dejado con fuertes palpitaciones y no logró conciliar el sueño de nuevo hasta el amanecer.

Por la tarde, mientras almorzaba con retraso, miraba por la ventana y pensaba en lo inusual que le parecía todo el asunto de la cita. «Me dejará plantada —se decía mientras que masticaba con extrema lentitud— ¿Para qué me voy a molestar en ir? Lo más seguro es que no llegue, y yo me quede como una tonta esperando. Las personas me mirarán con lástima, y dirán: “pobre mujer, la dejaron sola”. Tendré que ocultar mi rostro avergonzado tras mi libro. Seguro el mesonero vendrá varias veces a preguntar si espero a una persona, y me dirá que si no ordeno algo tendré que salir de allí».

Anna contaba las horas, y esto le creó la ilusión de que el tiempo no avanzaba, necesitaba distraerse.

Después de comer, se vistió lo más rápido que pudo, tomó las llaves y salió de su apartamento.

Caminó a paso muy lento unos treinta minutos en línea recta, hasta que decidió entrar en un centro comercial. Allí se entretuvo con las vitrinas de las cosas que vendían, a punto estuvo de comprar algunas, pues se dejó llevar por la publicidad y comenzó a sentir que eran indispensables para ella.

Anna perdió la noción del tiempo, cuando se dio cuenta de la hora, ya había comenzado a oscurecer. El corazón dio un brinco en su pecho y se regresó a su apartamento con tanta velocidad que parecía casi trotar.

Llegó sofocada, pero a pesar de eso trató de alistarse lo más rápido posible.

Tomó un bocado mientras se cambiaba. Una vez que estuvo lista arregló su cabello para llevarlo suelto como siempre, se colocó zapatos cómodos, volvió a tomar su bolso, que solía llevar de medio lado, y salió decidida a la calle.

Llegó al restaurante a las siete y cincuenta y cinco minutos. Se aseguró de que Alexander no estuviera sentado en otra mesa y se dirigió hasta donde habían acordado verse. Ahora solo tenía que esperar.

Si Alexander era puntual debería de llegar en cinco minutos, no faltaba mucho, pero Anna estaba tan nerviosa que no podía controlarse, se apretaba las manos, las tenía frías y sudorosas.

Sacó el libro de su bolso e intentó concentrarse. Leía cinco líneas, se fijaba en la puerta y luego en la hora de su reloj. Hizo esto repetidas veces hasta que le dio dolor de cabeza. El camarero fue hasta ella dos veces a preguntar si quería ordenar algo. Avergonzada, tardaba unos segundos en contestar, pretendía estar absorta en la lectura.

—Estoy esperando a alguien, no debe tardar —dijo la primera vez. Se había arrepentido enseguida, ahora si no llegaba, sabría que la habían dejado plantada.

Anna ya había avanzado varias páginas, pero, aunque era un libro que ya había leído, notó que no tenía idea de en qué capítulo iba, no prestaba nada de atención a la historia, solo eran palabras sin sentido en aquel momento tan inquietante.

El olor que llegaba a la mesa era delicioso, pero ni siquiera esto la distraía, ansiosa de que llegara su cita, ni hambre sintió. Quería ordenar, le daba vergüenza ocupar una mesa sin tener una cuenta por pagar, pero era incapaz de probar bocado.

Anna volvió a intentar leer, pero era imposible concentrarse en el libro. Lo cerró y lo guardó. Fijó sus ojos en una de las coloridas servilletas y se perdió en pensamientos. De alguna manera se le vino a la mente la imagen del sueño que había tenido y sintió escalofrío.

—Tengo que pensar en otra cosa —se dijo mientras que se sostenía la cabeza con ambas manos.

Continuó esperando, una hora más tarde se sentía ridícula.

Unos minutos más tarde cayó en cuenta de que Alexander ni siquiera le había pedido el número de teléfono. «Si de verdad quería verme de nuevo tuvo que habérmelo pedido» meditaba. No sabía que sentir, la opción más obvia era odiarlo por haberla engañado de ese modo, también podría fingir que nada ocurrió y seguir con su vida, pero tal vez ¿preocuparse?, ¿y si le había ocurrido algo malo? Anna estaba casi segura de que la primera opción era la correcta. La lógica le decía que tenía que marcharse porque él era un verdadero imbécil, pero su corazón le suplicaba que se quedara, algo impedía que se fuera, como si estuviera pegada a la silla.

Casi dos horas más tarde escuchó una voz a sus espaldas, pero no era Alexander.

—Disculpe señorita, vamos a cerrar el local. Tiene que salir.

Ella se levantó con un nudo en el estómago. Eran las once en punto.

Capítulo 8: una noche difícil.

Alexander abrió los ojos con dolor justo cuando las luces se encendieron de nuevo, le lastimaba la vista, había estado en la oscuridad un largo tiempo.

Intentó ponerse de pie. Estaba desconcertado, no sabía que había ocurrido.

Escuchó unas voces que le hablaban, alzó la vista y se dio cuenta de que las puertas del elevador se encontraban abiertas.

—Cariño ¿Te encuentras bien?

—Creo que sí —respondió sin poder aclarar su visión por completo.

—Deja que te ayudemos a levantarte.

Sus vecinos, una pareja de hombres, hicieron el mejor intento de ponerlo en pie, y sin mucha dificultad lograron sacarlo del ascensor.

—¿Qué ha pasado? —titubeó Alexander. No sabía que pensar, ¿se había desmayado?

—Hubo una falla con la electricidad ¡Estuvimos una eternidad sin luz!

—explicaba uno de los vecinos en un tono de sorpresa y fastidio.

—¿Cuánto tiempo exactamente? —preguntó Alexander que hacía un verdadero esfuerzo en abrir bien sus ojos, una eternidad parecía ser demasiado.

—Como unas tres horas, ¿verdad mi amor?

—Sí, como unas tres horas —respondió su compañero.

—¡¿Tres horas?! —exclamó Alexander que ya comenzaba a distinguir los rostros que tenía enfrente.

—Sí cariño, tres horas —repitió.

Alexander agradeció, les dio la espalda y empezó a caminar a paso lento de regreso a su apartamento.

—¡Pero cariño! ¡¿Seguro que estás bien?! —escuchó en un tono muy intranquilo.

Alexander no contestó con palabras, solo alzó el brazo derecho y asomó el pulgar en su mano para darles a entender a ambos que estaba bien, al menos físicamente.

Sacó las llaves con sus manos casi temblorosas, estaba preocupado «¿Qué demonios ocurrió?» se preguntaba.

Al entrar se sentó en una de las sillas de la cocina, colocó ambas manos sobre su rostro apoyando los codos en la mesa. «Tal vez Anna siga esperándome. No, tonterías, seguro creyó que la dejé plantada y se marchó. Aunque tal vez aún pueda llegar, tal vez la encuentre y... ¿y, si no está? No puede ser que me haya esperado tanto tiempo» pensaba.

—Tengo al menos que intentarlo —dijo en voz baja.

Fue rápido al refrigerador, destapó una botella de agua, tomó un gran sorbo mientras se acercaba al fregadero y, sobre este, se echó lo que quedaba en el rostro para despertarse.

Salió lo más rápido que pudo, sin siquiera secarse lo mojado.

Tomó de nuevo el ascensor.

Al llegar al estacionamiento corrió a su auto, pero al girar la llave para encenderlo este no le respondió.

—Pero ¿¿qué pasa!?! —gritó. Enseguida golpeó el volante con violencia — ¡Enciende!

Esto jamás había pasado, era un auto nuevo. «Llené el tanque está mañana, no puede ser falta de combustible» pensó, pero no hizo más esfuerzo en intentar buscar la falla, no sabía nada de mecánica, así que salió del edificio, dispuesto a tomar un taxi.

—¡Taxi!, ¡Taxi!, ¡Taxi!

Ninguno se detenía, era como si él fuera invisible, no entendía que pasaba.

—¡Taxi!, ¡Taxi! —gritaba haciendo gestos desesperados cada vez que veía acercarse uno.

El resultado era el mismo, se encontraba ahora más irritado y sudaba. Se pasaba las manos por el cabello a cada instante, tenía la garganta seca por gritar.

Perder una cita no es la gran cosa, pero Alexander temía haber perdido la oportunidad de reencontrarse con quien había hecho latir su corazón como si fuera la primera vez. No sabía dónde vivía Anna, ni dónde trabajaba, no tenía forma de encontrarla, no sabía ni su apellido. Jamás se había sentido tan idiota

en toda su vida, sabía que era alguien muy importante, tuvo que haber tomado más precauciones.

—No puede ser que vaya a hacer esto —murmuró pocos segundos antes de lanzarse a la calle en el momento en que uno de los automóviles amarillos se acercaba. Fue una idea peligrosa, pero no creía tener otra opción.

El sonido del vehículo frenándose fue ensordecedor, más de uno volteó a ver qué ocurría, incluso un par de mujeres gritaron con la voz característica de una damisela en apuros. En cuanto a Alexander, quien no se movió ni un centímetro, apretó los ojos aterrado al imaginar que sería arrollado de la manera más absurda posible, pero no sintió el impacto. Su sorpresa fue encontrar al auto a un centímetro de sus piernas, un verdadero milagro. Temblaba como si la temperatura hubiera bajado a menos cero grados de un golpe, pero en medio del espanto se apresuró para adentrarse en el vehículo.

—¡Usted está loco! ¡¿Lo sabía?! —le reclamó el conductor. Le faltaba el aliento y le tiritaban las manos.

—Tengo que llegar rápido a un lugar —aclaró como pudo.

—¿A dónde necesita ir?

—A Fajitas Mex, en la Av...

—¿El restaurante? —interrumpió.

—El mismo —respondió Alexander aliviado de no tener que explicarle la dirección.

—¿Tiene mucha hambre? —preguntó el taxista con mucha sorpresa.

—¡Maldición!, ¡arranque!

El señor no se hizo repetir la orden, visiblemente asustado, puso en marcha el vehículo y no habló más hasta pasados unos minutos.

—¿Mala noche no? —preguntó con nerviosismo.

—Tengo una cita —explicó Alexander.

—¡Oh!, ya lo comprendo. Despreocúpese usted. Llegaremos pronto.

—Por favor maneje lo más rápido que pueda. Le pagaré el doble.

—Despreocúpese, despreocúpese —repitió muy confiado y con voz pausada—, conozco un atajo.

Alexander no pareció estar muy seguro, pero se quedó callado. Cada vez estaba más convencido de que había perdido la oportunidad de su vida, no había forma de que Anna hubiera estado esperándolo todo este tiempo, a menos que, ella estuviera tan desesperada por verlo como él.

Sacó el teléfono y se quedó mirando los minutos pasar, sentía que al auto se movía, y eso lo tranquilizaba por momentos.

Miró por la ventana y le pareció que iba en otra dirección.

—¿¡Seguro que es un atajo!?! —se atrevió a preguntar. Su voz sonaba incómoda.

—Segurísimo, segurísimo, no se preocupe usted.

Alexander suspiró y fijó su vista de nuevo en el teléfono, se alarmaba cada vez que un número cambiaba y su pierna derecha se movía de manera compulsiva.

En dos minutos se detuvo el taxi.

—¡Llegamos! ¿Lo ve? —exclamó el chofer desbordante de alegría—. Se lo dije, ¡muy, muy rápido!

Alexander observó el parquímetro y sacó una paca pequeña de billetes verdes, separó la cantidad necesaria, el doble como había prometido, y se los entregó al hombre.

Se bajó, y al levantar la mirada se dio cuenta de que no estaba en Fajitas Mex. Era un restaurante, y también uno mexicano, en eso no se equivocó el señor, pero no era allí donde había acordado verse con Anna.

El minúsculo rayo de esperanza que todavía guardaba se desvaneció en el aire, Miró hacia atrás y observó que el auto se alejaba, tuvo ganas de perseguirlo y prenderle fuego. Estaba de pie justo al lado donde dejaban la basura, necesitaba descargar el enojo de alguna manera, así que golpeó con su pie derecho una de las bolsas que allí había.

En ese momento su teléfono sonó. Atendió sin fijarse quien era.

—¿Todavía estás en la cita? —escuchó un hombre que murmuraba.

—¿Quién es? —preguntó confundido.

—¿Cómo que quién soy? ¿Le contaste a todos de tu cita? —continuó el hombre en el mismo tono— ¡¿Cómo no vas a reconocer mi voz?!

—¿James?, ¿por qué hablas tan bajo?, No he llegado todavía.

—¿Cómo que no has llegado?

—¡No he llegado! —repitió.

—Pero ya son más de las once ¿No has llegado?, o ¿decidiste no ir?

—¡Dije que no he llegado! ¡No puedo hablar ahora! —gritó y colgó.

Alexander se guardó el teléfono, por un momento le pareció que todo transcurría en cámara lenta y le dio la impresión de que todas las personas estaban felices, todas claro menos él.

Comenzó a dar pasos cortos con las manos en los bolsillos sintiéndose abatido.

Para cuando tenía ya unas tres cuadras recorridas reconoció una larga cabellera roja al otro lado de la calle, estaba a varios locales hacia adelante.

—¡Anna! —suspiró.

Con la misma velocidad con la que su corazón comenzó a latir, Alexander se lanzó de manera precipitada sobre el tráfico como si fuera a perderla de vista. Ella observaba los libros exhibidos en la vitrina de una librería mientras se comía un helado, no se iba a mover de allí por un tiempo, y tampoco era que iba de repente empezar a correr, pero él sintió como si se le pudiera escapar en un abrir y cerrar de ojos, tenía miedo hasta de parpadear.

Entre gritos y bocinas de autos enfadados, Alexander llegó a la acera con vida. Corrió veloz la distancia que quedaba entre ellos. Abriéndose paso entre la multitud de la ciudad que nunca duerme, logró plantarse frente a una muy sorprendida Anna quien estaba a punto de saborear de nuevo un helado de vainilla.

—Perdón, perdón, perdón, y mil veces perdón —pidió Alexander colocándose ambas manos en las rodillas e inclinándose para respirar.

—¿Qué... qué pasó? —titubeó ella.

—Tu-tuve... inconvenientes para... llegar —explicó con dificultad mientras que regulaba su respiración y se inclinaba hacia la derecha, sentía una puntada en el costado. —No sabes lo feliz que estoy de haberte encontrado.

—No parece —respondió extrañada al verlo en ese estado.

—Lo sé, pero lo estoy... créeme —insistió.

Alexander se recostó de la pared para reponerse. Pasaron un par de minutos y ya casi se encontraba normal.

—No puedo creer que estés aquí —dijo Anna—. Pensé que no te vería ¿cómo me encontraste? El restaurante no está por aquí cerca —agregó y observó alrededor como para comprobar que no se había equivocado.

—No tengo la menor idea, pero me alegra haberlo hecho.

—¿Quieres caminar un rato? —preguntó ella al cabo de unos segundos— Es decir, ¿podrás?, ¿te sientes bien?

—Claro que sí —respondió con ganas de reírse.

Empezaron a andar y Alexander le contó las cosas que le habían sucedido esa noche, obvió la parte de el roce en el brazo, no quería que pensara que estaba loco. Tampoco le dijo que se desmayó dentro del ascensor, no quería parecer cobarde, pero no le mintió al decirle que estuvo despierto, solo desvió el tema con rapidez hasta el siguiente punto. Anna escuchaba todo con atención y se alteró bastante en la parte en donde casi sale lastimado al chocar con el taxi.

Luego de eso estuvieron un rato hablando sobre cualquier tema al azar, de las tiendas, del clima, de las personas que pasaban y otras cosas sin mucha importancia hasta que Alexander la invitó a comer.

Al salir del café donde habían cenado, Anna dijo que debía volver a su apartamento.

—Creo que tienes razón —dijo Alexander no muy convencido, y se situó frente a ella como impidiéndole que caminara—. Es tarde ya y yo debo de ir a trabajar mañana, pero no quisiera separarme de ti todavía, la estoy pasando muy bien.

—Podemos vernos otra vez mañana —sugirió Anna con una sonrisa nerviosa.

—De acuerdo, pero esta vez tienes que darme tu número, ya sabes, solo por si acaso —pidió en un tono divertido.

—Solo por si acaso —repitió ella asomando una sonrisa.

Alexander anotó su teléfono y se aseguró de guardarlo bien. Volvió a sentirse tonto por no habérselo pedido el día anterior, pero creyó que, ya que

la había encontrado, resultó mejor de ese modo, le añadía emoción a la situación.

Estaban de pie uno frente al otro, Alexander la miraba sin saber cómo despedirse, se notaba muy inquieto, parecía que quería decir algo, pero no encontraba el valor, hasta su respiración había cambiado.

—¿Ocurre algo? —preguntó Anna que se dio cuenta, era imposible no notar lo incómodo que estaba, ya Alexander hasta se rascaba la cabeza.

—Yo... yo me preguntaba si... ¿Crees que pudiéramos hacer de esto algo más que solo una cita...? —preguntó con nerviosismo, tomó aire y continuó— Es decir, me gustas mucho, me gustas demasiado. Sé que suena muy raro, pero ¿no podríamos comenzar una relación, o algo así?

—¡Oh por Dios! ¡¿Me estás pidiendo que sea tu novia?! —preguntó ella con mucha sorpresa.

—No he dicho esa palabra, pero... sí.

—¿Tan pronto?, bueno... yo...

—No tienes que responder ahora —interrumpió Alexander antes de que ella terminara la frase—. No tiene que ser una relación muy formal, podemos comenzar poco a poco, apenas nos conocemos. Solo quería que supieras que es lo que pasa por mi mente.

Anna se quedó en silencio un momento, miraba a Alexander directo a los ojos sin decir nada.

—Lo pensaré —dijo al fin.

Alexander pareció muy aliviado.

—¿Nos vemos mañana?

Anna asintió con la cabeza. Alexander quiso besarla, pero le dio la impresión de que, a pesar de que ella se notaba muy feliz, si lo hacía se echaría para atrás. Lo pensó dos veces y decidió volver a estrechar su mano mientras que ambos sonreían nerviosos.

Capítulo 9: los pensamientos de Alexander y el sueño de Anna.

Alexander se quedó observando a Anna mientras que caminaba por la calle hasta que se perdió de vista. Hacía una lista mental de todas las cosas que le gustaban de ella. Le encantaba su manera de hablar, su voz era dulce, suave y pausada. También le agradaba mucho que Anna fuera de estatura alta, apenas unos diez centímetros por debajo de él, Alexander medía 1.85 cm. En cuanto a su manera de vestir consideraba que era muy sencilla, pero le gustaba, la hacía diferente a las mujeres que conocía en los clubes que de vez en cuando frecuentaba, todas ellas usaban vestidos muy cortos, tacones demasiado altos, mucho maquillaje y, por si fuera poco, peinados llamativos, claro que suponía que esa era la forma de vestirse para ir de fiesta, no podía imaginar a esas mujeres vestidas de ese modo en una oficina o tomándose un café. Una parte de él le decía que ya no necesitaría a ninguna de ellas, sentía que Anna, quien era bella al natural y no necesitaba de adornos, tenía todo lo que él pudiera querer y necesitar. No había nada que quisiera cambiarle o agregarle. La encontraba perfecta.

Alexander comenzó a caminar por las calles concurridas de New York. Si Anna aceptaba ser su novia todo sería diferente, pero no le daba mucha importancia al asunto, el amor no suele razonar y él se estaba dejando llevar por sus emociones demasiado rápido.

Ya era pasada la media noche cuando se devolvió a su apartamento en un taxi, sin inconvenientes de ningún tipo.

Cuando llegó se dio cuenta de que, como casi siempre, tenía mucha hambre.

Fue a la cocina y revisó el refrigerador. Se sirvió jugo de naranja en un gran vaso, hizo una mezcla de frutas con queso, y comió mientras esperaba la orden de su cena.

Más tarde, cuando ya se había cambiado de ropa, se sentó en el sofá y sacó su teléfono del bolsillo. Allí en la lista de contactos aparecía Anna de primero. Sonrió un instante al verlo y casi enseguida su rostro palideció, sintió una fuerte presencia a sus espaldas. No podía haber nadie allí aparte de él, pero le dio terror mirar hacia atrás.

Por suerte el servicio a domicilio era veloz, en ese momento sonó el timbre de la puerta. Al instante la presencia desapareció, y no volvió más por esa noche.

Anna regresó a su apartamento con las mejillas adoloridas, no había parado de sonreír en casi todo el camino. No podía dejar de preguntarse si aquello era amor o solo emoción.

Se quitó los zapatos, colocó su bolso sobre la mesa, caminó hasta su cama y se dejó caer sobre ella mientras repasaba lo vivido en las últimas horas, no podía creer que Alexander le había pedido que fuera su novia.

No tenía intenciones de dormirse, pero no pudo evitarlo. Pocos minutos más tarde su cuerpo descansaba sobre el colchón y en su mente ocurría un sueño agitado.

Veía una multitud de personas, no distinguía el rostro de nadie, las caras estaban borrosas y eso la inquietaba. Entre la muchedumbre pudo ver a un Ángel negro, no pasó mucho tiempo para que se diera cuenta de que era el mismo que había aparecido en sus sueños la noche anterior. Estaba lejos de ella, pero su mirada era poderosa, se acercaba más y más con pasos firmes.

Anna quiso correr lejos, pero ya había comprendido que se trataba de un sueño y sintió curiosidad, El Ángel era extraordinario, quería verlo más de cerca. Las alas de este ser oscuro eran inmensas, su presencia se sentía muy fuerte, casi palpable, y su mirada era indescriptible, era tan intensa que parecía que pudiera ver más allá de los ojos de Anna, como si pudiera atravesar hasta ver su alma.

Pronto estuvo frente a ella. Anna sintió paz y terror al mismo tiempo, sentimientos que no sabía que podían experimentarse juntos.

El Ángel movió su brazo hacia ella, estaba cubierto por completo por la túnica, al levantarlo sobresalió su mano, le brillaba con tanta intensidad que Anna entrecerró los ojos y sintió un calor que emanaba de él.

Aterrorizada, se dio la vuelta para echar a correr, y él le tomó con fuerza la muñeca derecha.

Aunque era un sueño, Anna soltó un grito de dolor como nunca antes en su

vida. Se encontró en su cama bañada en sudor frío, respiraba agitada y la muñeca le dolía muchísimo.

Se puso de pie apenas pudo y encendió la luz. Notó que la piel en donde le dolía estaba enrojecida. No podía explicar qué acababa de ocurrir.

En eso sonó el timbre, volteó enseguida a ver el reloj sobre su mesita de noche y vio que no eran ni las cuatro de la madrugada, no eran horas de visita.

Corrió hasta la puerta alarmada, estaba tan asustada que hasta pensó en buscar un cuchillo en la cocina antes de acercarse. Lo estaba pensando, era poco probable que un ladrón tocara antes de entrar. En eso escuchó voces del otro lado.

—¡Mi niña, escuchamos un grito!, ¡¿estás bien?!

Anna respiró aliviada. Se llevó la mano derecha a la espalda, abrió la puerta con rapidez y observó con gran asombro que cinco personas, y contando, se encontraban acercándose.

—¿Estás bien? —repitió su vecina de al lado, una señora rechoncha y de baja estatura. Resultaba tener su habitación justo detrás de la pared del cuarto de Anna y había escuchado con claridad el escalofriante grito.

—Lo siento, yo estoy bien, fue... fue pesadilla —murmuró con vergüenza mientras se quitaba el cabello del rostro con la mano buena—, una muy mala pesadilla.

—¡Estás sudando! —observó alguien con asombro.

—Sí.... suelo sudar mucho cuando me da calor, estoy bien —aseguró fingiendo despreocupación.

—Nos aterrorizaste a todos —dijo otra persona con una voz minúscula—. Ya íbamos a llamar a la policía.

—¡Oh por Dios no!, no llamen a nadie. Estoy bien, de veras lo siento, gracias por... haber venido hasta acá, me siento muy apenada con ustedes —dijo Anna mirándolos a todos y haciendo gestos que demostraban lo mal que se sentía por haber interrumpido el sueño de sus vecinos.

—Trata de descansar, no dudes en avisarnos si necesitas algo —indicó un anciano.

—Lo haré, muchas gracias a todos, de verdad.

Anna se despidió, se sintió afortunada por haber encontrado un apartamento lleno de personas tan amables, pero continuaba sintiéndose apenada.

A volver a estar sola apagó la luz, miró a su alrededor y sintió temor, así que la volvió a encender. Anna creía en lo sobrenatural, en que había cosas más allá de lo que podía ver, aun así, quería creer que todo había sido un simple sueño, pero era la segunda vez que veía al Ángel y el dolor en su muñeca no disminuía.

Decidió acostarse de nuevo para tratar de dormir, tuvo problemas igual que la madrugada anterior, pero con todas las luces encendidas, cubierta con una gruesa manta y abrazando a tres almohadas, pudo hacerlo en menor tiempo. Su rostro dormido tenía una expresión angustiada, y sostenía con su mano izquierda una compresa fría para calmar lo que ella consideraba como una inexplicable quemadura.

Capítulo 10: los hombres de ciudad son atrevidos.

Anna despertó la mañana siguiente con el cuerpo pesado, no se había movido de posición y le dolía todo. Le costó levantarse de la cama, eran las once, de nuevo había dormido hasta tarde.

Decidió volver a darse un baño de agua caliente para relajarse, no recordaba haber sentido tanto malestar desde que tuvo el último resfriado.

Se quitó la ropa y entró a la ducha. Al alargar su mano para abrir el agua notó como la quemadura le dolía menos y acercó la muñeca hasta el rostro para detallarla. No podía creer aquello que veía, era algo mínimo, casi del mismo color de su piel, pero no podía negarse que estuviera allí. La forma de una mano se encontraba plasmada en su muñeca. Se extrañó mucho, no estaba así antes, parecía haber cambiado. Asumió con terror que era la mano del Ángel, definitivamente aquello era más que un sueño. Su corazón aceleró, se pasó la otra mano por el cabello y luego por el rostro, respiraba de manera agitada, por un momento pensó que iba a darle un desmayo. Tocó la herida y pudo sentirla todavía caliente, al menos no le dolía como hace unas horas, era algo.

Abrió la regadera y se metió bajo el chorro. Se quedó así casi quince minutos, aterrada, trataba de relajarse con el agua que caía sobre su espalda.

Anna salió de la ducha no menos angustiada. Se vistió rápido con un suéter de mangas muy largas para cubrirse bien, no quería ver aquella marca ni por accidente. No podía dejar de recordar el sueño.

No había siquiera desayunado, estaba como en un trance sin fijar su vista en nada. El sonido del teléfono la hizo reaccionar con un sobresalto y miró asustada a todos lados.

—Hola —atendió haciendo un esfuerzo en que su voz sonara tan tranquila como siempre.

—¿Anna?!

—Sí mamá, soy yo.

—Te escucho distinta ¿Estás bien?

—Sí, solo que algo... —suspiró— adolorida.

—¿Por qué?, ¿qué tienes? —preguntó preocupada.

—Nada —mintió—, acabo de levantarme.

—¿No estarás enferma? —preguntó más preocupada.

—No mamá, estoy bien. Es solo que quería descansar.

Como toda madre, la señora Samantha se preocupaba por su hija, a veces demasiado. Además de preguntar si se encontraba enferma, preguntó también si estaba alimentándose bien, averiguó cómo estaba el clima, y advirtió que debía cuidarse de un posible resfriado. Anna consideraba que estas cosas eran innecesarias, cada vez que hablaban le hacía contestar una serie de preguntas que muchas veces se repetían en una misma sesión. Al menos la conversación ayudó a que se olvidara del sueño y decidió contarle sobre Alexander. Solo bastaron las palabras: «Mamá, creo que tengo novio», para que su madre soltara el teléfono.

—¿Cómo..?

¡Plaf! Se escuchó en el teléfono.

—¡Mamá! ¡¿Estás bien?!

—¡Espérame un momento! —respondió la voz que parecía lejana— ¡Por ningún motivo vayas a colgar!

Pasaron casi dos minutos. Anna esperaba impaciente.

—¡Listo! ¡Ya... volví! ¡Cuéntamelo...!, ¡todo! —dijo con la voz entrecortada como cuando se hace mucho esfuerzo y ya se está pasado de edad.

—Pero, ¿qué pasó?

—Estaba... buscando una silla —aclaró aún sofocada—, bueno, el sillón de la sala... es que estoy lavando las sillas del comedor y están afuera. Te estoy llamando desde el teléfono de la cocina ¡Uf! Ya está, quiero que me des todos los detalles ¿Cómo es eso de que crees?, ¿no estás segura?

—No lo sé... es decir, todavía no le he dicho que sí —respondió Anna al tiempo que se acostaba en su cama—. Es muy pronto, lo conocí hace tres días.

—¿¿Cómo?! ¡¿Solo hace tres días?! ¡¿Y ya te pidió que fueras su novia?!

—¡Sí! —respondió Anna con voz chillona, el asunto la ponía nerviosa.

—¡Bueno ya era hora! —opinó fascinada—. Los hombres de aquí del

pueblo no sirven, tú lo que necesitabas era un hombre de la ciudad ¡Esos sí que son atrevidos! ¿no? —agregó en un tono pícaro— ¿Cuándo lo traes a la casa?

—¡Mamá! —chilló Anna justo antes de incorporarse de su cama—. Es muy pronto —reclamó.

—Pero le vas a decir que sí, ¿verdad? —insistió descontrolada por la emoción.

—No lo sé, pero no me presiones. Todavía no lo conoces.

—¿Es un mal hombre? —susurró con temor.

—Parece magnífico —respondió Anna y suspiró al recordar cómo era y volvió a acostarse.

—¡Bah!, Dudas, miedo, inseguridad —dijo la señora Samantha con firmeza—. No dejes que se te metan en la cabeza, ya estás bastante grande, no lo pospongas —le aconsejó.

—Mamá, no es una de tus novelas. Por favor no te vayas a obsesionar con esto —advirtió Anna en el mejor tono de voz que pudo. Se refería a las novelas televisadas que su madre veía todas las tardes desde que tenía memoria.

—De acuerdo, de acuerdo. Te comprendo ¿ok? No estoy loca, solo que digo que ya es hora —se justificó.

Madre e hija estuvieron hablando casi una hora. Si Anna no le hubiera dicho que aún no había desayunado, lo más seguro es que hubieran hablado más tiempo. En ocasiones a la señora Samantha se le podía comparar con una cotorra, era difícil hacerla callar. Antes de partir a Nueva York Anna tuvo que hacerle frente y pedirle que no la llamara todos los días, sabía que cada charla podría durar varias horas. Además, si llegaba a conseguir el empleo no iba a tener la misma cantidad de tiempo disponible para ella.

Al colgar el teléfono, Anna sintió un ligero arrepentimiento por haberle contado a su madre sobre su posible relación con Alexander, tal vez se haría muchas ilusiones, pero no le duró la preocupación, su estómago demandaba alimento de inmediato.

Comió una ensalada de frutas con avena. No tenía planes hasta la hora de su cita, decidió pasar la tarde viendo unas películas.

Cuando faltaba una hora y media para el encuentro comenzó a prepararse. No tardó en estar lista. Se vistió sencillo, pero se colocó otro suéter que tapara bien sus muñecas.

Se disponía a salir ya, pero hubo un inconveniente, las llaves, no las encontraba.

Unos minutos después desistió de su búsqueda al recordar que en que, muchas veces, cuando buscaba algo con desesperación no lo encontraba, así que dio un paseo dentro del apartamento haciéndose la despistada a ver si por casualidad las veía, pero el resultado fue negativo.

Luego de diez minutos volvió a buscar, estaba alterada, no podía perder la cita. Ya iba a comenzar a tener dolor de estómago por los nervios cuando recordó que Alexander tenía su número, así que solo debía esperar a que él se diera cuenta de que no llegaba y la llamara.

El tiempo transcurría, ya eran las nueve. Anna estaba sentada en el sofá de su cuarto, sostenía su teléfono en la mano y lo miraba con impaciencia. Alexander, no la había llamado.

Capítulo 11: visita inesperada.

La mañana siguiente Alexander estaba predispuesto a ir en taxi al trabajo, a pesar de eso hizo un intento en encender el vehículo y, para su sorpresa, este encendió como si nada.

Una vez en la oficina le pidió a Mary que por favor no le pasara llamadas, a menos que fuera de carácter urgente, tenía que terminar unos asuntos importantes.

De repente se oyeron unos gritos afuera de la oficina. «Un cliente enojado —pensó Alexander— pero ¿quién será?»

—¡Señor no puede pasar! ¡Señor!

—¿Cómo que no puedo pasar?! —exclamó la voz del hombre y Alexander la reconoció enseguida, pero dudó de que fuera quien pensaba.

Pasaron unos segundos y la puerta de la oficina se abrió de un manotazo. Alexander escuchó estupefacto la voz dramática de James que le exigía algo que no comprendía.

—Bien, explícate.

—James, ¿qué haces tú aquí, a esta hora?, ¿ocurrió algo amigo?

Alexander sabía que James, ahora que había al fin inaugurado el club, debía de dormir hasta pasada la hora del almuerzo si no quería caer enfermo por falta de sueño.

—¿Amigo? —preguntó alterado— ¡Já! En los doce años que llevamos siendo amigos jamás, repito, ¡jamás! me habías colgado una llamada. Ahora llega esta tal Anna, de repente me gritas por teléfono y me dejas hablando solo.

—James, perdón, no pensé que te afectara tanto —dijo levantándose de su silla.

—Estoy exagerando, pero sí que me molesté —aclaró en un tono más calmado— ¿Qué fue lo que pasó?

Alexander se dirigió a la puerta para cerrarla y James se sentó en una de las dos sillas que había frente al escritorio.

—De verdad que estaba alterado, a ver... ¿por dónde empiezo? —preguntó Alexander— ¿Te cuento todo?

—Claro que tienes que contármelo todo. Como te dije, esto nunca había pasado —opinó de nuevo con esa voz extraña. Se había cruzado de brazos, pero Alexander sabía que no era tan enserio su actitud y que lo hacía por dramatizar.

—Bueno, bueno. Está bien —dijo asintiendo con la cabeza. Se sentó en el escritorio y comenzó a narrar—. Me pasó de todo, primero...

—¡Señor!, ¿está todo bien?! —se escuchó gritar a Mary detrás de la puerta.

—¡Sí, Mary! ¡Todo bien! —gritó Alexander de vuelta— ¡gracias!

—¡No me va a despedir! ¡¿Verdad?!, señor.

—¡No! ¡¿De dónde sacas eso?!, ¡claro que no!

—¡Gracias, señor! —respondió ella más tranquila, pero sin dejar de gritar para hacerse escuchar.

—¿Dónde me quedé? —le preguntó Alexander a James.

—En realidad no has dicho nada aún —respondió con la expresión más seria posible.

—Ya, déjame contarte. Anoche cuando iba saliendo a la cita, no me lo vas a creer —dijo, e hizo una pausa para tratar de generar interés.

—¿Qué? —preguntó James con tal expresión que parecía que iba a enojarse de verdad si Alexander no se apresuraba a narrar los hechos.

—Me des-ma-yé —dijo lentamente.

—¿Te desmayaste? —preguntó entrecerrando los ojos como quien no entiende nada.

—¡Me desmayé! Tal como lo oyes. Fue la cosa más rara, podría jurar que sobrenatural, pero sabes que no creo en esas cosas —señaló mientras movía la cabeza de lado a lado—. No sé qué pasó, estaba caminando por el pasillo al ascensor y te lo juro, pude sentir que había alguien más allí.

—¿Y lo había?

—¡Claro que no! Además, cuando entré en el ascensor me desmayé, no recuerdo casi nada. Desperté en el suelo.

—Te dije que esa comida te haría daño, y eso que te di la pastilla. Ya vez el resultado: alucinaciones y pérdida de conocimiento —le contestó James

como si fuera un médico experto.

—¿Alucinaciones de qué? —vaciló.

—¿No me acabas de decir que sentiste que había alguien y no viste nada?

—Pues sí, pero te dije que no creo en esas cosas.

—Y ¿¡por qué me lo comentas entonces!?! —exclamó James casi como si gritara.

—¡Porque se sintió muy real! —respondió Alexander en el mismo tono.

—¿¡Vez!?! ¡Alucinaciones!

—Bueno, bueno, ya. Olvídate de eso, no había nadie. Lo que más me interesa es saber porque me desmayé, yo...

—Si no fue esa comida, fue culpa de Anna —interrumpió James.

—¿Anna?, pero ¿qué tiene que ver ella con esto?

—Pues, si no hubieras tenido una cita con ella, hubieras estado tranquilo en tu apartamento cuando se fue la luz.

—¿Estás queriendo decir que me desmayé porque conocí a Anna? Eso no tiene sentido.

—Te desmayaste porque se detuvo el ascensor. Sabías que no ibas a llegar a la cita y te dio un ataque —dijo agitando los brazos en varias direcciones— ¡Te desmayaste porque esa mujer te tiene loco! —razonó de nuevo en voz alta.

—¡Ah! —murmuró Alexander—. Bueno, déjame continuar, ¡escucha esto! Después que me recuperé pensé que había perdido la oportunidad de verla, pero, aunque ya habían pasado tres horas, decidí ir a ver si por casualidad no estaba allá aún. Presta atención a esto —dijo para llamar la atención de su amigo, a pesar de que este continuaba mirándolo casi sin parpadear—. Corrí a mi auto y el traidor ese ¡no quiso prender! ¡¿Puedes creerlo?!

—Humm. Esto es culpa del trabajo —opinó James pensativo con los dedos en su barbilla.

—¿Cómo que del trabajo?

—Has estado trabajando muy fuerte, estabas muy preocupado. Por eso no pudiste descansar como es debido, y te quedaste dormido el lunes. Si no hubieras llegado sobre la hora no hubieras estacionado mal el auto, no lo

hubieran remolcado y... —James hizo pausa para tomar aire, pues hablaba muy rápido— te hubiera funcionado a la perfección. De seguro esa gente le hizo algo y lo dañó.

—¿Tú crees? —preguntó Alexander en voz baja, asombrado de tan apresurado razonamiento.

—No se me ocurre otra —respondió encogiéndose de hombros.

—Tendré que demandarlos —dijo, y su mirada pareció perderse un instante.

—¡Es un auto nuevo!

—Lo sé, pero no, no puedo demandarlos.

—¿Por qué no?

—No tengo pruebas.

—Cierto —dijo James un poco decepcionado—, pero no importa. Si te vuelve a fallar, lo cambias por otro y ya. Yo lo llevaría al mecánico, pero siendo tu...

—Sí, creo que tienes razón —interrumpió Alexander.

—Es tu decisión, pero a ver continua, ¿cómo llegaste a la cita?

—En taxi, te juro que jamás en mi vida me había costado tanto trabajo detener a uno de esos autos amarillos, ¡casi muero atropellado! y él maldito ese ¡me dejó en otro lugar! Justo allí me llamaste tú. Estaba enojado porque pensé que había perdido la oportunidad de encontrarme con ella. Te juro que estaba enfurecido ¡Quería matar al imbécil! —dijo con rabia contenida y apretando el puño al recordar la escena de anoche.

—Pero, la encontraste ¿cierto?

—¡Sí! No muy lejos de allí, no te imaginas lo que sentí al verla...

—Alto ahí, no te pongas romántico —interrumpió de nuevo cuando Alexander empezó a hablar con aires de enamorado.

—Perdón, pero es que fue perfecto, a pesar de todo lo malo fue perfecto.

—Bueno, bien por ti. Ya saliste de ese compromiso —dijo mientras se levantaba de la silla, dispuesto a irse.

—Hoy la veré de nuevo —dijo mientras observaba al suelo.

—¿De nuevo dices? Explícate —demandó James dejándose caer sobre el asiento.

—Le pedí que fuera mi novia —respondió, sin levantar aún la mirada. Sacó un bolígrafo de su bolsillo y empezó a jugar con él.

—Y ella por supuesto dijo que no —aseguró.

—Dijo que lo iba a pensar, pero creo que va a decir que sí —comentó Alexander esperanzado al tiempo que asomaba una pequeña sonrisa y observaba el bolígrafo.

—Sí llega a decir que sí es una mujer fácil, no te conviene —opinó irritado.

—Oye, cuidado con lo que dices —advirtió al bajar del escritorio—. No la conoces.

—¿Y hace cuanto la conoces tú? Puede serlo.

—No es posible —respondió con firmeza—. Me juró que nunca en su vida ha tenido una cita, mucho menos novio.

—¡Oh! no solo es fácil, también es mentirosa.

—¡James! —protestó.

—Sabes que no puedes negarlo. No la conoces del todo, puede ser cualquier cosa.

—No sé, quiero creerle —confesó Alexander, había comenzado a dudar. Volvió a sentarse sobre el escritorio sintiéndose afligido.

—Alex, perdona, pero no puedo con la curiosidad —preguntó James. Casi se podía percibir en su voz un tono burlón— ¿Ya le dijiste que eres un mujeriego de alta categoría?

—¡Por supuesto que no! —respondió casi asustado, como si eso fuera una amenaza.

—Entonces, con muchísima más razón, no sabes que no te habrá dicho ella, es decir, te conozco, tu no le mientes a las personas nunca. Si no puedes ser tú sincero, mucho menos ella —explicó James.

—No son cosas que se dicen en una primera cita—. Se defendió.

—¿Y en la segunda sí?

Alexander se sentía acorralado, Anna parecía sospechosa, era muy hermosa, costaba mucho pensar en que decía la pura verdad.

—Responde —pidió James.

—Yo... no lo sé, no había tenido citas antes —intentó defenderse de nuevo—. Además, no le he dicho mentiras, solo no le he contado algunas cosas.

—Vamos Alex, no pongas excusas. Anna es bonita, ¿cierto?

—Es preciosa —respondió, y se perdió por unos segundos en su imaginación, recordándola.

—A ver, ¿cómo es ella?, no me has dicho nada sobre su apariencia.

—Cabello rojo, alta, ojos color miel.

—Suenas bella de verdad.

—Sí, creo que debe tener mi edad —dijo pensativo.

—¿Debe tener tu edad?! ¿No le has preguntado?! —estalló James al tiempo que abría bien los ojos.

—No, hemos hablado, pero... de otras cosas.

—¡Espectacular tu cita! ¿Sabes que hay mujeres que nada más con maquillaje se modifican el rostro por completo? ¡Algunas expertas son capaces de quitarse diez años, o más! Capaz esta vieja.

—¡Si inventas cosas! —opinó Alexander con una extraña expresión en su rostro. No sabía si reírse o preocuparse.

—¡Yo no invento! ¡Tú eres el que no pregunta! ¿Dices que es hermosa?

—Sí, ya te lo he dicho varias veces.

—¿Joven?

—Sí.

—Y, que no ha tenido novio.

—¡Exacto! —respondió Alexander muy alegre.

—¿Estás escuchando lo que dices?

Alexander se quedó en silencio, volvió a perderse su mirada y de nuevo se mostró desanimado.

—Sí, lo sé. Es ridículo —admitió pasándose las manos por el rostro como si tuviera sueño—, pero te repito, quiero creerle.

—Bueno, creo que ya te he dicho suficiente. Después no me digas que no te lo advertí.

—Estaré bien, no te preocupes —dijo Alexander, pero no sonaba muy convencido, de pronto le había parecido que esto de las relaciones podría ser un poco complicado—. Solo hemos tenido una cita, la verdad es que no es la gran cosa.

—Para otros no, pero para ti... bueno, dejémoslo así —dijo resignado y en voz baja después de interrumpirse a sí mismo—. Ya me voy, no tengo idea de cómo sigo despierto, voy a descansar.

—Conduce con cuidado —pidió Alexander un poco preocupado, ya sabía lo que era conducir con sueño.

—Sabes que siempre lo hago.

James se marchó enseguida.

Alexander reanudó sus tareas después de repasar en su cabeza todo lo que su amigo le había dicho, su mente estaba dividida y le costó enfocarse en su trabajo.

Capítulo 12: las preocupaciones de Alexander.

Cuando llegó la hora del almuerzo Alexander se dirigió al reducido espacio que estaba destinado para esto, una pequeña habitación en donde se encontraban, distribuido de manera muy ingeniosa para aprovechar el espacio, un pequeño refrigerador, y una mesita con un microondas acompañado de una cafetera. Para comer estaba dispuesta una mesa de tamaño moderado en donde solo cabían seis personas, adicional había cuatro sillas más. Siendo una empresa tan grande, nadie entendía porque el cuarto para almorzar era tan pequeño, al menos había uno por piso, si no, se armaría un alboroto de empleados hambrientos, comenzando por Alexander que siempre era el primero en llegar.

Mientras almorzaba decidió escribirle a su novia un mensaje. No era nada especial, solo le preguntaba qué iba a comer.

Transcurrió un tiempo considerable y ella no contestó. Alexander comenzó a hacer suposiciones «Anoté mal su teléfono, o ella me dio uno incorrecto —pensaba—. Tal vez, como le pedí que fuera mi novia así de pronto se asustó y me dio un número falso». No se daba cuenta de que masticaba su comida apenas cerrando la boca, tenía la mirada perdida, y una expresión ridícula en su rostro.

«Algo malo le pasó», pensó Alexander en horas de la tarde, cuando firmaba unos papeles. En ese momento Mary, quien estaba de pie frente al escritorio esperando, notó el semblante preocupado y vio que cuando terminó de firmar, se quedó inmóvil sin mirar a nada en específico. Observó cómo su jefe sostenía con firmeza el bolígrafo de una manera inusual, con el puño cerrado, y no se atrevió a pedirlo de vuelta.

A la hora de salida, Alexander estaba frente al ascensor, esperando junto a varios de sus compañeros. «Su teléfono se dañó, eso tiene que ser, seguro lo metió en la lavadora por error, o se le cayó en el inodoro, puede pasar, a mí me ha pasado. A lo mejor se lo robaron, o tal vez no tiene señal y por eso no caen las llamadas, ¡claro! —gritó en su mente—, eso es, tuvo que irse de viaje de repente y como no le di mi número, porque soy un idiota, no pudo avisarme».

El ascensor abrió sus puertas y todos entraron, todos menos él que en su

mente continuaba «¡Oh Dios! ¡Está muerta!». Se quedó paralizado, pensaba las cosas más horribles. Mientras tanto sus colegas aparentaban tener problemas en decidir entre esperarlo, o marcar la planta baja.

En eso apareció Mary, sofocada como siempre. Todos desviaron su mirada a ella. Cargaba con su enorme bolso amarillo, tenía una especie de cuentas de colores como adorno. Este accesorio siempre causaba la curiosidad de todos, no sería exagerado decir que el edificio entero se había preguntado, al menos una vez, qué llevaba allí dentro. Mary se dio cuenta de que su jefe continuaba en mal estado y lo tomó por el brazo para conducirlo al ascensor.

—Ha tenido un día difícil —explicó a los demás.

Cuando Alexander llegó hasta su automóvil tuvo que reñirse a él mismo, antes de poder conducir.

—¡Bah!, quédate tranquilo, te vas a volver loco, seguro estará en el cine a la hora acordada —se dijo en voz alta.

Llegó hasta su apartamento. No tardó en alistarse para la cita. A pesar de que tenía pensado llevar a Anna a cenar después del cine, hizo un improvisado sándwich y se lo comió con prisa. Tomó tres paquetes individuales de galletas, se las metió en los bolsillos y salió veloz, iba a buen tiempo, pero quería asegurarse de ser el primero en llegar.

Faltaban quince minutos para las ocho cuando llegó al lugar acordado, se suponía que se encontrarían junto a la taquilla para comprar el ticket juntos, no habían hablado sobre qué película verían.

Se dio cuenta con alegría de que Anna no había llegado aún, pero el sentimiento no le duró mucho, faltaban menos de cinco minutos para la hora y ella no aparecía.

—Seguro va algo retrasada, esperaré —dijo en voz baja. Eran las ocho y veinte minutos.

A las nueve en punto marcó el número de Anna, no había querido hacerlo antes para no parecer desesperado, pero una hora de retraso sin aviso no era normal, al menos en una persona decente y estaba seguro de que ella lo era.

Alexander tenía las manos húmedas y frías, había estado caminando de un lado a otro sin alejarse casi nada de la taquilla, sentía un cosquilleo desagradable que recorría sus piernas e intentaba moverse para hacer

desaparecer aquel sentimiento. Más de una vez se agachó para flexionar sus rodillas, no estaba acostumbrado a estar de pie tanto rato y le dolían las piernas.

Pensó en ir a descansar en su auto, que estaba estacionado al otro lado de la calle, pero ella no sabía cómo era, ¿y si Anna venía caminando y al no ver a Alexander a la distancia se daba la vuelta y se marchaba? No quería correr ese riesgo.

Tres horas transcurrieron desde el momento acordado, y ya Alexander se había comido todas las galletas. Unas seis veces marcó al teléfono de Anna, pero al parecer estaba apagado. Ahora sí estaba convencido de que le había dado un número equivocado, no había forma de que lo hubiera anotado mal, en ese caso ¿por qué ella no estaba allí?, ¿le había ocurrido alguna desgracia? Sentía que su corazón se hacía añicos junto con su estómago que no lo dejaba tranquilo, un estremecimiento muy incómodo, como un nudo, que lo mantenía nervioso.

Decidió al fin marcharse, el señor que atendía la taquilla hace mucho rato que lo observaba de manera extraña. Alexander imaginaba que el hombre no dejaba de preguntarse ¿quién era él? o ¿qué estaría esperando para comprar el ticket?, pero, sobre todo, ¿qué película quería ver?, ¿acaso esa película erótica que se había vuelto tan popular?, tal vez pensaba que no encontraba el valor de entrar.

Cruzó la calle y manejó de regreso con el corazón arrugado, deseaba con ansias ver a quien había jurado que podría ser el amor de su vida. Hubo un momento en que pensó que sería espectacular que sucediera algo como la noche anterior, que se encontrara con Anna por casualidad, pero ¿qué probabilidades había de que eso sucediera de nuevo? Ninguna.

«La he perdido —pensaba con tristeza y enojo—. La asusté al pedirle que fuera mi novia. Soy un idiota».

Alexander solía ir a un club a beber cuando necesitaba liberar preocupaciones, pensó en ir al de James. Miró su reloj, ya no faltaba casi nada para que abriera, pero no podía beber como tenía ganas esa noche, pues tenía que ir a trabajar al día siguiente.

Resolvió detenerse frente a una tienda de dulces.

Entró y adquirió una buena cantidad, como para ahogar sus penas

comiendo en lugar de ahogarse en el alcohol.

Cuando llegó a su apartamento tomó una larga ducha de agua caliente. No quitó las preocupaciones de su cabeza, pero se sintió más relajado.

Con solo una toalla negra acomodada en la cintura se dirigió a la cocina. Tomó la enorme bolsa de papel llena de dulces que había dejado sobre la mesa, y se dirigió a su habitación.

No acostumbraba a comer en su cama, pero tenía el ánimo tan bajo que no le importó.

Encendió la televisión y se dedicó a destapar un paquete tras otro. Trataba de enfocarse en las noticias, narradas por una periodista de cabello rubio que llevaba una enorme chaqueta roja.

—Moriré de una hiperglucemia, puedo sentirlo— murmuró cuando ya había vaciado una cantidad considerable de paquetes pequeños.

El volumen estaba muy alto, la voz chillona de la periodista parecía retumbar en las paredes, pero Alexander dejó de prestar atención. Había fijado su vista en la mesita de noche, observaba con mucho detenimiento su teléfono celular.

Terminó por tomarlo, con los dedos llenos de chocolate. Se le quedó mirando como si esperara que algo ocurriera de un momento a otro.

Aquello que deseaba no ocurrió.

—Estoy loco, pero haré un último intento —dijo convencido de que no contestaría.

El teléfono repicó, no había repicado las veces que la llamó. Su corazón aceleró, pero nadie contestaba. Se quitó el teléfono de la oreja y vio la pantalla, a un centímetro estaba su dedo para colgar cuando escuchó una voz desconocida que le hacía una pregunta muy simple.

—¿Quién es?

Enseguida tomó el control para quitar el sonido al televisor y escuchar con atención.

Capítulo 13: llamada en la madrugada.

Anna no estaba muy consciente, más dormida que despierta, había atendido la llamada de manera automática, sin estar segura de lo que ocurría.

—¿Anna? —escuchó al otro lado de la línea.

—Sí —musitó con dificultad.

—¿De verdad eres tú? —insistió la voz.

—¿Quién es? —preguntó ella que continuaba sin reaccionar por completo, tenía los ojos entrecerrados, había dejado la luz de la habitación encendida y sentía que le quemaba los ojos. Estaba durmiendo muy profundo y hasta su voz parecía la de otra persona.

—Soy yo, Alexander.

Anna se rio, no pudo evitarlo. Se quitó el teléfono de la oreja y al ver que eran casi las dos de la madrugada se rio con más fuerza. Colgó la llamada, movió la cabeza para negar lo ocurrido, dejó caer el teléfono y suspiró.

Estaba en el sofá de su habitación con la ropa lista para la cita. Le dolía el cuello y el brazo izquierdo, había dormido en una mala posición. Se incorporó sin mucho cuidado y se dejó caer sobre la cama.

Abrió los ojos de nuevo, lo que consideró como un minuto más tarde, y se puso de pie.

Se dirigió hasta el baño y al verse en el espejo se sorprendió al ver que estaba bastante despeinada. Acomodó su cabello con una cola alta y se quitó el poco maquillaje que se había colocado.

Volvió a su habitación para cambiar su ropa por una de dormir, y fue a la cocina con intenciones de buscar un vaso de agua fría.

«¿Me quedé dormida de tanto esperar? No puede ser —recapacitaba asombrada, sentía una mezcla de tristeza y enojo—. Fui una tonta, pensé que esta vez sí podría sucederme algo asombroso. Fue una buena suerte no haber encontrado mis llaves, si hubiera ido al cine... no sé...». Anna interrumpió sus pensamientos para tomar casi un vaso entero de agua en dos tragos, tenía la garganta muy seca.

Se devolvió a la habitación, apagó la luz y se acostó en su cama. «Tantas ilusiones me hice, que hasta soñé que me llamó a las dos de la mañana ¡Já!,

que loca estoy».

Anna sintió una punzada en su corazón, ¿y si no fue un sueño? «No, no puede ser, tuve que haberlo imaginado entonces».

Se puso de pie de un salto y buscó el celular en el sofá. Revisó las llamadas entrantes y al ver una de hace pocos minutos ahogó un grito de sorpresa.

—¡Oh por Dios! ¿fue cierto? —murmuró y marcó enseguida sin pensarlo.

—¿Alexander? Eres tú, ¿verdad? —preguntó ya despierta por completo.

—Sí, soy yo ¿Estás bien?

—Sí, lo estoy —respondió extrañada—, ¿tú estás bien?

—No estoy seguro —murmuró la voz— ¿qué ocurrió?, ¿por qué no fuiste al cine?

—Es vergonzoso, yo... perdí mis llaves —confesó forzando la voz, le costaba admitirlo, se sentía tonta.

—Eso puedo entenderlo, me ha pasado, pero ¿tu teléfono no funcionaba? Te estuve llamando.

Anna, que estaba más tranquila después de escuchar que él había perdido sus llaves al menos una vez, habló con Alexander. Se explicaron lo que le había ocurrido a cada uno. La mala suerte parecía acompañarlos, a pesar de eso, Anna sintió una inmensa felicidad que le llenaba el corazón al darse cuenta de que la realidad era otra diferente a la que había imaginado.

—De verdad siento no haber podido llegar —se disculpó ella por tercera vez.

—Ya no te preocupes por eso —insistió Alexander—, ya pasó. Lo importante es que estás bien, pensé que te había ocurrido algo, o que me habías dado el número incorrecto.

Anna rio con fuerzas.

—¿De verdad pensaste eso? —preguntó asombrada.

—Vamos, no te burles —pidió Alexander que a juzgar por su voz también quería reír.

—De acuerdo, es que es gracioso que lo hayas pensado. Me hubiera gustado verte —confesó. Ahora su voz se escuchaba entristecida—. O al

menos desearía haber hablado por teléfono contigo y que hubieras venido hasta acá.

—¿De verdad?

—Sí

—¿Y si voy ahora? —. La voz de Alexander sonaba emocionada.

—¿En este instante? —preguntó con mucho asombro.

—¿No te parece buena idea?

Anna sonrió. No tardó en dar la dirección de dónde vivía.

—Voy para allá, no tardaré —escuchó antes de colgar el teléfono.

Capítulo 14: una presencia extraña.

Alexander colgó la llamada muy emocionado. Introdujo todos los paquetes de dulces vacíos dentro de la bolsa y procedió a limpiar el chocolate de sus manos, y del teléfono.

Se colocó un jean azul, se perfumó en cantidad y buscó una franela blanca que acompañó con un suéter del mismo color. Tomó su billetera, teléfono, llaves y salió apresurado sin terminar de calzarse bien los zapatos.

Mientras trotaba por el pasillo recordó el tenebroso episodio que había sufrido la noche anterior. Su imaginación parecía ser poderosa, pues las luces volvieron a titilar y Alexander pensó que era una ilusión. Parpadeó varias veces y se detuvo esperando que sucediera de nuevo. Se quedó detenido un par de minutos y nada ocurrió.

—Lo imaginé, no pasa nada —se dijo.

Reanudó la marcha y alguien pasó a su lado. Volteó enseguida, esta vez las luces estaban bien encendidas y no vio a nadie.

—¿Pero qué mierda es esto? ¡¿Qué pasa?! —gritó.

Pocos segundos después sentía su corazón en la garganta. Fue extraño, estaba muy seguro de haber sentido una presencia muy fuerte, como algo con brazos y piernas caminando en sentido contrario a él. Fuera lo que fuera parecía haber transcurrido con prisa, Alexander había percibido una brisa caliente a su lado.

No sabía qué hacer. Pensó en despertar a los vecinos, pero nadie iba a creerle lo que acababa de ocurrir.

Corrió hasta el ascensor, una parte de él temía quedarse encerrado de nuevo, pero no podía quedarse allí para siempre, igual tendría que ir a trabajar por la mañana.

Estaba de pie frente al elevador, el corazón continuaba latiéndole con fuerza, tenía la frente sudorosa y las manos frías. Miraba a todos lados mientras no dejaba de marcar el botón, como si con ello pudiera lograr que el aparato llegara más rápido.

Caminó unos pasos hacia la izquierda, pulsó el botón del otro elevador y esperó.

Nada. Alexander dio un tercer vistazo a su reloj de mano, no había duda, por primera vez en los años que llevaba viviendo allí, los ascensores estaban descompuestos, ambos al mismo tiempo ¿cómo podía ser eso posible?

Apoyó entonces la mano izquierda sobre la pared y recostó la cabeza en su brazo, respiraba lo más lento que podía deseando calmarse. Él y muchas otras personas se habían quedado atrapadas en el edificio.

Se le ocurrió llamar al señor encargado de la vigilancia nocturna, sacó su teléfono y se sorprendió al ver que este no tenía señal. Quiso tirarlo al suelo, ¿cómo que sin señal? No podía creerlo ¿Tendría que esperar hasta la mañana? Vamos que él no era el único que tenía que llegar temprano al trabajo. Pensó en que les haría un favor a sus vecinos, si lograba despertar al menos a uno de ellos para pedir un teléfono prestado y así hacer la llamada.

Comenzó tocando la puerta más cercana, primero al timbre, luego con la mano.

«Qué raro, no están —pensó extrañado, pero luego dudó—. A lo mejor tienen el sueño pesado».

Tocó la puerta continua del mismo modo, primero el timbre y luego con la mano.

Nada.

Caminó hacia una tercera. El resultado fue el mismo.

—¡¿Hola?! ¡Ayuda! —gritó con fuerzas mientras que comenzó a dar golpes a una cuarta puerta— ¡El ascensor se ha dañado! ¡¿Hola!? ¡¿Hay alguien allí?!

El silencio era tal, que cuando Alexander dejaba de gritar y golpear, resultaba ensordecedor.

—Maldita sea no puede ser —murmuró— ¡¿Qué no vive nadie en este lugar?! —exclamó con todas sus fuerzas mientras que pegaba a todas las puertas.

Alexander se asustó después de decir aquello, tuvo la idea descabellada de que solo él habitaba el edificio. Tal vez estaba muy cansado, a lo mejor era la sobredosis de azúcar que lo estaba haciendo alucinar, pero no recordaba haber visto a nadie, ni siquiera sabía dónde vivía la pareja que lo había ayudado cuando se desmayó.

Una idea alumbró en su cerebro confundido. «La alarma contra incendios» —pensó desesperado.

Corrió hasta ella. Quebrar el vidrio que la protegía parecía ser una locura, pero él estaba desesperado, todo aquello le parecía absurdo. Lo pensó varias veces, la mano que sostenía el martillo pequeño casi le temblaba y parecía resistirse al golpe.

Cerró los ojos como un cobarde y con firmeza destruyó el vidrio delgado. Metió la mano con cuidado de no cortarse y bajó la palanca. El ruido que esperaba escuchar no llegó a sus oídos.

—¿Qué?! ¡Maldición! ¡Maldita sea funciona! ¡Suena! ¡Vamos! — exclamaba con furia mientras que bajaba y subía la palanca con velocidad— ¡Ay!

Alexander desistió. Se había cortado el pulgar derecho con uno de los vidrios.

Se recostó de la pared mientras que intentaba respirar con fuerza para calmarse, lo que estaba viviendo no parecía otra cosa sino una pesadilla, pero estaba bien despierto.

Caminó cabizbajo a su apartamento mientras que se apretaba el pulgar con fuerza, en ese momento deseó haberse colocado un suéter oscuro, la sangre, aunque poca, resaltaba sobremanera en la tela blanca.

Entró y se dirigió enseguida al baño. Dejó correr el agua sobre el dedo, comprobó con alivio que la cortada no era gran cosa y buscó una bandita para cubrirla.

Estaba atrapado en su apartamento, nunca lo hubiera imaginado. No podía hacer nada, excepto bajar las escaleras, pero eran cuarenta y dos pisos. Fantaseó sin agrado la idea de descender tantos escalones y sintió pereza tan solo imaginarlo. Al parecer, si quería ir a ver a Anna en ese instante, era su única opción. Dio un vistazo a su teléfono y continuaba sin señal. «No es una buena noche» pensó.

Abrió la puerta otra vez, después de cambiarse el suéter por uno de color negro. Miró el solitario pasillo antes de salir, tomó aire y se puso en marcha después de trancar con llave.

Pensaba en que tal vez no sería el único bajando las escaleras, a lo mejor bien temprano en la mañana varios inquilinos se encontrarían transitando esa

área.

No llevaba ni diez pasos cuando decidió devolverse. Consideró la opción de que, si las cosas continuaban como estaban, era probable que la ayuda no llegara hasta bien entrada la mañana. En ese caso tendría que venir y subir cuarenta y dos pisos, acomodarse para el trabajo y bajar de nuevo a pie. No sería posible.

Volvió a entrar a su apartamento, tomó un bolso y metió las cosas necesarias para pasar en casa de Anna las pocas horas antes del amanecer. En su maletín guardó los papeles del trabajo que tenía que llevar. La camisa, corbata, pantalón y saco para ir a la oficina los guindó en unos ganchos de ropa. Los zapatos se los colocó de una vez.

Al salir, por tercera vez esa noche, algo insólito ocurrió. «Todo está en la mente» se dijo a sí mismo. Apenas había puesto un pie afuera y la rara e indeseable presencia apareció de nuevo, pero esta vez se mantuvo. Infló con aire sus mejillas y lo fue sacando poco a poco mientras caminaba, hizo esto varias veces para intentar relajarse.

Se dedicó a bajar las escaleras a paso rápido, pero sin correr, no podía apresurarse mucho o pronto quedaría agotado. Mientras bajaba la presencia descendía con él. Era una sensación muy desagradable, quería convencerse de que era producto de su imaginación, pero así le resultaba muy difícil, además había poca iluminación y eso favorecía el estrés.

Alexander estaba en buena forma, pero no era un hombre que levantaba pesas o que salía a correr, por lo que se cansó, al igual que casi cualquier persona, después de bajar tantos escalones.

Se detuvo tres veces a respirar, no quería hacerlo porque, aunque no quería admitirlo ni para él mismo, le daba terror interrumpir su descenso con aquel sentimiento de que no estaba solo.

Ya faltaban solo cinco pisos cuando decidió tomarse otro pequeño descanso, era inevitable, las piernas le temblaban y sentía que sus rodillas no podían soportar más su peso. Se había visto obligado, unos pisos más arriba, a quitarse el suéter, estaba transpirando, era como hacer ejercicio, pero podía jurar que sudaba mucho más de lo normal.

Alexander se ahogaba, sentado tres escalones arriba del final de unas escaleras, sentía que el calor aumentaba y que las sienas le palpitaban con

fuerza, creyó que iba a desmayarse. Llevaba el bolso en su espalda, el maletín en una mano y en la otra sostenía su ropa. Fue una suerte que no hubiera soltado ninguna de ellas, de pronto sintió que una mano, que parecía hervir, le tocó su hombro derecho.

—Detente —dijo enseguida una voz masculina, justo en su oído.

Alexander giró el rostro con velocidad. No vio a nadie.

Solo eso bastó para que terminara de bajar las escaleras como alma que lleva el diablo. Jamás había estado tan asustado en su vida.

Cuando llegó a la planta baja, que se encontraba muy bien iluminada, se detuvo, respiraba con una velocidad peligrosa. Se veía pálido y estaba convencido de que se desmayaría, tenía demasiadas ganas de ir al baño y temió lo peor. Dejó caer sus pertenencias y se sentó en el suelo recostado de la pared.

—¿Está usted bien señor Blanchet? —preguntó el vigilante del edificio. Se había acercado a él con rapidez.

Alexander resoplaba con tanta fuerza que no pudo responder.

—Cálmese señor, haga un esfuerzo —pidió el anciano que se había puesto tan pálido como Alexander— ¿Quiere que llame a una ambulancia?

Alexander hizo un gesto negativo con la cabeza, pero no pudo pronunciar palabra.

El señor se dirigió hasta su puesto de trabajo y sacó una botella de agua. Volvió hasta Alexander y se la ofreció.

—Beba Señor, por favor beba.

Alexander sujetó la botella con las manos temblorosas y se obligó a tomar unos tragos.

—¿Se encuentra mejor Señor Blanchet? —repitió el anciano instantes después, hablaba con voz baja y todavía muy nerviosa.

—¿Sabía... usted señor José... que hay cosas raras... demasiado raras pasando en este... edificio? —preguntó Alexander luego de un minuto. Su voz sonaba entrecortada y sus ojos no enfocaban nada.

—¿Cosas raras señor? ¿Qué tipo de cosas? —preguntó el conserje más preocupado que antes.

—No sé... ni quiero saberlo ¿Sabía usted... que los ascensores no funcionan? Ninguno de los... dos.

—Perdone que lo contradiga, señor, pero eso no es posible —respondió como con miedo.

—Compruébelo usted mismo.

El anciano se puso de pie con dificultad y se dirigió hasta uno de los aparatos. Presionó el botón. En treinta segundos sonó un pitido y se abrieron las puertas.

Alexander pareció palidecer más.

—No puede ser —murmuró y se llevó las manos a la cabeza para apretársela con fuerza.

El conserje parecía no tener palabras, se notaba asombrado y no podía estar más confundido.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted? —preguntó con aspecto preocupado.

—No sé qué demonios ha ocurrido esta noche, pero si continua así me mudaré —dijo Alexander sin mirar a quien le hablaba, mantenía la cabeza entre las manos, parecía hablar consigo mismo—. No puede ser que esté perdiendo la cordura.

Dicho esto, se puso de pie, tomó sus cosas y sin decir más salió por la puerta trasera que conducía al estacionamiento.

Alexander terminó por recobrar el aliento dentro de su auto. Estaba tan sudado que encendió el aire acondicionado para secarse. Se colocó sin mucho agrado su suéter, estaba un poco húmedo en el área del pecho, pero ni loco pensaba regresar a buscar otra prenda. Ya era hora de pensar con seriedad en lo que acababa de suceder.

«Esto no es indigestión por aquella comida, volvió a pasar. Algo muy extraño está ocurriendo en ese edificio... —hizo una pausa en su mente al recordar que el ascensor abrió cuando el conserje lo llamó— o a mí —añadió con terror contenido— ¿Me estoy volviendo loco?».

Quería salir de allí cuanto antes, pero no se sentía en condiciones de conducir. No fue sino hasta quince minutos después que encendió el auto, dispuesto a olvidar todo lo ocurrido por unas horas y disfrutar de la compañía

de Anna, si es que continuaba esperándolo y no se había dormido.

Alexander llegó a un edificio sencillo. Dejó su auto estacionado justo enfrente. Bajó junto con sus cosas y marcó el número de apartamento.

—¿Alexander? —escuchó la voz de Anna, sonaba preocupada.

—Sí, aquí estoy.

Piso 5, apartamento E-7, puerta color amarillo. No fue difícil, todas las puertas eran blancas. Solo la de ella era de ese color. Alexander sonrió para sus adentros y tocó dos veces.

Capítulo 15: conversando de madrugada.

El terrible sentimiento que Alexander había experimentado en su edificio, pareció desvanecerse por completo al ver a Anna. Era casi como un recuerdo muy antiguo, ahora estaba frente la hermosa pelirroja y ella le sonreía.

—No quiero parecer demandante, pero tardaste —dijo Anna mientras que le hacía un espacio para que entrara.

—Sí, tuve algunos retrasos, pero ya estoy aquí —explicó, no quería contarle nada de lo que había ocurrido—. Te ves hermosa —añadió.

—No te creo, pero gracias —respondió ella después de cerrar la puerta. Llevaba puesto, un suéter gris y unos pantalones blancos de dormir—. Como puedes ver no tengo muebles, solo esta pequeña silla —agregó señalándola, era de madera—, así que hablaremos en mi habitación, ven.

Alexander dio un vistazo rápido al lugar, consideró que, a pesar de que el mobiliario escaseaba, se sentía muy acogedor, las pocas cosas que veía estaban limpias y ordenadas. La cocina podía verse desde allí, era muy pequeña. Las paredes blancas y el piso de madera clara daban la sensación de estar en un espacio amplio y no reducido como era en realidad.

Cuando entró en el dormitorio lo primero que Alexander notó fueron las almohadas en la cama individual.

—¿Por qué tienes una, dos, tres... siete almohadas? —preguntó extrañado.

—Son para dormir —respondió Anna sentándose entre ellas y abrazando a una.

—Sí, pero ¿siete?

—Puede que parezca mucho, pero a mí me gustan —se defendió.

—Si durmieras conmigo no necesitarías tantas —bromeó y tuvo que aguantar las ganas de reír al ver la expresión en el rostro de Anna.

—No voy a acostarme contigo —aclaró ella de inmediato y apretando con fuerza la almohada, su rostro parecía reflejar una pizca de terror.

—Bueno... si te refieres a sexo déjame decirte que yo me refería a dormir, ya sabes, acostarse y cerrar los ojos. Lo que quería decir era que, en lugar de abrazar a todas esas almohadas, me abrazarías a mí —explicó y luego

asomó una sonrisa mientras tomaba asiento en el sillón viejo frente a ella—, pero despreocúpate que yo dormiré en este espectacular sillón —agregó en un tono sarcástico mientras que lo acariciaba con ambas manos.

Alexander notó que Anna trataba de aguantar las ganas de reír, pero a pesar de eso se veía aún preocupada.

—Lo siento —dijo Anna después de un corto silencio—, es que esto se me hace muy raro. Tengo que confesar... —suspiró— que nunca había estado con un hombre en mi habitación, bueno, tengo muy poco tiempo viviendo aquí, pero me refiero a que nunca he estado con nadie. Sabes de lo que hablo, ¿no?

—Es decir, que eres vir...

—Sí —interrumpió como si se avergonzara de ello—. En realidad, que yo sepa los únicos hombres que ha en entrado mi recamara han sido mi padre... —dijo mirando hacia arriba para recordar—y un plomero una vez que se dañó una tubería en mi baño, y bueno, los señores de la mudanza claro.

Alexander no sabía que decir, no podía creer que una mujer tan hermosa fuera tan inocente, sabía que no había tenido novio, pero no pensó en la posibilidad de que las cosas fueran de ese modo. De pronto sintió vergüenza de él mismo y le dirigió una sonrisa forzada, desearía decirle lo mismo, o al menos que solo había estado con dos mujeres o algo así. No podía decirle la verdad, si lo hacía, estaba seguro de que ella se alejaría de él. Alexander imaginó entonces el futuro próximo, tendría que mantenerla alejada de sus conocidos para que no se enterara, pero, por otro lado, no podía estar con ella mucho tiempo sin presentarle a nadie, comenzaría a sospechar.

—Pareces tener un problema con eso —dijo Anna.

—¿Qué?, ¿yo?, ¿problema? —reaccionó Alexander, se había quedado en completo silencio.

—Entonces...

—No puedo negar que me sorprende, eres demasiado bella —aseguró.

—¿Cuál es tu color preferido? —preguntó Anna, pareció ruborizarse un poco.

—Azul —contestó Alexander sorprendido por el cambio de tema tan drástico— ¿Cuál es el tuyo?

—Me gusta mucho el amarillo.

—Lo imaginé al ver la puerta, ¿no tuviste problemas por pintarla de ese modo?

—Prometí que, al mudarme de aquí, si es que lo hago, la pintaría de su color original. Tuve que firmar un contrato y todo —explicó con risas.

—Espera, ¿qué edad tienes? —preguntó de golpe interrumpiendo sus carcajadas, no sabía por qué motivo había recordado su conversación con James.

—Tengo veintiocho, ¿por qué?, ¿te preocupa mi edad? —interrogó extrañada.

—Quería saberlo, siento que hay mucho que no sé de ti.

—Bueno... lleva tiempo conocerse —afirmó ella con una sonrisa.

Alexander y Anna estuvieron una hora hablando, se hicieron un montón de preguntas, cada respuesta hacía que se sintieran más cercanos, se estaban conociendo mejor. No era una conversación sobre cosas muy profundas, estaban en esa etapa en la que tan solo oyes decir a esa persona especial que le gusta el chocolate, y quedas maravillado al ver que tienen mucho en común pues a ti también, como a la mayoría, te gusta.

Y así entre preguntas y respuestas se durmieron sin darse cuenta, Anna abrazando sus almohadas y Alexander acomodado en el sillón.

Mientras Alexander dormía tranquilo y profundo, las pocas horas de sueño para Anna fueron de nuevo inquietas. En esta ocasión ella corría con velocidad por las calles de Nueva York abarrotadas de gente a la mitad de la noche, no escapaba de nadie, buscaba algo con desesperación. El Ángel de alas negras siempre estaba a su lado, no se separaba, y aunque no le molestaba su presencia, a pesar de que la había quemado, prefería que no estuviera allí. Anna empezó a disminuir la velocidad a punto de rendirse, sentía que su búsqueda era inútil. Entonces él se situó frente a ella deteniéndola por completo y la miró con sus ojos negros. Anna hizo un esfuerzo por dejar de pensar en lo que buscaba y trató de prestarle atención, era como si él intentara decirle algo, pero cuando pareció que estaba a punto de hablar se despertó.

Ya había amanecido y Alexander estaba en su habitación. Le pareció muy extraño ver de nuevo aquel ser oscuro, lo que no pudo imaginar en aquel momento era que los sueños apenas estaban empezando.

Capítulo 16: desayuno ligero.

Una fuerte alarma sonó a las siete de la mañana, Alexander abrió los ojos y al mover la cabeza sintió un gran dolor en el cuello.

—¡Mierda! —se quejó con una mano en la nuca, y enseguida se percató de que Anna estaba allí frente a él con una expresión extraña en su rostro— ¿Te desperté verdad? Lo siento, es que este sofá me ha destrozado el cuello —explicó tratando de entender cómo se había dormido en esa posición tan incómoda.

—No, no me despertaste —respondió con aspecto turbio.

—¿Estás bien?

—Sí, un mal sueño, es todo.

—Ya veo. Oye, ¿puedo usar tu baño para ducharme, o crees que es mucho abuso?

—El baño está justo allí —dijo al señalar una puerta blanca.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí —respondió haciendo un esfuerzo en sonreír.

Alexander tuvo leves problemas para ponerse de pie, la espalda le dolía también.

Tomó el bolso, su traje, y se metió en el baño con intenciones de apresurarse en cuanto fuese posible, no quería causar molestias.

—Déjame invitarte el desayuno —dijo una vez que salió—. Encontré tus llaves en la ducha, ve a vestirme y te llevaré a un lindo lugar.

—¿Cómo que en la ducha? —preguntó Anna arrugando el rostro.

—No lo sé, estaban allí, ten —respondió entregándoselas.

Las llaves estaban húmedas, Anna se les quedó mirando un largo rato.

—No te preocupes por eso, a mí también se me han perdido cosas en lugares extraños. Anda, vístete, no sé tú, pero yo tengo muchísima hambre —insistió Alexander.

Quince minutos después ambos salieron del apartamento, Anna ya se notaba animada como siempre y bajaron las escaleras charlando muy alegres.

Cuando llegaron abajo Alexander fue directo a su auto, abrió la puerta y al no sentir a Anna a su lado miró a sus espaldas.

—¿Qué sucede? —preguntó— Sube.

—¿Es tu auto? —interrogó Anna que estaba a pocos pasos de distancia, tenía en su rostro una expresión de asombro.

—Sí ¿Por qué?, ¿no te gusta?

—No sé nada de autos, pero me parece que se ve costoso —respondió en un tono sospechoso.

—Lo es.

Alexander tuvo que dar unos pasos hacia donde estaba Anna y con suavidad la jaló del brazo para hacerla entrar.

El camino transcurrió en silencio, Alexander se concentraba en manejar con precaución y Anna observaba el interior del carro con curiosidad y sorpresa.

—No pensé que un arquitecto ganara tanto dinero —dijo cuanto terminó su inspección.

—¿Dónde quieres comer? —interrumpió Alexander tratando de desviar el tema, no quería darle detalles aún de cuánto dinero tenía, ni de donde había salido.

—Tú me dijiste que ibas a llevarme a un lugar —respondió pensativa—, ¿cambiaste de opinión?

—Tienes razón, te va a gustar —aseguró.

Pronto llegaron a un pequeño café. Casi al instante de entrar Alexander se dedicó a observar el menú. Treinta segundos después le preguntó a Anna qué quería comer, y ella respondió que desayunaba ligero.

—Yo voy a pedir dos sándwiches de pollo y queso, también dos jugos de naranja.

—Me parece bien —respondió aparentemente satisfecha.

Se sentaron en la mesa y pronto llegó la comida.

—Se equivocaron en la orden —dijo Anna sorprendida al ver que el camarero había traído, con una impresionante habilidad, cuatro enormes sándwiches de pollo y queso, y cuatro jugos de naranja

—No se equivocaron —respondió Alexander mientras masticaba con alegría.

—¿Cómo qué no?, trajeron el doble de lo que pediste —insistió no menos confundida.

—Te dije que iba a pedir dos sándwiches de pollo y queso, y dos jugos de naranja. Me dijiste que te parecía bien, y pedí lo mismo para ti.

—¡Te dije que desayuno ligero! —exclamó sofocada al observar la comida por segunda vez.

—Esto es ligero ¡Es pan! —dijo despreocupado.

—Ok, pero ¿dos?

—Sí —respondió con la boca llena.

Para Anna no quedaba de otra, empezó a comer, pero solo pudo con un sándwich, pidió el resto para llevar.

No pudieron charlar mucho, Alexander debía darse prisa al trabajo.

Se despidieron frente al auto de nuevo con un apretón de manos y la misma sonrisa nerviosa que indicaba que ambos querían algo más. Anna dijo que iría a caminar y a leer un libro en el Central Park. Alexander conduciría hasta el trabajo y se verían de nuevo por la noche, solo que esta vez no acordarían encontrarse en ningún lugar, él personalmente iría a buscarla.

Camino al trabajo Alexander sintió un vacío al encontrarse solo de nuevo y recordó el suceso aterrador vivido hace unas horas. Ya después de haber dormido, con el estómago lleno y a plena luz del día, estaba seguro de que todo aquello había sido producto de su imaginación, la pregunta era ¿qué había causado aquella reacción? No podía dejar de preguntárselo, y no pensó en otra cosa hasta que entró en su oficina.

Capítulo 17: demasiado para Anna.

Alexander llegó al trabajo y todo transcurrió con normalidad. A la hora de almuerzo aprovechó para enviarle unos mensajes a Anna. Le preguntó que estaba almorzando y ella le respondió que el sándwich que había sobrado del desayuno, entonces pensó que ella comía muy poco, pero en realidad opinaba que todo el mundo comía muy poco, no se daba cuenta de que el que comía demasiado era él.

Al salir de las oficinas Alexander fue directo a su apartamento. Se topó con el guardia de la tarde. Sin entrar en detalles exigió que hicieran cuanto antes una inspección al sistema de electricidad de la construcción.

No encontró nada extraño en el camino a su residencia, pero al pasar frente a la alarma contra incendios sintió escalofrío al ver el vidrio partido. Alguien había recogido los pedazos del suelo, imaginó un posible episodio de confusión durante la mañana con sus vecinos y las personas encargadas de la limpieza.

Entró a su apartamento. Después de organizar sus cosas y comer, empezó de nuevo la rutina de cambiarse de ropa y alistarse para la cita.

Una hora más tarde iba en camino al apartamento de Anna. Decidió detenerse en una tienda, no quería llegar con las manos vacías, no por segunda vez, así que escogió unas hermosas rosas rojas y un oso de peluche.

Cuando iba a pagar se dio cuenta de lo típico que esto resultaba. «¿Un oso y unas rosas?, debe haber otra cosa» se dijo. Rebuscó en la tienda, tomó una oveja de peluche muy tierna y un ramo de claveles rojos. Recordó también que en ocasiones los hombres llevan una caja de bombones y la clásica botella de vino, entonces escogió en su lugar una cajita de goma de mascar de varios sabores y un jugo de durazno. «No puede decir que no soy original» pensó Alexander muy contento mientras sacaba su tarjeta.

Al llegar al edificio estacionó en el mismo lugar que esa madrugada y subió las escaleras emocionado. Tocó la puerta y una Anna muy contenta le abrió.

—Para ti —explicó Alexander con una amplia sonrisa.

—¡Oh por Dios! ¡Me encantan todas estas cosas! —exclamó ella enternecida, sobre todo al mirar la oveja. Tomó todos los obsequios como

pudo con una gran sonrisa.

Una vez que llegaron al cine no fue difícil escoger la película, estaban pasando una que había resultado ser muy taquillera y ambos sintieron curiosidad.

Alexander pidió para él el tamaño extra grande de palomitas de maíz y soda, Anna en cambio pidió el más pequeño.

—Apenas te conozco, pero me da la impresión de que siempre comes de este modo —señaló Anna asombrada—, a ver, ¿cómo es que no tienes sobrepeso si consumes tanta comida?

—Tengo un metabolismo rápido, supongo —respondió mientras masticaba un puño de palomitas.

—Las modelos matarían por ser como tú —opinó Anna que no dejaba de sorprenderse.

—Es posible —respondió Alexander tratando de que no se le salieran las palomitas de la boca.

Cuando acabó la película fueron a un centro comercial cercano. Caminaron un rato mientras observaban las tiendas. Al pasar por una librería Anna se detuvo un instante a mirar los libros que había allí y Alexander le preguntó si quería entrar a echar un vistazo.

Así hicieron, ella comenzó a buscar algo interesante y él se fue a ver los libros de recetas de cocina.

—¿Encontraste algo que te gustara? —preguntó Alexander al cabo de un rato.

—Sí, siempre quise leer este, voy a... —. Dio la vuelta para ver el precio —. No, mejor no.

—¿Qué?

—No pensé que fuera tan costoso. Bueno, en realidad no lo es, es solo que no...

—Yo te lo compro —interrumpió sin dudar.

—¡No! No voy a dejar que hagas eso, ya me compraste cuatro cosas hoy —chilló Anna en voz baja—, además el cine y las palomitas. Es demasiado para mí.

—Ja, ja, ja, ¿demasiado? Esto no es nada. Dame, te lo voy a comprar — insistió mientras se lo quitaba con suavidad de las manos.

Al pagar, Anna salió de la tienda, pero él se quedó paralizado en la puerta.

—¿Qué ocurre? —examinó ella después de haberse dado la vuelta y notar que no avanzaba.

—¿Quisieras ir a mi apartamento? —preguntó Alexander con dificultad, estaba casi seguro de que ella respondería de forma negativa.

—¿Ahora? —preguntó pensativa.

Alexander asintió con la cabeza, y Anna se quedó en silencio mientras que lo pensaba.

—De acuerdo —dijo al rato y Alexander se sorprendió bastante.

—Bien —respondió muy emocionado y soltando un suspiro al tiempo que se quitaba de la puerta, había un cliente que esperaba por entrar.

Capítulo 18: la respuesta.

Anna quedó maravillada al ver donde vivía Alexander, tan solo el edificio le parecía lujoso, pensó que de seguro todos los que vivían allí eran ricos, se sentía muy fuera de lugar.

Entraron al ascensor. Una vez que llegaron arriba caminaron por el hermoso pasillo con piso de mármol beige y paredes color crema, muy alumbrado y con bellos cuadros artísticos a los lados.

—¡Wow! —murmuró cuando entró al apartamento y se sintió apenada por hacerlo, por suerte Alexander parecía no haberlo notado, se encontraba en ese momento hablando por teléfono para ordenar la cena.

Anna se encontraba fascinada con todo lo que veía, pero no quería parecer estarlo para no hacer creer a Alexander que era amiga de lujos y que por ese motivo ahora prestaría mayor atención a él. Nada de eso, el dinero para ella no tenía gran significado, aunque tampoco hubiera renunciado a ello, era realmente agradable ver tantas cosas fascinantes. No era que el lugar estaba forrado en oro, pero sí era muy distinto a lo que ella estaba acostumbrada a ver. Tuvo de nuevo el sentimiento de que no encajaba allí, que no encajaba en la vida de él, que había muchas cosas que no tenían sentido ¿Por qué se habría fijado en ella pudiendo conseguir una mujer de mejor categoría? ¿Por qué le había pedido que fuera su novia? ¿Cómo era posible eso de que él no había estado en una relación en su vida? Ahora, estando allí, le costaba muchísimo creer que todo lo que le había dicho era cierto, aunque una parte de ella se sentía mal al dudar de él.

Anna recibió un tour del propietario. La cocina fue lo que más la impresionó. La que había en casa de sus padres era simple y diminuta, con dificultad se podían meter a dos personas allí dentro. En cambio, esta era enorme, toda de mármol negro y tanto el refrigerador, microondas y demás electrodomésticos se veían muy tecnológicos. En medio había una mesa amplia en donde podían comer con tranquilidad ocho invitados, tenía unas sillas altas con cojines azules sin respaldar.

—¿Traes a tus amigos a menudo a comer? —preguntó Anna que enseguida imaginó una multitud en ese lugar.

—No, no traigo personas muy seguido, de hecho, casi nunca— respondió muy tranquilo.

Anna pareció asombrada ante esta respuesta, le estaba costando mucho trabajo confiar en todo lo que le decía. Sin embargo, quiso darle el beneficio de la duda y esperar a ver qué ocurría.

Continuó observando la cocina. Había sobre la mesa un enorme frutero repleto, como para alimentarse por varios días. Anna terminó por tomar una pera después de que Alexander se diera cuenta que las veía hipnotizada. Además de eso, no había nada de decoración en esa área, solo algunas botellas de distintos licores en lo que parecía ser un mini bar en la esquina.

Anna recorrió el resto del apartamento mientras que masticaba una pera, le gustaba mucho estar allí, aunque era ostentoso, lo encontraba sencillo. No había obras de arte, piano de cola o cuarto de gimnasio, nada de esas cosas que algunas personas con dinero se permiten tener. En la sala de estar había un televisor enorme, de seguro el modelo más nuevo, nunca había visto uno así, y cuando se sentó en el sofá de la sala dijo en voz alta que quería quedarse en ese mueble para siempre.

Un rato después Alexander le mostró el baño de visitas y el cuarto de lavado, que para él no parecían tener nada de interesante, pero Anna igual se sorprendió como hacía con todo.

Sonó el timbre de la puerta, la cena había llegado.

Anna observó cómo él salió disparado a abrir, y cómo comenzó a comer antes de sacar el contenido de las bolsas.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Alexander con la boca llena mientras sacaba el resto de la comida y la colocaba sobre la mesa de la cocina.

—No me apetece hacer mucho, solo quiero seguir hablando contigo —respondió mientras que se acercaba a la mesa.

—Nunca había hablado tanto con alguien.

—¿Te molesta? —preguntó sin saber que pensar.

—¡Para nada! Es que estoy sorprendido de mí mismo —respondió Alexander con verdadera sorpresa.

Anna empezó a comer muy contenta y se deleitaba a cada bocado, no era nada elegante, eran hamburguesas, pero estaban deliciosas. Tuvo un momento de terror al pensar en que, si continuaba aceptando las invitaciones para comer, subiría de peso con rapidez.

Alexander se comió dos hamburguesas con sus respectivas papas fritas y sodas. Cuando Anna pensó que había terminado de cenar él sacó del refrigerador una preciosa torta de chocolate, picó dos pedazos y le ofreció.

—No puedo decir que no a esto —dijo Anna que observaba la torta con detalle.

—Es de lo más deliciosa.

—No lo dudo —respondió antes de probarla.

Al terminar de comer Anna recibió una invitación para continuar la visita en el balcón y, al igual que todas sus reacciones, quedó atónita con la hermosa vista y la decoración. Había una alfombra muy elegante y varios espacios para sentarse, además de una mesa con sus sillas.

Ambos posaron los brazos en el muro que rodeaba el balcón y se quedaron contemplando el paisaje mientras continuaban charlando.

—He tratado de pensar cuando será el momento adecuado para preguntarte, creo que ahora está bien —murmuró Alexander en cuanto hubo un momento de silencio.

—¿Qué quieres preguntar? —preguntó ella con mucha curiosidad y fijando sus ojos en los de él.

—¿Ya has pensando si quieres ser mi novia?

—Sí, lo he pensado.... —respondió desviando la mirada a los altos edificios— la verdad es que se me hace muy extraño todo esto.

—¿Eso es un no? —preguntó Alexander, parecía tener miedo.

—Es que no me conoces lo suficiente, apenas...

—Anna, he hablado contigo como jamás he hablado con nadie —interrumpió—. Créeme, sé lo suficiente de ti como para saber que quiero estar contigo.

—Yo tampoco te conozco lo suficiente.

—Oye, tú me dijiste que lleva tiempo conocerse, ¿si tenemos que esperar a saber todo sobre el otro pasaran años! —reclamó Alexander en un tono burlón.

—Tienes razón —afirmó ella, que parecía buscar una excusa para negarse. Deseaba con todo su corazón decirle que sí, pero tenía un profundo

temor de que no iba a resultar porque nunca antes había funcionado con nadie.

—¿Y bien...? —insistió Alexander con una sonrisa que rebosaba de esperanza.

—¿Y si no funciona?

—Funcionará —aseguró— Vamos, no me hagas rogarte, yo estoy loco por ti. Quiero estar contigo, quiero que seas mi novia, a menos que... —suspiró y pareció que perdía toda esperanza— a menos que tú de verdad no sientas nada por mí.

Anna estaba pensativa, Alexander tenía algo que ella no entendía, desde el primer momento que lo vio sintió una enorme atracción hacia él, era tan extraño que si le llegaban a preguntar era probable que no supiera describirlo con palabras. Había estado tratando de resistir el impulso de actuar como de verdad quería, porque pensó que no era lo correcto, pero ahora que escuchaba a Alexander le daba la impresión de que él estaba tan desesperado como ella.

—Creo que estoy un poco loca —murmuró.

—¿Por qué dices eso?

—Porque... —. Anna suspiró. Levantó la mirada y fijó sus ojos en él. Asomó en sus labios una encantadora sonrisa y terminó su frase —voy a decir que sí. Yo también quiero estar contigo.

Alexander sonrió ampliamente y la abrazó con ternura, Anna se dejó abrazar y se quedó entre sus brazos. Era la primera vez que estaban tan juntos.

—¿Sabes? —dijo Alexander en voz baja y soltó un poco los brazos— He estado esperando algo con ansias y creo que ya no puedo más.

—¿Qué cosa? —preguntó Anna dirigiéndole la mirada.

—Nuestro primer beso —Y la besó.

No se puede decir que fue un beso de película, dejaba mucho que desear, pero Anna estaba muy nerviosa, así que Alexander no insistió, fue un beso tierno y rápido. Quedó muy sobresaltada, la había agarrado desprevenida.

Esa noche ambos hablaron de su pasado, sentados en las sillas de la mesa que había en el balcón, uno frente al otro. El primer turno fue para Alexander quien contó lo terrible que había sido su infancia con el divorcio de sus padres, lo difícil que fue para él la muerte de su madre, y mencionó la herencia que le había dejado al morir. Anna sintió una tristeza profunda al

enterarse de la pérdida, pero, por una parte, experimentó un gran alivio, eso explicaba muchas cosas, Alexander no estaba involucrado en algo ilegal como las drogas o la mafia, era solo una herencia muy grande.

—Hay algo que quiero saber, ¿por qué trabajas si no tienes necesidad?
—preguntó imaginándose como sería tener libertad económica.

—Cuando mi madre murió yo tenía casi tres años trabajando en la compañía —comenzó a explicar Alexander mientras que se dedicaba a observar el cielo oscuro—, justo acababa de conseguir un ascenso y todo marchaba muy bien, tenía buenos compañeros y un excelente jefe que valoraba el buen trabajo, no quería abandonarlo todo solo por ser rico. No sé si me entiendas —añadió y volvió a dirigir su mirada a Anna—, pero no puedo imaginarme estar el día sin hacer nada, no quiero ser un millonario que se pasa la vida gastando el dinero, me gusta mi trabajo y necesito tener la mente ocupada, así que ¿por qué no hacerlo?

Minutos más tarde llegó el momento de Anna para hablar, trató de ser lo más breve posible, aunque estaba encantada, suponía que era muy tarde ya.

—Tengo que admitir que te tengo un poco de envidia —dijo Alexander cuando Anna terminó su pequeña biografía—, quisiera haber tenido unos padres como los tuyos, parecen buenas personas. No conozco muchas parejas así, ahora que lo pienso... —dijo desviando su mirada con angustia— ninguna.

—Yo lamento que hayas tenido que pasar por el divorcio de los tuyos, no mereces que te haya sucedido así de ese modo. Ahora, no es que mis padres sean perfectos, también los he visto discutir, pero «si no superas los obstáculos, nunca llegarás a ningún lado con ninguna persona», o bueno, eso es lo que dice mi madre, yo no tengo experiencia, no sé qué tan difícil sea superar una pelea.

—Yo no tengo planeado pelear contigo.

—¿A no? —preguntó Anna desafiante y con una sonrisa.

—No, todos tus deseos son órdenes para mí —le respondió dirigiéndole una dulce mirada.

—Bueno, que suerte tengo —opinó muy contenta y se le escapó un bostezo.

—¿Tienes sueño?

—¿Tu no? —respondió Anna con otra pregunta todavía con la mano en la boca.

—Vamos, te llevo a tu apartamento.

—Es muy tarde ya —dijo pensativa y preocupada a la vez—. Tomaría algo de tiempo y debo dormir casi que urgente o no me veré bien en la entrevista, ya faltan pocas horas para que amanezca.

—¿Qué sugieres?

Anna notó que Alexander sonreía.

—¿Puedo pasar la noche aquí?, pero sin...

—Tranquila —le interrumpió—, ven, te mostraré la habitación.

Una vez más Anna quedó fascinada al conocerla.

—Cómo puedes ver la cama es bastante grande, así que tienes mucho espacio para ti.

—No tenemos que estar tan separados.

Alexander volvió a sonreír y abrió una puerta continua a la cama y entró. Salió con bulto pequeño de ropa y entró en otra puerta al otro lado de la cama.

—¡Ven aquí! —gritó Alexander.

Anna asomó la cabeza con curiosidad y terminó por entrar, era el baño.

—Ten, puedes ponerte esto, te quedará grande, pero creo que estarás más cómoda —explicó Alexander mientras que le entregaba a Anna una de sus pijamas—. Aquí tienes —añadió dándole un cepillo de dientes nuevo en su empaque.

—Gracias —murmuró Anna que estaba con la boca abierta.

—Tómate tu tiempo —dijo Alexander antes de cerrar la puerta y dejarla sola.

Anna tardó más observando el baño en sí, que alistándose para dormir.

—Qué agradable es todo esto —murmuró para ella al salir.

Los pijamas eran muy elegantes, pantalón y franela manga larga, la de Anna era de color blanco y la de Alexander era azul marino, de una tela que parecía ser seda, las medias eran de cuadros multicolores.

Ambos se acostaron en la cama y algo sorprendente ocurrió, Alexander

dijo unas palabras a Anna completamente inesperadas.

—Prometo que nunca romperé tu corazón —dijo casi en un susurro.

No supo que responder, primero, Alexander se durmió después de pronunciar aquella frase, y segundo, era una promesa exagerada.

Anna no sabía que su novio dependía de píldoras para dormir, mucho menos imaginó que por lo visto la presencia de ella lo calmaba, por segunda vez en la semana había conciliado el sueño sin esfuerzo.

Capítulo 19: la entrevista.

Eran casi las siete de la mañana cuando Anna se levantó y se metió al baño para arreglarse.

Al salir, le fue a dar un beso en la mejilla a Alexander para despedirse y en ese instante sonó el despertador.

—Buenos días —dijo ella.

—Buenos días —respondió soñoliento— ¿Qué sucede? Ya estas vestida, ¿la pasaste mal?

—No, no es eso. Es solo que tengo que ir a la entrevista.

—¿Qué hora es?! —preguntó Alexander sobresaltado y sentándose en la cama de un golpe.

—Son las siete, tranquilo —se apresuró a explicar al tiempo que le colocaba una mano en el hombro para impedir que se levantara—, es solo que quiero llegar temprano.

—Me hubieras... despertado... —dijo bostezando—, con gusto te hubiera llevado a tu apartamento —agregó al tiempo que se frotaba los ojos con ambas manos.

—No, no quería molestarte, tú tienes que ir a trabajar. Nos vemos más tarde, ¿te parece?

A Anna no le costó mucho convencerlo, el rostro de Alexander cayó sobre la almohada y ella se tomó la molestia de colocar la alarma para que sonara dentro de diez minutos, por si acaso.

Emprendió el recorrido a su apartamento, estaba tan impaciente que, de no ser por el trasnocho, se hubiera despertado más temprano para comenzar a alistarse.

Esta situación de la entrevista la tenía muy nerviosa, no podía fallar o se vería obligada a volver a Virginia y trabajar en el periódico, si es que la aceptaban de vuelta. Anna estaba segura de que no podría vivir de sus ahorros mucho tiempo más, ya había gastado una buena cantidad de dinero en varios meses alquiler y en unos pocos muebles que compró. Se sentía bajo presión, sería difícil buscar otro empleo como redactora, había enviado solicitudes a varias revistas un par de días antes de mudarse a la ciudad, a la fecha no había

sido llamada para ninguna entrevista. Consideraba encontrarse con su tía casi como su última opción, si quería trabajar en algo que la apasionara, por eso era mejor llegar horas antes, a correr el riesgo de llegar tarde.

Cuando estuvo en su apartamento lo primero que hizo fue ducharse. Luego preparó un desayuno exprés y buscó la ropa que tenía preparada para la ocasión, una falda que le llegaba a los tobillos con hermosas flores y una camisa ancha con mangas bien largas que cubrieran la marca en su muñeca. Notó con mucho asombro que la quemadura ya casi había desaparecido por completo, se había estado colocando una crema que su madre le dio antes de mudarse y no creyó que el efecto fuera tan rápido.

Una vez lista tomó los papeles que tenía preparados, sus mejores artículos, currículum, y referencias, ya lo había enviado todo en digital al correo personal de su tía, pero trataba de pensar en todo.

Para asegurarse de llegar a su destino prefirió tomar el metro. Todo el camino estuvo ensayando las respuestas a las preguntas que pensaba que le harían. Movía los labios y hacía gestos extraños, trataba de encontrar la manera perfecta de reaccionar ante cualquier comentario. Había hecho esto muchas veces en la privacidad de su apartamento frente al espejo, esta vez las personas en el tren se le quedaban mirando de manera extraña, pero ella estaba tan concentrada que no lo notaba.

Cuando llegó y vio el elegante edificio tuvo una corazonada, como si estuviera destinada a trabajar allí. Las palabras: Me and Me «*Yo y yo*» se encontraban en la cima de la construcción, y se detuvo un instante a contemplarlas. Más abajo sobre la entrada, decía: The woman's magazine «*La revista de la mujer*».

Entró al lugar tratando de convencerse de que sería un éxito.

Faltaba hora y media, por lo que aprovechó para dar un breve paseo y conocer mejor el área.

Era enorme, con elegantes cuadros artísticos, recordaba a un museo. Todo era en su mayoría de color blanco y daba la sensación de estar en el cielo, se veía impecable. En medio del vestíbulo había un escritorio monumental de color negro y de forma circular en donde estaban sentadas varias mujeres, que parecían estar dedicadas a la atención al cliente, no tenían tiempo de descansar, los teléfonos sonaban a rabiar a cada instante.

Anna pudo observar como personas iban de aquí para allá, en su mayoría del sexo femenino, entraban y salían de los cuatro ascensores de puertas negras. Había un séptimo elevador que llamó su atención, estaba al final y las puertas eran blancas, mientras los otros estaban en uso ese aparentaba estar descontinuado, porque nadie lo usaba.

Cuando faltaban quince minutos preguntó, a una de las ocupadas secretarias en el gran escritorio, en qué piso quedaba la oficina. Quedó sorprendida cuando ella le dijo, con una expresión muy extraña, que tenía que subir en el ascensor blanco.

Se dirigió a él con los nervios de punta, se veía amenazador, como si estuviera enojado.

Al entrar se sorprendió al ver que el interior de este aparato parecía ser más blanco que el resto del lugar. Con su mano temblorosa y fría, marcó el último piso y se puso a mirar ansiosa cómo los pequeños cuadros con números se alumbraban a medida que llegaba a su destino.

No pudo disimular su reacción cuando se abrieron las puertas, todo lo que había visto era espectacular, pero ese lugar lo era aún más.

Enseguida apareció una joven muy guapa con cabello oscuro, parecía ser de su edad.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí, busco a mi tía... —respondió Anna nerviosa, parecía casi haber perdido el habla, por un segundo se le olvidó hasta el nombre.

—Linda, ¿estás segura que no te has perdido?

—¿Ah?, ¿perdida?, ¿yo?, No —respondió Anna volviendo en sí—. Me dijeron que tomara el ascensor blanco y presionara el botón del último piso, mi tía... ¿Elisa? —preguntó, estaba casi segura de que así le llamaban.

—Querida debes estar equivocada. La Señora Elisa no tiene familia —respondió en seco la joven.

Era lo último que Anna esperaba escuchar, ahora entendía porque la secretaria de abajo también la había mirado de aquel modo cuando le dijo que tenía una cita con aquella mujer.

—¿Puedes por favor decirle que estoy aquí? Tal vez te diga algo diferente —dijo Anna con nerviosismo.

—No creo que...

—Por favor —interrumpió mirando con firmeza los ojos de la mujer.

La secretaria no parecía querer atender el pedido, suspiró, puso mala cara y después de observar a Anna de arriba abajo, como si tuviera la ropa llena de barro o algo peor, le dio la espalda y desapareció detrás de una enorme pared de vidrio que reflejaba con claridad todo como un espejo.

—¿Necesita algo, Señora Elisa? —preguntó la secretaria. Estaba pegada a la puerta, con las manos juntas, como para darse apoyo a ella misma. No se atrevía a avanzar un paso más, le temblaba la voz.

—¿Qué no te he dado la orden de que no me interrumpas a menos que te llame? —interrogó aquella mujer con su voz tan seca como era costumbre y sin despegar la vista de lo que estaba haciendo.

—Es que...

—Solo si hay un asunto realmente serio puedes venir sin mi autorización —explicó—, algo de vida o muerte, o peor, que las ventas estén bajando.

—Yo...

—¿Las ventas están bajando?, ¿es eso lo que sucede? —preguntó la Señora Elisa.

—No, pero...

—Entonces márchate —ordenó sin mirarla todavía.

La joven, que se encontraba temblando, se dio la vuelta para salir lo más rápido posible.

—¡Jane!

—Dígame, Señora —preguntó la secretaria, se había dado la vuelta con una velocidad impresionante.

—Mi sobrina viene hoy a reunirse conmigo, Anna, se llama. Cuando llegue, hazla pasar —le ordenó mientras escribía algo en una libreta de notas.

La secretaria tragó saliva.

—Sí, Señora —respondió entre dientes con los ojos bien abiertos, se

giró y salió.

Una vez situada frente a la pelirroja titubeó antes de preguntar.

—Eres Anna, ¿cierto?

Ella asintió con la cabeza.

—Por supuesto que lo eres. Tu tía quiere verte —agregó, y parecía contener demasiadas palabras, los labios casi le temblaban—. ¡Por favor disculpa mi actitud, no tenía idea! —dijo en voz baja, pero parecía gritar— ¡No me había avisado que tú vendrías y nadie viene para acá sin previa cita!, ¡aunque tú... ya tenías una cita ¡Ay!

Anna, que había hecho un esfuerzo en vano al tratar de calmar a la mujer que casi lloraba frente a ella, se dirigió hasta las puertas espejo y entró más asustada y preocupada de lo que había estado antes.

Quedó impactada, no conocía a su tía, no en persona, había visto fotos de ella cuando era joven y esperaba a una persona que se asemejara al menos un poco a aquellas imágenes. La Señora Elisa tenía el cabello gris, casi blanco, lo llevaba muy corto y despuntado a capas. Su piel era muy blanca y usaba unos anteojos de gran tamaño con un marco negro que ocupaban gran parte de su rostro. Vestía una ropa nada adecuada para el puesto que ocupaba, un suéter muy ancho y pantalones deportivos, ambos de color amarillo y medias a juego, se le podían ver por debajo de la mesa de vidrio, no llevaba zapatos, no se le podía juzgar, era la dueña del edificio, podía vestir como quisiera.

Anna miró alrededor, buscaba los zapatos, pero no los pudo localizar en ninguna parte. Observó con asombro que la oficina era de tamaño muy grande, como era de esperarse toda pintada de blanco, el escritorio de vidrio estaba justo en el medio, y los asientos eran de cuero negro. Detrás del escritorio se podía observar la ciudad completa, la vista era magnífica. Anna no entendía porque teniendo aquel panorama le daba la espalda, seguro era para no distraerse mientras trabajaba, sería difícil concentrarse con un paisaje así. Había también dos árboles pequeños sembrados en unas extrañas macetas que parecían estar tejidas de algún material brillante, se encontraban uno de cada lado del escritorio como si fueran soldados que protegían el área.

Anna seguía pegada a la puerta, se quedó sin voz cuando trató de

presentarse. No sabía qué hacer, su tía no la había mirado, a lo mejor era que no la había escuchado entrar, la verdad es que parecía muy ocupada.

—¿Y bien? ¿Qué esperas para venir hasta acá?

Anna sintió un leve temblor desde los pies hasta la cabeza, fue solo un segundo, pero no fue agradable, el corazón ahora sí que había comenzado a latirle con demasiada fuerza. Se dirigió al escritorio con tanta prisa que casi se cae.

—Así que tú eres mi sobrina —dijo la Señora Elisa sin todavía mirarla. Pasó casi un minuto para que levantara su vista y observara a Anna, quien todavía no hablaba, desde los pies, a través del vidrio de su escritorio, hasta la cabeza—. Te voy a explicar cómo son las cosas —continuó después del largo silencio—, solo por ser familia no te voy a dar este puesto así tan sencillo. Un puesto que en realidad no existe, si no que he tenido que crear porque tu madre me lo rogó. Todo el personal de esta revista trabaja aquí porque son excelentes en lo que hacen, no hay vacantes. He visto tu portafolio, al menos sabes escribir, pero te falta mucho como para merecer esta oportunidad. Tengo mis dudas, no seré yo la que te asegure un puesto aquí, serás tú.

Anna la miraba sin pestañear, trataba de seguir su ejemplo de no hacer ningún tipo de gesto facial, su tía tenía la vista firme en ella.

—Te daré tres meses de prueba, si cumples bien, tendrás el empleo.

Anna no respondió, estaba congelada, ni siquiera había tomado asiento.

La Señora Elisa volvió a su trabajo y no habló más, la entrevista parecía haber acabado. Sin embargo, Anna continuaba sin reaccionar y tuvo que pronunciar nuevas palabras

—¿Qué estás esperando para marcharte?, anda a trabajar, no hay tiempo que perder —ordenó.

—Gra... gracias... —murmuró Anna. No se atrevió a decir más nada, aunque quisiera no hubiera podido.

Salió de la oficina con las piernas temblando como si fueran de gelatina, pero a pesar de eso estaba muy contenta, había imaginado que la reunión tomaría al menos una media hora y que su tía le haría una gran cantidad de preguntas. En realidad, era un alivio que las cosas hubieran ocurrido así, aunque no se esperaba una prueba, menos una que durara tres meses, era

bastante tiempo. Con el nerviosismo olvidó preguntar si le iban a pagar, pero tal vez no se hubiera atrevido de haberlo recordado, era cierto lo que su madre decía, «es una mujer muy intimidante».

Capítulo 20: cambios en la vida.

Los días transcurrían y Anna era feliz. El trabajo era emocionante, cada día aprendía cosas nuevas y tomaba nota de todo, se esforzaba como nunca, le resultaba distinto a lo que estaba acostumbrada, pero le encantaba. Daba lo mejor cada día convencida de que, si ponía todo su empeño, lograría un puesto fijo.

Anna hizo buenas compañeras en el trabajo, todas eran muy amables. Con el tiempo le confesaron que al principio se sintieron obligadas a tratarla, pues era la sobrina de la Señora Elisa, pero notaron que era una persona muy agradable y sencilla, así que les terminó por caer bien. En el grupo destacaba Amanda, sus escritorios estaban juntos, así que era con la que más conversaba, ella era delgada, alta y morena. Eran muy distintas en comportamiento, y en la manera de vestir ni hablar. Al contrario de Anna, ella usaba ropa muy ajustada que hacía desviar las miradas de todos los hombres, pero esto no era razón para impedir que fueran amigas, Anna decía, para sí misma, que Amanda tenía un buen corazón.

Cuando tocaba almorzar Anna se reunía con las chicas. Al principio le preguntaron si Alexander no tenía un hermano, o un amigo igual de apuesto que pudiera presentarle a una de ellas para hacer una cita doble. Ella contestó que su novio no tenía hermanos y que no conocía a sus compañeros. Las miradas sospechosas hicieron que se preguntara por qué aún no conocía a nadie, él ya las conocía a todas ellas. Creyó que los amigos de Alexander eran empresarios importantes al igual que él, y como ella parecía más bien una mujer con estilo hippie, se avergonzaba de tenerla como pareja.

Una noche, después de cenar, Anna se armó de valor y lo confrontó.

—¿Por qué no me has presentado a ninguno de tus amigos? ¿Te avergüenza que alguien como yo sea tu novia? —dijo en el tono más tranquilo posible, no quería sonar alterada ni paranoica, la pregunta ya era bastante fuerte por sí sola.

—Perdona que te conteste con otra pregunta ¿Acaso estás loca? Jamás me avergonzaría de presentarte a mis amigos. Si quieres vienes conmigo al trabajo mañana mismo y conoces a todos.

—Si no tuviera que trabajar iría —respondió apenada, pero se sintió aliviada al escuchar su respuesta.

—Es una lástima —murmuró Alexander.

Fuera de esta minúscula discusión todo iba muy bien en la relación de ambos. En los primeros días de noviazgo es normal que no haya disgustos, ni peleas graves, por lo general se ceden a las peticiones del otro sin refunfuñar, el mundo parece mágico, perfecto, y no quieres separarte de esa persona, sientes cuando te despidas que es una tortura su ausencia y que solo cuando la vez de nuevo estás completo.

Anna y Alexander cenaban juntos todas las noches, él la iba a buscar al trabajo por las tardes y después de dar un corto paseo iban a comer en Fajitas Mex, o en algún otro restaurante, a veces era comida china, otras pizza o hamburguesas. La dieta era muy variada y ella se estaba acostumbrando, la mayoría de las veces hacía un sobreesfuerzo en resistirse a los postres de Alexander, temía muchísimo engordar.

La intimidad con su novio había mejorado bastante, pero Anna seguía sin querer llevar la relación a otro nivel, así que solo dejaba que Alexander la tomara de la mano, le diera besos y abrazos. Estaba muy agradecida de que él no la forzara y le diera su tiempo.

Seguía soñando con El Ángel todas las noches, por lo menos ya no se despertaba sobresaltada. Muchas veces pensó en buscar un significado a los sueños, tal vez consultar con una vidente o algo parecido.

Una mañana Anna decidió preguntarle a Amanda, sin revelar detalles, ya que siempre estaba leyendo el horóscopo, a lo mejor algo de eso tenía que ver.

—Cariño, no malgastes tu dinero —le aconsejó ella—. Busca en Internet, es gratis y es más rápido.

—Tienes toda la razón —respondió Anna. Era una excelente idea, además estaba corta de dinero.

Esa misma noche se propuso a investigar y se horrorizó al ver el primer resultado, «*el ángel de la muerte*».

—¿Acaso me voy a morir pronto?! —murmuró sofocada y con la respiración agitada.

Más tarde, después de leer innumerables artículos y testimonios, decidió que El Ángel solo trataba de darle un mensaje y, como fiel creyente de lo paranormal, resumió que lo mejor era seguir durmiendo hasta que se descubriera por sí solo, no podría soñar con lo mismo todos los días de su

vida, algún día tendría que acabar.

Por otro lado, Alexander, que se encontraba completamente enamorado de Anna y le regalaba flores a menudo, estaba aterrado de llevarla al trabajo y que alguna boca suelta fuera a decir algo que revelara su fama de mujeriego, trataba de mantener la relación lo más secreta posible, solo su mejor amigo sabía de la existencia de la pelirroja.

Continuaba asombrado de todo lo que compartía con su novia, no quería dejar de hablar con ella, todo lo que decía le parecía interesante, sin embargo, era una tortura para él mantener las manos alejas de su cuerpo. Alexander trataba de estar lo más calmado posible, después de todo, unas semanas sin sexo no iban a matarlo, el momento llegaría, solo debía esperar.

Alexander no había vuelto a escuchar aquella voz que lo atormentó en las escaleras, las luces del edificio y los ascensores habían estado funcionando a la perfección. Pero una noche, mientras estaba en su apartamento arreglando unas cosas del trabajo, sintió que no estaba solo. No hacía falta revisar el lugar, lo que lo atormentaba se sentía justo detrás de él, pero no había nadie visible a sus espaldas.

—¡Déjame en paz! —gritó Alexander.

Lo asombroso es que funcionó, pero no fue solo esa noche, le sucedió en más de una ocasión. Siempre daba resultado, pero a veces no podía gritar, desistió de la idea de mudarse cuando aquella presencia comenzó a acompañarlo al trabajo, o mientras que hacía unas compras.

—¡Maldita sea, lárgate! —exclamó una vez en su habitación cuando se iba a dormir, y después se quedó en silencio mientras se preguntaba si acaso estaría perdiendo la razón.

Alexander se repetía una y otra vez que todo estaba en su cabeza, pudo mantener la cordura gracias a que lo creía de verdad, después de todo, estos episodios ocurrían de vez en cuando y por cortos instantes, a veces eran solo cinco segundos. No le gustaba pensar en el asunto, se decía a sí mismo que era debido a lo vivido en las escaleras, un pequeño trauma que pronto pasaría.

Mientras tanto, James sentía que la relación, de más de una década, con su mejor amigo iba en picada.

Un jueves por la tarde fue a visitarlo. Mientras que esperaba que saliera de una reunión con el jefe, se enfrascó en la lectura de una importante revista de negocios.

James había estado pensando en preguntarle cómo iban las cosas con Anna, ya habían pasado unas semanas y se sentía desactualizado. Era más que obvio que su amigo, aunque estaba un poco desaparecido de su vida, se encontraba feliz, incluso su desempeño en el trabajo, según se acababa de enterar, había mejorado, pero no le agradaba que no estuviera yendo al club con la frecuencia que pensó que iría, solo se había aparecido dos veces y no se había quedado ni dos horas. En ambas ocasiones James se había sorprendido con lo fiel que le había sido a Anna, sin parecer dudarlo, Alexander rechazó todas las invitaciones de mujeres a bailar. Una de esas noches, al intentar preguntarle por qué no había ido al club el fin de semana, James sugirió la idea de invitar a Anna a ver el lugar, también quería conocerla a ella, pero recibió un «no» como respuesta de parte de Alexander, alegando que su novia no era una mujer de ese estilo.

Aquella tarde Alexander volvió de la reunión. James sostuvo con más fuerza la revista y comenzó enseguida a charlar de algunas cosas sin mucha importancia. Al momento de percibir el primer silencio, soltó la pregunta mientras abría una nueva revista tratando de no mostrar mucho interés.

—Todo marcha sobre ruedas, de hecho, voy a llevarla a un viaje — contestó Alexander.

—¿A dónde planeas llevarla? —preguntó haciéndose el distraído.

—A París.

—¿A París?, pero ¿cómo se te ocurrió eso? —exclamó dejando de fingir de leer casi de inmediato

—Bueno, no lo sé, fue un impulso —respondió en un tono despreocupado.

—¿Y ahora te vas a dejar llevar por impulsos? —reclamó con asombro — Las cosas hay que pensarlas bien y...

—¿Puedes no sermonearme? —interrumpió Alexander con una actitud muy seria— No quiero que me arruines el viaje.

—Está bien —se disculpó y fingió entretenerse de nuevo en la lectura.

Hubo un largo silencio. Alexander comenzó a organizar unos papeles y no fue sino hasta cinco minutos más tarde que James reanudó la conversación.

—Entonces, tu idea es llevarla al otro lado del mundo con apenas tres semanas de haberla conocido —dijo tratando de comprender.

—Sí, y no veo nada de malo en ello —respondió Alexander colocándose de pie. Se detuvo frente a la ventana para contemplar la vista.

—Un viaje a París es algo serio amigo —dijo cerrando la revista y poniéndola sobre el escritorio—. Yo solo digo que cuando vayas a terminar con ella no te la podrás quitar de encima tan fácil.

—Pero es que yo no quiero terminar con ella —aseguró dándose la vuelta —, Anna es maravillosa.

—Seguro que sí, pero me refiero eventualmente —explicó con pausas.

—¿Cuánto tiempo se conocieron tú y Julia antes de ser novios? —interrogó Alexander.

—Sabes que fueron dos años —respondió sorprendido por esa pregunta.

—¿Y te sirvió de algo?, igual te dejó. James, he conocido parejas que se conocen durante años y no funciona —explicó para defenderse—. Quiero intentarlo de otra manera, tengo un presentimiento de que funcionará.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Le vas a pedir que se case contigo? —se atrevió a preguntar James, hablaba casi en un tono de burla.

—Al menos no pienso cometer el mismo error que tú —exclamó, ahora parecía irritado—. Tenías a la mujer perfecta en tus brazos, esperaste demasiado tiempo para proponerle matrimonio, se te fue de las manos y...

—No sé porque no podemos hablar de Anna sin que metas a Julia en la conversación —interrumpió James enojado— Haz lo que quieras, es tú vida. —Y se marchó.

La opinión de James no importaba en esta situación, Alexander estaba decidido a llevar a Anna a Francia y tener un espectacular fin de semana.

Capítulo 21: París.

Alexander y Anna se dirigían en un taxi al aeropuerto el viernes por la noche. Para su tercer fin de semana juntos ya estarían en París ¿Qué mejor lugar para estar que en la ciudad del amor?

Cuando Alexander la invitó el grito por la emoción lo debieron escuchar los vecinos, estaba muy emocionada y mantuvo el mismo entusiasmo hasta el momento en que el avión se elevó, era su primera vez en uno y le pareció que el despegue fue muy fuerte, pero pronto se le pasó el malestar.

—¿Te gusta? —le preguntó Alexander cuando llegaron.

—¡Me encanta!

—Qué bueno, aunque no lo creas, hay personas a las que no le gusta París.

—No puede ser —dijo con sorpresa—. Yo estoy encantada de estar aquí, yo... he pasado mi vida entera en una jaula —añadió con sentimiento—. Tú me has sacado de allí ¡Gracias! —exclamó con ternura y lo abrazó con fuerza.

Alexander había hecho reservaciones en *Le Royal Monceau*, un hotel de lujo cuyas instalaciones eran extraordinarias, la mayoría de estas contaban con estándares cinco estrellas.

Una vez instalados bajaron tomados de la mano dispuestos a dar el primer paseo, estaban agotados, pero muy emocionados. Alexander sabía que en París puede llover en cualquier época del año, por eso había empacado un enorme paraguas rojo, por si acaso y lo llevaba con él todo el tiempo en su mano.

Se dirigieron primero al *Arco del Triunfo*, quedaba a solo diez minutos a pie del hotel. Luego de eso fueron a la *Torre Eiffel*, que se encontraba justo al lado, pero no recorrieron mucho pues les dio hambre y Alexander sugirió comer en uno de los restaurantes de la torre.

Muy emocionado ordenó. Cuando llegó la comida comió con alivio, ya estaba empezando a marearse.

—¿Sabes? He estado aquí muchas veces, pero nunca había disfrutado tanto —dijo Alexander mientras se deleitaba comiendo.

—¿Enserio? ¿Qué tiene este viaje de diferente?

—Que tú estás conmigo —dijo mirándola a los ojos—. Sé que estamos en París, el mejor lugar para los enamorados, pero estoy seguro de que lo único que necesito para ser feliz es estar contigo— agregó y casi enseguida siguió comiendo desesperado. No por estar enamorado su estómago dejaba de ser otro.

Alexander escuchaba sin mucha atención a una gran cantidad de cosas que Anna le contaba mientras que comían. Se sentía culpable, ella parecía no tener secretos. En cambio él seguía sin decirle a su novia tres detalles importantes: su historial de mujeres, que era socio reciente del club y su amistad con James. Tres cosas que eran básicas en su vida. No quería ocultárselo, pero no quería lastimarla diciéndole que había tenido numerosos encuentros sexuales con chicas desconocidas, y ¿decirle que su mejor amigo era dueño de un club nocturno, en donde él era el principal inversionista? ¡No gracias! No le parecía buena idea detallarle aquello, pensaba que se pondría de pie y se marcharía al instante al hotel y sería un viaje terrible de regreso a la ciudad.

—¿Verdad que sí? —preguntó Anna por tercera vez.

—¿Ah?, ¿qué?, lo siento, me perdí, explícame de nuevo —pidió esperando que Anna no se molestara por haberse despistado, ella solo sonrió.

Continuaron recorriendo la torre, y al salir de allí disfrutaron visitando lugares turísticos, tiendas y museos. Caminaban muy empalagosos, apenas se soltaron de las manos, solo para comer e ir al baño.

No descansaron en ningún momento, a pesar de que Alexander aseguró que volvería a llevarla, ella estaba desesperada por verlo todo.

Ya avanzada la noche se fueron al hotel. Tuvieron una cena muy romántica.

Cuando ambos estaban ya aseados y con ropa para dormir, Alexander comenzó a besarla con más intensidad de la acostumbrada. Anna, que pareció enseguida entender que pretendía, lo interrumpió para decirle con mucha pena que tenía la menstruación. La reacción de Alexander pareció de verdadera tragedia al principio, pero terminó por calmarse y de reírse de la vida, no dejaría que eso le arruinara el viaje. «¡Vamos!, ¡hay muchas otras maneras de demostrar el amor! No todo tiene que ser sexo» dijo en su mente. Esa noche ambos hablaron en la oscuridad de la habitación hasta dormirse.

La mañana siguiente Alexander invitó a Anna a visitar un último lugar antes de partir a Nueva York. Se trataba del *Museo del Louvre*, ella no sabía a cuál se refería, pero cuando estaban cerca le dijo que reconoció la enorme pirámide de cristal por haberla visto antes en películas, y se mostró más emocionada de lo que ya estaba al saber que entrarían allí.

Estaban a pocos pasos cuando Alexander tuvo una idea, lo pensó y se dijo a sí mismo que era el momento correcto. Detuvo a Anna y le plantó un beso apasionado que la dejó con las piernas temblando, la miró a los ojos y sintió que estaba listo para decirle lo que sentía por ella.

—Anna yo...

—¿Sí? —preguntó entorpecida.

—Te amo.

De inmediato empezó a caer una lluvia muy fina. La expresión en el rostro de Anna cambió con la misma velocidad del clima, se veía preocupada.

—¿Estás seguro?

—Tengo que amarte —contestó Alexander al tiempo que abría el paraguas rojo—, si lo que siento por ti no es amor, no sé qué es.

Anna sonrió, le dio un tierno beso en los labios y se envolvió en sus brazos.

—Yo también creo que esto es amor, también te amo.

Alexander soltó un suspiro de alivio.

—Pensé que tal vez te asustarías por lo pronto. Estoy consciente de que vamos muy rápido, pero no puedo negar que estoy loco por ti.

—Mis padres están juntos desde hace veintinueve años, y se juraron amor eterno a las dos semanas de conocerse —dijo Anna con tranquilidad.

—Entonces lo he dicho muy tarde —respondió entre alegre y apenado.

Ambos rieron y se encaminaron abrazados hasta el museo.

Capítulo 22: de nuevo a preparar las maletas.

Alexander y Anna no solo se dijeron el esperado «te amo» en París, también tuvieron oportunidad de conocerse mejor, fue la primera vez que pasaron tanto tiempo juntos.

Pocas veces se ha visto una pareja más enamorada, ya iban a cumplir su primer mes desde el día en que se conocieron y no habían tenido el primer desacuerdo fuerte. El resultado del viaje fue tan positivo, que Alexander quiso repetirlo a otro hermoso lugar, sin imaginar que esta vez las cosas no saldrían como lo planeaba.

El viernes en la mañana, antes de ir al trabajo, Alexander sorprendió a Anna apareciéndose en su apartamento.

—Pero ¿qué haces aquí? —preguntó ella— ¿Tienes el día libre?

—¿Qué te parece si vamos esta noche a Hawái?

Anna no pestañeó.

—¿A Hawái?, pero si acabamos de volver de París ¿No es demasiado costoso? —preguntó con culpa.

—Mi vida, no tienes que preocuparte por el dinero.

—Entonces sí quiero —dijo emocionada y después de pensarlo unos diez segundos—, una oportunidad así no se puede desaprovechar.

—Esperaba que no te negaras, no iba a aceptar un no por respuesta —dijo Alexander en un tono de broma—. Ten —agregó mientras buscaba algo en su bolsillo—. Tómala, compra lo que quieras, no te limites, traje de baño, bloqueador, lo que necesites.

—Pero...

—Tómala —insistió acercando más la tarjeta de crédito.

Anna tragó saliva y la aceptó con nerviosismo.

Apenas se hizo la hora de salida en el trabajo, Anna salió lo más rápido que

pudo a una tienda cercana. No tardó en encontrar un traje de baño que le gustara, era de una pieza, pero con mucho estilo, no le gustaba exponerse mucho al sol, era muy blanca y se quemaba con facilidad. También compró protector solar, un sombrero para protegerse del sol y otros productos, pero solo lo que consideró necesario, no quería abusar, observaba con cuidado los precios y sentía culpa al gastar ese dinero. A pesar de eso, con lo poco que conocía a Alexander, tenía el presentimiento de que él le reclamaría no haber adquirido más cosas, así que decidió comprarse un helado de vainilla y, por si acaso, lo pidió de doble porción.

Cuando llegó a su apartamento empezó a hacer la maleta justo después de haberse dado un baño muy breve, estaba radiante de felicidad. Alexander le había dicho que cenarían en el aeropuerto para no perder tiempo y no se preocupó por la comida.

Miró la hora en su celular y se dio cuenta de que tenía que apresurarse, faltaba poco para que Alexander viniera a buscarla. Rápidamente metió todo lo que faltaba, había hecho una lista durante la hora del almuerzo.

Al estar lista entró al baño para lavarse las manos y miró su reflejo en el espejo, con el apuro había quedado despeinada, así que se volvió a peinar y una vez convencida de que su apariencia no dejaba nada que desear, se dispuso a buscar sus maletas. Al instante escuchó una voz gruesa pronunciando con desespero las siguientes palabras.

—No vayas.

Tuvo la impresión de ver un reflejo oscuro en el espejo durante menos de un segundo. De inmediato se giró espantada, pero no alcanzó a ver nada. El susto había sido terrible y se le puso la piel de gallina, tenía que salir de allí.

Apenas puso un pie fuera del baño escuchó tres golpes fuertes, se sobresaltó aún más al pensar que era la puerta a sus espaldas, pero no, era Alexander que había llegado. Suspiró aliviada y deseó que él hubiera tocado el timbre.

Abrió la puerta y su sorpresa fue tan grande que quedó con la boca abierta.

—¿Lista para pasar el mejor fin de semana de tu vida?

La cómica apariencia de su novio hizo que olvidara el sentimiento desagradable, casi enseguida soltó una carcajada. Estaba vestido como un

auténtico turista: bermuda playera con flores coloridas, franela a juego, sandalias, sombrero de paja Hawaiano, lentes de sol, collar de flores y un bolso amarillo guindado en sus espaldas.

—¿Qué haces vestido así?!

—Quería hacerte reír —respondió Alexander divertido.

—¿Te irás vestido de esa manera? —preguntó temerosa de su respuesta y aguantando las ganas de estallar de nuevo en risas.

—¡Claro que no! Ya logré lo que quería, ahora, dame un segundo para cambiarme.

Alexander entró al apartamento y fue directo al baño.

Unos minutos después salió con una ropa más adecuada, que no incluía saco y corbata.

—¿No viste nada extraño? —le preguntó Anna temerosa cuando lo vio salir.

—¿En el baño?

—Sí.

—No, ¿por qué?, ¿cambiaste la decoración? —respondió extrañado.

Anna movió su cabeza de lado a lado y salió del apartamento en silencio, el susto había regresado. Alexander tomó la maleta y salió también. Ella cerró con llave y bajaron las escaleras.

Anna estaba muy callada, repasaba en su cabeza una y otra vez lo ocurrido, pero pronto Alexander comenzó a contarle lo hermoso que era Hawái y terminó por olvidar el asunto.

Capítulo 23: Hawái.

Una cosa fue escuchar a Alexander durante horas hablar de cómo era Hawái, y otra muy distinta fue verlo por su cuenta. Anna subió al avión ignorando la advertencia, pensó que no podía decirle a su novio que había escuchado una voz diciéndole que no fuera, Alexander pensaría que estaba loca, además él ya ha habido gastado mucho dinero como para que ahora le dijera que había cambiado de opinión «¿Cuántos no han tenido un mal presentimiento antes de irse de viaje? No es nada, solo una mala jugada de mi cerebro» pensaba.

Llegaron a la isla y esta vez Anna parecía más asombrada que todas las cosas que había visto desde conoció a Alexander. Hawái era un verdadero paraíso natural, las diez horas de viaje habían valido la pena, no paraba de sonreír y su novio se complacía solo con mirarla.

Se alojaron en el hermoso *Four Seasons Resort Hualalai*. En la opinión de Anna era excesivo, pero a pesar de eso se acomodó bien, era muy afortunada de tener una pareja que pudiera darle tales comodidades.

Pronto se cambiaron de ropa por una más ligera, y bajaron a uno de los tres restaurantes del hotel para deleitarse con la comida típica de la zona.

Anna no podía dar crédito a lo que veía, los alimentos exhibidos le parecían demasiado raros, y al ver los nombres en el menú se sintió más confundida. No sabía que ordenar, así que, al igual que en París, Alexander lo hizo por ella.

Anna se deleitó con un *Loco Moco*, consistía en arroz, carne, champiñones y huevo frito. Alexander había pedido para él un *Kalbi Ribs*, unas costillas de cerdo cocidas con salsa de soja y sésamo. Quizás Anna ya estuviera tomando el gusto a comer de todo y en grandes cantidades, no pasó mucho tiempo para que le pidiera a su novio que le dejara probar su platillo.

Pasaron el resto del día conociendo los alrededores del hotel y bañándose en la playa, casi no había momentos de silencio, hablaban de muchas cosas, la mayoría de ellas relacionadas con el nuevo viaje.

Por la noche, después de cenar, fueron a dar un último paseo.

Ambos caminaron descalzos por la arena blanca frente al mar, hasta que Anna quiso sentarse un momento para disfrutar de la vista. Ella no dejaba de sonreír, estaba muy contenta, no podía creer que estuviera allí, era demasiado

perfecto para ser real.

De pronto Alexander se puso de pie.

—¡Espera! —dijo Anna lamentándose— No quisiera marcharme todavía, ¿tú sí?, ¿estás cansado?

—No nos marcharemos, solo ven a bailar conmigo —le dijo.

—¿Qué?! ¡¿Bailar?! No, no, no, no —repitió Anna varias veces moviendo la cabeza espantada—. Yo no sé bailar.

—No hay nadie aquí. Ven —insistió.

—¿Aquí?, pero no hay música.

—Yo te cantaré una canción —dijo, y la ayudó a ponerse de pie.

Una vez frente a frente sintió cómo Alexander la tomaba con suavidad por la cintura y la acercaba a su cuerpo. Casi enseguida escuchó en su oído la canción «*As Time Goes By*», de la banda sonora de «*Casablanca*». Anna se estremeció, enseguida la reconoció, de todas las películas en blanco y negro era su favorita. Entre tantas cosas que le había dicho, no recordaba haberle comentado sobre eso.

Era un baile lento, apenas se movían, y para Anna era una tortura estar así tan cerca de él y siempre tener que decirle que no quería ir más allá. Ella cerró los ojos y recostó su cabeza en su hombro mientras hacía un esfuerzo en prestar atención a la canción y dejar sus pensamientos a un lado.

Anna no pudo luchar contra lo que sentía, esa noche sería la noche. Opinaba que sin importar cuánto se sintiera atraída una pareja, debían esperar un tiempo para conocerse mejor antes de tener relaciones, pero Alexander ya no era un desconocido, habían estado un mes hablando todos los días, visitado otro país juntos, dormido uno al lado del otro más de una noche en la misma cama y él no había intentado sobrepasarse con ella. No pensaba que acostarse con él sería un premio por haberse portado tan bien, la verdad era que lo deseaba con locura y no quería continuar luchando contra esos sentimientos que cada vez se hacían más intensos.

Interrumpió la canción dándole un beso diferente a como solía hacerlo, y lo miró como nunca lo había hecho haciéndolo entender que quería algo más. Alexander captó el mensaje enseguida y sin dudarle un instante dio por terminado el baile y la canción.

Apenas entraron a la habitación Anna fue invadida por los nervios.

—No sé qué hacer —titubeó.

—No tienes que hacer nada si no quieres, solo déjame tocarte —le respondió él.

Anna vio como Alexander se acercó a ella, y con delicadeza le quitó la camiseta que llevaba. Comenzó a besarle el cuello a una velocidad tan lenta que la desesperaba más que lo que jamás hubiera imaginado. Sintió que las manos de él bajaron por su espalda hasta su cintura y en ese momento su corazón aceleró a un ritmo desconocido. Anna sentía que enloquecía, el placer que experimentaba se mezclaba con el miedo de no actuar de la manera correcta frente a él. No tuvo mucho tiempo para pensar, Alexander la apretó más a su cuerpo y se dispuso a quitarle la falda.

El teléfono de la habitación sonó y Alexander suspiró enojado.

—Si no atiendo es probable que vengan hasta acá, ¿qué será? —susurró, como si hablara con él mismo.

Anna sonrió sin saber que responder, no podía pensar en nada más, estaba sonrojada y con la respiración agitada, él la miró y sonrió también.

Alexander dio tres pasos hasta la mesita en donde se encontraba el aparato y atendió.

—Diga.

Anna lo observaba con emoción, era inevitable para ella sonreír. Entonces vio que Alexander palideció y que su rostro se puso muy serio, casi se podría decir que se veía enojado.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella con curiosidad apenas él hubo colgado.

—Debo tomar una llamada en el vestíbulo —respondió Alexander sin dar más detalles y salió de la habitación sin siquiera mirarla.

Anna quiso salir corriendo tras él, pero no estaba completamente vestida. Al parecer era algo muy importante, demasiado importante para haberla abandonado en esa condición sin darle más explicaciones, decidió esperarlo.

El tiempo pasaba y él no regresaba, se había vestido de nuevo y esperaba sentada en la cama.

Las agujas del reloj de pared parecían ir más lentas de lo normal, Anna

sentía que llevaba más de una hora sentada pero la verdad era que solo habían transcurrido ocho minutos.

Encendió el televisor para distraerse.

Capítulo 24: la nota.

Anna despertó de muy buen humor, había logrado descansar, la cama era cómoda, con sábanas gruesas y diversidad de almohadas, se ajustaba a las necesidades de cualquiera.

Fue cosa de pocos segundos lo que tardó en darse cuenta de que, por primera vez en un mes, no había soñado con Él Ángel, no podía pedir más, una verdadera noche reparadora.

Para completar el mágico despertar, la luz del sol entraba por la ventana dando una agradable sensación de calor, un nuevo día estaba comenzando, ella estaba en el maravilloso Hawái y no pudo evitar sonreír. Se dio la vuelta para compartir su alegría y, al ver la cama vacía, su sonrisa desapareció.

El televisor estaba encendido en el mismo canal, y se dio cuenta de que no recordaba que Alexander hubiera regresado la noche anterior. Se llevó la mano a la frente al entender de que se había quedado dormida esperándolo, no sabía cuánto tiempo había pasado antes de dormirse, pero era común que conciliara el sueño con rapidez.

—¿Alex?! —llamó en voz alta.

No tuvo respuesta, colocó el televisor en silencio y volvió a llamarlo mientras se ponía de pie.

—¿Alex?!

Nada.

Anna se levantó de la cama, acomodó su cabello en una cola alta que estaba sobre la mesa de noche y se dirigió al balcón.

Alexander no se encontraba allí. Miró hacia abajo, entre las pocas personas que distinguió tampoco estaba.

Se dirigió entonces a la puerta del baño.

—Alexander, ¿estás allí? —preguntó después de tocar tres veces.

Anna sentía que el silencio la aturdí, ni un ave se escuchaba.

Abrió la puerta y al no encontrarlo tuvo el presentimiento de que algo malo había ocurrido la noche anterior, tal vez la llamada había sido por algún problema muy serio en el trabajo.

«No, no puede ser nada grave —pensaba tratando de calmarse—, no pudo haberse ido sin mí, y en caso de que sí, me hubiera avisado, de seguro anoche volvió y como me encontró dormida no quiso despertarme. No pasa nada, voy a darme una ducha».

Terminado el baño se vistió con la bata del hotel blanca e impecable. Había tardado algo de tiempo, estuvo lavando su cabello que tenía restos de arena.

Salió de nuevo al balcón, esta vez a contemplar la vista mientras peinaba su cabello, pero no la estaba disfrutando ¿Dónde estaba Alexander? Ya era hora de preocuparse, no podía ser posible que tardara tanto en buscar el desayuno ¿Por qué no había pedido servicio a la habitación? No tenía sentido.

Se dirigió a la mesita de noche para llamarlo a su celular. Lanzó sin cuidado el peine sobre la cama para tomar el teléfono y se dio cuenta de que, a la libreta de notas, aquella que algunos hoteles suelen disponer a sus inquilinos por si tienen que anotar algo, le faltaba una hoja, parecía haber sido arrancada con prisa.

Colgó el teléfono para revisar. Sin dificultad la encontró en el suelo doblada por la mitad con el nombre Anna escrito en letras grandes ¿Era una sorpresa o la explicación de su desaparición? La abrió y empezó a leer con nerviosismo, sin saber que esperar.

«Anna, no me atrevo a decirte en persona que la verdad es que no busco algo serio. Es mejor terminar ahora antes que algo suceda y salgas lastimada. Por favor no me busques».

Fue como si Anna no hubiera podido resistir el peso de la nota, por estar escrita en una tabla de piedra, en lugar de una simple hoja de papel, pues dejó que la mano que la sostenía la soltara y cayera al piso mientras ella miraba al vacío.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 25: en busca de una respuesta.

Anna se dejó caer sobre su cama y abrazó sus almohadas, eran por ahora el único consuelo que tenía.

Había sido un viaje muy largo de regreso a Nueva York, en el avión parecía que iba a deshidratarse de tanto llorar. Estaba muy cansada, pero el corazón le dolía más que el cuerpo.

«Todavía no puedo creer que esto haya pasado, no puede ser cierto, se sentía tan real, no puede ser que me haya dejado», pensaba desconsolada.

Por momentos hacía un esfuerzo en calmarse. «Yo valgo mucho más, no puedo dejar que me afecte». Pero cuando recordaba la nota se volvía a deprimir. «No puede ser, mi vida ha acabado ¿Qué haré ahora?»

Anna lloraba sin parar, por cortos instantes se secaba las lágrimas y respiraba profundo. «No es para tanto, solo fue un mes» se decía.

Hacía un verdadero esfuerzo, pero no le duraba mucho la serenidad y comenzaba a sentirse insegura. «¡Fue un mes maravilloso!, justo antes de nuestra primera vez me abandona ¿Quién deja a alguien en medio de algo así? ¿Será que vio algo en mi cuerpo que no le gustó, será que soy muy delgada? Algo tiene que ver, ¿por qué justo en este momento?».

Se levantó de la cama sintiéndose acabada de tanto llorar. Se quitó la ropa del viaje y se fue hasta la cocina.

—No fue lo suficiente hombre para decírmelo de frente —murmuró—, una ridícula nota para no verme a los ojos. Es un imbécil.

Anna comenzó a buscar algo de comer, pero no había mucho, solo una zanahoria, medio tomate y agua «¿Cómo es posible que esto esté tan vacío?» se preguntó. Enseguida recordó que Alexander se había estado encargando de sus cenas, que por lo general sobraban para desayunar, y lanzó la puerta del refrigerador con tanta fuerza que los imanes con notas, que tenía pegados a ella, se cayeron todos. Se secaba las lágrimas al tiempo que los recogía del suelo.

Volvió a su habitación. Consideró la opción de ordenar comida, pero lo haría luego, con lo mal que se sentía no iba a digerir bien nada.

De nuevo entre las almohadas comenzó a sentir lástima por ella misma. Su cabeza no dejaba de inventar posibles excusas para el escape de

Alexander, que se había llevado sus maletas y todo en algún momento mientras ella dormía ¿Acaso su repentina huida tendría que ver con aquella llamada? Tal vez él tenía unos familiares muy delicados que no había querido mencionar, se habían enterado de que estaba saliendo con una mujer de clase media y que andaba costeándole viajes por el mundo, a lo mejor para proteger su dinero le habían prohibido continuar con la relación.

—Me volveré loca tratando de encontrar una respuesta —se dijo para sí.

Anna era muy hermosa, ella era consciente de eso, pero había estado soltera toda su vida, si no tenía experiencia en relaciones, mucho menos sabía cómo sobrellevar una ruptura. Durante años se estuvo preguntando por qué nadie la había invitado a salir. Cada vez que parecía triste, porque sus compañeras de estudio y trabajo le contaban que habían sido invitadas a una cita, su madre le decía que su belleza acobardaba a los hombres y por esa razón no se aproximaban a ella, porque suponían que serían rechazados de manera instantánea. Cuando conoció a Alexander pensó que era el destino, en ese primer encuentro había sentido algo muy especial que no había sentido con nadie, pero ahora ya no tenía importancia, todo había acabado.

Por una parte, Anna estaba aliviada, si este dolor que sentía era por un mes no podía imaginarse como sería cuando se termina una relación de años. Olvidarse de Alexander debería ser entonces una tarea fácil, no habían tenido nada más allá que unos besos, así que no podía haber tanta emoción de por medio, ¿o sí?

Por cuarta vez, esa noche, pensó en llamarlo o enviarle un mensaje. Anna tomó el teléfono entre sus manos, se le quedó mirando y se preguntó, al igual que las veces anteriores, «¿para qué lo voy a llamar?» Su inteligencia le decía que lo más seguro era se quedaría esperando como una tonta, él no le contestaría y esto le generaría un fuerte estrés acompañado de dolores de cabeza, bien sabía de incontables historias de mujeres que esperan en vano a que el teléfono suene.

¿De verdad Anna seguiría con su vida como si nada hubiera pasado? No, no iba a poder, necesitaba una explicación, una que saliera de la boca de Alexander y no algo que leyera en un papel de hotel.

—¡Si de verdad no me ama tiene que decírmelo mirándome a los ojos!
—exclamó en voz alta.

Tomó su abrigo, billetera, se colocó zapatos deportivos y salió dispuesta

a desafiarlo.

Una vez que pudo detener a un taxi, le dio la dirección del edificio de Alexander.

—Es aquí, por favor deténgase —pidió una vez que llegó.

Se quedó mirando por la ventana, dudaba entre bajarse o devolverse ¿Qué lograría hablando con él?, ¿cambiar su opinión? Si Alexander le pedía perdón y le suplicaba que volvieran, no regresaría con él, lo que le había hecho era imperdonable, se sentía estúpida al buscarlo para hablar, ¿hablar de qué?, ¿de verdad una explicación ayudaría? Tal vez si él se dignaba a darle una, sería más doloroso. Otra cosa imperdonable era que, teniendo él tanto dinero, no había tenido la decencia de dejarle unos miserables billetes verdes para devolverse, Anna tuvo que pedir prestado a sus padres, pues viajando con un novio millonario que insistía en comprarle todo, no se le pasó por la cabeza que necesitaría llevar siquiera una moneda. Por lo menos la habitación ya estaba paga, si no, hubiera tenido que pedir trabajo o vender su cuerpo para salir de allí. Alexander sabía que no estaba recibiendo ingresos mientras durara su periodo de prueba y que tenía que ahorrar todo lo necesario, haberla dejado sin dinero era más que desconsiderado de su parte.

—¿Se va a bajar? —preguntó el taxista. Había transcurrido un tiempo considerable y ella no reaccionaba.

—No —respondió después de unos segundos.

—¿Vamos a otro lugar?

—No... lléveme de regreso —respondió con tristeza.

—Muy bien.

El vehículo ya había arrancado cuando Anna gritó.

—¡Espere!, ¡siga a ese auto negro!

Lo había reconocido de inmediato, Alexander salía del estacionamiento del edificio en ese momento.

—Es media noche, ¿a dónde va? —murmuró arrugando el rostro.

El taxista siguió las ordenes, no parecía tener intensiones de saber que

ocurría, por lo general cuando una mujer pide perseguir un vehículo no son cosas que se puedan resumir en pocas palabras, además, la ropa que cargaba Anna indicaba que era un tema delicado, a nadie se le ocurriría salir en shorts a esta hora y con ese frío.

—¡Por favor no lo pierda de vista! —suplicó. Estaba muy preocupada, jamás había visto a Alexander conducir con velocidad. Seguro tenía que ver algo con la llamada.

—No se preocupe —respondió el señor en un tono muy profesional.

Durante la persecución Anna fue consumida de nuevo por las dudas ¿Qué haría ella al ver a donde se dirigía?, ¿qué podía ganar?, ¿iba a bajarse y disparar las preguntas en un lugar público? No sabía qué hacer, pero a pesar de que cambiaba de opinión a cada momento, iba dispuesta a todo, no razonaba muy bien.

Llegaron al lugar que Anna menos se esperaba, un club nocturno, muy llamativo, con una fila larga de personas esperando entrar. Pudo observar como Alexander estacionaba el auto cerca de la entrada, y como lo dejaron pasar al instante.

Anna pagó al taxista mientras que daba las gracias y se bajó con una idea en mente, solo tenía que decir que conocía a Alexander y la dejarían entrar.

Corrió hasta la puerta principal. Dos hombres de piel oscura, con el cabello rapado y de gran tamaño custodiaban la entrada, vestían trajes negros y usaban gafas del mismo color, seguramente para intimidar más, no había nada de sol. Anna se dirigió a uno de ellos, y este no contestó, al menos no con palabras, la miró de arriba abajo y se rio. Ella no entendió la burla hasta que se dio cuenta de su vestimenta, de verdad no estaba pensando bien las cosas, pero no importaba, insistió en que la dejara pasar. El otro guardia se unió a la conversación y le dijo que hiciera la fila como todos los demás. Anna se negó, pero no había otra opción, así que casi convencida de que hacía una bobería, se dirigió hasta el final de la larga cola de personas.

Se sentía intimidada, los hombres estaban muy bien vestidos y las mujeres iban con tacones altísimos, y maquillaje impecable. De vez en cuando podía notar como la observaban, de seguro se preguntaban por qué estaba vestida así, y no era para menos, tenía planeado solo ir hasta el apartamento, y ahora, dadas las circunstancias, se encontraba mal vestida en un club. Podríamos llamar a esto desesperación, pero Anna estaba segura de que no

volvería a ver a esas personas en su vida, así que no le importaba.

De repente, como quien atrae la mala suerte, empezó a llover y todos se aglomeraron bajo el techo grande de la entrada. Los guardias comenzaron a dejar a pasar a los clientes después de hacerles uno a uno una veloz inspección, entraban de dos en dos y pronto solo quedó Anna.

—¿No me van a dejar entrar?! —gritó, tuvo que hacerlo, la lluvia había arreciado y golpeaba el techo con fuerza.

—¿Es broma?! —respondió uno de los hombres.

—¡Pues no me iré de aquí hasta que me dejen ver a Alexander!

—¡Te quedarás toda la noche! —le respondió con firmeza el otro hombre.

Anna estuvo frente a los hombres mirándolos por unos largos diez minutos. Ellos ni siquiera le devolvían la mirada, terminó por rendirse y se alejó unos pasos, la lluvia continuaba y no tenía muchas ganas de mojarse.

—Insisto —dijo con firmeza, pero fue inútil.

Ya había transcurrido una hora, los hombres de seguridad parecían turnarse, entraba uno, pasaban varios minutos y luego entraba el otro, pero nunca regresaban con Alexander. Cada vez que uno de ellos ingresaba al club Anna era invadida por un rayo de esperanza y nerviosismo.

Capítulo 26: encuentro bajo la lluvia.

James no se había percatado de que su mejor amigo se encontraba bailando con unas mujeres hermosas, por pura casualidad lo vio mientras que hablaba con uno de los supervisores del mini bar. Se abrió paso entre sus clientes y se le acercó para preguntarle qué estaba haciendo allí.

—¡Estoy bailando! ¡¿qué no vez?! —respondió Alexander en tono de burla mientras se movía al ritmo de la ensordecedora música.

James lo miró confundido, no estaba para bromas.

—¡Me refiero a la ciudad! —explicó, era complicado interrumpir el momento, aunque las mujeres no parecían tener problemas con que él estuviera tratando de meterse entre ellas y Alexander— ¡¿no estabas en Hawái?! — agregó como pudo.

—¡Acabo de regresar!

—¡¿Y te viniste directo para acá?!, ¡¿dónde está Anna?! —interrogó justo antes de ser empujado sin cuidado por una de las mujeres que comenzó a saltar al tiempo que gritaba.

—¡No tengo la menor idea! —le respondió Alexander e imitó a su compañera saltando del mismo modo con euforia.

James, que no daba a crédito a lo que escuchaba y veía, intentaba en vano tomar a Alexander por un brazo para hablar con él en privado, cuando fue interrumpido por uno de los guardias de seguridad que se le acercaba.

—Jefe, hay una mujer afuera que insiste en ver al señor Alexander —dijo el guardia hablándole casi al oído.

—¿Quién es? —preguntó James con mucha curiosidad— ¿dijo algún nombre?

—No, solo dice que quiere verlo, pero no quisiera dejarla entrar — explicó.

James volvió a mirar a Alexander pensativo.

—¿Cómo es ella? —preguntó después de unos segundos.

—Alta, pelirroja, no está vestida apropiadamente.

Sorprendido, y más confundido todavía, James volvió a observar a

Alexander, parecía absorto en el baile con aquellas dos rubias, ¿qué había ocurrido?, no había duda de que la que estaba afuera era Anna.

—Iré yo, vamos —dijo James y se encaminó a la entrada.

No era el mejor momento para conocer a Anna ¿Qué hacía ella allí?, ¿cómo era eso que no tenía la ropa adecuada?, ¿por qué su mejor amigo estaba con esas mujeres después de haber estado rechazando cualquier contacto con alguien del sexo opuesto por semanas?

Sin darse cuenta salió del club y enseguida vio que llovía a cantaros.

—¿Dónde está? —preguntó al ver que bajo el techo solo se encontraba Oscar, el otro guardia.

—Acaba de marcharse —respondió Oscar y señaló con su enorme dedo índice la dirección.

James buscó con la mirada y distinguió a lo lejos una mujer que se alejaba casi corriendo, llevaba un short corto y un suéter con capucha que le cubría la cabeza.

—¿Seguro que es pelirroja? —preguntó dudoso y mirando a su empleado. Oscar asintió.

—Un paraguas, rápido —ordenó.

Casi enseguida tuvo uno de color negro entre sus manos. Después de abrirlo se dirigió con paso rápido, Anna se había alejado bastante, ya iba casi doblando en la esquina.

—¡Hey! ¡Espera! —gritó sin éxito. Desapareció de su vista.

James tuvo que correr. Al llegar a la esquina vio que ella estaba varios metros hacia adelante.

—¡Espera! ¡Detente! —gritó sofocado.

Anna cruzó la calle y apuró el paso. Fue entonces cuando James comprendió que tal vez la estuviera ahuyentando.

—¡Anna!

Funcionó, esta vez ella se detuvo en seco.

Adelantó tan rápido como pudo hasta plantarse frente a ella que se había dado la vuelta y lo esperaba con una expresión de desaliento y confusión.

—Hola... ¿a... a dónde vas? —preguntó James fatigado y pasándose la mano por el rostro, el paraguas no lo había protegido casi nada mientras corría.

—¿Cómo... sabes quién... soy? —preguntó ella que también respiraba agitada.

—Soy James.

—¿Te conozco? No... no te recuerdo —respondió extrañada.

James sintió que la sangre le hirvió por unos segundos ¿Cómo ella no iba a saber quién era él, cuando él ya sabía todo sobre ella? Se acercó un poco más y se dio cuenta de que había estado llorando, Anna tenía la nariz muy roja.

—Me dijeron que querías hablar con Alexander.

—¿Dónde está él? —preguntó mientras veía lo lejos, como si esperara encontrarlo también corriendo hacia ella.

James se quedó en silencio, sospechó que no era buena idea revelarle que se encontraba bailando con unas mujeres, pero de seguro no creería que estaba adentro sentado sin hacer nada. Observó a Anna, su ropa afirmaba que estaba desesperada por verlo, pero su rostro, cansado de llorar, le decía a James que tampoco parecía ser una buena idea de que ella lo confrontara en ese momento.

—Él está adentro —respondió sin saber que más agregar.

—No quiso verme, ¿verdad? —preguntó con tristeza.

James se sorprendió con lo segura que Anna parecía estar de eso.

—Él... él no sabe que estás aquí —afirmó con dudas, no sabía que decir, no entendía qué ocurría, pero no pensaba dejarla ir a pie bajo la lluvia tan fuerte—. Ven, vamos al club —agregó acercándose más a ella—. Este paraguas no es lo suficientemente grande para los dos, es casi inútil, estás mojada de pies a cabeza, pero de algo servirá, vamos.

Anna, parecía no tener intenciones de devolverse, estaba cruzada de brazos, pero titiritaba de frío, al juzgar por su expresión lo estaba pensando. Terminó por asentir con la cabeza.

Capítulo 27: el club.

La música ensordecedora lastimó los oídos de Anna apenas entraron al club, pero la temperatura la reconfortó, al poco tiempo de entrar dejó de temblar con tanta intensidad.

Había un pasillo corto de paredes negras, cubiertas con una tela suave, no tenía iluminación, pero no hacía falta, al final se encontraba la pista de baile y el resto del lugar, pero desde allí solo se podía distinguir luces, la mayoría azules y sombras que se movían.

Anna se detuvo al momento en que James lo hizo. Él sacó un manojito de llaves y se dispuso a abrir una cerradura, Anna se dio cuenta de que estaban junto a una puerta muy bien camuflada de color negro.

—¡Te vas a enfermar si no te cambias esa ropa! —exclamó James haciendo señas después de abrir—¡Entra aquí y ponte algo seco! ¡No te preocupes está limpia, la mandé a lavar!

Anna asintió con la cabeza y en ese momento Oscar se acercó a James para decirle algo que ella no escuchó.

—¡Espérame, ya vuelvo! —le dijo cuándo Oscar se hubo marchado.

Asintió de nuevo y entró a la habitación. James cerró la puerta tras ella y el ruido disminuyó a tal punto que la música parecía muy lejana.

Observó a su alrededor, parecía estar dentro de un gran armario, había gran variedad de prendas, abrigos, cinturones, y una sorprendente cantidad de zapatos a los cuales a la mayoría les faltaba el par.

Buscó y rebuscó con desaliento, las prendas femeninas eran muy reveladoras para su gusto. Miró en los abrigos y no tardó en encontrar uno bastante grande, era marrón y parecía imitación de piel. Tomó una minifalda que parecía más bien un pedazo de tela y un top rojo que no dejaba nada a la imaginación. Se vistió sobre su ropa interior empapada por la lluvia y dejó el resto de sus prendas sobre una silla que estaba en una esquina. Se cubrió con el abrigo para no dejar ver nada y salió.

Al final del pasillo había una escalera que descendía, estaba forrada del mismo material que cubría las paredes. A lados se podía ver una especie de camino que rodeaba el club, que tenía forma de rectángulo gigante, con una barandilla de metal. Grandes luces multicolores alumbraban el lugar, a pesar

de eso el ambiente era bastante oscuro. Abajo y al fondo se podían apreciar a los que estaban encargados de la música, había un bar, y muchas mesas. James todavía no llegaba, y Anna se puso a observar a las personas, algunas bailaban con movimientos muy sensuales. Observó cantidades de rostros y, a la distancia, todos parecían divertirse sin detenerse a pensar en lo que hacían. Podía ver a las personas riendo mientras bebían, otros besándose como si nadie los pudiera observar, también vio cómo había hombres rodeados de varias mujeres.

En su inspección encontró a Alexander, la verdad no esperaba encontrarlo en la pista de baile. Se había dicho a sí misma que lo más seguro era que cuando viera a su exnovio sentiría un profundo odio, pero no fue así, fue peor, tuvo ganas de morirse. Anna experimentó una punzada en su pecho al ver aquella escena, una rubia estaba bailando con él, y no solo eso, sus manos la tocaban a ella y a cada momento sus rostros se acercaban a tal punto que parecía que iban a besarse. Un cosquilleo desagradable invadió el cuerpo de Anna, no sabía si interrumpirlos a gritos o marcharse y continuar llorando desconsolada en su apartamento, si es que conseguía contener las lágrimas hasta llegar allá.

Era cierto que ya no eran novios, porque él había terminado con ella, pero Anna se preguntaba si acaso todas las relaciones funcionaban así ¿Solo uno debe querer terminar y eso es todo? Pensó entonces que debería ser como el divorcio, que ambos estén de acuerdo, o al menos discutirlo juntos y no irse sin dar la cara ¿Era normal que en menos de veinticuatro horas ya se estuviera con otra persona?, ¿o acaso Alexander había resultado ser un mentiroso y esa mujer era su otra novia? Anna no concebía la idea de que ellos estuvieran bailando de ese modo sin conocerse muy bien.

—¡Ya volví! —dijo James, pero ni su voz ni su presencia fueron suficientes para interrumpir sus pensamientos— ¡perdona, tuve que atender un asunto y...!

Anna no prestaba atención, tenía los ojos clavados en Alexander y en esa mujer. En eso sintió que una mano la tomó por el brazo, alzó la vista, James le decía algo que no podía comprender, por un momento era como si todo hubiera quedado en silencio.

Capítulo 28: él es un playboy.

James notó que la expresión de Anna no era buena, se veía como si se fuera a desmayar. Se dio cuenta de que su mirada estaba fija, miró en aquella dirección y no tardó en encontrar a su amigo entre la multitud. Entonces recordó cómo se había sentido él al saber que Julia ya no quería estar a su lado. Anna le había dicho, con seguridad, de que suponía que Alexander no quería verla, y ahora lo había descubierto bailando con otra mujer, se dio cuenta entonces que esa relación ya había terminado, o estaba por hacerlo.

—¡Ven!, ¡vamos a otro lugar a hablar!

Anna no respondió y James tuvo que jalarla por el brazo para hacerla reaccionar. La condujo hacia la izquierda por el camino estrecho con barandilla, tuvo que tomarla por la espalda y empujarla con delicadeza para que se moviera, parecía en shock.

Cuando estuvieron frente a otra puerta de color negro James sacó de nuevo el manojito de llaves.

Una vez que ambos estaban dentro, con la puerta cerrada, la música se dejó de escuchar, la oficina era a prueba de ruido.

James buscó en un armario pequeño una toalla, comenzó a secarse el exceso de agua y se sentó en su sillón verde manzana, que resaltaba excesivamente, toda la oficina era de diferentes tonalidades de marrón. Hizo una seña a Anna para que se sentara frente a él, en una de las sillas marrones y muy cómodas que se encontraban justo frente al escritorio, que estaba lleno de papeles y carpetas. Además de una laptop había un gato chino de la suerte, que en realidad es de origen japonés.

James vio como Anna se sentaba con lentitud, tenía la mirada perdida y no enfocaba nada. Él la miraba mientras pensaba en cómo iniciar la conversación, todo este tiempo no le había caído muy bien, pero ahora sentía lástima por ella ¿Qué podía hacer para ayudarla?

—Voy a suponer que no te sientes bien —soltó al fin, era una afirmación tonta, pero necesitaba decir algo urgente.

—No estoy segura de que quiero estar aquí —respondió Anna entre una mezcla de profunda tristeza y odio. Tenía las mejillas rojas, más rojas todavía debido al sol de Hawái, y el cabello todavía empapado.

—Debe ser por ese abrigo —bromeó— ¿No te estás sofocando?

—No puedo quitármelo, apenas tengo puesto algo de ropa aquí abajo — se lamentó James.

—Si de verdad quieres puedes marcharte, puedo llamar un taxi para que te lleve a tu apartamento.

—Quiero irme, pero por otro lado necesito entender que está pasando — contestó todavía sin mirarlo.

—Bueno, está bien, pero no quiero que te me desmayes —dijo poniéndose de pie—. A ver, explícame que quieres saber, tal vez yo puedo ayudarte— sugirió mientras ajustaba la temperatura.

—¿Cómo pudieras ayudarme? —preguntó Anna y esta vez lo miró— No creo que eso sea posible.

—Soy James —respondió como si eso pudiera darle la respuesta.

—Lo sé, ya me lo habías dicho, pero no te recuerdo —repitió.

—Soy el mejor amigo de Alexander —explicó mientras se sentaba de nuevo—. No me recuerdas porque no nos han presentado, pero pensé Alex te había contado de mí, soy el dueño de este club.

—¿Eres el dueño?

—Bueno, bueno, ya se lo que vas a decir —se disculpó y se recostó del asiento—, prácticamente Alexander es el dueño, yo solo lo manejo y... —se interrumpió el mismo.

En ese momento James se dio cuenta, por la expresión de Anna, de que era muy posible que ella estuviera incluso más confundida que él.

—Ya veo —dijo James pensativo, se cruzó de brazos y examinó el rostro de Anna, tenía los ojos terriblemente hinchados—. No solo no sabes quién soy —continuó con voz suave y pausada—, tampoco sabías de la existencia de este lugar, lo de ser socio y por lo que ocurrió allá afuera debo asumir entonces que no sabes que es mujeriego.

—¿Mujeriego? —murmuró Anna con poca voz.

—Ajá —respondió James asintiendo con la cabeza.

—No... no puede ser —dijo con voz entrecortada—, no puede ser verdad, me dijo que nunca, que nunca había tenido novia.

—Y no te mintió, tú eres la primera.

—Ya no, terminó conmigo, ¿por qué lo hizo? —preguntó desesperada.

—De acuerdo, eso no lo sabía —aseguró James con expresión de asombro, lo había imaginado, pero ahora estaba impactado—. No sabría decirte, al menos no podría darte una razón específica, pero puedo asegurarte que él es un es un playboy, no mantiene relaciones serias, al parecer tienes algo que lo cautivó —explicó señalándola—, pero no por mucho tiempo, él no ha tenido nada duradero con una mujer, jamás ha estado con alguna más de una noche.

—Es decir que la chica con la que está bailando... ¿no es su novia?

—¡No! —dijo y no pudo evitar reírse— Es solo para pasar el rato, lo más seguro es que se acueste con ella esta noche y no la vuelva a ver más nunca.

—¿Esta noche dices? —preguntó Anna aguantando las ganas de llorar.

—Lo más seguro, sí. No, espera, tiene que trabajar en unas horas, de hecho, no sé qué está haciendo aquí.

—Demasiada información para mí —dijo Anna apoyando el codo sobre la mesa dejando reposar su frente sobre su mano, como si se le fuera a caer la cabeza.

James suspiró, reconoció que se le fueron las palabras sin medirlas.

—Oye, sé que es doloroso, pero es la pura verdad, créeme que hago bien al decirte esto, ahora sabes quién es en realidad. Ya puedes irte tranquila y ver que no es algo personal, es así con todas.

—Pero necesito una explicación —insistió con lágrimas en los ojos—. Si sabes de mí tienes que saber que lo nuestro fue especial.

—Pues sí, Alex parecía estar loco por ti, y con razón eres muy bella de verdad, se nota que debajo de esa mala apariencia que tienes encima eres muy hermosa, pero para él no se trata de belleza, es otra cosa que él tiene, un trauma con los padres, algo así —dijo volteando los ojos—, no quiere relaciones duraderas.

Anna sostenía su cabeza ahora con ambas manos, y esto la despeinó más de lo que ya estaba. No quitaba la vista de la mesa.

—¿Puedes decirle que estoy aquí? Y tal vez pueda hablar a solas con él

un momento —pidió.

James suspiró.

—Si crees que puedes manejarlo... espérame un momento. Por cierto, sería bueno que te arreglaras un poco el cabello —sugirió en un tono entre divertido y preocupado.

James fue a buscar a Alexander convencido de que no era una buena idea, la había enamorado demasiado, él se lo había advertido, ese viaje a París había comprometido la relación.

Desde lo alto buscó a Alexander y por suerte no tardó en encontrarlo, bajó las escaleras dispuesto a llevarlo hasta su oficina.

—¡Alex!, ¡Alex!, ¡Hey! —gritó tratando de llamar su atención, bailaba con tres mujeres muy hermosas.

—¿Qué pasa?! —contestó Alexander sin dejar de bailar.

—¿Puedes venir a mi oficina?

—¿Tiene que ser ahora?!

—¡Sí!

Alexander no parecía tener intenciones de abandonar la pista, pero James no dejó de insistir, quería ver cómo reaccionaría al ver a su ex novia, sobre todo al ver que ahora ella ya sabía del club, de él y de sus mujeres.

Cuando llegaron James pudo notar la impaciencia en el rostro de Anna y lo nerviosa que se puso al ver a Alexander.

Estaban los tres en la oficina, y James cerró la puerta para que pudieran hablar. Anna continuaba sentada, Alexander estaba pegado a la puerta y él se había situado entre ambos.

—Hola —murmuró Anna.

—Hola —respondió Alexander que parecía asombrado. Miró a James y este solo le devolvió la mirada.

Hubo un corto silencio.

—¿Qué quieres? —preguntó Alexander dirigiéndose a James.

James solo señaló a Anna con discreción.

—No comprendo, ¿qué hace ella en tu oficina? —susurró, pero a pesar

de eso Anna lo escuchó.

James no respondió, miró a Anna y luego de nuevo a su amigo.

—Alex, no tienes que comportarte así con ella. Ya le dije la verdad.

—Es un chiste, ¿cierto? —le preguntó Alexander con cara de enojo.

—¿Te picó algún bicho raro en Hawái? —preguntó James asombrado de su reacción.

—No tengo tiempo para esto, me voy. Tengo que ir a dormir un poco, estoy cansado —dijo Alexander. Salió y cerró la puerta tras él.

James volvió a sentarse.

—Bueno, lo intentamos —dijo sin saber qué otra cosa añadir. Estaba impactado, en su cabeza había imaginado una escena en donde Anna gritaba como loca y Alexander le pedía a suplicas una manera de librarse de ella mientras él le decía: «te lo dije».

James observaba a Anna sin disimulo, ella parecía hacer un esfuerzo en contener la avalancha de emociones que se le venían encima.

De pronto se levantó furiosa y salió de la oficina sin pronunciar palabra.

James fue tras ella enseguida, sin siquiera cerrar la puerta de su oficina.

—¡Espera!, ¡¿A dónde vas?! —gritó, pero el ruido de la música hacía que fuera imposible que ella lo escuchara, de todos modos, era improbable que de hacerlo ella se detuviera.

Anna estaba ya justo en la entrada del club cuando James la tomó por el brazo y ella se soltó de un tirón.

—¡Déjame! —suplicó, lloraba a rabiar— ¡Ya no puedo más, esto es demasiado!

—¡Todavía está lloviendo!

—¡No me importa!

—¡Espera!, ¡solo espera, te pediré un taxi!

James habló con los guardias que continuaban fielmente protegiendo la entrada y Anna volvió a adentrarse.

Cuando hubo terminado de dar la orden vio que Anna estaba agachada y recostada de la pared en el pasillo, con su cabeza entre los brazos que estaban

apoyados en sus rodillas. Se sentó a su lado sin mirarla. Anna, que jipiaba, se dio cuenta, pero volvió a ocultar su rostro y así se quedaron los dos, en silencio con la música alta retumbando en sus oídos.

Pocos minutos más tarde Oscar se aproximó para avisar que el taxi aguardaba.

James tomó de nuevo el paraguas y acompañó a Anna hasta el auto amarillo, intercambió unas palabras con el taxista y pagó la cantidad necesaria para que la llevara a su apartamento.

—Lo siento —murmuró James dirigiéndose a Anna que parecía tener los ojos mucho más hinchados.

Ella no le respondió, se subió al auto y James, abatido, volvió al trabajo.

Capítulo 29: las suposiciones de Anna.

Anna volvió a su hogar con el corazón del tamaño de un grano de arena, encontró el regreso del club al apartamento mucho más doloroso que de Hawái a Nueva York. Había sido muy extraño encontrarse con Alexander, lo notó tan diferente que sintió como si hubiera pasado mucho tiempo desde la última vez que lo vio. A cada rato se le venía la imagen de él bailando con esa otra mujer, era una tortura y sí confiaba en que James le decía la verdad no era solo ella, si no varias. Además, la había ignorado por completo y delante de su mejor amigo, se sentía ridícula al haber ido, sabía que se arrepentiría de buscarlo, pero ahora por lo menos después de ese terrible comportamiento podía empezar a olvidarlo con seguridad.

Estaba acostada en su cama y observaba el techo, quería seguir llorando para sacar todo el dolor que la estaba matando, pero era como si las lágrimas se le hubieran acabado. Miró el reloj en su mesita de noche y se alarmó al ver la hora. Se colocó una almohada sobre el rostro para gritar con todas sus fuerzas.

—¡No puede ser que tenga que ir a trabajar!

Después de eso suspiró, y fue al baño a darse una ducha.

Antes de meterse bajo el chorro de agua estuvo largo rato frente al espejo, se veía mal, muy mal. Enrojecida por el enojo y el sol, los ojos hinchados como dos pequeñas pelotas de golf, el cabello suelto despeinado y aún un poco mojado, además bajo el gran abrigo estaba vestida con ropa vulgar, no imaginaba como podría estar peor.

Comenzó a desvestirse y de repente, tal vez porque estaba en el baño, recordó aquellas palabras: «No vayas». Habían sido dichas con desesperación, pero ella no había obedecido, y ahora estaba ¿pagando las consecuencias? «¿Acaso no lo imaginé?» se preguntó a sí misma. Había dejado de soñar con El Ángel, y se asustó al pensar que algo tenía que ver ¿El Ángel quería advertirle que Alexander la dejaría?, parecía absurdo. Anna quiso entonces analizarlo y sacar algunas conclusiones, pero ¿para qué?, el daño estaba hecho. En ese momento lo que tenía que hacer era ver de dónde sacaba fuerzas para seguir adelante. No sabía cuánto tiempo tomaría, pero necesitaba hacerlo, si no, se hundiría en una depresión muy profunda.

«Miles de corazones han sido rotos en este mundo, ahora me tocó a mí,

algún día tenía que pasar —pensaba Anna mientras el agua corría por su espalda—. No puedo dejarme aplastar por esto, tengo que ir a trabajar, haré como si nada hubiera pasado». Era imposible pretender que nada hubiera sucedido, pero hay que darle crédito por estar dispuesta a intentarlo.

Al salir del baño se vistió para de nuevo dejarse caer sobre su cama. Cerró los ojos con dolor, por lo hinchados que estaban, le ardían. Se obligó a quedarse dormida, pero no lograba conciliar el sueño, no era normal en ella, solía dormirse con facilidad, esta vez estaba demasiado inquieta, no sabía si era el malestar de lo ocurrido o el hambre tan grande que sentía.

El despertador sonó antes de que pudiera empezar a dormirse, a pesar de eso había descansado la vista, pero continuaba adolorida, sentía el rostro completo hinchado.

Al entrar al baño y verse en el espejo quedó muy sorprendida «¡Oh por Dios, ¿y ahora que voy a hacer?, ¿no puedo salir así!» pensó. Se veía terrible, las pocas horas de descanso habían empeorado su apariencia, sus ojos parecían más hinchados. Era peor de lo que había supuesto, pero no podía faltar al trabajo, no mientras que estuviera de prueba.

Mientras se preparaba no dejaba de preguntarse si había hecho algo mal. En realidad, Alexander había sido el que había acelerado la relación, invitándola a salir muy pronto y pidiéndole que fuera su novia, él fue quien dijo «te amo» por primera vez, y él la llevó a dos largos paseos, habían ido a París ¡a París! ¿Qué había sucedido?, ¿era culpa de ella, o culpa de él?, ¿existía la posibilidad de que ambos hubieran hecho las cosas mal? Era inútil cuestionarse tanto, no había forma de saber, lo único que podría haber hecho no pudo, Alexander no quiso hablarle. Anna tenía que de alguna manera borrarlo todo, borrarlo de su mente y de su corazón, pero esto era tan difícil. «Tal vez en una semana me encuentre mejor, todo es cuestión de tiempo» se decía.

Anna creyó que con algo más de maquillaje podría disimular la hinchazón en sus ojos, pero se equivocó.

—Oh por Dios —murmuró mientras que detallaba su reflejo deslucido—. Me veo peor.

Se lavó el rostro y se colocó unas gafas de sol que jamás usaba, pero que tenía guardadas desde hace años. Jamás pensó que las usaría en una ocasión así.

Se apresuró todo lo que pudo, necesitaba ir a comer primero antes de trabajar o si no, perdería el conocimiento a media mañana.

—Todo estará bien, yo puedo hacerlo, todo estará bien —murmuraba mientras cerraba la puerta con llave.

Capítulo 30: noche de chicas.

Apenas Anna llegó al piso donde trabajaba vio que Amanda, su compañera de trabajo, se dirigía hacia ella con su habitual contoneo de caderas.

—Es inútil que uses eso —dijo refiriéndose a las gafas de sol que resaltaban de una manera increíble en Anna—, se nota que pasó algo. Cuéntame.

—¿De verdad? —preguntó Anna muy asombrada.

—Alexander te dejó —dijo ella muy segura de sí misma. No era una pregunta, era una afirmación.

—¿Cómo lo sabes?! —preguntó alarmada— Podría tener conjuntivitis.

—No me engañas. Cuando las cosas van muy bien con un hombre, hay algo sospechoso. Todas lo vimos venir.

—¿Todas?!, pero ¿por qué no me lo dijeron?

—¿Te veías tan feliz! —suspiró Amanda— No quisimos estropearlo. Además, estabas ciega por ese hombre, si te lo hubiéramos dicho, nos hubieras tachado de locas. Ahora, ven para que nos cuentes —le dijo tomándola de la mano.

Fue muy vergonzoso para Anna hablar de lo ocurrido al grupo, no quiso dar muchos detalles. Se limitó a decir que «él no estaba listo para estar en una relación».

—Típico —dijo una de sus compañeras.

—Todos son así —afirmó otra.

—¡Bah!, hombres ¿Quién los entiende? Son perfectos hasta que es hora de dar el próximo paso —agregó una más.

—Es un cobarde —dijo Amanda.

—¡Un imbécil! —gritó una mujer que laboraba como personal de limpieza. De casualidad estaba recogiendo la basura en ese lugar y no pudo evitarlo.

—Te mereces a alguien mejor —dijo otra compañera—. Vas a estar bien.

—¿Quieres ir a cenar con nosotras? —preguntó Amanda.

—El helado de chocolate es muy bueno en estos casos —sugirió alguien.

Anna estaba inundada de comentarios, no sabía a quién mirar, por suerte las gafas de sol disimulaban su inquietud. La verdad es que quería estar sola, pero todas ellas se veían tan preocupadas que terminó por aceptar la invitación.

A la hora de salida una de ellas recomendó ir a un restaurante mexicano.

—¿Pero tú eres estúpida o qué? —reclamó Amanda muy enojada—
¡Ellos se conocieron en un restaurante mexicano!

—¡Oh!, cuanto lo siento, que torpe soy —se disculpó la que había hecho la propuesta, se mostraba terriblemente apenada.

Hubo un murmullo general.

—Anna está muy sensible en este momento, no necesita que le recuerden el pasado —aseguró otra.

—¡Está bien! Está bien chicas, tranquilas —dijo Anna tratando de calmar los ánimos— La verdad no me importa a donde vayamos...

—Ya lo decidí —dijo Amanda casi interrumpiéndola—. Te llevaremos a comer la mejor lasaña de tu vida.

—¿Lasaña? ¿Enserio? —preguntó Anna sin mucho ánimo, había imaginado el helado de chocolate.

—¿Qué, prefieres otra cosa? —preguntó Amanda que casi parecía indignada.

—No, no. Lasaña está bien —se disculpó.

—Bien —continuó—, comeremos lasaña y después iremos a emborracharnos en el bar más cercano.

Hubo una gran exclamación de parte de todas las compañeras de Anna, aquello parecía ser una idea genial para todas ellas.

El grupo entero salió del edificio a la hora correspondiente, caminaban por las calles y parecían una masa de aves dispuestas a llevarse por delante a quien se tropezara por su camino. Todas estaban solteras y sin compromiso, pero esa noche no se trataba de buscar hombres, sino de vengarse de ellos.

Llegaron a un restaurante subterráneo de comida italiana. A Anna le

pareció encantador, era en su mayoría una mezcla de diferentes tonalidades de marrón y amarillo combinados en perfecta armonía, estaba iluminado con lámparas pequeñas de luz amarilla y las paredes se encontraban adornadas con cuadros de fotografías artísticas de las ciudades de Italia. Dos jóvenes que trabajaban allí prestaron su ayuda para juntar dos mesas, y así las nueve mujeres pudieron sentarse juntas. Anna observó que los manteles blancos estaban impecables y lisos, daban la impresión de haber sido planchados con mucha dedicación. Sumado a todo esto, el lugar desprendía un aroma delicioso y una música suave parecía relajar a los clientes.

—Buenas noches, mi nombre es Arnaldo —dijo el mesonero cuando les llevó el menú, era un señor mayor— ¿Qué están celebrando las señoritas?

—No estamos celebrando nada, estamos librando las penas de nuestra amiga aquí presente —respondió Amanda señalando a una avergonzada Anna—. El novio la dejó.

—¡Oh! ¡Qué pena! —se lamentó con dolor sincero— Si me permite decirlo señorita —agregó dirigiéndose a Anna—, el hombre que la dejó no la merece.

—Gracias —respondió ella.

—¡Ves Anna! No todos los hombres son como Alexander —aseguró Amanda—, este caballero se ve muy atento. Verá señor, ya no hay hombres como usted, los de ahora no quieren comprometerse.

—Sí ¡No quieren nada de nada! —dijo una del grupo.

—No se desanimen, aún quedan hombres buenos, no hay que desesperarse, solo deben esperar —aseguró el anciano con voz suave—, el amor no hay que buscarlo, llega cuando uno menos se lo espera.

Todas suspiraron.

—Mientras tanto yo estaré encantado de traerles su cena —continuó muy amablemente—¿Qué desean ordenar?

El grupo agradeció las atenciones y a continuación dirigieron la mirada a Amanda que se encargó de pedir grandes cantidades de lasaña con carne, esa noche no había dieta que cumplir.

Todas comieron muy animadas, hubo muchas risas y Anna se contagió de ellas. Ya no llevaba puestas las gafas de sol, sus ojos ya casi habían vuelto a

la normalidad. Se sentía aliviada de no ser la única a que le habían roto el corazón, la mayoría de sus compañeras habían pasado por múltiples rupturas amorosas. Se convenció a sí misma de que Alexander no era el problema, eran todos los hombres.

Al salir del restaurante fueron, como había planeado Amanda, al bar más cercano.

Una vez allí pidieron un trago fuerte para Anna, quien estaba aterrada, jamás en su vida había probado una gota de licor. Acercó el vaso de cristal muy pequeño que habían colocado frente a ella y lo olió con un disimulado desagrado. No pensaba decirles a sus amigas que nunca había bebido, haría el intento porque estaba cansada de todo, sabía que muchas personas ahogaban sus penas en el alcohol, y es que no había ni una sola persona que no estuviera bebiendo allí, todo el lugar olía a licor.

—Y bien, ¿qué estás esperando? —preguntó Amanda impaciente.

Anna levantó la mirada, todas la observaban con emoción. Se armó de valor y de un sorbo se tragó todo el contenido, que, aunque pequeño, le hizo sentir que su garganta se quemaba. Apretó los ojos con fuerza.

—¿Estás bien? —preguntaron.

—Estoy bien —respondió con dificultad.

Hubo un gran alboroto.

—¿Se necesita de un hombre para ser feliz?! —preguntó Amanda alzando la voz.

—¡No! —respondieron todas a coro.

Amanda, que al parecer disfrutaba muchísimo de estar en lugares como ese, se encargó de pedir una ronda de tragos para todas. Bebían como si nada, solo Anna ya con el tercero sentía que se moría.

Estuvieron unas dos horas contando anécdotas de sus ex parejas, tratando de hacer parecer al sexo opuesto lo más ridículo posible. No paraban de reírse, Anna también carcajeaba, aunque se extrañaba por momentos, Alexander no era para nada como ellas describían a sus antiguos compañeros, al lado de esos comentarios espantosos, él parecía ser un buen hombre, claro, hasta el día en que la abandonó en Hawái y descubrió que era un playboy.

La noche de diversión fue interrumpida en varias ocasiones por hombres

que invitaron a Amanda a salir, a lo que ella les contestaba «¡Idiotas!, ¿qué no ven que estoy con mis amigas?»

—¡Chicas! ¡Odio decir esto! —mintió Anna a gritos unas horas más tarde.

—¿Qué ocurre? —preguntó Amanda sobresaltada.

—¡Mañana hay que trabajar!

—¿Por qué gritas? —le preguntó alguien, la música del bar no estaba muy alta.

—¡No lo sé! ¡Hay mucho ruido en mi cabeza! —respondió ella.

Anna no tuvo que hacer mucho esfuerzo para convencerlas de marcharse, estaba en lo cierto, era apenas lunes y sobrepasaban las diez de la noche, lo cual era una suerte para ella, si hubiera sido viernes de seguro amanecerían en ese lugar.

Se despidió de sus amigas dándoles las gracias, no había gastado ni un céntimo, incluso le dieron dinero para el taxi, que intentó rechazar, pero ellas le metieron los billetes dentro de su bolso.

Para Anna el camino de regreso transcurrió muy lento, estuvo pensando en todo lo que había hecho en menos de veinticuatro horas, se había vestido con ropa que jamás hubiera soñado, visitado un club nocturno, un bar y además se había embriagado. No se sentía ella misma.

Cuando el auto estacionó, salió de él con dificultad y tropezó con los escalones frente al edificio.

Empezó a subir las escaleras con rapidez. «Tengo que apresurarme y entrar pronto a mi apartamento o si no...». Anna no pudo terminar su pensamiento, vomitó, y no en cualquier lugar, si no en el pasillo, justo al lado de la puerta de un vecino.

—¡Maldita sea! —gritó, y se sorprendió de su vocabulario, definitivamente esa noche no era ella.

Ahora tendría que subir un piso más y buscar algo con que limpiar, no podía dejar eso allí. Tardó un instante en reponerse y reanudó su camino.

—¡Oh por Dios! Le vomité la puerta al señor Antonio —dijo en voz alta al intentar abrir la de su apartamento.

Una parte de ella se sentía orgullosa, no pensó que podría aguantar tanto tiempo las náuseas, fue mejor haber vomitado allí que en el bar, o peor, en el taxi. No tenía planeado repetir la aventura, las noches de chicas estaban descartadas de su agenda, pero por si acaso, pensó que llevaría con ella un par de bolsas para emergencias, en caso de que decidiera repetir la experiencia.

Capítulo 31: a seguir adelante.

Por la mañana Anna despertó gracias a la alarma de su celular, afortunadamente estaba programada para que de manera automática sonara a la misma hora de lunes a viernes, si no, hubiera pasado de largo.

La resaca que tenía era espantosa, empezó a recordar con problemas lo que había ocurrido. En eso vino a su mente lo sucedido en el pasillo, pero su memoria no daba más, no recordaba haberlo limpiado. Se puso de pie con prisa, lo cual le costó una caída, estaba mareada.

Corrió como pudo hasta el piso de abajo con el corazón acelerado, estaba alarmada y apenada con su vecino.

Cuando estuvo frente a la puerta comprobó aliviada que el suelo estaba limpio «¿Yo lo limpié? —se preguntó—, ¿y si lo limpió el señor Antonio?, ¡qué vergüenza! Un momento, no hay forma de que sepa que fui yo la que hizo ese desastre». Se devolvió a su apartamento muy tranquila.

Una vez de regreso se metió en el baño, se quitó la ropa que aún tenía de la noche anterior y antes de meterse a la ducha se miró al espejo, su rostro evidenciaba la mala noche pasada.

Mientras se duchaba debatía en su mente cómo haría para seguir adelante, no sabía cuánto tiempo se tardaba en superar una relación amorosa, y entre más lo pensaba peor se ponía.

Opinaba que no había salido nada positivo de la salida con las chicas, todavía quería morirse. Entonces recordó las terribles anécdotas de sus amigas, se dio cuenta de que todas las relaciones eran difíciles y, al parecer, casi imposibles de mantener. A pesar de todo el apoyo de sus compañeras de trabajo, Anna necesitaba la opinión de una mujer ya con una vida hecha, necesitaba a su mamá.

El fin de semana fue a visitar a sus padres, no fue fácil verlos, se sentía muy avergonzada. Ella les había contado su romántica historia con mucha ilusión y ellos se habían emocionado con eso, le dio muchísima pena llamarlos para pedirles ayuda porque su novio millonario la había dejado abandonada en una isla.

Necesitaba que su madre le dijera, como fiel amante de las novelas románticas, que el amor verdadero sí existía, que algún día llegaría, que ese dolor que sentía que la estaba matando poco a poco no duraría para siempre.

La señora Samantha no sabía mucho de desamor, tenía la enorme suerte de estar en una perfecta relación amorosa. Había tenido discusiones con su marido, como toda pareja, pero nada fuera de lo común, no habían vivido tragedias grandes, ni infidelidades, eran un matrimonio tranquilo, hogareño, ambos se habían enamorado muy jóvenes. Es una de esas historias en donde el amor parece durar para siempre sin importar que te empiecen a salir arrugas, canas y te inflen como globo, como a la madre de Anna que después del embarazo nunca pudo recuperar su figura.

—En las buenas y en las malas, hija, en las buenas y en las malas —solía decirle de vez en cuando, refiriéndose a su matrimonio exitoso.

Anna hubiera podido aplicar en su relación este consejo si hubiera notado algún problema, hubiera hecho lo posible para resolverlo, pero no podía ver ninguna falla. Se convenció que ella no era ella la del problema, era él. James tenía razón, Alexander no podía renunciar a su vida de mujeres para estar solo con una el resto de su vida, o al menos durante una temporada. En cierto modo era mejor así, haber terminado con ella pronto era preferible a que la hubiera engañado con otra después de cinco años de relación, y eso suponiendo que hubiera podido serle fiel durante tanto tiempo, pero ¡piedad!, deben existir muchas maneras de terminar con una persona sin que resulte tan doloroso.

—Tienes que buscar un hombre serio, hogareño, calmado, así como tu padre —le dijo su madre en algún momento de la visita que duró tan solo dos días y una noche—. Si decides estar con un hombre que ha estado con muchas mujeres un día esas mujeres regresaran a su vida y se van a atravesar en tu camino, no puedes cambiar eso.

—Sí mamá —dijo ella muy triste mientras se tomaba un té caliente y después de haber llorado un largo rato en el regazo de la señora Samantha, quien parecía no entender que ella no estuvo enterada de su pasado durante el tiempo que estuvieron juntos, y que de todos modos no pensaba volver a su lado.

—Vas a superar esto, ¿cierto? Te veo muy deprimida.

—Sí —respondió en un tono que no era fiable.

—No pareces muy segura —señaló el señor Richard, el padre de Anna. Un hombre alto, con mucho cabello rojo acompañado de barba y bigote del mismo color.

—¿Quiénes me criaron? —preguntó Anna asomando una sonrisa.

—¿Que pregunta es esa?

—¡Sí!, ¿qué pregunta es esa?, por supuesto que fuimos nosotros —exclamó el señor Richard.

—Exacto —dijo Anna entre lágrimas que no pudo contener—. Me enseñaron que si me caigo puedo llorar, pero que nunca tardara y que siempre volviera a ponerme de pie. No se preocupen, voy a estar bien —aseguró.

Y así, entre sollozos y palabras de aliento, transcurrió ese fin de semana en la casa de los Johnson.

Capítulo 32: una interrupción agradable.

Ya habían transcurrido dos meses desde que Anna había visto a Alexander por última vez esa noche en el club, se encontraba mejor, había logrado reponerse un poco, pero aún pensaba en los bonitos momentos que tuvieron juntos y se ponía melancólica con frecuencia. A veces le daba por extrañarlo, a pesar de lo malo, quería volver a estar con él, pero con el Alexander que ella conoció, el que charlaba con ella todas las noches, que era cariñoso y divertido, no con el imbécil del club.

Anna imaginaba algunas veces que un día él aparecería en su puerta implorando perdón, pero los días pasaban y esa ilusión no podía estar más lejos de la realidad, no había llamado, ni enviado un mensaje o correo. Por momentos sentía que tenía serios problemas al estar todavía enamorada de un hombre que le había partido el corazón en diminutos pedazos, pero a veces el corazón puede más que la razón y ella no podía sacarlo de sus pensamientos. Desde que él la dejó había tratado de enfocarse en sus horas laborales lo más que podía, pero al abandonar su puesto en la empresa se ponía a pensar en él a menudo y sentía un vacío muy grande, odiaba sentirse de ese modo.

Un viernes por la tarde salió del trabajo, no tenía ganas de ir a lamentarse en la soledad de su apartamento, pero tampoco le apetecía otra noche de chicas, lo que quería era una buena compañía, sentirse tranquila y feliz como cuando estaba con Alexander.

Caminó varias calles sin tener en mente un lugar exacto a donde ir. Dio unas vueltas por el parque hasta que no soportó más el hambre. No sentía ganas de cocinar, quería llegar directo a dormir y que no le diera tiempo de llorar, así que decidió ir a un café.

Se sentó en la última mesa alejada de todos. Recostó la cabeza contra el cristal que permitía observar toda la calle a través de él. Pidió el platillo más sencillo que vio en el menú y además un té de durazno para acompañarlo.

Cuando llegó su orden se dedicó inconscientemente a observar el plato al tiempo que suspiraba, era difícil, hasta la comida le recordaba a él.

Una vez que terminó de cenar sintió una pesadez en las piernas, quería por arte de magia cerrar los ojos y aparecer en su cama. Abrió su bolso y sacó un libro, resultaba era el que Alexander le había comprado en aquella ocasión en la que fueron al cine juntos por primera vez: *Un árbol crece en Brooklyn*,

por *Betty Smith*. Le había encantado, pero por momentos sentía que lo detestaba debido a cómo llegó a sus manos, a pesar de eso, consideraba que era un buen libro y no tuvo valor para tirarlo. Como si no fuera ya lo suficientemente difícil para ella tenerlo entre sus manos, al abrirlo, cayó sobre el mantel un clavel seco, lo había guardado allí para tenerlo de recuerdo, se había olvidado de ese detalle, era del primero de los muchos ramos de flores que Alexander le había obsequiado.

—Malos recuerdos —murmuró y tiró sin cuidado la flor marchita al suelo.

Estuvo un rato intentando concentrarse en la lectura, pero no dejaba de pensar en su ex novio.

—¿Es aburrido ese libro? —dijo una voz masculina a sus espaldas.

Anna se dio la vuelta para ver quién era.

Alexander era un hombre muy atrayente, no era posible que alguna persona pudiera decir lo contrario, pero este sujeto desconocido, que se encontraba de pie junto a la mesa, lo superaba en apariencia a pesar de que usaba una chaqueta vieja y desgastada. Tenía el cabello rubio y unos ojos que impactaban a primera vista.

—No, no es aburrido —opinó Anna muy asombrada por la presencia del extraño.

—Pero tienes más de quince minutos con él en la mano y no has pasado ni una página —señaló.

Anna cerró el libro poco a poco al darse cuenta de que era cierto. Suspiró con fuerza.

—¿Estás bien? —preguntó el desconocido.

—No lo sé —respondió Anna sin mirarlo.

—¿Te importa que me siente?

Anna no respondió, se mostraba contrariada.

—Entonces... —dijo el extraño e hizo una muy larga pausa— ¿me voy? —preguntó con cortesía.

—Lo siento, es solo que... yo... —suspiró de nuevo, no sabía que palabras utilizar.

—Está bien —interrumpió el hombre rubio—, no tienes que darme explicaciones, los malos momentos son comunes, es muy normal, ya pasará —aseguró con optimismo.

—Tienes razón —dijo Anna después de unos segundos de reflexión y le dirigió la mirada con una débil sonrisa— ¿Por qué no te sientas?

—Gracias, eres amable —explicó mientras que se acomodaba frente a ella con una simpática sonrisa—. Yo soy Anthony ¿tú eres...?

—Soy Anna.

—Gusto en conocerte, Anna. ¿Vienes aquí a menudo? —preguntó Anthony con curiosidad.

—Creo que es la primera vez —respondió pensativa al tiempo que observada su alrededor.

—Eso me hace ver que no eres de por aquí, o ¿me equivoco?

—Estás en lo correcto —respondió con sorpresa—, soy de Virginia. Me mudé hace unos meses.

—Ya decía yo —aseguró Anthony con una sonrisa—, ¿te gusta la ciudad?

—Es otro mundo, pero sí, me encanta, sobre todo el parque.

—Yo doy paseos por el parque todo el tiempo, tal vez nos hayamos cruzado alguna vez.

—Es posible —asintió con una débil sonrisa—, a veces hay muchas personas.

Anna se sentía como si estuviera alucinación, le costaba creer que aquello era real, no entendía que sucedía. Su confusión se debía a que desde hace casi dos meses era frecuente que hombres se le acercaran a hablar. Había rechazado un total de cinco invitaciones a salir y no se sentía cómoda con esa nueva situación. Ningún hombre había llamado su atención, pero esta vez era diferente, Anthony tenía algo que no podía explicarse, enseguida tuvo temor, pensó en que, en caso de que pudiera enamorarse de él, le rompiera el corazón. Pensar en Anthony de aquella manera, sin siquiera conocerlo, y sin que él la hubiera invitado a salir, la hizo sentir terriblemente culpable, como si estuviera engañando a Alexander. Se dijo a sí misma que no podía ser más absurdo, pero era como un dolor en su pecho, justo en su corazón.

Transcurrieron unos minutos y el dolor se fue, o se le olvidó. Sin notarlo

apartó a Alexander de sus pensamientos, estaba muy concentrada en la grata conversación con Anthony. Resultó que, además de ser muy amable, era muy inteligente, parecía tener conocimiento de todo, también tenía una inusual sonrisa que lo hacía ver como si fuera una persona muy especial y era sumamente atrayente.

—Tengo que irme —dijo Anthony al cabo de una media hora, justo después de que Anna terminara de contarle algo sobre un documental que había visto el fin de semana—, pero yo trabajo aquí cerca —agregó al tiempo que señalaba hacía atrás—, tal vez podríamos vernos en otra oportunidad y...

—Eres agradable, y agradezco la invitación —le interrumpió Anna con sinceridad y un poco de temor—, pero yo acabo de salir de una relación.

—Lo lamento... —dijo Anthony aparentemente confundido—, me refiero a tu relación, lo siento, supongo que es un hecho lamentable, pero... verás, yo no te iba a pedir que fuéramos a una cita. Solo pensaba que podíamos volver a charlar, o dar un paseo por el parque, no sé... Me gustó hablar contigo, creo que eres muy interesante.

Anna no tenía el poder de desaparecer en un abrir y cerrar de ojos, así que, en un pobre intento de ocultarse, cubrió su rostro con ambas manos.

Transcurrió casi un minuto, y lo único que se escuchaba era el entrechoco de platos y un par de conversaciones lejanas de otras mesas. Anna no se atrevía a levantar la vista.

—Está bien, no pasa nada —dijo Anthony después de un rato—. Ten, solo por si acaso.

Anna tomó valor y levantó la mirada cinco segundos después, Anthony ya se marchaba. Al ver a la mesa notó que había sobre ella una servilleta con un número de teléfono escrito en tinta azul.

Anna se quedó muy sorprendida, se dio cuenta de que todo había pasado demasiado rápido. Tenía los ojos fijos en la servilleta, el corazón le había vuelto a doler, sentía que, si tomaba aquello, estaría traicionando a quien se había convertido para ella en la persona más importante de su vida. Desvió su mirada al suelo, movió un poco el mantel y lo vio, el clavel rojo, casi marrón y seco que había caído del libro. Lo observó con dolor, con culpa, no entendía porque era tan difícil, le costó contener las lágrimas. Hizo un esfuerzo en componerse y con serenidad dejó de observar la flor, tomó la servilleta y la

guardó dentro del libro.

Capítulo 33: Central Park.

Era jueves por la tarde y Anna había pedido permiso en el trabajo por primera vez, faltaba muy poco tiempo para que acabara su periodo de prueba y supuso que no representaría ningún problema. No se sentía bien, como si fuera a darle un resfriado, tenía un dolor de cabeza que no la dejaba concentrarse.

Salió del edificio, pero en lugar de ir a descansar, fue a comprarse un helado. Decidió dar un paseo, a pesar de que un sentimiento de culpa le decía que fuera directo a su apartamento, necesitaba tomar aire y tener contacto con la naturaleza, eso siempre la hacía sentir mejor.

Caminaba por el Central Park tratando de distraerse, pero, como siempre, distraerse era una tarea ardua, su mente desviaba sus pensamientos al recuerdo de Alexander.

Observaba a las personas y en eso se le vino el recuerdo de aquel hombre amable que había conocido hace unos días, Anthony. Había pensado en él más de una vez, pero la vergüenza de que ella había insinuado, delante de él, que la estaba invitando a salir la encontraba tan vergonzosa, que no había considerado la opción de llamarlo.

Anthony parecía ser muy diferente a todos los hombres, él, en lugar de alagar su belleza, le había dicho que la encontraba interesante. Tal vez solo serían amigos, una nueva amistad le vendría bien, en la revista todas sus amistades eran mujeres, parecía mala idea despreciar una buena compañía.

Con cuidado, no se le fuera a caer el helado, buscó en su bolso la servilleta que él le había dejado, continuaba dentro del libro que de vez en cuando intentaba leer. Tomó su celular y marcó.

—¿Hola?, ¿Anthony?

—Sí, ¿quién habla? —escuchó al otro lado de la línea.

—Me diste tu número la otra noche...

—Anna —interrumpió.

—Sí —respondió sorprendida.

—Te recuerdo, leías un libro muy aburrido —dijo con voz alegre.

—Sí, esa soy yo —respondió en el mismo tono.

—¿Cómo has estado?

—Bien... yo... me preguntaba si podíamos vernos, ya sabes, para charlar.

—Claro, de hecho, en este momento puedo, acabo de salir del trabajo, pero no sé si tu estas ocupada.

—No, no, estoy libre, estoy en el parque.

Anna le dio la ubicación exacta donde se encontraba y resultó que él no estaba muy lejos de allí.

Mientras esperaba la invadieron los pensamientos negativos, el helado se derretía en sus manos, estaba muy nerviosa para comer, y no quería tirarlo.

—¿Puedo darle mi helado a tu perro? —le preguntó a un hombre que caminaba por allí paseando un dálmata.

—Pregúntaselo a él —respondió el sujeto emocionado al ver que una hermosa pelirroja le dirigía la palabra.

—Claro... —respondió Anna con indiferencia— ¿Quieres? —preguntó dirigiéndose al perro sin agacharse— Toma.

Anna soltó el helado, cayó justo frente al animal y este empezó a comer desesperado como si se tratara de lo más exquisito nunca antes probado. Pudo haberse inclinado, darle el helado de vainilla a la elegante mascota y hacerle cariño mientras le decía el típico «buen chico», pero estuvo muy lejos de hacerlo, no le gustaban los perros, una mala experiencia del pasado le hacía detestar a esa especie de manera automática.

—¿Quieres ir a dar un paseo? —preguntó el hombre mostrando interés en Anna.

—¿Quién yo?

—Ja, ja, ja, sí ¿quién más? —exclamó el hombre con una sonora carcajada.

—No gracias, espero a alguien.

—Ya veo, ¿te gustaría ir a comer más tarde? —insistió dirigiéndole una mirada seductora que la incomodó, hacía unos movimientos muy raros con las cejas.

Anna tenía que rechazarlo de inmediato, era muy empalagoso.

El hombre insistió un poco más, pero no tardó demasiado en resignarse.

Anthony apareció detrás de él y Anna salió disparada a su encuentro.

—Llegaste rápido —dijo Anna que lo observaba tratando de disimular fascinación, a la luz del día su cabello se veía más claro y sus ojos se veían de un azul oscuro e intenso.

—Te dije que trabajo cerca ¿Ese hombre te está incomodando? —preguntó en voz baja.

—Sí, pero por suerte llegaste—. Ven, caminemos —pidió adelantándose unos pasos—. Creo que creyó que le estaba coqueteando porque ofrecí darle mi helado a su perro —explicó.

—Los perros no deberían de comer helado —aseguró Anthony con preocupación y girando su cuerpo para ver al animal.

—No lo sabía —respondió apenada—, se lo di porque no quería tirarlo.

—Está bien, un poco no le hará daño —aseguró— ¿Por qué no te lo comiste? ¿Te sientes mal? —preguntó al reanudar la marcha.

—No... bueno, la verdad es que pedí permiso en el trabajo porque me dolía la cabeza, pero ya estoy bien.

—¿Pediste permiso en el trabajo y te viniste al parque a comer helado? —preguntó extrañado.

—Suenas mal, lo sé —dijo Anna moviendo la cabeza de lado a lado—, pero necesitaba salir de allí.

—¿Qué ocurrió?, tengo entendido que te gusta tu empleo.

—Así es, pero no tiene nada que ver con el trabajo, cambiemos de tema.

Pronto Anna descubrió cosas sobre Anthony que no había hablado con él cuando se encontraron aquella noche, resultó que él era un par de años mayor que ella y trabajaba en una empresa que almacenaba y distribuía materiales de construcción por la ciudad. Le preguntó si tenía hermanos y hubo un incómodo silencio de parte de Anthony, por lo que Anna supuso que había ocurrido algo.

—¿Qué hay de tus padres? —preguntó con curiosidad, le daba pena insistir en el tema de los hermanos y tal vez esta pregunta le daría una pista sobre lo que había ocurrido.

Anthony se tomó su tiempo en responder.

—Creo que la respuesta correcta sería decir que están en el cielo —

respondió con melancolía.

—Lo siento mucho —se apresuró a decir Anna y enseguida sintió una profunda tristeza al imaginar cómo se sentiría si los suyos no estuvieran con vida.

—Es agradable ¿no?, caminar —preguntó desviando por completo la conversación.

—Lo es —aseguró Anna todavía apenada.

Estuvieron caminando por el parque, mientras charlaban, hasta que anocheció y Anna se dispuso a marcharse para cenar en su apartamento. Quedó satisfecha con el encuentro, Anthony parecía ser una buena persona y le agradaba mucho. Ambos acordaron que se volverían a encontrar para repetir el paseo.

Capítulo 34: un encuentro inesperado.

James se encontraba en un supermercado haciendo sus habituales compras un día sábado. Estaba muy concentrado leyendo la etiqueta de una nueva marca de yogurt, cuando le pareció reconocer a una persona que pasaba a su lado.

—¿Anna?

—¿Sí? —preguntó ella dándose la vuelta un tanto despistada a ver quién la llamaba.

—¡Vaya!, esto sí que es una coincidencia ¿Te acuerdas de mí?

—¿Cómo podría olvidarte? Eres James, el amigo de Alexander —respondió con una sonrisa de asombro y los ojos bien abiertos.

—Exacto —dijo feliz al ver que ella lo reconoció— ¿Cómo has estado? —preguntó, la imagen de Anna llorando en el club lo había atormentado unos días.

—Mejor —dijo y no parecía muy segura—. Oye, discúlpame por esa noche, yo no estaba pensando bien.

—Estabas alterada, es comprensible —aseguró encogiéndose de hombros.

—Sí... —dijo con tristeza contenida— Gracias por entender, no quisiera que pensaras que soy así todo el tiempo.

—Me doy cuenta, ya no tienes los ojos hinchados —agregó.

Ambos rieron.

—Ha sido difícil —murmuró Anna al parecer no muy segura de decir eso en voz alta.

—No lo dudo —dijo mirándola con sentimiento, ella estaba cabizbaja y observaba los productos que tenía en la mano—. Oye, ¿solo vas a llevar eso? —preguntó señalando un paquete de avena y otro de leche.

—Sí —respondió, parecía apenada, sobre todo al ver que James tenía su carrito full de mercancía—. La verdad solo entré para ver cómo era.

—Qué casualidad, yo vengo aquí todos los sábados, creo que es una suerte encontrarte.

—¿Lo crees? —preguntó extrañada.

—Sí, la verdad es que quisiera hablar contigo ¿Tienes prisa?, ¿no quisieras ir a caminar un rato? Tal vez podemos comer algo.

—¿Co... como en una cita? —preguntó temerosa— ¿Me es... estás... invitando a salir?

—¿A salir?! —preguntó James en voz alta— ¡Dios!, Anna, eres la ex novia de mi mejor amigo. Hay reglas para eso —explicó alarmado.

Anna se quedó inmóvil y retuvo la respiración, se veía muy apenada.

—Lo siento —dijo después de soltar el aire, y empezó a caminar—. Es que desde que Alexander terminó conmigo he recibido varias invitaciones a salir, a comer, al cine... no estoy alardeando, es la verdad —aseguró mirando con seriedad a James que caminaba a su lado empujando el carrito—. Es como si tuviera un cartel pegado en la frente que dijera «disponible», es muy raro. No me siento cómoda con eso.

—No puedo imaginar lo difícil que debe ser. Recibes invitaciones a salir porque tu belleza llama la atención desde kilómetros de distancia —dijo James en un tono soñador. Suspiró y agregó—. Tan solo pensar que hay mujeres por allí, algunas bastante feas, que se duermen después de llorar porque no consiguen ni que su mejor amigo, si es que tienen, les invite un helado. Pobres mujeres. Tu situación es una verdadera desgracia.

Anna miró a James con muchísimo asombro, comenzó asomando una débil sonrisa y no demoró mucho en soltar unas carcajadas.

—Tienes toda la razón, debería de sentirme alagada en lugar de molesta —murmuró Anna que parecía debatir con ella misma—. Lo siento, es que no estoy acostumbrada a que los hombres se me acerquen, si tan solo supieras que antes de Alexander nunca había tenido una cita.

—Lo sé, él me lo dijo. Tengo que admitir que al escuchar eso le dije que se alejara de ti, me parecía muy extraño que una mujer como tú no hubiera tenido novio en su vida.

—Creo que no puedo culparte por eso —opinó pensativa.

—Solo por curiosidad, ¿has aceptado alguna de esas invitaciones?

Anna lo miró sin responder.

—No tienes que decirme.

—No tengo novio, si eso quieres saber.

James asintió complacido y continuaron la marcha hasta una de las cajas registradoras.

—James, no tienes que hacerlo —dijo Anna al ver que él se ofreció a pagar por la leche y la avena.

—Sé que no te están pagando, déjame ayudarte un poco, además, no es mucho.

—Sabes mucho sobre mí —murmuró ella asombrada.

—No tienes idea —dijo volteando los ojos al recordar como Alexander solía mencionarla todo el tiempo.

—¿Y bien? ¿Me acompañas un rato, o tienes prisa?

Anna se quedó pensativa.

—¿No sería raro? —murmuró.

—Anna, por Dios, ya te dije que no es una cita.

—Lo sé, pero, ¿qué dirá Alex?

—No tiene que saberlo —respondió sin vacilar.

—De acuerdo —respondió Anna después pensarlo un poco más.

—Vamos, mi auto está por allá.

Ambos salieron de la tienda y se subieron al vehículo.

—Espero que no te moleste mi forma de conducir —dijo James al minuto de arrancar—, debes haberte acostumbrado a como conduce Alexander.

—¿Qué tiene tu manera de conducir? No veo nada malo.

—Gracias por decirlo —dijo complacido—. En comparación a Alex parezco una tortuga sin patas, el maneja demasiado veloz.

—No lo creo —opinó con asombro—, es decir, me parece que conducía igual que tú.

—¿Qué?! ¡Claro que no! —exclamó James atónito—. Alexander es el conductor menos precavido que hay. No conozco a nadie que tenga más multas por exceso de velocidad que él.

—Te juro que manejaba igual que tu —aseguró Anna.

—No, puedo, creerlo, imbécil —dijo en voz baja dejando un espacio

entre palabra y palabra.

Mientras caminaban, por el camino largo y estrecho del Riverside Park, James se encargó de evaluar a Anna, observaba todos sus gestos y notó que a menudo sonreía, lo que hacía que él sonriera también «¿Por qué demonios Alexander terminó con esta mujer?» se preguntaba.

Anna se desvió unos pasos y se detuvo un momento a contemplar la hermosa vista del río Hudson. James se detuvo y decidió acercarse a ella.

—¿Eres su mejor amigo?

—¿De Alex? —preguntó confundido por unos segundos, no estaban hablando de Alexander— Sí.

—Entonces supongo que sabes porque terminó conmigo, él tuvo que haberte dicho la razón.

—Honestamente no me ha dicho nada.

—¿Nada?

—Nada —aseguró James.

Anna se quedó en silencio un momento, tenía los ojos clavados en el río, el viento apenas soplaba esa tarde y el cabello casi no se le movía. James solo la miraba sin saber que decirle. En eso notó que ella giró su cabeza al lado opuesto de que estaba él y vio que su respiración comenzó a agitarse.

—¿Estás bien? —se atrevió a preguntar James.

Anna se dio la vuelta, tenía mejillas y nariz rojas, los ojos sostenían con gran dificultad unas lágrimas.

—Supongo que es como tú me explicaste, que no podía estar solo conmigo —comenzó a decir Anna—. Me ha costado creer lo que dijiste de él, si todo es verdad, entonces no debo estar con él, pero... es... tan doloroso —agregó con dificultad mientras que hacía un verdadero esfuerzo en no dejar escapar sus lágrimas. Desvió de nuevo la mirada al río antes de agregar otras palabras—. No logro superarlo ¡¿Cuánto tiempo más voy a seguir sintiéndome así?!

—No... no lo sé —murmuró James sin saber qué otra cosa podía decir.

Tenía problemas en creer lo identificado que se sentía con Anna, era como si sintiera su dolor, la tristeza de ella le hacía revivir el terrible

sentimiento de un corazón roto.

Estuvieron casi diez minutos allí de pie, ambos se dedicaron a observar el río, como si quisieran que sus recuerdos se los llevara el agua.

—Ven —dijo James con optimismo—, vamos a comer algo.

Anna, que pareció haber salido de un trance, observó a James e intentó sonreír. Las lágrimas habían caído en algún momento, ya su rostro no mostraba señas de haber llorado.

James llevó a Anna a comer un Hotdog en lo que él consideraba como el mejor lugar para perritos en Nueva York. Estaba muy cerca de allí, fueron caminando.

—Veo que tienes una buena figura —observó James después de tragar un bocado—, cualquiera que coma con Alexander corre el peligro de estallar como bomba.

—Tienes razón —respondió ella en una carcajada, parecía extraño que hablar de su ex novio no le bajara el ánimo—, ya estaba tomándole el gusto. Tú también estas en buena forma, ¿cómo haces?, lo conoces desde hace mucho tiempo.

—Bueno, no tengo su metabolismo, yo sí hago ejercicio, pero no tanto como debería, tengo que rebajar unos kilos.

—¿Qué dices?! ¡Estás bien! —exclamó Anna que comenzó a observarlo con detalle.

—No me has visto desnudo —explicó justo antes de dar otro mordisco.

Anna rio.

Continuaron charlando hasta que James dio un grito que estremeció a Anna.

—¿Qué ocurre? —murmuró en voz baja. Varias personas del local habían volteado para mirarlos.

—Olvidé que compré un pollo, debo irme, tendré que cocinarlo de una vez —explicó pensativo mientras que sacaba unos billetes de su billetera.

—Lo siento —lamentó Anna.

—No es tu culpa, además la pasé bien. Ven, vámonos, te llevaré a tu apartamento.

Cuando ya faltaba poco para llegar, Anna levantó un poco el brazo para señalar algo, pero se quedó callada al ver que James cruzaba la calle sin que ella tuviera que pedirselo.

—Ahora recuerdo que yo no le di la dirección al taxista aquella noche —dijo sorprendida.

James sonrió.

—Como te dije, Alex no dejaba de hablar de ti —repitió moviendo la cabeza de lado a lado.

James estacionó su auto casi frente al edificio donde vivía.

—Bueno, aquí nos despedimos —dijo él mientras que se aseguraba de estar bien estacionado.

—Gracias por traerme, por el paseo, por la comida y por pagar por esto —dijo Anna señalando la bolsa que tenía sobre sus piernas.

—No fue nada, me divertí —aseguró—. Tal vez podríamos vernos otro día, si no te parece demasiado raro —se atrevió a decir, tenía miedo de que Anna se negara alegando que no podría.

—Tal vez... —vaciló Anna—. Sí, claro que sí.

—De acuerdo —dijo tratando de disimular su entusiasmo—, ¿intercambiamos números?

Anna sonrió y sacó su teléfono de su bolso y se lo dio a James que hizo lo mismo al sacarlo de su bolsillo.

—Nos vemos entonces —dijo Anna justo antes de cerrar la puerta.

James observó a la pelirroja mientras que entraba al edificio. La había juzgado mal, más de una vez creyó que estaba con Alexander solo por el dinero, pero no la conocía en persona, y ahora que había compartido a su lado, le agradaba mucho, tal vez demasiado y sería imposible pensar mal de sus intenciones. Tenía que volver a verla sin parecer desesperado, era obvio que ella continuaba enamorada de Alexander y sabía que su amigo también de ella o no estaría actuando tan distinto, últimamente lo veía muy triste ¿Acaso él había terminado con Anna por su culpa? Si era así, tenía que hacer algo para remendar su error.

Capítulo 35: los problemas de Alexander.

Mientras la vida parecía darle a Anna razones para sonreír, a Alexander le estaba dando motivos para estar perturbado ¿Qué le había sucedido? Ni el mismo lo sabía. Después de lo que él mismo consideraba como una terrorífica experiencia en Hawái, regresó a la ciudad tratando de pretender que nada había ocurrido, que las cosas paranormales que había visto en el pasillo del hotel, al igual que todas las otras experiencias de ese tipo, habían sido solo producto de su, al parecer, muy potente imaginación que lo había traicionado de nuevo. Esta vez su mente se había salido de control y había pasado a imaginar cosas mucho más reales de todas las pesadillas que había tenido en su vida, juntas por lo menos. Después de aquello no le costó nada la firme decisión de que, si volvía a experimentar otra cosa anormal, por más mínima que fuera, en cualquier lugar, incluso si tuviera la duración de un segundo, iría a ver a un psiquiatra, y no uno cualquiera, el más experimentado y más costoso de todos, así tuviera que viajar al otro lado del mundo para encontrarlo.

Por suerte aquella noche en la paradisíaca isla fue la última vez que sucedió algo fuera de lo normal. La extraña presencia que había estado sintiendo el último mes parecía haber encontrado otra persona a quien atormentar.

Pasado ya un tiempo considerable y cero rastros de cosas extrañas, Alexander se sentía aliviado, pero otros problemas se habían empezado a sumar a su vida. A pesar de que intentó llevar las cosas con normalidad, pocos días después comenzó a sentir que algo no encajaba. Las horas parecían estirarse y los días se hacían largos y aburridos, cualquier conversación con quien fuera la encontraba tediosa, no tenía el mismo ánimo de siempre. Una de los cambios más impresionantes era que no tenía siquiera ganas de estar con una mujer, con el tiempo perdió el interés.

Todo comenzó cinco días después de su regreso. Alexander estaba pasándola muy bien con una rubia en el club, se divirtió tanto con ella que decidió llevarla consigo para disfrutar unas horas en su cama. Como era habitual, se besó apasionadamente con ella en el ascensor del edificio dónde vivía, no despegaba su boca de la de ella ni cuando, con dificultad, abría la puerta para entrar a su apartamento. Subió con ella las escaleras, ambos estaban muy apesurados. Cuando cayeron llenos de deseo en la cama Alexander le quitó la blusa a la rubia con velocidad y comenzó a besarle el

cuello cuando sintió un frío recorrer su cuerpo y se detuvo en seco. Fue poseído por un muy pensamiento anormal, su mente le decía que tener sexo con la despampanante mujer era un terrible error. Se sentó al borde de la cama tratando de calmarse, no podía seguir tocándola, simplemente no podía. Intentó comprender el motivo, pero era tan absurdo que le causó dolor de cabeza y su compañera no estaba menos extrañada que él.

—¿Vamos a hacer esto o no? —preguntó irritada unos minutos después. Estaba acostada en la cama y se había terminado de quitar toda la ropa, al parecer al ver que Alexander tenía problemas decidió darle una mano.

Alexander volteó a mirarla, tenía que estar loco para rechazar a una mujer desnuda y con ese cuerpo acostada en su cama.

—No puedo —respondió casi en un murmullo, pero ella lo escuchó con claridad.

La hermosa mujer se puso de pie enseguida y comenzó a vestirse con velocidad, tenía las mejillas coloradas del enojo. Se ató su cabellera con una cola alta y miró a Alexander con desprecio.

—¿Sabes? Eras mi venganza para mi ex novio. Muchas gracias, inútil — exclamó con mucha seriedad.

Alexander observó muy alterado como la rubia se marchaba. Apenas escuchó la puerta cerrarse se puso de pie para ir a la cocina. Llenó un vaso con agua y lo llevó hasta su habitación. Abrió el primer cajón de su mesita de noche, allí estaban sus píldoras para dormir. Sacó una y después de beber de casi un trago medio vaso de agua, se acostó a esperar a que hiciera efecto. Hace unos días había vuelto a comprarlas, su insomnio parecía estar peor que nunca.

Esta escena se repitió dos veces con otras dos invitadas, los resultados fueron los mismos, las mujeres acababan desnudas, molestas y Alexander sentado al pie de la cama con dolor de cabeza. Alexander no era de esas personas que van al doctor, pero vamos que esto era una emergencia. No lo pensó mucho, acudió a tres sexólogos los cuales le diagnosticaron, ginofobia «*miedo a las mujeres*», venustrafobia «*miedo a las mujeres hermosas*», y medolmacufobia «*pánico a perder una erección ya lograda*». Todo esto hizo que se preguntara dónde se habían graduado esos hombres, él no tenía ninguno de esos problemas. Terminó por aceptar el diagnóstico de un cuarto médico, quien le dijo que solo era una *aversión*

sexual, y que solo debía aguardar y con el tiempo pasaría, a menos que estuviera muy desesperado y en ese caso le recomendó asistir a un psicólogo. Alexander decidió esperar, al escuchar ese diagnóstico se sintió más tranquilo.

Unas semanas después Alexander llegaba al club a la una de la madrugada. Como era ahora normal, no intentó buscar a ninguna mujer para bailar, se dedicó a ayudar a James con el trabajo, a supervisar que todo estuviera en orden. Eso hizo hasta que llegó la hora de cerrar, estaba tan despierto que invitó a James a que fuera a su apartamento a comer y ver una película, pero no pudo imaginar que su visita se convertiría en un interrogatorio que lo dejaría muy confundido y que haría que su amigo casi perdiera el control.

Capítulo 36: James casi pierde la razón.

James, como era de esperarse, tardó un largo rato en llegar al apartamento de Alexander. Despierto conducía con cuidado, cuando estaba soñoliento tomaba doble precaución. Para el momento en que llegó Alexander ya había ordenado y este le aseguró que la comida no debía de tardar.

Tenía problemas para mantener los ojos abiertos mientras que caminaba inspeccionando el apartamento de su amigo millonario, hace mucho tiempo que no iba y le parecía que el lugar había cambiado un poco, pero era el sueño que no lo dejaba pensar bien, estaba exactamente igual.

Cuando la comida llegó Alexander se dirigió a la puerta para recibir la orden y al regresar a la cocina se dio cuenta de que James se dormía con la mano apoyada en la palma de su mano.

—Tomate esto si no quieres acabar con la cabeza sobre el plato de comida —sugirió Alexander al tiempo que cerraba la puerta del refrigerador.

James observó frente a él una bebida energética, de buena gana se hubiera echado sobre el sofá, pero hace unas horas se había encontrado con Anna en el supermercado y necesitaba hablar con Alexander sobre el asunto, no había compartido con su amigo desde hace meses, no podía desaprovechar esa oportunidad.

—Si no tienes hambre no te la tomes, puedes dormir en el sofá.

—Estoy bien —aseguró James que parecía que ya estaba alucinando. Tomó la lata que estaba bien fría y comenzó a beber con convicción.

Unos minutos más tarde, cuando ambos habían terminado de comer, James se sentía muy despierto y animado. Aprovechó un momento en que la película se estaba tornando aburrida y se atrevió a preguntar por la pelirroja.

—Oye, Alex... no te había querido molestar con el asunto, pero ya ha pasado bastante tiempo y no me has contado nada sobre lo que pasó esa noche en el club —dijo James mirando con atención a su amigo.

—¿De qué hablas? —preguntó Alexander que estaba absorto en la película.

—Ya sabes... me refiero a la manera en que trataste a Anna.

—¿Quién es Anna? —preguntó Alexander quien estaba muy concentrado

viendo las escenas de acción.

—¿Estás bromeando cierto? —dijo James con una expresión que indicaba confusión extrema.

—¿Es una amiga tuya?

—No, me refiero a Anna, tu ex novia —aclaró sin creerlo necesario.

Alexander rio a carcajadas.

—¿Ex novia? ¿Me estás tomando el pelo?

—¡No! ¡¿Qué te sucede?!

—James, vamos —respondió Alexander con voz suave—. Sabes que no he tenido una novia en mi vida.

—Claro que sí, Anna —insistió.

—Te dije, no tengo idea de quién es.

—¡Tu ex novia!

—Creo que esa cosa te hizo el efecto contrario, estás alucinando —aseguró Alexander refiriéndose a la bebida energética. Hizo un gesto de extrañeza y trató de prestar atención a las escenas— ¿Se murió Parker?, no entendí, que ocurrió —añadió, se había perdido un impresionante choque de autos muy importante para la trama de la película. Enseguida tomó el control remoto para retroceder.

—No le veo la gracia a que hagas como que no conoces a Anna —respondió James moviendo la cabeza de lado a lado.

—Yo tampoco se la veo.

—¿Entonces? —insistió James, ya estaba comenzando a molestarse.

—¿Entonces qué? —preguntó Alexander en voz baja que intentaba en vano concentrarse en la película.

—¡Entonces cuéntame! ¿Qué pasó con ella? —suplicó James desesperado.

—¿Vas a seguir? No sé de qué me hablas.

—No tienes porqué actuar de ese modo, soy tu mejor amigo ¿sabes?, o al menos eso creí. No puedo creer que no quieras contarme sobre ella —se quejó.

—Maldita sea James, deja de molestarme ¿quieres?

James hizo tal silencio que parecía no respirar.

Alexander puso la película en pausa, sin decir una palabra se levantó del sofá y subió las escaleras que conducían a su habitación.

James no sabía si iba a regresar, se quedó mirando la pantalla que mostraba la imagen pausada de la película.

Casi cinco minutos después Alexander regresó y ambos terminaron de ver la película en silencio.

James y Alexander jugaron unos partidos de básquet de un moderno video juego y tomaron unas cervezas acompañadas de papas fritas de bolsa. Ambos parecían actuar de manera automática, apenas intercambiaron palabras.

—Me voy a dormir —dijo Alexander a las once de la mañana—, puedes quedarte si quieres.

James no contestó, pero cuando su amigo hubo desaparecido se sentó frente al televisor y se dedicó a cambiar los canales en busca de algo entretenido, mientras intentaba ignorar los recuerdos de la conversación con su amigo sobre Anna, le dolía que Alexander no le tuviera la confianza para contarle aquello que había ocurrido con su primera novia. A pesar de eso la había pasado bien, de no haber sido por lo tenso que se volvió el ambiente después de aquella pequeña discusión, las cosas hubieran sido como antes.

Ocho horas y media más tarde James estaba sentado en una de las sillas altas de la cocina, comía una gran rebanada de torta de fresa cuando observó cómo su amigo descendía las escaleras.

—Pensé que te habías marchado, ¿no has dormido nada?

James movió la cabeza de lado a lado mientras que masticaba.

—No tengo nada de sueño, y me va a pesar —dijo después de tragar.

—Lo siento, no debí de invitarte —lamentó Alexander sentándose frente a él en otra silla.

—Yo quería venir, verás, no quiero ponerme sentimental, pero extrañaba esas noches cuando nos quedábamos despiertos hasta el amanecer y teníamos

los maratones de películas y juegos.

—Eso fue hace mucho tiempo, antes de la vida con trabajo. Todo cambia cuando tienes que trabajar —opinó Alexander con pesimismo.

—Tú trabajas porque quieres —señaló James.

—Lo sé —suspiró—, pero últimamente se me ha estado haciendo algo pesado, ya no es lo mismo. Escucha esto, el viernes llegué un poco tarde y mi jefe me dirigió una mirada aterradora, me asustó el hombre, se veía muy molesto. Yo nunca llego tarde al trabajo, solo en un par de ocasiones me ha sucedido y el actuó como si fuera algo de todos los días y no pudiera tolerarlo más.

—Bueno, tú jefe es una persona difícil —opinó James con ánimo, por fin, después de meses, Alexander le estaba contando algo de su vida—. Aunque tienes que verlo desde el punto de vista de él, yo ahora me he vuelto un poco más exigente porque tengo empleados, eso hace que uno cambie.

—Supongo que tengo que verlo de ese modo —dijo Alexander encogiéndose de hombros.

—¿Por qué has llegado tarde? —preguntó con curiosidad—, generalmente sueles ser muy puntual.

—No sé, siento que todo ha cambiado ¿Qué vas a hacer ahora?, ¿irás a tu apartamento?, ¿intentarás dormir un poco?

—No, no creo —respondió James con pesimismo al ver que su amigo había cambiado de tema. Suspiró y terminó de comerse el pastel en dos bocados—. Bueno, me marchó, yo... —suspiró de nuevo— ¿Estás seguro que no hay nada de lo que quieras hablar?

James se puso de pie y miró a su amigo con firmeza.

—Yo estoy bien —dijo sin mirarlo.

—¿No me contarás entonces sobre Anna? —dijo sin estar muy seguro de querer insistirle de nuevo.

—¿Vas a seguir con eso? —preguntó Alexander y pareció enfadarse.

—Ya sé que quieres olvidarla amigo, pero la negación no es una opción —respondió negando con la cabeza.

—¿Negación? ¿Cómo puedo olvidar algo que nunca pasó? Anna no

existe.

—¡Dios, Alexander! —exclamó James sujetándose el cabello con ambas manos— Anna estuvo en mi oficina esa noche, tú la viste, la pelirroja, no puedes negarlo, yo estaba allí contigo.

—¿La mujer que estaba llorando en tu oficina?

—¡Sí! —exclamó James a punto de perder la cabeza.

—¿Esa es Anna?! Jamás la había visto en mi vida.

James se detuvo a pensar un momento, hizo una comparación mental de la Anna que había conocido en las afueras del club con la Anna que había encontrado en el supermercado, había una diferencia notable, pero era imposible que no la hubiera reconocido después de estar en una relación con ella. Era tan absurdo que se sintió tonto al considerar esa opción.

—Alex, vamos, acababas de llegar con ella de Hawái —insistió James que ya no sabía que decir.

—¿Con ella?, James, yo fui a Hawái solo.

—¿Cómo que solo? —preguntó y recordó que Anna tenía el rostro quemado por el sol— Eso no es posible, no, no creo.

—Te aseguro que fui solo.

—¿Por qué no fuiste con ella? —preguntó James con curiosidad, tal vez Anna había llevado mucho sol en el parque, era muy blanca, podía quemarse con facilidad.

—Porque no la conozco, ¿por qué iría en un viaje con alguien que no conozco? ¿Te sientes bien?

—Pero fuiste con ella a París, no puedes decirme que no.

—¿Quién te dijo eso?, ¿Quién te dijo que yo tenía una novia llamada Anna?

—¡Tu!

—¿Cuándo lo hice? —preguntó Alexander alarmado.

—¡Todos los días durante un mes! —gritó James fuera de sí agitando los brazos.

James se sentó de nuevo, necesitaba respirar con calma, estaba muy

alterado. Nada de lo que Alexander decía tenía sentido para él ¿Cómo podía asegurarse de que no era una broma muy, pero muy pesada? Para sobrevivir en este mundo competitivo muchas personas dicen mentiras o medias verdades, pero Alexander era un hombre de palabra, no podía estar mintiendo, siempre decía que las personas mienten porque están obligados a decir que sí, cuando en realidad lo que deben aprender es a decir que no.

—Alex, júrame que no recuerdas a Anna —preguntó cuando se calmó un poco.

Alexander se puso de pie, y lo miró a los ojos sin parpadear.

—Te lo juro. Ahora, si no te importa, no quiero seguir hablando de mi novia imaginaria.

James decidió rendirse, sabía que Alexander podía reservar información, pero no mentir y lo había jurado, había jurado no conocerla. No se le ocurrió más nada, de todos modos ¿qué podía hacer James?, ¿amenazar con golpearlo para que revelara sus secretos?

—¿Puedes darme una de tus pastillas? —preguntó decidido a no hablar más del tema ese día— Necesito dormir bien cuando regrese del club.

James se marchó del apartamento de Alexander muy confundido y con una píldora en su bolsillo, su amigo se la dio aconsejándole que tomara solo la mitad, pues no estaba acostumbrado.

Capítulo 37: una invitación a cenar.

El lunes a las cuatro de la tarde, después de un sueño reparador, James despertó de buen humor. Dicen que el sueño perdido no se recupera, pero al menos él sintió que había descansado suficiente, tal vez fue gracias a la pastilla, necesitaba tomársela, hace poco había pasado de los treinta y no era lo mismo trasnocharse con veinte años que con treinta y uno.

Se metió a darse una ducha y unos minutos después vestido como acostumbraba, solo con ropa interior, se dirigió a la cocina para preparar un buen almuerzo y estaría como nuevo.

Una vez que tuvo el estómago lleno se dirigió a la pequeña oficina al lado de su habitación, se acomodó en la silla frente al escritorio y encendió su laptop. Se puso a buscar en Internet sobre posibles explicaciones para el supuesto olvido de Alexander, pero casi se vuelve loco, lo que consideraba ser una excelente herramienta de búsqueda terminó por asustarlo. Estaba aterrado con todo lo que leía, en su mayoría se trataba de enfermedades espantosas e incurables y temió por su amigo. Necesitaba hablar con Anna y que le informara, en caso de que sí hubiera acompañado a Alexander a Hawái, si él había tenido un accidente en la isla, una caída, algo que hubiera ocasionado un golpe en la cabeza. James había visto a su amigo esa noche en el club, estaba normal, bebiendo y bailando, a lo mejor no había sido un golpe muy fuerte, solo en el lugar correcto para provocar pérdida de memoria, pero tenía que preguntarle pronto, pues buscando otra posible explicación, se horrorizó al leer que la pérdida de memoria podía ser un signo de demencia. Tenía que dejar de indagar o se angustiaría más de lo que ya estaba, lo primero era hablar con Anna «¿Cómo le podré preguntar estas cosas sin parecer muy extraño? No pienso decirle que Alexander no se acuerda de ella, a mí mismo me cuesta creer todo esto» pensaba.

James buscó el teléfono para llamarla, pero al ver la hora supuso que continuaba en el trabajo, así que le envió un mensaje preguntándole si podían verse más tarde, no explicó el motivo, pero no fue necesario, ella casi enseguida le contestó que sí. Ofreció para ir a buscarla y cuando ella le dio la dirección de su trabajo James ahogó una sorpresa, hizo un esfuerzo para apartar unos pensamientos de su mente y le dijo que estaría allí a la hora de salida.

La preocupación por Alexander había pasado a segundo plano, James

sentía un escalofrío recorrer su cuerpo a medida que se acercaba a las instalaciones de la revista. Se estacionó frente a él edificio elegante y no pudo evitar mirar por la ventana y suspirar. Ese lugar le traía recuerdos de su pasado.

No tardó en distinguir a Anna, lo esperaba cerca de la entrada. Observó cómo se despidió de sus amigas, que miraban el auto mientras que hacían grandes gestos, y como se dirigía a hacía él con prisa.

—¿Por qué tus amigas están mirando de ese modo hacía acá? —le preguntó apenas ella se hubo subido.

—No les prestes atención —respondió Anna despreocupada mientras que se colocaba el cinturón de seguridad.

Cuando ya iban en marcha Anna preguntó a dónde irían.

—No lo sé, la verdad es que no lo pensé —dijo James avergonzado, había estado divagando desde que Anna le dijo que trabajaba en ese lugar — ¿Quieres ir a comer algo? —preguntó James.

—La verdad es que sí, me vendría bien algo de comida en este momento, hoy no almorcé.

—No deberías de hacer eso —le reclamó preocupado.

—Lo sé —dijo entre apenada y angustiada—. Es que ya casi termino mi período de prueba y aún tengo trabajo por hacer, ayer tampoco almorcé, es que de verdad me preocupa no quedar en la compañía.

—Pues, dejando de comer solo harás que disminuya la calidad de tu trabajo, y mira que la Señora Elisa es muy exigente.

—¿La conoces? —preguntó extrañada.

—Algo así.

—¿De verdad? ¡Ella es mi tía! —dijo Anna emocionada.

—¿Enserio?! —preguntó sobresaltado, si no es porque manejaba con precaución esto le hubiera podido costar un pequeño accidente.

Anna asintió con la cabeza varias veces sonriendo.

—Entonces es cierto lo que dicen: «el mundo es un pañuelo» —dijo James empezando a sudar—. Ahora... dime, ¿a dónde quieres ir a comer? —le preguntó para desviar el tema.

—Nada elegante, no...

—Si vas a mencionar el dinero, olvídate de eso —interrumpió—. No tienes que pagar nada, yo te estoy invitando. Te llevaré a un lugar lindo.

James llevó a Anna a un restaurante japonés muy refinado. Opinaba que lo que ella necesitaba en ese momento era una comida con un buen equilibrio nutricional, y el sushi proporcionaba eso con su mezcla de arroz, verduras y pescado.

Escuchaba con agrado como Anna agradecía todas las atenciones, y cuando llegó la orden ella le dijo que la comida era tan exquisita como el lugar, estaba decorado como un auténtico restaurante en Japón y los trabajadores utilizaban la vestimenta típica del lugar. Se escuchaba el murmullo de las personas que charlaban alegremente y el aroma de la comida era muy agradable.

—Gracias de nuevo, ahora me siento mucho mejor —dijo Anna al terminar su plato—, pero me sigo sintiendo culpable porque tú no hayas ordenado nada.

—Enserio, estoy bien. Yo me contento con que tu hayas comido, pero debes prometer que no vas a volver a saltarte el almuerzo, ni ninguna otra comida por culpa del trabajo —le dijo mirándola muy serio.

—Lo prometo —respondió ella con una sonrisa de satisfacción.

James no encontraba como introducir las preguntas que quería hacerle, su cabeza organizaba montones de frases, pero todas sonaban muy extrañas.

—¿Cómo es que decidiste abrir un club nocturno? —preguntó Anna estorbando sus pensamientos— Tienes años en el negocio.

—Que va, el club no tiene ni medio año.

—¿De verdad?! —preguntó Anna con mucho asombro— ¿A qué te dedicabas?

—Bueno, estuve casi un año sin trabajo, planeando este nuevo negocio, pero prácticamente he sido auxiliar de cocina toda mi vida laboral.

—¿Sabes cocinar?

—Sí, de hecho, tomé un curso de chef profesional y pude mejorar mucho, con el trabajo, pues, terminé de pulir mis conocimientos, aunque todos los días se aprende algo nuevo —explicó con seguridad.

—Impresionante.

—No hay nada de impresionante en eso.

—¡Sí lo hay! —exclamó sorprendida—, yo apenas se cocinar lo suficiente para no morir de hambre.

—Bueno, gracias —dijo James con una sonrisa tratando de convencerse de que Anna solo lo decía por ser amable.

—Pero... ¿cómo fue que decidiste abrir un club nocturno? —preguntó ella con mucha curiosidad.

—Eso es algo largo que contar.

—Que bien, yo no estoy apurada, además, ya cené —dijo señalando el plato vacío.

James vaciló un poco. Segundos después vino el mesonero a limpiar la mesa, ambos agradecieron el servicio y James pidió la cuenta.

—¿Y bien? —insistió Anna.

James vaciló de nuevo.

—No creo que sea buena idea —dijo tratando de parecer normal. Desvió la mirada y se puso a observar el local.

—¿Cuál es mi color preferido? —preguntó Anna tomándolo desprevenido.

—El amarillo —respondió sin siquiera pensarlo.

—¡No puede ser! —exclamó ella asombrada— ¡Vamos James! Alex te contó todo sobre mí, yo no sé casi nada sobre ti. Por favor cuéntame —suplicó con una tierna expresión.

James no pudo si no sonreír y asentir con la cabeza.

—Mis planes eran abrir un restaurante...

—¿Y qué pasó? —preguntó Anna casi interrumpiéndolo.

—La vida da vueltas, y tomé otra decisión.

—Eso lo entiendo, pero no me estás dando mucha información —dijo Anna moviendo la cabeza de lado a lado.

—¿De verdad tienes que saberlo?

Anna asintió con la mirada, y James se dio cuenta de que no lo iba a dejar en paz hasta que le contara.

—Bien, pero dirás que es una tontería —advirtió.

—A ver —insistió.

—Alguien me rompió el corazón —confesó entre triste y divertido.

—Eso no es una tontería —respondió muy seria.

—Ya sabes lo que dice de que los hombres no mostramos ciertas emociones, ni hablamos para expresar los sentimientos —dijo en un tono burlón.

—¿Qué pasó? —preguntó Anna conmovida, se veía muy afectada.

En ese momento vino el mesonero con la cuenta y James pagó, agregó una buena propina y se puso de pie.

—Vámonos de aquí, hay personas esperando por una mesa.

Ambos salieron del restaurante y se encaminaron hasta el auto que estaba estacionado a pocos metros de distancia.

—James... ¿Qué fue lo pasó?, todavía te afecta ¿cierto?, te veo triste.

—El resumen es que yo tenía novia, y ella me dejó, no comprendí porque —comenzó a contar James antes de encender el auto—. Poco tiempo después perdí mi empleo, entonces comencé a acompañar a Alexander a los clubes que el frecuentaba por las noches los fines de semana para intentar digamos, sanar conociendo a otra mujer.

—Me atrevo a decir que no funcionó —opinó Anna con timidez.

—Bueno... salí con muchas mujeres los primeros dos años, si lo pienso creo que no las puedo ni contar, pero nunca tuve más de una cita con una, todas eran muy bellas, Alexander me ayudó bastante en ese aspecto, pero yo no buscaba una mujer pasar el rato, yo quiero una esposa, hijos, una familia. Las personas frecuentan más que todo los clubes para celebrar y hacer locuras, supongo que es parte de la vida, hacer locuras antes de ponerse viejo o comprometerse con alguien, ya sabes como dicen: «*vivir la vida*». De cierto modo le agarré el gusto a asistir a clubes, aunque yo no haga lo que esas personas hacen, las admiro por ser tan despreocupadas, a veces es bueno no darle muchas vueltas a un asunto, el día en que consiga a alguien para casarme será el día en que monte mi restaurante —aseguró James y se dio cuenta al

mirar a Anna de que ella lo veía con una expresión de confusión—. No sé si le veas la lógica, pero esa es mi historia —añadió y encendió el auto.

—Pero... pero tú mismo lo has dicho, en un club es difícil que encuentres a una mujer dispuesta lo que tú quieres —opinó Anna.

—Supongo que... —suspiró— de una forma u otra no quiero hacerlo.

Hubo un silencio, James no tenía ganas de conducir, su mente se había perdido en los recuerdos.

—James, te conozco desde hace casi nada, pero no entiendo ¿cómo es posible que una mujer te haya dejado? —preguntó Anna conmovida.

—Gracias por el halago —dijo de verdad agradecido. Tomó aire y sintió unas desesperadas ganas de contarle a Anna todo su pasado amoroso— ¿Quieres saber toda la historia? —se atrevió a preguntar.

—Sí —respondió ella con una suave firmeza.

Ambos se acomodaron mejor en los asientos de manera que quedaron frente a frente, James comenzó a contar desde el día en que había conocido a Julia en la universidad y como se había enamorado de ella. Era muy raro para él narrar todo esto, no le había contado la historia a nadie, solo Alexander sabía lo que había ocurrido porque había estado con él, al igual que otros compañeros, pero nunca se había sentado con una persona a decir cómo se sentía respecto a lo que le había ocurrido. James se sorprendió a sí mismo al encontrarse riendo en algunas anécdotas, por segundos sentía que era como si Julia continuara con él y estuviera esperándolo en su apartamento como si no se hubieran separado. Tardó mucho tiempo narrando, pero cuando creía que Anna ya estaba cansada de escucharlo la observaba y su mirada le indicaba que debía continuar. Cuando llegó la parte en donde le propuso matrimonio, Anna no pudo evitar soltar un profundo lamento al escuchar lo que Julia le había dicho justo antes de salir corriendo lejos de él.

—Más nunca supe de ella —dijo James que parecía querer llorar—. Claro que yo tampoco la busqué, tal vez debí de haberlo hecho, pero estaba demasiado... triste, enojado, confundido. Si me terminó de esa manera lo mejor fue aceptarlo y seguir mi camino ¿Qué podía hacer?, ¿rogar por su amor?

—No —dijo Anna con firmeza—, claro que no.

—Ya han pasado cinco años desde que eso sucedió, y creo que es muy

obvio que no he logrado superarla, y no puedo sentir desprecio por ella. Soy un idiota ¿verdad? —preguntó mirándola a los ojos, su mirada parecía desesperada.

—Honestamente... —dijo Anna que miraba a James con gran pesar— no lo sé —añadió con dolor—. Comienzo a creer que es imposible olvidar a alguien a quien se ha amado de verdad. Yo solo estuve un mes con Alexander y no puedo sacármelo de la cabeza, pensé que con el tiempo... Estuviste con Julia seis años, no creo que sea fácil olvidar a alguien después de tanto tiempo.

—Dicen que los hombres no lloran, pero yo he llorado mucho por ella — confesó con la mirada perdida—. En cuanto a Alexander... —añadió pensativo y se quedó en silencio varios segundos— No sabría que decirte Anna, no sé qué impacto te causó él, pero estoy convencido que no es el tiempo lo que cuenta, sino la huella que deja esa persona en ti, si de verdad llegaste a amarlo, para mí da lo mismo treinta días que seis años.

Ambos se quedaron en silencio, parecían pensar en sus pasados amorosos, intentando tomar decisiones para avanzar y buscar la manera de sacar el dolor para siempre.

—Bueno... te llevo a tu apartamento, ¿te parece?

Anna, que todavía se veía perdida en pensamientos, asintió con la cabeza.

—Oye Anna.

—¿Sí? —preguntó ella mirándolo a los ojos.

—Gracias por escucharme, no había hablado con nadie sobre esto.

Anna le sonrió, su mirada parecía decirle que podría contar con ella.

James puso en marcha el vehículo y el camino transcurrió en un silencio que no resultaba incómodo. Fue cuando ya casi iban llegando que recordó cual había sido el propósito de aquel encuentro. Ya estaba por estacionarse frente al edificio, no podría retenerla mucho tiempo mientras que trataba de nuevo de idear una manera de mencionar el tema, lo mejor era soltarlo.

—¿Fuiste a Hawái con Alex? —preguntó James cuando Anna estaba a punto de decir algo. Acababa de detener a diez metros de la entrada.

—Sí —respondió Anna claramente sorprendida.

—¿Ocurrió algo malo en ese viaje?

—Sí, fue horrible —dijo un poco de lamento.

—¿Tuvieron algún accidente?

—No. Me refiero a que... —suspiró— en ese viaje Alexander terminó conmigo.

—Lo siento, no tenía idea de que había sido allí —dijo e hizo una pausa, no quería pedirle muchos detalles, la mirada de Anna había cambiado y no quería entristecerla más—. Oye... —añadió mientras que se giraba para tomar una bolsa negra que estaba en el asiento trasero— Ten, es tu ropa, la que dejaste en el club esa noche, está limpia.

—Gracias —dijo un poco más animada—, espera aquí.

James vio como Anna salía del vehículo y subía las escaleras de la entrada apresurada.

No tardó mucho en volver, abrió la puerta del auto y le dio una bolsa blanca que contenía la ropa que había tomado prestada.

Dos minutos después Anna subía de nuevo las escaleras.

James lo había logrado, sabía que ella había ido al viaje y que no hubo accidentes, por lo tanto, asumió que tampoco hubo golpes. Ahora estaba más preocupado, ¿Acaso su amigo estaba sufriendo demencia? Lo pensó y tuvo que aceptar que él solo no podría hacer nada por su amigo, necesitaba buscar ayuda profesional.

Decidió dirigirse al club de una vez a pesar de que faltaban todavía unas horas para abrir, no sabía que tan difícil sería encontrar un buen médico.

Apenas entró a su oficina se sentó en su sillón, encendió su laptop y comenzó a buscar una larga lista de psicólogos. No fue complicado encontrar el que tenía mejor reputación. Anotó el número en su agenda, llamaría a primera hora para hacer una cita de emergencia.

Capítulo 38: una visita al doctor.

Tres días después James se hallaba en el ascensor que conducía el piso donde se encontraba el despacho médico. Al abrirse las puertas del elevador buscó en el pasillo, largo y ancho, el consultorio donde debía entrar. Estaba bastante nervioso, no sabía con qué se iba a encontrar, aseguraba que el lugar estaría lleno de individuos desequilibrados. Él era una de esas personas que siempre estaba pendiente de su chequeo anual con su médico de confianza, pero jamás había visitado a un doctor de este tipo.

No tardó en encontrar el consultorio y apenas abrió la puerta volvió a cerrarla para mirar el número, quería asegurarse de que había ingresado al lugar correcto. Con mucha sorpresa comprobó que era el indicado y entonces sus miedos se apaciguaron. No solo había dos personas que se veían muy normales, el lugar no era lo que esperaba. Al ser un espacio visitado frecuentemente por pacientes con, según él, serios problemas mentales, creyó que se encontraría en una habitación triste, oscura y descuidada, pero se notaba que este doctor era más que un profesional, había dedicado tiempo a idear una sala de espera perfecta.

El lugar era muy acogedor, con una excelente iluminación, las paredes eran blancas con franjas de un agradable color rosa. Como decoración había unos árboles pequeños y artificiales con hojas de un verde manzana y hermosas florecillas rosadas, los troncos flacos estaban un poco torcidos, para dar la impresión de ser reales, y estaban sembrados en unas cestas de pequeñas tablas de madera, llenas de piedras blancas muy grandes y brillantes. Las sillas, blancas también, se veían muy cómodas con un espaldar que moldeaba la espalda, hacían juego con una gran mesa que se encontraba en el centro de la habitación donde había toda clase de revistas, no solo de medicina, también de moda y deportes. Todo el lugar desprendía un olor a lavanda, una gran aliada de la relajación, y se escuchaba una música agradable, lo más probable destinada a relejar a las personas que iban tensas, James buscó con la mirada, parecía que el sonido salía de las cajas donde estaban los árboles «¡Con cuánta razón tiene buena reputación este señor!» pensaba, es que hasta la voz de la secretaria producía una sensación de bienestar, de seguro había estudiado algún curso para aprender a moldearla de ese modo, o tal vez la había desarrollado por su cuenta después de lidiar con tanta gente irritada. Con tanta fama era poco creíble que solo hubiera dos

personas esperando, entonces supuso que los pacientes eran cuidadosamente organizados para que no se abarrotara el lugar.

James notó que los pacientes no duraron mucho tiempo en la consulta, se había estado preguntando si acaso su problema no sería tan grave mientras que ojeaba varias de las revistas.

Treinta y cinco minutos después anunciaron su turno. Se puso de pie muy nervioso y apenas cruzó la puerta blanca por donde habían salido los otros pacientes, pudo notar que el consultorio era tan relajante como la sala de espera. Había un sofá de color negro, por si el paciente quería acostarse a contar sus penas, y un sillón del mismo color, por si prefería estar sentado. James optó por el sillón, después de todo, él no era el del problema.

El doctor John Smith se sentó frente a él, era un hombre mayor, alto, y de piel oscura, tenía unos característicos anteojos circulares y un bigote de esos que ya no se ven desde la época de los setenta.

—Bien, James, cuénteme, ¿qué lo trae por aquí? —preguntó el médico en un tono muy profesional. Sostenía en su mano una gran libreta y un bolígrafo que aguardaba impaciente por comenzar a escribir síntomas.

James respiró profundo, había llegado la hora de resolver su inquietante duda.

—Bueno, primero quiero agradecer por recibirme tan pronto, esto es una emergencia, créame —comenzó a decir James mientras que cambiaba de posición en el sofá—. Verá, un amigo...

—Claro, un amigo —interrumpió el médico y enseguida su mano se puso en movimiento para anotar.

—Es verdad, es un amigo —insistió.

—Por supuesto que lo es, continúe.

James sintió que se estaba burlando de él, hizo un gesto de desaprobación al ver que él médico no paraba de escribir, pero terminó por obedecer.

—Un amigo —repitió con cuidado—, que nunca antes había tenido una relación seria en su vida, conoció a una mujer y se enamoró. Salió con ella durante un mes, y de pronto así no más, decidió finalizar la relación. Ahora asegura que no la recuerda.

—¿Su amigo ha tenido alguna lesión, un tipo de accidente?

—No —respondió sin pensarlo.

—De acuerdo ¿Ella es real?, ¿tiene manera de comprobarlo?

—Sí, yo la conozco —afirmó y sintió un gran alivio al reconocerlo, si no hubiera conocido a Anna esa noche en el club no hubiera tenido forma de justificar su existencia, Alexander no le había mostrado ni una foto de ella.

—Dice usted que nunca había estado en una relación seria...

—Sí doctor —interrumpió James—, condena al amor, créame que no exagero, yo mismo no podía creer que estuviera saliendo con alguien. Si usted lo conociera estuviera muy sorprendido. Ahora no recuerda ni el nombre de esa mujer, se llama Anna, por cierto. Estoy muy preocupado.

—¿Cómo puede asegurarse de que su amigo no le está mintiendo para hacerle una broma?

—Confío que es un hombre de palabra —dijo James con una voz que denotaba seriedad y ansiedad.

—Entonces lo que tiene es un bloqueo mental. Le diré todo lo que implica —dijo el médico sin una pizca de duda. De inmediato dejó de escribir en la libreta. Se quitó los anteojos y fijó sus ojos negros en su paciente—. Présteme muchísima atención.

—Lo escucho —respondió James con toda la seriedad que pudo.

—Lo primero que debe usted saber es que un bloqueo mental es algo que su amigo no puede controlar. Él se resiste, rechaza aquello, pero no puede evitarlo, no es consciente de lo que hace ¿Me comprende?

—Sí, doctor —dijo James que comenzaba a imaginarse lo peor.

—Su amigo va a negar todo lo que usted le diga respecto a... ¿Anna?

James asintió con la cabeza.

—Usted dice que ha finalizado su relación con ella y luego la ha olvidado, pues, la ha bloqueado de su memoria, es... un modo de defensa, pudiéramos decirlo así —dijo pensativo—. Él, como usted dice, condena al amor y se ha enamorado, es como si él no pudiera creerlo e inconscientemente quiere negarlo.

—Creo que comprendo —dijo James analizando todo muy rápido.

—Présteme más atención a esto que voy a decirle. Él no va a asociar los

cambios que esto ocasiona con un posible bloqueo.

—¡No puede ser! —exclamó James muy preocupado.

—En cuanto a los síntomas, como usted debe haber notado ya, puedo decirle que su amigo está débil y deprimido, incluso puede por momentos estar enojado. Es posible que tenga problemas con el sexo, no sé qué sabrá usted de este aspecto de su vida, pero en estos momentos lo más seguro es que su vida sexual no sea satisfactoria, y sin duda esto le afectará su estilo de vida, si es que no lo está haciendo ya.

—¡Oh!, ya lo está afectando —aseguró James en un susurro muy bajo mientras que asentía con la cabeza.

—Todas estas cosas que le estoy mencionando pueden ir acompañadas de varias manifestaciones físicas de origen psicológico: es lo que se llama trastorno psicósomático —dijo con bastante pausa para darse a entender—. No se asuste —pidió, James había comenzado a palidecer—, su amigo no está enfermo de verdad, todo lo que sufre es causado por su mente.

James estaba espantado, todo aquel diagnóstico lo estaba afectando, la cabeza le había comenzado a doler y tenía la sensación de que hacía mucho calor.

—Ya que usted se preocupa por su amigo, lo suficiente como para haber venido hasta acá, yo le aconsejo que, antes que nada, debe llevarlo a un a un médico general, solo por si acaso y así él le descarte la existencia de una enfermedad física, y a un neurólogo para que le haga una evaluación, es posible que se haya golpeado la cabeza y no lo recuerde y por lo tanto usted no esté enterado. Si resulta que no tiene ningún problema entonces, como última opción, su amigo deberá ser referido con un psicoterapeuta y este tendrá que determinar la gravedad del bloqueo que padece.

James soltó un fuerte suspiro y se llevó las manos a la cabeza. Se sentía como si le hubieran echado un vaso de agua helada. No creyó que fuera tan complicado.

—¿Tiene alguna pregunta? —preguntó el médico un minuto después.

—Estoy aturdido, pero... creo que lo entendí todo. Le agradezco mucho su ayuda.

El doctor se despidió de James luego de darle un papel con todas las indicaciones, James tomó la hoja, pero ya no escuchaba nada, su mente

divagaba preocupada, no sería fácil convencer a Alexander de ir a un médico, no diciéndole la verdad.

Mientras que James conducía de regreso comenzó a considerar la improbable posibilidad de que Alexander le estuviera mintiendo, tendría que hacer algo, probar la existencia de Anna frente a él, pero sin que ella saliera lastimada. Fotos, eso es, tengo que conseguir unas fotos se dijo. Sonrió esperanzado, eso sería suficiente para haberlo ir al doctor en caso de que negara haberla conocido.

Capítulo 39: la decisión de la Señora Elisa.

Anna subía en el ascensor blanco después de la jornada de trabajo. Se encontraba muy nerviosa, los días de prueba habían acabado y su tía la esperaba para notificarle si había obtenido el empleo, o no.

Cuando entró en la oficina majestuosa percibió un aroma delicioso a galletas recién horneadas y no pudo evitar sorprenderse al ver que la Señora Elisa vestía un traje deportivo violeta, y, como era de esperarse, tenía sus pies cubiertos con unas medias del mismo color, sin zapatos.

—¿Qué esperas para venir hasta acá? —preguntó la Señora Elisa, Anna se había quedado pegada a la puerta.

—Lo siento —se disculpó enseguida y se aproximó hasta el escritorio.

—Me han llegado rumores de que tu estado de ánimo cada día es peor —señaló cuando Anna estaba frente al escritorio.

—¿Perdón? —preguntó con voz entrecortada y pestañeando muy rápido.

—Siéntate —le ordenó su tía mientras que se sacudía de manera despreocupada unas migajas de galleta—. Me refiero a los cambios de humor, asumo que es debido al hombre ese que te dejó en Hawái —opinó con desprecio.

—¿Cómo sabe de Alexander? —preguntó Anna con los ojos bien abiertos, no podía creerlo, ni sus compañeras de trabajo sabían ese detalle.

—Sam me lo contó —respondió acomodando su espalda en el respaldar del asiento.

A Anna le tardó unos segundos comprender que se refería a su madre, no por eso dejó de estar más extrañada, ellas no se hablaban desde hace décadas, ¿acaso ahora hablaban con frecuencia?

—Conociste a Alexander aquí en New York, así que todo te recuerda a él ¿Sabes que deberías hacer?

Anna movió su cabeza de manera negativa.

—Irte —respondió mientras comenzaba a comerse otra galleta.

—¿Me está despidiendo?! —preguntó sin poder contener un chillido, parecía que iba a llorar.

—No, no —aclaró la Señora Elisa haciendo un gesto despreocupado con la mano que no sostenía la galleta—. Sí tienes el empleo.

—¿De verdad?! —preguntó Anna en el mismo tono de voz.

—Sí, pero te irás a Tokio.

Anna arrugó el rostro, pocas veces en su vida había estado tan confundida.

—Lo he estado pensando, te voy a transferir.

—¿A Tokio? —preguntó Anna.

—Es lo que acabo de decir —respondió.

—Pero... pero eso es en ¡Japón!

—Sé muy bien dónde está —respondió sin inmutarse.

—Pero, ¿por qué?, yo... yo no quiero ir hasta allá —se atrevió a decir y se sorprendió de sí misma, no entendía de donde había sacado la valentía para decir esas últimas palabras.

—Será solo un mes, dará tiempo de que te recuperes —explicó—. Hay un artículo sobre Tokio que necesito y prefiero la perspectiva de una mujer americana, me ha gustado tu trabajo y quisiera enviarte a ti, estar lejos te ayudará a despejar tu mente.

—¿Le ha gustado mi trabajo? —preguntó incrédula.

—Sí. Veras Anna, hay mujeres que, como tú, tienen talento y saben desenvolverse bien en este trabajo, pero casi siempre las cosas cambian cuando llega un maldito imbécil y le rompe el corazón a una de mis chicas. Yo no puedo permitirme perder empleadas valiosas por asuntos de este tipo —explicaba con gran firmeza—, yo necesito que, mientras que formen parte de mi empresa, todas trabajen fuerte y me ayuden a hacer esta revista más grade de lo que ya es, por eso el sueldo es excelente, les doy muchas oportunidades y beneficios, además de unas vacaciones por las que muchos matarían.

Anna se sentía intimidada, se aferraba con fuerza a la silla y trataba de mantener la espalda lo más recta posible.

Hubo un silencio muy largo, pero Anna no se atrevía ni a hablar ni a moverse. En eso ocurrió algo que nadie podía esperar. La Señora Elisa pareció entristecerse, su mirada severa se ablandó y dijo unas palabras en un

tono de voz muy bajo.

—Sé cómo se siente.

Anna observó cómo su tía se puso de pie y se colocó junto a la gran ventana, no parecía observar nada en específico.

—¿Cómo se siente qué? —preguntó Anna llena de curiosidad.

—Que te rompan el corazón —respondió en voz baja.

Anna estaba casi segura de que había escuchado aquello, le costaba creerlo. Aquella mujer parecía tener unos sentimientos de piedra, no imagina como alguien podría hacerle daño, no era posible. Ignoraba que su tía parecía de piedra porque había obligado a sí misma a ser de ese modo.

—¿Tu madre te contó porque me fui del pueblo? —preguntó la Señora Elisa sin mirarla.

—No, no lo hizo.

—¿Conoces a Agostinho? —preguntó, esta vez fijando su mirada en Anna.

—¿El panadero? —preguntó Anna extrañada.

—Sí. Cuando era joven fui su novia —comenzó a contar todavía de pie junto a la ventana, esta vez sí parecía observar el paisaje—. Yo era tonta e inocente en aquel entonces, creí todas las cosas que me dijo, todas aquellas promesas de amor eterno, de que nos iríamos del pueblo juntos y conquistaríamos la ciudad —rió con amargura—. Estuvimos juntos un par de años hasta que llegó el día de mi cumpleaños número dieciocho. Lo descubrí en una tienda besándose con Eleonor. No había forma de que ella hubiera intentado robarle un beso y yo estuviera por mala suerte observándolos en ese momento, era un beso de verdad, me quedé lo suficiente para asegurarme de que él le correspondía.

Anna se dio cuenta sin problemas de que la voz de su tía sonaba dolida por aquella traición.

—Todos los hombres son iguales —añadió la Señora Elisa y volteó a ver a Anna—, nunca tienen suficiente. Si pueden tener otra mujer te aseguro que la tendrán sin vacilar, y cuando eso pasa Anna, tienes dos opciones, o te hundes, o lo agarras como impulso y utilizas todo ese odio y lo transformas en algo bueno, como esta revista, por poner un ejemplo —explicó y señaló a su

alrededor.

—Acepto el empleo —dijo Anna al cabo de casi dos minutos

—Bien —dijo la Señora Elisa aparentemente complacida—, llamaré a Natsuki. Ella se encargará de todo, no debes preocuparte por nada. Solo te recomiendo aprender lo básico del idioma, por si acaso, pero rápido, partes el domingo.

—¡Oh! De acuerdo, lo haré —aseguró aterrorizada.

—Recuerda Anna: el amor duele, si no quieres salir lastimada, mejor no te enamores. Buena suerte.

Anna comprendió que la reunión había acabado, se despidió agradeciendo la oportunidad y se levantó de la silla para marcharse con el corazón en la garganta. No hay forma de saber cómo va a reaccionar una persona cuando le rompen el corazón, unos se recuperan, otros no. Podía imaginar cómo se había sentido su tía cuando descubrió aquella traición de parte de Agostinho, ahora la admiraba, sabía que ella, cuando huyó del pueblo para mudarse a la ciudad, se había vuelto alcohólica y que había caído en una depresión tan profunda que estuvo a punto de suicidarse, pero ahora lo comprendía todo, su tía era el vivo ejemplo de que algunas personas solo salen a flote cuando no pueden hundirse más. Anna se prometió a sí misma que sacaría a Alexander de su mente y de su corazón para siempre, costara lo que costara.

Capítulo 40: la despedida de Anna.

La noticia de la partida de Anna fue recibida con tristeza, la mayoría de sus compañeras profesaron un gran asombro y miedo al enterarse. Ninguna de ellas envidiaba su situación, no es lo mismo ir una semana a Tokio de vacaciones con amigos o familiares, que ir un mes a trabajar y sin compañía.

—Tenemos que hacerte una despedida —dijo Amanda en un esfuerzo por subirle los ánimos a todas y a Anna que se mostraba más aterrada que ellas—. Vámonos a comer y a beber.

Todas asintieron con aparente alegría, solo Anna temía que, por ser viernes, sus amigas extendieran la celebración hasta la madrugada, no había olvidado lo que le ocurrió la última vez que bebió.

El grupo de mujeres se trasladó a una pizzería, esa noche tampoco tenían dieta que cumplir. Comieron hasta que no pudieron más, lo que causó que tuvieran que quedarse casi un par de horas charlando sentadas alrededor de la mesa hasta poder ponerse de pie.

Anna observaba como Amanda contaba los billetes que todas, a excepción de ella porque era la invitada, le habían entregado. Se estaba preguntando por qué no salía con ellas más a menudo, cuando Amanda terminó de contar y dijo algo en voz alta que le heló la sangre, allí estaba su respuesta.

—Bueno chicas, ya hemos descansado suficiente, vamos a beber —dijo muy alegre—. Hay un nuevo bar aquí cerca, yo no he ido, pero una amiga me dijo que es muy bueno —agregó al tiempo que se ponía de pie.

Todas la imitaron al instante, solo Anna dudó unos segundos antes de levantarse.

El bar era muy moderno y limpio. La música parecía estar de acorde al sitio y daba una sensación agradable. Estaba repleto de gente, y la mayoría parecía estar divirtiéndose, solo unos pocos se veían despechados o preocupados.

Anna bebió esa noche como nunca en su vida, es decir, unos pocos tragos más que la vez anterior. Ahora sí estaba segura que no le gustaba el sabor del alcohol, mucho menos el malestar que le dejaba, pero se reusaba a rechazar los ofrecimientos de sus amigas, después de todo habían ido a beber hasta ese lugar por ella, aunque nunca le hubieran preguntado si le agradaba la idea.

Pronto empezó a sentirse mareada, entonces recordó que había dicho que, para la próxima vez, tendría un par de bolsas listas en caso de una emergencia, pero la noticia de su partida la tomó desprevenida y sus amigas también al invitarla, pero tenía que aceptar que esa noche parecía la única opción, tendría que comenzar a alistar las maletas al salir el sol.

Estaba perdida en pensamientos, trataba de ignorar todo a su alrededor, quería concentrarse en otra cosa que no fuera el malestar, pero pensar en el repentino viaje no hacía otra cosa sino alterarla. Entonces, sin avisar nada, corrió al baño seguida de sus amigas, y no tardó en vomitar.

Anna agradeció en su mente que Amanda le sostuviera el cabello mientras que se desahogaba, apenas podía moverse, todo le daba vueltas y casi no podía mantener los ojos abiertos.

—Cariño, no debiste de haber tomado tanto —le dijo Amanda.

—Pero... en realidad no bebí demasiado —señaló una de las chicas.

—¡Shhh! —la mandó a callar Amanda.

Después que Anna expulsó todo lo que pudo de su cuerpo, sintió que ahora sí se iba a desmayar. No podía sostenerse por sí sola, a falta de asiento, sus amigas la dejaron caer con suavidad en el piso cerca de la puerta y actuaron enseguida, le sujetaron el cabello en una cola alta, sacaron del bolso de una de ellas un paquete de toallitas húmedas y le limpiaron el rostro, otra sacó un paquete de mentas y una botella de agua y entre tres la obligaron a que bebiera y masticara varias mentas para que se quitara el mal sabor de la boca. Anna hubiera agradecido las atenciones, pero apenas era consciente de lo que ocurría.

En eso una de ellas, la más dramática del grupo, dijo que había que llamar a una ambulancia.

—¡No exageres! —exclamó Amanda sorprendida—, ella está bien. Es solo que al parecer no tolera bien el alcohol.

—Anna, querida, ¿te llevamos a tu casa?

—¿Dónde vives?, pediremos un taxi.

—¡Anna!, has un esfuerzo y contesta, ¿quieres que llamemos a alguien?
—pidió Amanda con seriedad tratando de llamar su atención.

—James... llama a James —dijo Anna en voz baja.

—De acuerdo —respondió Amanda—. A ver... James, James... —
repetía mientras que hurgaba en el bolso de Anna para tomar su teléfono.

Capítulo 41: ocasión perfecta.

James se encontraba en el club, hace media hora que había empezado la jornada de trabajo, observaba desde el bar muy complacido como el lugar estaba repleto de clientes. En eso sintió su teléfono vibrar en su bolsillo. Se extrañó cuando vio que el nombre de Anna aparecía en la pantalla.

—Qué raro —se dijo.

Se dirigió a su oficina a paso rápido, allí no iba a poder escuchar nada.

Cuando llegó la llamada aparecía como perdida, se sentó en su silla verde manzana y marcó para hablar con ella.

—¿James? —dijo una voz desconocida al otro lado de la línea.

—Sí, ¿Quién es? —preguntó desconcertado.

—Es Amanda, soy amiga de Anna, verás, ella no se siente muy bien, ¿podrías venir a buscarla?

—¿Cómo que no se siente bien?, ¿dónde está?

—No es nada grave, bueno... se ha desmayado, estamos en un bar y bebió demasiado.

James escuchó con atención la dirección, la anotó en una hoja pequeña por si acaso, tomó su chaqueta, las llaves del auto y salió de su oficina.

—¡Tengo que salir! —le dijo a Alexander que estaba en el bar.

—¿A salir?! ¿A dónde vas?!

James se quedó en silencio, pensó en la posibilidad de contarle, pero consideró que no era el momento apropiado.

—Luego te cuento, ¿podrás quedarte a cargo?

Después de acordar con su amigo unos detalles se dirigió hasta la entrada del club, informó a los guardias que tendría que salir y se dirigió a su auto que estaba estacionado a media cuadra de distancia.

El corazón le palpitaba con fuerza, las personas se emborrachan todos los días, pero sabía que Anna no bebía, si estaba ebria debía ser porque algo había ocurrido, y si se había desmayado entonces debió de haber bebido en exceso, esperaba que no fuera grave y tuviera que llevarla al hospital. Debido a su preocupación se atrevió a pisar el acelerador solo un poco más de lo

acostumbrado.

Se estacionó no muy lejos del bar, corrió hasta la entrada y comenzó a buscar entre la multitud. Al no verla le preguntó a un cantinero, pero obtuvo una negativa por respuesta.

Sacó su teléfono para llamar y enseguida Amanda le dijo que se encontraban en el baño de mujeres.

Apenas entró vio a Anna recostada de la pared en el piso, acompañada de tres mujeres, una de ellas se le acercó de inmediato.

—¿James?

—Sí.

—Hola, soy Amanda, intentamos despertarla, pero no se siente bien.

—¿Qué fue lo que le ocurrió? —preguntó y enseguida se dispuso a levantarla.

—Solo bebió unos tragos —explicó—, pero parece que no tolera bien el alcohol. debes llevarla a su casa para que descanse ¿Sabes dónde vive?

—Sí. Gracias por cuidarla mientras llegaba —dijo forzando la voz.

James tuvo que cargar a Anna para sacarla de allí, era claro que ella no se encontraba en condiciones de caminar.

Una vez afuera la subió en su vehículo, tuvo que reclinar el asiento un poco hacia atrás y le colocó el cinturón de seguridad, dio las gracias de nuevo al grupo de mujeres, ocho en total, que lo observaban con preocupación y se puso en marcha.

Cuando llegó a la zona dónde vivía Anna redujo la velocidad para estacionarse, no había lugar disponible frente al edificio y tuvo que hacerlo varios metros hacia adelante. Una vez que apagó el auto hizo un esfuerzo en despertarla.

—Anna —dijo en voz baja—, llegamos a tu apartamento ¿Anna?, ¿Anna?!

La sacudió con suavidad, luego con más fuerza, pero fue inútil.

James suspiró.

—¿En qué piso vives? —preguntó sin saber por qué— Vamos Anna, no creo poder contigo subiendo las escaleras.

Volvió a suspirar.

Decidió esperar a ver si se despertaba.

Treinta largos minutos después aceptó la realidad. Suspiró de nuevo.

—Vaya, ¡sí que te tumba el alcohol! Vamos a ver....

Se bajó y abrió la puerta del otro lado, la tomó por el brazo y lo puso sobre su hombro.

—Vamos Anna, tienes que ayudarme.

Fue difícil, casi se caen al bajarla del auto, pero con mucho esfuerzo lo logró.

Una vez subidas las cortas escaleras hasta a la puerta del edificio, James la apoyó en la pared con cuidado, y buscó en su bolso las llaves, le llevó bastante trabajo, no podía creer la cantidad de cosas que tenía metidas allí dentro. Abrió la puerta, y como pudo subió con ella el primer piso. Recordaba que Alexander le había dicho que la puerta de su apartamento era la única que estaba pintada de amarillo, así que la dejó sentada en las escaleras y recorrió el pequeño pasillo, pero no era en ese piso. Era pasada la media noche, dudaba que hubiera inquilinos paseándose por las escaleras, así que dejó a Anna allí sentada y comenzó a subir.

Cada vez que abandonaba un piso rogaba que la puerta amarilla no se encontrara en el último. Cuando llegó al número cinco pudo vislumbrar con suma alegría el llamativo color y dio gracias al cielo alzando los brazos hacia arriba.

Bajó apresurado y sin asombro vio que Anna no se había movido. Hizo otro esfuerzo en vano por despertarla y volvió a colocar su brazo sobre su hombro para cargarla.

James no recordaba haber hecho algo en su vida que requiriera tanto esfuerzo físico, había comenzado a sudar y le temblaban las piernas, al menos sabía que cada tanto estaba más cerca de su objetivo. En el piso cuatro se detuvo a descansar, se estiró y volvió a levantar a Anna en cuanto recuperó el aliento.

Cuando llegaron frente a la puerta amarilla metió la mano en su bolsillo. Abrió la puerta y esperó que la habitación no fuera difícil de encontrar, a duras penas se sostenía de pie.

La luz de la calle entraba por la ventana y fue suficiente para que localizara la única puerta que había en el apartamento diminuto. Se dirigió hasta allá, por suerte estaba abierta y solo tuvo que empujarla un poco con su espalda.

James se dispuso a posar a Anna sobre las siete almohadas cuando ella abrió los ojos.

—¿Y ahora te despiertas? —preguntó en un tono de reclamo, no podía creerlo.

—¿Alex? —susurró Anna.

James se sorprendió.

—No. Soy James.

—Bésame —suplicó.

James, que sostenía a Anna con mucha dificultad, olvidó enseguida todo el cansancio y se concentró en ella. Por la ventana de la habitación se colaba la luz de los postes de la calle y pudo ver que ella estaba más dormida que despierta. A pesar de eso, Anna pareció activarse, puso los brazos alrededor de él y se impulsó para besarlo. James sintió como las suaves y tibias manos de la ex novia de su mejor amigo tocaron la piel de su cuello y se estremeció al sentir los dedos de ella entrelazándose en su cabello ondulado. James no sabía si respirar, estaba paralizado por completo, observó los labios de Anna, estaban a tan solo un centímetro de distancia, no supo que hacer y cerró los ojos con miedo. Pudo oler su perfume a flores y vainilla y sentir su respiración con olor a menta.

Había un problema, y no era el recuerdo de su amigo, en ese momento a James no le importaba Alexander, lo que le inquietaba era que Anna estaba ebria y no era el mejor momento para intentar algo que de por sí ya le parecía equivocado.

—Anna... —dijo en un débil intento por zafarse de aquella situación yo...

—Bésame, Alex...

En ese momento James comprendió que Anna no era consciente de lo que ocurría. Al instante sintió como el peso de ella pareció triplicarse y volvió a sentir el cansancio por llevarla en brazos.

La acomodó con cuidado sobre la cama, quitó la mayoría de las almohadas y las colocó sobre el sofá viejo que estaba junto a ella.

—¿Qué demonios fue eso? —se preguntó en voz baja. Se dejó caer en el sofá junto a las almohadas y apoyó sus codos en las rodillas para llevarse las manos a la cabeza.

En aquella habitación, débilmente iluminada, se encontraban dos corazones rotos, era difícil saber cuál estaba peor. Anna, consumida por el alcohol, había creído estar en los brazos de Alexander, y James, completamente lúcido, había resistido la tentación de aprovecharse de una situación que no se le había presentado en años.

En segundos James había tenido que cuestionarse si tenía sentimientos románticos por ella, no había sido fácil, haberla tenido en sus brazos de ese modo y sus labios tan cerca hizo que extrañara la sensación de besar y tocar a una mujer. Anna era una mujer a la que pocos hombres podrían resistirse.

A pesar de lo que lo que acababa de ocurrir había representado para James un momento de enorme confusión y que posiblemente merecía que le dedicara unos minutos a pensar en ellos, no tuvo mucho tiempo para hacerlo. Se puso de pie, estar en el apartamento de Anna, con ella dormida, era la ocasión perfecta para buscar alguna fotografía. Tenía que darse prisa, no creía que se despertara, pero por si acaso decidió apresurarse.

Buscó su bolso con intenciones de revisarle el teléfono. Así hizo, pero no encontró nada útil en la galería de imágenes.

Sin perder la esperanza se dirigió hasta un pequeño escritorio, que se hallaba en una esquina de la habitación.

No tardó mucho en encontrar lo que buscaba, Anna tenía muchas fotografías de Alexander junto a ella y también había dos carpetas que tenían el nombre «Viaje a Hawái» y «Viaje a París» con una gran cantidad.

Seleccionó varias imágenes en las que se encontraban ambos y se las envió a sí mismo por medio del correo electrónico. Borró el historial y se sentó de nuevo en el sofá a planificar como haría entonces para enfrentar a su amigo.

Capítulo 42: un café y una aspirina.

Unas cuatro horas después de la salida del sol Anna por fin despertó, y no pudo evitar gritar al ver a un hombre en su sofá, no podía ver su rostro pues, en algún momento durante la madrugada, James se había dormido con varias almohadas encima.

—Me quedé dormido, lo siento —dijo desconcertado. Se había despertado al escuchar el grito.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Anna muy asombrada mientras que trataba de incorporarse.

—Te traje del bar donde estabas con tus amigas, te desmayaste.

—Y, ¿tú qué hacías en el bar? —preguntó Anna que continuaba sin comprender.

—Tu amiga... Amanda creo, me llamó para que fuera a buscarte —explicó mientras que se frotaba los ojos.

—Y, ¿por qué te llamaron a ti?

—Tu les dijiste —aclaró— ¿No te acuerdas?

—¡No! —murmuró muy sorprendida, observaba a James atónita.

—¿De verdad no te acuerdas de nada?

—No.

—¿De nada?, ¿estás segura? —insistió.

—Bueno... recuerdo haber llegado al bar —dijo pensativa—, después de eso nada, ¿por qué?, ¿ocurrió algo?

James se quedó en silencio, observó a Anna y luego movió la cabeza de lado a lado.

—Lamento si fui una molestia, debe haberte costado mucho traerme hasta acá.

—Llevo su tiempo —opinó James con una sonrisa que parecía recordar un mal rato vivido.

—Lo siento —repitió.

—Lo importante es que ya estás despierta, no deberías de tomar más

nunca, lo digo en serio, tu amiga dice que no lo toleras muy bien —dijo en un tono gracioso.

—No te preocupes por eso, estoy completamente de acuerdo —aseguró ella.

—¡Vaya! —exclamó James al colocarse de pie— Tienes que hacer algo respecto a este sillón —se quejó con una dolorosa expresión.

—Sí, lo sé —respondió apenada—. Oye, no te vayas aún, déjame al menos prepararte el desayuno, como agradecimiento.

En eso Anna se puso de pie, pero lo hizo con mucha velocidad y cayó al piso como si alguien la hubiera empujado.

—¡Oh por Dios! —gritó. La adrenalina que había sentido al despertar al ver a un extraño a su lado se había esfumado.

—Vamos, ¡A-rrri-ba! —dijo James haciendo un esfuerzo para ayudarla— Quédate aquí sentada, iré a prepararte un café, ¿tienes café cierto? —preguntó cuando salía de la habitación.

—No.

—Está bien, voy a ir a comprarlo.

—No hace falta, estoy bien —dijo Anna apenada.

—No... no lo creo. Solo déjame usar tu baño e iré a comprarlo.

Anna señaló la puerta que estaba al lado de la cama y James se dirigió hasta allá.

Una vez que James salió del apartamento, Anna decidió darse una ducha.

Mientras se lavaba el cabello recordó lo que había ocurrido la tarde anterior y sintió una puntada desagradable en su pecho, había olvidado el viaje a Tokio. De pronto ya no tenía ganas de bañarse, sintió frío. Se apresuró a quitarse el champú y el jabón del cuerpo para salir a vestirse.

Estaba de pie frente a la ventana peinándose el cabello cuando James entró con una bolsa en la mano y dos vasos grandes.

—Es una suerte que haya una cafetería en cada esquina —dijo James con alegría mientras que colocaba las cosas sobre la mesa y la llave que se había llevado—. Espero puedas tomártelo, te hará bien. También te traje una aspirina, siempre llevo conmigo en el auto, y un sándwich de Atún —agregó

sacando de la bolsa uno para él también.

—Gracias James —dijo Anna con sinceridad—, has hecho mucho por mí, de verdad eres una buena persona.

—Lo sé —respondió él mientras le quitaba el envoltorio a su sándwich.

—James... —dijo Anna en un tono preocupado, se sentó en la silla y se quedó mirando el café.

—¿Qué ocurre? —preguntó después de tragar un bocado.

—Me voy a Tokio.

James no dijo nada. Anna alzó la mirada para ver su reacción, la noticia pareció afectarle, incluso se podría decir que palideció un poco.

—James, ¿me escuchaste? Me voy a Tokio.

—Có... ¿cómo es eso? —preguntó, se veía muy afectado.

—Mi tía me transfiere para Tokio a trabajar allá, pero solo será un mes, volveré —explicó con una sonrisa forzada.

—¿Y quieres ir?

Anna movió la cabeza de forma negativa.

—¿Y no tienes opción?

—No lo sé, sí quiero ir, pero me asusta la idea, sobre todo porque es mucho tiempo y no conozco nada allá.

—Y ¿cuando tienes que marcharte? —preguntó James que no había vuelto a tocar su desayuno.

—Mañana —respondió con dificultad.

—Es muy pronto, ¿cuándo lo supiste?

—Ayer —respondió Anna. No había dado ni un sorbo del café, la voz casi le temblaba—. James estoy aterrada.

Hubo un silencio ensordecedor. James, que continuaba de pie junto a la mesa, reanudó su desayuno y Anna empezó a comer después de tomarse la aspirina.

—Bueno... —dijo James cuando ambos hubieron terminado de comer—, *Gambatte kudasai*.

—¿Qué significa eso? —preguntó Anna sintiéndose muy desubicada ¿Es japonés?

—Sí. Quiere decir algo así como «*que tengas suerte*» —explicó.

Anna se quejó en voz alta, durante unos segundos pareció inconsolable y James se ofreció para darle unas cortas lecciones. Resultó que él poseía un amplio vocabulario del idioma. Ella agradeció sus intenciones y le advirtió que de seguro perdería su tiempo pues, cuando se trataba de hablar en otra lengua, era terrible. James insistió, y durante la hora que duró la lección Anna estuvo anotando en una libreta hasta el más mínimo detalle. Al finalizar, prometió que llevaría esos apuntes con ella.

Capítulo 43: las fotografías.

Cuando James salió del apartamento de Anna se dirigió a ver a Alexander, quería de una vez enseñarle las fotografías y hacer que confesara, aún tenía esperanzas de que su amigo no tuviera un bloqueo como le había indicado el doctor.

—¿Dónde estuviste anoche? —preguntó Alexander al abrir la puerta— Tuve que cerrar yo, por suerte Mark me dijo dónde estaban unas copias de las llaves, sino estaría todavía allá.

—Lo siento, había olvidado eso, no se me ocurrió dejarte las mías —dijo James después de entrar.

—Pero, ¿qué fue lo que ocurrió?, ¿a dónde fuiste?

—Pasé la noche con Anna —respondió sin pensarlo mientras se dirigía hasta la cocina seguido de su amigo.

—¿Pasaste la noche con mi ex novia?

—¿Qué? —preguntó James alarmado dándose la vuelta, y un gran alivio recorrió su cuerpo.

—Es broma —respondió Alexander sin mucho ánimo—, pero hubieras visto tu rostro.

—Entonces... ¿no te acuerdas de Anna?

—¡Claro que no! ¿Vamos a volver a discutir sobre eso?

—Algo así —respondió James con una mirada de dolor que al parecer no agradó a Alexander.

—James, vamos, dime la verdad —pidió mientras que se sentaba en una de las sillas— ¿Estas saliendo con esa mujer?

—¿Qué!? ¡No!, ¡claro que no!

—Y ¿por qué razón pasaste la noche con ella?

—Solo le hacía un favor —dijo, no quería darle los detalles.

—¿Durmiendo con ella? ¿Al fin pudiste acostarte con una mujer? —preguntó Alexander que parecía tener problemas para entender lo ocurrido.

—No dormí con ella —respondió mirándolo muy serio—, dormí al lado de ella que no es lo mismo.

—Pensé que por fin te habías animado, bueno...

—Escúchame Alex, tengo que hablar contigo —interrumpió James con mayor seriedad—. Esto no se trata de mí, sino de ti.

—¿De qué hablas?, ¿Qué ocurre?

—Déjame tomar agua primero.

James perdió de pronto su seriedad, se acobardó ¿Y si el problema de Alexander era más serio todavía? ¿Y si ver aquellas fotografías le causarían un daño psicológico permanente? Ya no estaba tan seguro de que su plan fuera una buena idea. Entonces abrió el refrigerador y se alarmó al ver una caja de pizza.

—¿Qué es esto? —preguntó mientras la examinaba.

—¿Qué cosa? —preguntó Alexander que no podía ver.

—Esto —respondió y sacó la caja para colocarla sobre la mesa—. Sobras, son sobras.

—¿Y qué?

—¿Desde cuándo dejas sobras, ¿ah? —preguntó James al tiempo que buscaba un plato. Tomó dos pedazos y se dispuso a calentarlos en el microondas.

—¿Qué te pasa? —preguntó Alexander irritado— ¿Por qué te molesta eso?, además, siempre te has quejado de que como demasiado.

—No estoy molesto Alex, estoy preocupado.

—¡Bah!, cálmate un poco ¿de acuerdo? Le estás dando demasiada importancia al asunto.

James negó con la cabeza mientras que tomaba una servilleta y se servía un vaso de jugo de naranja a pesar de que sus planes habían sido solo tomar agua.

Alexander tomó un pedazo de pizza fría y empezó a comer, no demostraba tener apetito, masticaba con lentitud.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó James al verlo.

—No he desayunado —respondió antes de dar otro pequeño mordisco.

—Alex, no es como para decir que estás perdiendo peso, pero no estás

comiendo como antes, además... te ves deprimido.

—¿Deprimido yo? —protestó.

—Algo no está bien, te vez muy mal, ¿por qué no consultas un médico?
—preguntó sentándose frente a él con su pizza caliente.

—No necesito un doctor, estoy bien.

—¿Ya fuiste a tu chequeo anual? —preguntó James en un intento por persuadirlo.

—Sí.

—¿Cuándo?

—En marzo —respondió.

—Bueno, ya... —James suspiró, tuvo que interrumpirse a sí mismo, iba a decirle que ya era tiempo de volver, pero no era así.

—¿No has notado lo mucho que has cambiado verdad? —insistió James recordando las palabras del doctor John— A ver, ¿desde cuándo no te rasuras la barbilla?

—Desde ayer.

—¿No lo hiciste hoy?

—No, y deja de hacer preguntas raras —respondió fastidiado antes de morder de nuevo la rebanada fría.

—Vez, eso no es normal, ¿no es normal que no te afeites! ¿Que no puedes verlo?

—James, creo que estás exagerando ya demasiado, no voy al trabajo hoy, puedo tomarle la libertad de no hacerlo.

—¡Tú te rasuras hasta cuando estás de vacaciones! —reclamó.

—¿Vamos a tener una discusión porque no me he afeitado? —preguntó Alexander que ya se notaba harto del asunto.

—No, no, claro que no —aclaró James haciendo un gesto de desaprobación—, pero te lo estoy diciendo para que veas que hay cosas en ti que están diferentes, desde lo más mínimo como esto —explicó señalando la pizza—, a la más grave como que ya no aceptas las invitaciones a bailar de las mujeres que frecuentan el club. Asumo que tampoco has tenido sexo, con esa

actitud dudo que conquistes a alguna.

—¡Já! Mira quién habla, no puedes criticar mucho, siempre me has envidiado porque nadie quiere acostarse contigo.

—Corrección, no me ando acostando con mujeres porque no soy un animal insensible como tú que se aprovecha de las que están vulnerables.

—Yo no me aprovecho de ellas.

James suspiró.

—Alex, ¿no crees que ya es hora de enseriarte con una mujer que de verdad te ame?

—Tú sabes que no creo en el matrimonio —respondió negando con la cabeza.

—Sí, ¿pero si te enamoraras de verdad?, dices que no te has acostado con una mujer en ¿cuánto tiempo?

—Yo no he dicho eso —se defendió.

—Bueno, ¿te has acostado con una? —insistió James.

—No —respondió desviando la mirada.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace unos meses, ¿para qué quieres saber estas cosas? —preguntó Alexander extrañado— ¿A dónde llegar con todo este interrogatorio?

James se quedó mirándolo muy sorprendido.

—Le eres fiel a pesar de que no la recuerdas —murmuró en voz muy baja.

—¿Qué dijiste? No escuché.

—No puedo creer que no hayas tenido relaciones —dijo James que no cabía en sí del asombro.

—No te entiendo, ¿acaso necesitas que me acueste con alguna amiga tuya?

—Alex, vamos, tienes que admitir entonces que sientes algo por Anna.

—¿Otra vez con esa mujer? —preguntó Alexander y le dirigió una fuerte mirada.

—¿Vas a seguir negando que existe?

La mirada de Alexander se hizo más fuerte todavía, ya había dejado la pizza de nuevo en la caja y parecía tan molesto que casi asustaba.

—James, creo que en todos estos años nunca me has visto molesto, y no quiero que lo hagas. Es suficiente —advirtió enfurecido.

—Alex —dijo James con la voz más suave que pudo—, debes ir a un doctor.

—El que debe ir a un médico eres tú, has perdido la razón —dijo Alexander y desvió la mirada.

—Pero es que tu...

—¿Sabes qué? Sal.

—¿Qué?

—Sal de aquí ahora mismo —pidió Alexander apretando los puños—. No vuelvas hasta que no te saques de la cabeza esa idea estúpida.

—Está bien, está bien. Me iré, pero antes debes ver esto —dijo seguro de sí mismo.

James, que no había probado la comida, se puso de pie para hacerle frente a su amigo, sacó su teléfono y con rapidez abrió el correo electrónico para buscar las fotografías. Alexander lo observaba impaciente, su mirada era tan fuerte que James casi podía sentir como le lastimaba.

—Aquí están —murmuró, se había puesto nervioso de repente. Suspiró y le entregó el teléfono.

La expresión de Alexander era de confusión total, comenzó a pasar una a una las fotografías, no parecía detallarlas, pues las cambiaba muy de prisa. Él y Anna estaban en su auto, en un restaurante, París, en su apartamento, un lugar desconocido, otro restaurante... Alexander dejó de ver el teléfono y lo empujó de forma violenta. James, dolido, lo atajó cuando estaba por caer al suelo y vio a su amigo, su expresión era indescriptible y entonces temió por su salud mental.

—Has ido muy lejos con esto y no pienso tolerarlo —dijo Alexander verdaderamente encolerizado—. Te lo diré una vez más y no lo repetiré.

James lo observaba preocupado.

—Sal de aquí —ordenó con firmeza al señalar hacia la puerta.

James no parecía tener opción, se marchó arrepentido de no haber tenido más cuidado y mucho más preocupado que cuando llegó.

Esa noche James hizo un último intento, le envió todas las fotografías a su amigo y le escribió: «Alex, eres como mi hermano, lo sabes bien. Estoy muy preocupado por tu salud, si de verdad no recuerdas quien es, debes ir a un médico». Observó satisfecho su teléfono, por el momento no se le ocurría que más hacer, tal vez las fotografías tendrían un efecto retardado, decidió no perder la esperanza.

Capítulo 44: preparando todo.

Anna estuvo toda la tarde del sábado empacando lo necesario, no sabía que llevar, o, mejor dicho, no sabía que dejar, sentía que tenía que llevárselo todo.

Sin darse cuenta se hizo la hora de cenar, revisó su refrigerador y al ver su contenido se alarmó, tenía que comerse todo lo que allí había para que no se dañara. Era imposible, había casi media docena de huevos, dos litros de yogurt, varios vegetales, y un poco de queso. Revisó en la despensa y tenía mucho pan integral. De haber sabido que viajaría no se hubiera molestado en ir de compras hace dos días. Sacó cuentas mentales y apartó la comida que sobraría, mientras lo hacía recordó a su vecina, una mujer anciana y muy agradable que vivía sola. Organizó todo en una bolsa y decidió llevárselo, aprovecharía para informarle que estaría un mes fuera, no quería preocuparla, a menudo se la encontraba en el pasillo y siempre la saludaba con emoción.

Cuando Anna regresó vio que su teléfono, que estaba sobre la mesa de la cocina, tenía la lucecita encendida. Lo tomó para revisarlo y leyó un mensaje, era de Anthony, el hombre rubio que había conocido en el restaurante hace poco, desde ese día solo se habían visto dos veces, ambas en el parque después de salir del trabajo, solo habían caminado y charlado, consideraba que era agradable. En el mensaje la saludaba y le preguntaba si podían verse la mañana siguiente. Enseguida le respondió explicándole que no podría puesto que saldría de viaje por varias semanas. Anthony le dijo que quisiera verla para despedirse. Ella no tenía intenciones de decirle que sí, debía apresurarse a acomodar todo, pero entonces vio a su alrededor el desastre de ropa y maletas que había en la pequeña sala y se dijo a sí misma que necesitaba un descanso de empacar y le preguntó si podían verse esa misma noche.

Anna dejó el teléfono de nuevo sobre la mesa, fue hasta el refrigerador y en poco tiempo tuvo lista su cena.

Se sentó frente al televisor y comió sin prisa mientras que se actualizaba con las noticias.

Media hora más tarde continuaba frente al televisor, apoyaba el plato vacío en sus piernas. Sentía una pesadez en todo el cuerpo, quería dormirse allí mismo donde estaba, pero no podía, aún le faltaba mucho por organizar.

Se puso de pie para llevar el plato a la cocina y se dio cuenta de que

Anthony le había contestado diciéndole que sí podía reunirse con ella, se había distraído tanto viendo la televisión que no notó cuando sonó.

No quería quedarle mal, además necesitaba despertarse. Corrió a darse un baño y en pocos minutos salió de su apartamento.

Anna caminaba con prisa hacia el parque, se había retrasado y pensaba que Anthony tendría ya rato esperándola.

Cuando estaba a punto de llegar al lugar acordado observó que, en efecto, él la esperaba sentado en uno de los bancos del parque.

—¡Perdona la tardanza! —se disculpó Anna con voz agitada.

—Está bien, yo acabo de llegar —dijo y ella supuso que lo decía para no hacerla sentir mal.

Después de que Anna recobró el aliento hablaron un poco sobre lo que les había ocurrido estos últimos días, Anthony no tenía grandes historias como la de la repentina partida de Anna y la despedida que le hicieron sus amigas. Ella contó la parte hasta cenaron pizza, no quería revelarle los vergonzosos detalles de su embriaguez.

Ambos continuaban sentados en el banco, observando a las personas pasar frente a ellos, era una noche muy agradable, Anna no tenía ganas de volver a su apartamento, prefería estar con Anthony que buscando la manera de meter sus pertenencias en las maletas y repasando la lista cien veces para asegurarse de que no olvidara nada.

—Entonces, ¿un mes? —preguntó Anthony veinte minutos después desviando por completo el tema de lo que estaban hablando.

—Sí —afirmó Anna en un tono trágico.

—Es mucho tiempo.

—Pues, sí, puede ser, supongo que con los días me acostumbraré —dijo pensativa.

—Me refiero a que es mucho tiempo para mí.

—Es decir, ¿cómo si fueras tú el que tuviera que viajar? —preguntó Anna tratando de comprender.

—No exactamente.

Anna lo miró confundida, de pronto parecía triste, hace unos minutos se

encontraba alegre, pero ahora era como si le hubieran arrancado de pronto toda la felicidad. Notó que su respiración cambió, se veía nervioso.

—¿Estás bien?

—Anna, me gustas, me gustas mucho —respondió en voz baja.

Anthony miraba a Anna, sus ojos azules, que parecían más oscuros por la noche, brillaban de emoción.

—Me dijiste que...

—Lo sé —interrumpió Anthony—, quería que nos conociéramos mejor antes de decírtelo, pero ahora que te vas... —suspiró—, solo quiero que lo sepas.

Anna no sabía cómo reaccionar, pero le dolió en el alma aquella repentina e inesperada confesión. Todo referente al amor le parecía una tragedia. Era cierto que Anna encontraba al hombre rubio frente a ella muy atractivo, amable e incluso interesante, pero no podía imaginarse teniendo sentimientos románticos hacia él, no con Alexander todavía metido dentro de su cabeza. Entonces recordó que se había prometido a sí misma que lo olvidaría costara lo que costara, si eso significaba tener que salir con otra persona, incluso acostarse con un hombre tal vez lo haría, varias de sus compañeras habían tenido sexo sin compromiso, ¿por qué ella no?, al parecer era algo más normal de lo que creía. Lo pensó varias veces, Anthony la miraba esperando una respuesta y el cerebro de ella trabajaba a toda velocidad, pensaba en tantas cosas que le dio un repentino dolor de cabeza.

Anna se rindió.

—No sé qué decir.

—No tienes que decir nada —dijo Anthony y desvió la mirada.

Anna se sentía realmente mal, como si aquel hombre estuviera loca y perdidamente enamorado de ella y en ese momento le acabara de romper el corazón en mil pedazos, y que él se encontraba experimentando aquel dolor agonizante que sintió ella cuando leyó aquella carta en Hawái.

—Debo de ir a empacar —se atrevió a decir Anna unos minutos después, habían estado en silencio observando a las personas pasar frente a ellos.

Anna no sabía cómo despedirse y Anthony se mantenía en silencio, era una situación muy incómoda.

—Adiós —murmuró, se puso de pie.

—Espera —dijo Anthony cuando ella no había dado aún ni tres pasos.

Anna no tuvo tiempo ni de girar el rostro, enseguida sintió que una mano tomaba la suya para tirar de ella, en un segundo quedó frente a frente y muy cerca del cuerpo de Anthony que había colocado la otra mano en su cintura y la miraba de una manera especial. Enseguida sus labios tocaron los de ella y se fundieron en un inesperado y largo beso. El movimiento de Anthony para atraerla hacia él había sido tal veloz que no tuvo tiempo de rechazarlo. Para sorpresa de Anna se quedó entre sus brazos poco más de diez segundos y fue él quien se separó, lo cual le extrañó, ¿si él no hubiera tomado la iniciativa de soltarla ella habría prolongado más el beso? El corazón le latía con fuerza y sentía un cosquilleo en todo el cuerpo. No le había desagradado nada aquel beso, ¿acaso tenía sentimientos por Anthony tan ocultos que ni ella misma lo había notado?

—Lo siento —murmuró Anthony mirándola a los ojos, continuaba rodeándola con su brazo—. No podía dejarte ir sin besarte.

Anna respiraba agitada, estuvo muy tentada a besarlo de nuevo, pero asomó una débil sonrisa y él la soltó. Sus sentimientos eran contradictorios, una parte de ella quería quedarse con él al menos una hora más, y la otra estaba desesperada por salir corriendo lejos de allí. No estaba preparada para otra relación, lo había analizado bien, no podría, no estando así, sentía que la herida que Alexander le había dejado estaba todavía muy fresca y no era el momento correcto. Si iba a apostar de nuevo por el amor, a pesar de las advertencias de su tía basadas en su experiencia, en las anécdotas de sus amigas e incluso la trágica historia que James le había narrado, tenía que asegurarse de estar preparada. Nunca había experimentado antes un dolor tan fuerte, suponía que era como la muerte de un ser querido, para ella era similar, porque era una despedida que duraría para siempre.

—¿Anna?, ¿puedes decir algo esta vez?

—¿Ah? —preguntó. Se había perdido en pensamientos unos segundos— Yo... yo... —intentaba hablar, pero las palabras no salían de su boca—. Lo siento, tengo que irme mañana, no puedo...

—Esperaré.

—¿Qué? —preguntó de verdad confundida.

—Esperaré a que vuelvas, y hablaremos de esto —dijo Anthony muy seguro de sí mismo, era claro que había sentido como Anna lo acompañó en el beso, parecía esperanzado.

—De acuerdo —afirmó Anna en voz baja después de pensarlo unos segundos. Eso era lo que necesitaba, pensar, no podía tomar decisiones en ese estado.

Anna regresó a su apartamento, todo el camino estuvo pensando en Anthony y en los pocos momentos que había compartido junto a él, le agradaba mucho, pero apenas entró, y miró la sala y su habitación, todo aquello pasó al olvido, debía concentrarse en terminar de empacar.

Tres horas más tarde Anna terminó de organizar todo, solo le faltaba las cosas que llevaría en el avión, las tenía todas sobre la cama. Suspiró aliviada, de no haber sido por la música que colocó para animarse hubiera tardado más. Fue a buscar un vaso de agua cuando su teléfono sonó.

—Pero ¿quién es?, ya es muy tarde— murmuró en voz alta. Era la una de la madrugada.

Con una sonrisa vio que el mensaje era de James. «Disculpa que te escriba a esta hora. Quería preguntarte si ya tienes quien te lleve al aeropuerto». Decía el mensaje. Le respondió enseguida y pronto acordaron que en una hora estaría en su apartamento, el vuelo salía a las cinco de la madrugada.

Anna apagó la música y observó el lugar satisfecha, ya casi estaba todo listo.

Se metió a darse una ducha, estaba sudando por el estrés que tenía.

Salió envuelta en una toalla y se vistió en su habitación. Solo le faltaba peinarse y guardar las cosas que estaban sobre su cama en el bolso que llevaría en el avión, con las cosas que necesitaría tener a la mano durante el vuelo.

Buscó en el closet aquel bolso que había llevado a Hawái, era el ideal para la ocasión. Antes de guardar todo se aseguró de que no hubiera nada adentro. Estaba vacío. Entonces revisó los bolsillos pequeños en el exterior de este y sintió algo frío en el fondo de uno de ellos. Lo sacó, para su sorpresa era un collar, tenía un dije con dos alas negras. Anna sintió un estremecimiento recorrer su cuerpo al recordar al Ángel de sus sueños, no había vuelto a soñar

con él, incluso hasta lo había olvidado. Se había convencido de que todo había acabado, pero el collar la inquietaba, esas alas representaban algo más allá de lo normal ¿Qué hacía eso allí? Claramente no era de ella, ¿acaso era una coincidencia asombrosa?, ¿un regalo de Alexander tal vez?

Anna había entrado como en una especie de trance, se había quedado mirando el collar mientras que sacaba conclusiones. De pronto sintió una sacudida, su cerebro le recordó que James no tardaba en llegar. Entonces lo dejó sobre la mesita de noche y continuó organizando todo.

Capítulo 45: la despedida.

A la hora acordada James subía las escaleras hasta el apartamento de Anna.

—¿Estás lista? —preguntó al verla.

—No —respondió Anna que se mostraba nerviosa.

—¿Qué te falta?, puedo ayudarte si quieres —se ofreció James.

—Me refiero a que psicológicamente no estoy preparada para este viaje —dijo con voz temblorosa.

—No lo pienses mucho, te encantará Tokio —aseguró James con optimismo—. Ahora dime, ¿dónde están las maletas? —preguntó observando el interior del apartamento.

—Están en mi habitación.

—Iré por ellas —dijo y se encaminó hasta allá.

James no pudo contenerse cuando vio tanto equipaje, miró a Anna que estaba a pocos pasos de él y le hizo una pregunta en un tono muy serio.

—¿Estás segura de que empacaste lo suficiente?

—No lo sé, ¿crees que necesite más?

—¿Es enserio? —preguntó arrugando el rostro— No tengo idea de que metiste allí adentro, pero estoy bromeando. Vamos, tienes que relajarte un poco —aconsejó y examinó el equipaje.

James tuvo que hacer tres viajes, cuando estuvo listo sudaba y resoplaba.

—Bueno... ya están bien acomodadas en el auto, solo faltamos nosotros...

James se interrumpió a sí mismo porque Anna, que parecía no haberlo escuchado, miraba por la ventana con la cabeza apoyada en el vidrio.

—¿Estás bien? —preguntó una vez que se acercó hasta ella.

—Sabes... —suspiró— la razón por la que mi tía me envía a Tokio, además del trabajo, es para me olvide de Alexander.

—Entonces te quedarás allí para siempre —expresó enseguida en un tono burlón.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Anna entre curiosa y riendo.

—No parece que quieras hacerlo —dijo después de recordar la gran cantidad de fotografías en su computadora.

—Sí, sí quiero...

—No, no lo creo —la interrumpió James con una sonrisa.

Anna lo miró curiosa.

—¿Cómo está él? —preguntó ella.

James no sabía que decirle, no podía contarle toda la verdad.

—Bueno, supongo que debe estar como tú, dolido por lo que pasó.

Anna soltó una risa incrédula.

—¿Dolido?, Eso no es posible.

—Yo sí lo creo.

—James, él no quiere estar conmigo, créeme.

—¿Qué te hace estar tan segura? Sé que aquella noche en el club... bueno, él no estaba pensando bien las cosas.

—Eso no importa, yo no puedo perdonarlo, de ninguna manera puedo hacerlo —dijo con firmeza y enojo. —Incluso si llegara a disculparse por lo que hizo yo... no, no podría.

—Anna, tal vez no sea asunto mío, pero exactamente ¿qué fue lo que pasó entre ustedes dos? —preguntó con mucha curiosidad, había muchas cosas que no comprendía.

Anna se quedó en silencio unos segundos, y James estaba casi seguro de que no le iba a contestar.

—Bueno... —dijo dispuesto a decirle que se marcharan.

—Te mostraré —le interrumpió Anna y fue a su habitación.

James esperó ansioso, ¿qué iba a enseñarle Anna?, no podía imaginárselo, pero tampoco tuvo mucho tiempo, ella regresó casi enseguida, sostenía algo en su mano.

Anna se detuvo frente a él y alargó la mano para entregarle un papel arrugado.

James lo tomó, las letras no se veían muy bien entre las arrugas de la hoja y la caligrafía era torpe, pero a pesar de eso pudo leer el contenido. Por un

momento no quiso ver a Anna y se quedó con los ojos clavados en aquella nota.

—Eso fue lo que me dejó —explicó Anna que pareció comprender que ya tuvo que haber leído el papel—. En la mañana cuando desperté, se había regresado.

—¿Regresado?

—A la ciudad, yo estaba en Hawái cuando encontré la nota.

—Anna yo... lo siento... no, no sabía —dijo James con la voz entrecortada—. No tenía idea de que te habías devuelto sola.

James quiso preguntarle más detalles, pero la expresión en su rostro indicaba que estaba pasando un muy mal rato.

—No preguntes por qué guardo la carta, porque no lo sé —pidió Anna.

—No iba a hacerlo —aseguró él, todavía conservaba el anillo de compromiso que le dio a Julia, era prácticamente lo mismo.

Hubo un largo silencio, Anna observaba por la ventana, James, que había dejado la nota sobre una pequeña mesa que se encontraba cerca, estaba recostado de la pared esperando a que el mal momento pasara.

—Bueno, vámonos —dijo al ver que Anna no reaccionaba—. Necesitas ese viaje urgente —agregó en un tono gracioso.

Anna rio un poco. Guardó la nota, buscó las llaves y ambos salieron del apartamento.

—Sabes, si me va bien en Tokio, tendré una cita al volver —dijo Anna cuando ya estaban saliendo por la puerta que daba a la calle, ya se notaba más animada.

—¿Con quién? —preguntó James con mucha curiosidad.

—Conocí a alguien, me agrada —respondió sin dar más detalles.

James y Anna conversaron mucho en el camino al aeropuerto John F. Kennedy. Ella contó, por petición de James, lo poco que conocía de Anthony y le narró parte de los encuentros que habían tenido. James notó que se mostraba contenta y no sabía si apoyar esa posible relación o decir algo que la impidiera, «no estás lista», «estas cosas toman tiempo, hasta que no superes a Alexander no deberías de estar con otra persona», «debes esperar».

Era un verdadero esfuerzo para James escuchar a Anna mientras que trataba de armar un rompecabezas mental de todo lo que había ocurrido con su amigo, además debía de fijar su vista en el camino, el aeropuerto no quedaba precisamente a la vuelta de la esquina.

Una hora y media más tarde James bajó todo el equipaje y lo colocó en un carrito, que él empujó hasta donde tuvo acceso sin boleto. Sobre todas las maletas había una bolsa plástica de color amarillo que Anna había observado de reojo, pero no había comentado nada al respecto.

—Bueno, aquí nos despedimos —dijo James cuando hubieron llegado—. Me imagino que me vas a extrañar —bromeó dibujando en su rostro una sonrisa.

—James, eres la persona más amable que he conocido en mi vida, definitivamente te voy a extrañar —dijo Anna con cariño.

—Me contenta escuchar eso. Ahora, de seguro te estarás preguntando que es esta misteriosa bolsa que está junto a tus maletas —dijo en un tono gracioso señalándola con la mirada—. Es un obsequio de despedida.

—¿De verdad? —preguntó Anna emocionada— Gracias, James, no tenías que hacerlo.

—Es para que no te aburras, de seguro solo encontraras libros en japonés en las librerías de allá. Sé que vas a estar trabajando y de seguro no tendrás mucho tiempo libre, pero ¿quién sabe?, a lo mejor una noche no puedas dormir y los necesites.

Anna abrió la bolsa y vio el interior, había dos libros.

—¿Libros nuevos? —preguntó Anna al tiempo que los revisaba— No he leído ninguno de estos dos, muchas gracias —dijo, lo besó en la mejilla y lo abrazó con fuerza.

James se sintió raro, era la primera vez que ella lo abrazaba, pero más raro se sintió al sentir que ella no lo soltaba y que comenzaba a sollozar.

—Lo siento, tiendo a ponerme sentimental en las despedidas, no te imaginas lo que lloré cuando me vine a la ciudad —dijo después de soltarlo—. Además, de verdad voy a extrañarte, siento como si nos conociéramos desde hace mucho tiempo.

—Yo también —afirmó conmovido y con una sonrisa—. No será mucho

tiempo, nos veremos cuando vuelvas, te invitaré a comer y daremos un paseo.

—De acuerdo —asintió Anna con una sonrisa mientras que se secaba las lágrimas con la manga de su chaqueta.

Dos minutos después James observaba como su amiga entregaba el boleto y caminaba empujando el carrito. Ella se dio la vuelta y al verlo se volvió a despedir moviendo su mano con suavidad y sonriendo con nostalgia.

Durante el camino de regreso a Manhattan James estuvo pensando mucho, sentía que no cabían más dudas en su mente. Anna podría comenzar una relación con un tal Anthony, sería bueno que ella se recuperara y siguiera adelante con su vida, pero en ese momento él sabía que ella seguía amando a Alexander, y ¿sí él la amaba también?, ¿por qué razón la habría dejado?, ¿había dejado de quererla o se había acobardado?, en caso de que sí tuviera sentimientos por ella ¿Tendría que decirle a Anna? ¿Lo amaba ella lo suficiente como para renunciar a su propia felicidad a la espera de que su ex novio se recuperara? ¿Qué ocurriría si Alexander nunca se recuperaba de ese bloqueo? Al parecer Alexander había sufrido un ataque tan fuerte de pánico en aquella isla que no pudo ni el mismo escribir la nota y le dijo a otra persona que le hiciera el favor, James estaba seguro de que esa letra no era de él.

Mientras tanto, Anna seguía en el aeropuerto, faltaban tan solo minutos para abordar, y los nervios habían vuelto, tenía las manos sudorosas y frías, la impaciencia la desesperaba.

Volver a montarse en un avión no era algo que disfrutaba, en los viajes que hizo con Alexander él le hablaba mucho y eso la calmaba, pero este sería tan tormentoso como el que hizo cuando se devolvió sola de Hawái. Serían catorce horas de vuelo, nada fácil, tenía horas sin dormir, pero la angustia le había quitado el sueño. Llevaba en su bolso bocadillos dulces y salados y ahora los dos libros que le había regalado James, ambos se veían tan interesantes que no sabía cuál empezar a leer primero.

Sacó el teléfono de su bolso y se contentó mucho al ver que tenía varios mensajes. Su madre y su padre, muy preocupados, pedían que por favor avisara al despegar el avión, a medio camino y al llegar. Las chicas le habían escrito cantidades de mensajes de buena suerte. Anthony también le escribió,

no era nada del otro mundo, solo le deseaba buena suerte, pero el corazón le dio un brinco al leerlo, a pesar de eso, la mayor sorpresa se la llevó al ver un mensaje de su tía que le aconsejaba aprovechar el viaje al máximo.

Anna se sintió feliz, James la había llevado al aeropuerto y había recibido muchos mensajes a pesar de la hora. Se sentía muy afortunada al estar rodeada de personas tan buenas que la apreciaran y no se lamentó por Alexander, por un momento él había dejado de existir.

Entonces escuchó la primera llamada para abordar.

Se puso de pie, suspiró, metió la mano en el bolsillo de su falda azul y sacó el collar de plata con las alas negras, era un lindo collar. Se lo colocó en el cuello, y tomó con fuerza su maleta de mano.

—Aquí voy —murmuró.

TERCERA PARTE

Capítulo 46: cambio de horario.

El avión donde se encontraba Anna aterrizó en la pista del Aeropuerto Internacional de Haneda a las ocho de la mañana Tokio, siete de la noche Nueva York. Había sido un vuelo tranquilo sin ningún tipo de complicación para los demás pasajeros, pero para Anna fueron catorce horas de tortura, no pudo dormir lo suficiente, y las últimas las había pasado con los ojos bien abiertos. Los nervios, ligados con el miedo a volar, se mezclaron para hacer de esta otra mala experiencia en el aire. No era solo la ciudad desconocida lo que la aterrizzaba, era la gran barrera del idioma lo que la hacía estar tan perturbada, el miedo que experimentó cuando se mudó a Nueva York quedaba muy pequeño en comparación a este.

Mientras estaba en las alturas, intentó varias veces leer los libros que James le había obsequiado, pero, a pesar de que eran muy interesantes, no lograba concentrarse. También quiso repasar los apuntes sobre el idioma, los estudió una y otra vez, aun así, su cerebro no retenía la información, sentía que la única forma en que eso pudiera entrar en su cabeza era comiéndose el papel.

Una vez que Anna puso un pie en el aeropuerto comenzó la desesperación por encontrar a Natsuki cuanto antes, tenía que aferrarse a ella como una sanguijuela, pero sin causarle repugnancia. Su tía no le había dado características que la definieran bien, y así sería difícil encontrarla.

Trataba de no aparentar mucha desconfianza, no quería que los habitantes de aquella ciudad se dieran cuenta de que era una turista, pero no era posible, su cabello rojo resaltaba entre los demás y ayudaba a que de lejos se le notara lo perdida que estaba.

Caminando entre la muchedumbre examinaba rápido a las personas que allí se encontraban recibiendo a los pasajeros, pero Anna no se había relacionado nunca con japoneses, tenía problemas para diferenciar los rasgos y para ella todo el mundo se veía igual. «Acéptalo Anna, estás perdida» pensaba mientras su cara empezaba a mostrar más signos evidentes de angustia.

Ya sentía que se iba a poner a llorar, cuando distinguió a una mujer que sostenía entre sus manos algo parecido a una cartulina blanca, con el nombre «Anna Johnson» escrito. Entonces se acercó a la desconocida, pero ella no

pareció prestarle atención.

—¡Ho-la! —exclamó Anna con lentitud y abriendo bien los ojos. Hacía señas con las manos tratando de hacerse entender— ¡¿Có-mo es-tás?! ¡Soy Anna! ¡¿Eres Natsuki?! Qué bue-no en-con-trar-te —agregó repitiendo las mismas muecas.

—¿La sobrina de Elisabeth? —preguntó en un perfecto acento americano y con temor en la voz.

Anna se quedó boca abierta, en definitiva, la mujer que tenía enfrente era Natsuki, era más baja que ella, tenía el cabello negro y completamente liso, lo llevaba corto y con pollina, era tan bella que parecía una muñeca. Anna estaba muy apenada por haberle hablado de ese modo, pero más que eso, estaba impresionada y extrañada que de ella hubiera llamado a su tía por su nombre completo. Anna asintió con la cabeza, se había quedado sin palabras.

—Mucho gusto en conocerla señorita Johnson —dijo Natsuki y enseguida bajó el cartel para hacer una reverencia—. Sea usted bienvenida a Tokio.

Anna quiso responderle del mismo modo, pero no supo cómo hacerlo y se sintió torpe al intentar imitarla.

—Él es Dai —señaló Natsuki al momento de incorporarse—, será su chofer señorita Johnson.

Anna no había notado que junto a la japonesa se encontraba un joven, japonés también, que vestía un traje negro al igual que ella, ambos estaban muy elegantes y sonrientes.

Dai hizo una reverencia también y Anna volvió a sentirse torpe al imitarlo, sobre todo porque estaba segura de que no lo hacía bien.

—Venga, acompáñeme por favor, buscaremos su equipaje y la llevaremos al hotel enseguida.

Anna obedeció sin preguntar nada.

Al recoger las maletas, Natsuki no pudo evitar observarlas con bastante asombro. Anna se dio cuenta y rio nerviosa.

—Es mucho lo sé.

—No se preocupe usted señorita Johnson —aseguró al tiempo que negaba con la cabeza.

Los tres salieron del aeropuerto. Natsuki y Dai se dirigieron a un automóvil negro muy elegante, Anna los siguió tratando de no parecer desorientada.

—El joven Dai no tiene problemas con el inglés —dijo Natsuki—, la llevará a dónde usted necesite. Me tomé la libertad de comprarle esta guía para que le sirva de ayuda en los momentos en que no estemos con usted.

—Muchas gracias —dijo Anna sorprendida por tantas atenciones y tuvo el presentimiento de que debía de inclinarse para hacerlo, pero no lo hizo porque no estaba segura.

Pocos segundos después, Dai abrió la puerta del auto y le indicó a Anna, con mucha cortesía, que subiera. Así lo hizo y quedó maravillada con el interior del vehículo.

Durante todo el camino Anna estuvo con el rostro pegado a la ventana, era un mundo muy diferente y estaba fascinada. Comenzó a imaginar cómo sería estar allí con sus conocidos. «Mi madre de seguro no dejaría de hablar. Y las chicas, ¡ja!, irían de una vez a preguntar cuál es el mejor bar de la ciudad, incluso a pesar de la hora, al menos para conocer su ubicación. James, ¡vaya! Él sería el compañero ideal, no tendría que preocuparme por hacerme entender, aunque se supone que Natsuki me ayude con eso. Y Alexander... bueno... —suspiró— Vamos Anna, deja de pensar en él, tu propósito en esta ciudad es dejarlo atrás. Imagina en cómo sería estar aquí con Anthony —se decía mientras asentía con la cabeza e intentaba sonreír—, sí, piensa en Anthony, eso es lo que debes de hacer».

No tardaron más de media hora en llegar al fabuloso hotel, el *Four Seasons Hotel Tokyo*, en Marunouchi. Anna necesitaba ayuda para mantener la boca cerrada, todo era espectacular. «¡Esto es demasiado!» pensaba sorprendida, con una pequeña habitación se habría conformado.

—La dejaré para que se instale y descanse —explicó Natsuki mientras que Dai y un botones acomodaban el equipaje—. Le recomiendo que duerma para que ajuste su horario.

—Muchas gracias —dijo Anna con voz cansada, aunque allí no era aún medio día, su cabeza parecía estar en Nueva York.

—Vendremos por usted mañana a las siete en punto. Que descanse.

Natsuki, Dai y el botones hicieron reverencias a Anna y esta no sabía si

debía inclinarse solo una vez para todos o por separado a cada uno de ellos.

—Gracias —se limitó a responder.

Cuando Anna estuvo sola en su nueva habitación se acostó en la cama, sacó su celular y se reportó con sus padres quienes de seguro no habían despegado la vista del teléfono durante la última hora esperando la llamada. Después de una rápida conversación Anna se despidió, pues se quedaría dormida. Le envió un mensaje a James para avisarle que todo estaba bien y que el hotel era espectacular. No esperó a que contestara, casi enseguida se durmió.

Ocho horas después despertó, y por unos segundos le pareció que todo había sido un sueño. Se puso de pie y, luego de darse un largo baño, empezó a desempacar, fue entonces cuando sintió muchísima hambre. En ese momento el teléfono de la habitación sonó y atendió preocupada. Era su tía que, con una ligera emoción, le preguntó cómo la estaba pasando, por un momento no parecía ella, un extraño buen humor se notaba en su voz.

—Todo está excelente, no sé cómo agradecerle todo esto, es mucho más de lo que pensaba.

—No te vayas a privar de nada, yo lo único que necesito es que me entregues un excelente artículo a fin de mes y que cuando regreses vengas relajada. Te recuerdo que todo va por cuenta de la compañía, desde alojamiento, comida, ropa o recuerdos que quieras comprar.

—¿No es demasiado? —preguntó Anna nerviosa.

—Anna, soy rica y eres mi sobrina —afirmó, su voz se notaba sentimental—, acepta el dinero y haz lo que quieras. Listo, no más explicaciones —dijo volviendo a su habitual tono serio, el cambio había sido tan drástico que pareció como si hubiera despertado de un trance—, cuando vuelvas tendrás mucho trabajo y no tendrás tanto tiempo para divertirte.

—Gracias, no sé qué decir —respondió Anna muy emocionada.

«¿No tengo que preocuparme por el dinero entonces?, ¿de verdad?» se preguntaba repetidas veces en su cabeza, y en voz alta mientras se arreglaba para salir a comer algo.

Cuando estuvo lista se dirigió a la puerta, pero sintió miedo, no estaba con Natsuki, tendría que bajar sola.

—Vamos, es un hotel en Japón, está lleno de turistas, aquí deben hablar todos los idiomas —dijo para sí, y salió llevando el pequeño libro de traducciones en su mano.

Escogió al azar unos de los restaurantes del hotel. Aunque la comida era muy extraña para ella, todo lo encontraba apetitoso a simple vista, aunque tal vez era porque el estómago le rugía. Tuvo serios problemas para ordenar, no sabía que escoger, terminó por pedir un *Okonomiyaki*, algo parecido a una pizza.

Después de satisfacer su apetito, recorrió el maravilloso hotel y luego volvió a su habitación. Estuvo el resto de las horas dedicada a desempacar y ordenar, hizo el intento de ver un poco de televisión, pero como no entendía nada desistió después de diez minutos.

La mañana siguiente Anna se encontraba no muy lejos de la puerta del hotel. Justo a las siete en punto observó como el auto negro se estacionaba.

—Buenos días señorita Johnson, ¿ha pasado una buena noche? —preguntó Natsuki que se había bajado del auto y hecho una reverencia acompañada de una sonrisa. Vestía otro traje negro y se veía tan linda como el día anterior.

—Sí, muchas gracias, el hotel es magnífico —respondió Anna muy contenta.

—Buenos días señorita Johnson —saludó Dai, que al igual que Natsuki se había bajado del auto, hecho la reverencia y sonreído con cordialidad.

—Buenos días —respondió Anna.

—Sí está usted de acuerdo, la llevaremos a conocer las instalaciones de la revista —dijo Natsuki.

—Sí, sí, por supuesto, vamos —respondió muy emocionada, quería dar pequeños saltos de la desesperación que la embarcaba.

El camino al edificio, donde se encontraban las instalaciones de Me and Me, fue corto, suerte para Anna que estuvo mirando todo el tiempo por la

ventana, quería saber si podía memorizarse el camino y si era muy lejos para ir a pie de vez en cuando.

Al llegar pudo ver que el edificio era asombroso y las oficinas eran tan impresionantes como en Nueva York, aunque con un estilo diferente, pero a pesar de eso se sintió a gusto enseguida. Lo que sí le resultaba un poco incómodo era que destacaba sobremanera entre las demás personas, al juzgar por lo que veía, era la única que no era japonesa.

—Esta será su oficina señorita Johnson, espero pueda estar cómoda — dijo Natsuki cuando llegaron ante una puerta blanca.

—¿Oficina?

—Sí —aseguró al abrir la puerta.

—¡Oh vaya!

Anna entró y examinó la habitación con rapidez, había un gran escritorio, una silla principal y dos sillas auxiliares, además había una ventana con una vista hermosa. La oficina se encontraba muy limpia y un aroma agradable se respiraba. Había sobre el escritorio una laptop acompañada de varias hojas de notas, lapiceros, entre otras cosas de oficina.

—¿Cree que se ajuste a sus necesidades? —preguntó Natsuki con desconfianza.

—¿Mis necesidades? Es una broma, ¿cierto? —preguntó Anna con muchísimo asombro y en voz muy alta —¡Esto es asombroso!

—Sobre el escritorio tiene todo lo que necesita saber sobre el artículo — explicó Natsuki que sonreía con discreción—. Tendrá que visitar muchos lugares, Dai la llevará, así que no debe preocuparse por el transporte. Tenga usted mi número telefónico —agregó entregándole una tarjeta pequeña con los dígitos—, llámeme o envíeme un texto para lo que sea y vendré enseguida. También estas tarjetas, no sé preocupe por el límite.

Después de dar las gracias, Anna inspeccionó la oficina con alegría y se puso cómoda en la silla principal. Estudió rápidamente todo lo que debía hacer para el artículo, y pensó que no sería difícil, al contrario, lo encontró muy divertido y sencillo, su labor en Nueva York había sido mucho más complicada, era claro que su propósito allí no sería trabajar.

Una vez que tuvo todo claro se dedicó a estudiar con profundidad y

detalles todas las indicaciones.

Así arrancó lo que sería para Anna la estancia en Japón, la esperaba un nuevo mundo lleno de experiencias exóticas, en donde su principal propósito era sanar su corazón.

Capítulo 47: una decisión difícil.

El señor Erick, el jefe de Alexander, obstinado del comportamiento de su empleado en las horas laborales, deambulaba por su enorme oficina pensando en la frase: «negocios son negocios». Su cabeza daba vueltas a un problema que requería solución inmediata.

—¡Martha! —gritó al fin.

—¿Qué necesita señor? —preguntó Martha, su secretaria, que había entrado enseguida a la oficina.

—Busque a Alexander Blanchet, tráigalo de inmediato —pidió con voz firme—. No lo llame, búsquelo usted misma.

La menuda señora no se hizo repetir, amén a todas sus órdenes. Se apresuró todo lo que pudo.

El señor Erick esperaba impaciente mientras que trataba de distraerse observando por la enorme ventana.

—Aquí lo traigo señor —señaló la secretaria una vez que estuvo de regreso.

—Déjanos solos —ordenó mientras se ajustaba el nudo de su corbata—, y cierra la puerta.

—Sí señor —musitó Martha y salió enseguida.

—Alexander, toma asiento —dijo el señor Erick mientras se sentaba en silla de cuero blanco.

Una vez que la puerta estuvo cerrada miró a Alexander como si estuviera haciéndole una pregunta.

—Alexander —dijo molesto, su postura corporal también indicaba su estado—, he tratado de tomármelo con calma, pero no puedo seguir dejando pasar esto por alto.

Hubo un corto silencio, era como si Alexander no estuviera allí, no había dicho ni una sola palabra, ni siquiera le había dirigido la mirada a su jefe. Tenía los párpados caídos y unas ojeras que ya empezaban a notarse. Parecía que tenía unos dos días sin rasurarse la barba y se le veía bastante cansado.

—Alexander... ¡Alexander! —gritó el señor Erick para llamar su atención.

—Dígame señor —respondió al fin dirigiéndole una débil mirada. Hablaba con un tono de voz muy característico que había adquirido hace poco, arrastraba las palabras.

—Creo que tienes un serio problema Alexander. Veras, soy un hombre tolerante, puedo entender que tengas tus problemas, pero estas semanas has superado mis límites, te he dado tres advertencias y es como si no te importara —decía enojado mientras lo veía con firmeza a los ojos—. Llegas tarde a trabajar, actúas distinto, hablas distinto, no me entregas los informes a tiempo, tienes acumulado mucho trabajo ¡Tu actitud depresiva nos ha hecho ganar atrasos en la construcción!

El señor Erick estaba muy alterado, se explicaba cada vez con un tono de voz mayor, entre más fallas recordaba más alto hablaba, tanto así que terminó por ponerse de pie.

Cuando terminó de protestar se dejó caer sobre la silla con toda la rapidez que su edad le permitió.

—Cada vez estás peor —murmuró.

Alexander seguía en completo silencio.

—¿Me has escuchado?

No hubo respuesta.

—¿Me has escuchado?!, ¡¿qué demonios sucede contigo?! —exclamó.

—No lo sé señor —contestó Alexander que hace rato había desviado la mirada.

—Este empleo es importante Alexander, tienes que comportarte a la altura, ganas buen dinero, no te hace falta nada ¿Necesitas unas vacaciones?

Alexander no habló.

—A ver... —dijo el señor Erick soltando un suspiro— Ya que tú no has dicho nada entonces debo preguntar ¿Ha ocurrido algo con el proyecto?, ¿tienes un problema?, ¿con la construcción, con tus compañeros de trabajo? —preguntó con la esperanza de dar con el clavo.

Alexander negó con la cabeza.

—¿Tienes algún problema familiar?

—No señor —murmuró Alexander todavía sin mirarlo.

—¿Es un asunto de salud?, ¿Estás enfermo?

—No sabría decirle señor, no... no lo creo.

El señor Erick miró a Alexander muy extrañado, no podía ser aquello que pensaba.

—¿Problemas... con una mujer, quizás? —se atrevió a preguntar.

Alexander se quedó callado, sacó su teléfono del bolsillo. El señor Erick no comprendió que hacía, observó que movía el pulgar como si estuviera buscando algo, ignoraba que estaba viendo las fotos de una mujer pelirroja que había recibido hace dos semanas.

—¿Entonces? —reclamó cansado después de casi un minuto de indiferencia de parte de su entrevistado, que continuaba con los ojos clavados en el teléfono.

—Yo... quisiera decirle señor, pero no puedo.

El señor Erick sentía como si estuviera hablando con la pared, la defensa de Alexander dejaba mucho que desear. Le había tomado afecto, pero no permitía que estos interfirieran con su dinero.

—No me dejas más opción —aseguró y respiró profundo para soltar las palabras que nunca pensó que diría a su mejor empleado—. Recoge tus cosas, estás despedido.

El señor Erick se quedó esperando una reacción, pero su empleado no se movía.

—Lo lamento —murmuró con tristeza casi un minuto después.

Alexander se puso de pie lentamente, dio la vuelta y salió de la oficina en silencio.

El señor Erick no imaginaba que le sucedía, y no tenía tiempo para seguir lamentándose por él, no podía perder más tiempo, necesitaba escoger muy pronto a quién ocuparía el puesto de su ex empleado, la construcción del edificio estaba muy atrasada. Ya había considerado dos posibles candidatos y debía apresurarse a seleccionar al indicado.

Mary se encontraba sentada a su escritorio, tenía largo rato tratando de

suponer la razón por la cual Martha había solicitado que Alexander fuera de inmediato a la oficina del señor Erick. En eso vio como Alexander se acercaba a ella con expresión de derrota.

—Mary, consígueme una caja de cartón.

—¿Una caja de cartón? —preguntó extrañada.

—Sí —respondió sin dar explicaciones.

Mary obedeció, temió lo peor. No podía ser cierto, era él preferido, esto no podía estar pasando.

—Aquí la tiene, señor —dijo Mary cuando estuvo de vuelta. Le entregó la caja con las manos temblorosas—, ¿qué va hacer con ella? —se atrevió a preguntar.

—Meteré mis cosas aquí para marcharme, me han despedido —respondió sin dirigirle la mirada.

—¡Oh! —se lamentó con sincero dolor.

Mary parecía querer llorar, no podía creerlo. Era cierto que había notado los cambios de Alexander, todos en la compañía hablaban de eso, sus compañeros y el personal de limpieza, es que hasta un ciego se daría cuenta de que no era el mismo, pero ¿despedido? Era claro que al hombre le ocurría algo, no era que no estaba haciendo su trabajo porque no quería, algo no se lo permitía. Lo que necesitaba era ayuda, no que lo despidieran, aunque, por otro lado, él parecía no querer hablar con nadie, últimamente había estado muy callado, y en las numerosas veces que ella y los demás empleados le preguntaron si le sucedía algo, él siempre contestaba que no. «Es difícil ayudar a una persona cuando no admite que la necesita» pensó Mary sintió compasión al verlo salir de la oficina, quiso darle un abrazo y decirle que todo estaría bien, pero de lejos él parecía querer expresar un decidido: «déjenme solo».

Mary observó a Alexander marcharse sin despedirse de nadie. Notó como todos los demás trabajadores se le quedaron mirando, durante unos instantes hubo un silencio general, todas las miradas estaban en Alexander que se alejaba cabizbajo y casi arrastrando los pies mientras que sostenía la caja.

Daba la impresión de que más de uno quería decir algo, pero, al juzgar por el silencio que no se rompía, nadie se atrevía. Solo cuando Alexander se perdió de vista, un grupo de empleados se dirigió con curiosidad a Mary y ella

les contó que había sido despedido de la compañía. La noticia se divulgó con una velocidad tan asombrosa, que cuando Alexander llegó a la planta baja todo el piso estaba enterado e impresionado.

Capítulo 48: la gota que derramó el vaso.

Ser millonario le permitía a Alexander no preocuparse por tener que conseguir un trabajo, ni ese día, ni el siguiente, ni nunca, pero él disfrutaba lo que hacía y haber sido echado de la compañía fue la gota que derramó el vaso, que parecía hacerse cada vez más grande para retener todos los golpes que la vida le estaba dando.

Alexander esperaba de pie frente al ascensor a que las puertas se abrieran para marcharse de ese edificio. Estaba impaciente, no quería irse, pero era demasiado vergonzoso estar allí, hace pocos segundos pudo sentir como sus compañeros lo miraban extrañados y no quería toparse con alguno en el elevador. No quería responder preguntas de nadie.

Una vez que las puertas abrieron entró precipitado y una gran nostalgia lo invadió cuando presionó el botón. Sería su última vez allí, observó cada detalle del elevador y hasta respiró profundo para olfatear su olor, quería guardar en su memoria el recuerdo de lo que habían sido años de trabajo.

Mientras caminaba a su auto sentía como la caja que llevaba en sus manos pesaba más de lo que debería, pero no era el contenido de esta, apenas había unas cuantas cosas, de hecho, sobraba muchísimo espacio, eran las emociones las que estaban metidas allí adentro las que le pesaban, y fue difícil sujetarlas camino al estacionamiento.

Abrió la puerta de su automóvil, colocó la caja en el asiento del copiloto, se sentó, cerró la puerta y antes de encender el vehículo puso las manos sobre el volante y lo apretó con fuerza, como si quisiera descargar toda su ira con él hasta hacerlo pedazos. El enojo contenido recorrió su cuerpo y se alojó en su cabeza, entonces los sentimientos pudieron más que el hombre, sus ojos se llenaron de lágrimas y fue imposible contenerlas.

—Ahora mi trabajo, mi trabajo... lo he arruinado, ¡lo he arruinado maldita sea!, ¡¿qué demonios sucede conmigo?!

Esta última frase hizo que vinieran a su mente recuerdos que había intentado borrar. Una idea que parecía descabellada había estado en su mente desde hace un tiempo y, pensando en que podía ser cierta, decidió en ese momento llevar las fotografías a un experto para que las evaluara, si eran verdaderas entonces sus suposiciones serían una realidad.

A falta de pañuelo se secó los ojos y la nariz con la parte interior del

saco que cargaba puesto ese día, y arrancó el auto dispuesto a armar el rompecabezas en el que se había convertido su vida.

Primero fue a su apartamento, dejó la caja sobre la mesa de la cocina y ordenó comida.

Se dio una ducha mientras esperaba y, una vez que pudo ingerir algo, se preparó para salir de nuevo.

Al momento de cerrar la puerta pareció dudar un poco, retrocedió, sacó las llaves del auto del bolsillo de su pantalón y las colocó sobre la pequeña mesa al lado de la puerta, decidió caminar, no tenía ganas de manejar.

Minutos después entraba en un local en donde editaban fotografías, y el dueño se apresuró para atenderlo.

—Necesito saber si estas fotografías son falsas —dijo Alexander casi enseguida.

—Por supuesto, déjeme ver —dijo el joven muchacho, era rubio y de ojos azules, llevaba su cabello en rastas y su vestimenta era descuidada.

Alexander esperó impaciente una respuesta mientras el joven revisaba el teléfono.

—¿Necesita saber si todas estas fotografías son falsas, o solo una de ellas? —preguntó haciendo un gesto de extrañeza.

—Todas.

—Pero... el hombre de las fotografías es... usted —agregó haciendo el gesto más grande.

—Así es —respondió Alexander en seco.

—Y... ¿quiere saber si son falsas?

—¿Tengo que repetírselo?

—Eh... sí —dijo arrugando el rostro como con miedo no le fuera a gritar.

—Necesito saber si todas estas fotografías son reales —dijo Alexander con la mirada fija.

—Lo que usted diga —respondió extrañado.

—¿Cuánto tiempo tardará?

—Deme unos minutos para extraer las fotos y puede venir pasado mañana

a esta hora.

—No tengo tanto tiempo, necesito saberlo ya mismo —exigió Alexander.

—Tengo mucho trabajo atrasado, no será posible —aseguró el joven moviendo la cabeza de lado a lado con velocidad, su cabello se movía con él.

—Le pagaré el doble.

—No es una oferta muy tentadora —respondió, esta vez movía la cabeza al lado izquierdo y después al derecho, como si ejercitara su cuello.

—¿Mil dólares en efectivo le parece bien?

—¿Es una broma?

Alexander sacó una paca de billetes de su bolsillo y se lo mostró decidido.

—Deme media hora —contestó el joven con la cabeza inclinada hacia el lado derecho y con una amplia sonrisa.

Alexander vio como el muchacho se alejaba con su celular en la mano y escuchó que decía en voz baja «hay que darle al cliente lo que el cliente quiere». Pronto se ocultó detrás de una gran cortina de franjas multicolores.

Se quedó esperando sentado en una de las sillas que estaban allí, el silencio reinaba en el lugar. Se sentía extraño al querer que esas fotos fueran verdaderas. «Sería lindo tener a alguien a mi lado» pensó.

—Un momento, ¿qué estoy diciendo? —susurró.

De pronto comenzó a sonar una música muy extraña a un volumen innecesario, aturdí tanto que tuvo que taparse los oídos. Por suerte casi enseguida se detuvo y el dueño asomó la cabeza entre la cortina con una torpe sonrisa.

—Lo siento, me equivoqué —. Y volvió a esconderse.

Alexander no prestó mucha atención, pero se sintió aliviado.

Continuaba esperando sentado en la silla mientras que observaba con detalle el lugar y de vez en cuando miraba a través del cristal de la puerta hacía la calle.

—¿Señor?

Alexander volteó la cabeza con tanta rapidez que le dolió el cuello y se

llevó una mano a la nuca con un gesto de dolor. El joven salía de su escondite y se dirigía al mostrador.

—Los resultados están listos, señor —informó en un tono demasiado dramático, como si estuviera a punto de revelar que unos exámenes médicos indicaban una muy grave enfermedad.

El tono de voz de aquel joven surgió efecto. Alexander, invadido de nervios, caminó hacia él con una ligera torpeza en sus piernas.

—¿Quiere los detalles o solo saber si son falsas? —preguntó el joven en el mismo tono.

—¿Le parece que quiero saber los detalles? —preguntó Alexander mirándolo con mucha preocupación.

—¿Sí? —preguntó el muchacho no muy seguro después de una muy desesperante pausa.

—¡Maldición!, ¡dígame si son falsas o no! —exclamó, ya no podía más con la desesperación.

—Son verdaderas, señor —respondió casi enseguida.

Alexander palideció, por un momento no podía enfocar nada y empezó a sentir calor. «Es real» pensó poniéndose la mano en su frente que ya estaba por empezar a sudar.

—¿Está... usted... seguro? —preguntó con la voz temblorosa.

—Señor, con todo el respeto que se merece un hombre elegante como usted, no se atreva a cuestionar mi trabajo —contestó frunciendo las cejas, parecía mostrar su máximo enojo, pero a pesar de eso no intimidaba nada, era de muy baja estatura—. Le estoy diciendo que son verdaderas y lo son, ahora, págume mis mil dólares —exigió alargando la mano.

Alexander sacó de su bolsillo los billetes, contó los necesarios y se los entregó al joven, quien ahora sonreía complacido.

—Y mi mamá que no deja de decirme que no existe el dinero fácil —murmuró cuando hubo terminado de contar los billetes verdes.

Alexander, que había esperado a que el joven comprobara la totalidad del dinero, salió del lugar después de tomar su teléfono que se encontraba sobre el mostrador.

Capítulo 49: una consulta de emergencia.

Al salir del local, Alexander siguió caminando sin dirigirse a ningún lugar específico. Cruzó la calle una y otra vez, iba de aquí para allá, hasta que se sentó en un banco en el Central Park. Estuvo allí un par de horas, solo y en completo silencio mientras veía a los que pasaban, pero sin pensar en ellos.

Se puso de pie porque quiso, no lo pensó, se paró y continuó recorriendo la ciudad que creía que tan bien conocía, se sorprendió al ver cosas que no había notado por andar siempre en auto.

Alexander observaba a las personas, la mayoría parecía estar apurada, los turistas tomaban fotos encantados y radiantes de felicidad por encontrarse de visita en la gran ciudad. Otras personas se veían preocupadas, y algunas más felices, una pareja discutiendo donde la mujer lloraba, un par de niños armando un berrinche, y un señor de edad avanzada que se encontraba tirado en el suelo con aire de derrotado quien, después de que Alexander le diera una buena cantidad de dinero para que comprara comida, le dijo unas palabras que él no entendió.

Continuaba caminando mientras que se decía a sí mismo que debería de salir a pie más a menudo.

«¿Será verdad que estoy enamorado? —se preguntó mientras que veía como una pareja se besaba apasionadamente—, maldición, desearía recordarla». Alexander desvió su mirada y observó su reloj, eran pasadas las once. De detuvo para prestar atención al lugar en que se encontraba, a pocos pasos se hallaba una librería.

Tuvo unos raros deseos de echar un vistazo, como si de pronto se interesase en la lectura. Se encogió de hombros al darse cuenta de que no le haría daño entrar, así que se dirigió hasta allá.

Fue extraño para él sentirse cómodo en ese lugar, sentía una especie de tranquilidad. Le daba la impresión de que necesitaba comprar un libro y, caminando entre los estantes, encontró casi sin querer uno que llamó su atención. En ese momento recordó que al día siguiente habría un evento, al cual estaba prácticamente obligado a asistir, y escogió un obsequio, un libro para niños muy grande y colorido.

Caminando hacia el mostrador para pagar pasó por una pequeña sección de libros de lectura de cartas, magia y ocultismo, y se quedó unos segundos

observándolos pensativo. Luego siguió, escogió una bolsa muy linda para el obsequio y pagó por todo. Retrocedió hasta volver a estar frente a los libros de ocultismo. Lo pensó otra vez y sacó su teléfono e hizo una llamada con la esperanza de conseguir esa misma noche una respuesta más clara que las fotografías.

Una vez en la calle se decidió a tomar un taxi.

—¿Hay algo en que pueda ayudarlo, señor? —preguntó el taxista unos cinco minutos después. El rostro de Alexander reflejaba tal angustia que debió de haberla notado.

—Sí, apresúrese en llegar —se limitó a responder.

—Sí, señor —contestó el hombre y aceleró la marcha.

Se dirigían a una de las casas en Greenwich, una gran área residencial en el lado oeste de Manhattan.

Al llegar, le pidió al taxista que lo esperara y le advirtió que no sabía cuánto tiempo podría tardar. Dejó en el asiento los libros que había comprado y se bajó decidido.

Caminó hasta la entrada, estaba tan nervioso que sintió dolor en las rodillas mientras que subía las cortas escaleras.

Tocó la puerta y casi enseguida una mujer alta, obesa, de piel oscura y con cabello muy abundante le abrió.

—Vaya, vaya, ¿con que tú eres Alexander? —dijo observándolo de pies a cabeza— Ven, pasa a la cocina, es donde mejor podemos hablar, hubiera preferido que hicieras una cita, pero mi hermana me dijo que esto es una emergencia.

—Le aseguro que lo es —afirmó cerrando la puerta.

—Eso espero, es más de media noche —dijo ella bostezando.

Alexander caminó detrás de la mujer y no pudo evitar observar con desagrado que la bata blanca con lunares azules, que usaba ella en aquel momento, estaba un poco rota por la parte del trasero y dejaba ver su ropa interior de color roja.

¿Quién era esa mujer? Alexander esperaba que fuera la respuesta a sus problemas. Molly, que así se llamaba, era la hermana de Mary. En más de una ocasión Alexander escuchó hablar a su secretaria de que tenía una hermana

que era médium y tenía una serie de poderes que él nunca entendió, ni creyó, pero más de una de las mujeres de la oficina habían acudido a verla en momentos de desesperación y, por lo que sabía, habían quedado muy complacidas.

Molly dirigió a Alexander hasta la cocina, que nada tenía de particular, y le señaló una silla de madera junto a una mesa para que se sentara y ella se sentó frente a él.

—Antes que nada, quiero aclarar que yo no creo en ninguna de estas cosas —dijo Alexander acomodándose lo mejor que pudo.

—Pero igual has pedido mi ayuda —observó Molly con una sonrisa de deleite.

—Sí, pero es solo porque estoy desesperado, créame que he tratado de evitar esto a toda costa.

—No es primera vez que veo un caso como el tuyo, muchos se resisten a creer, pero es imposible que una persona viva su vida sin llegar a pensar, al menos una vez, en que hay algo más allá.

—Si usted lo dice —dijo Alexander solo por llevarle la corriente.

—Puedo sentir que hay algo que te perturba y...

—Al igual que todo el mundo —interrumpió, pues le parecía un diagnóstico muy barato.

—Veo que eres difícil —dijo con una sonrisa que no demostraba alegría—. Ya veremos cómo acaba esto —agregó poniéndose de pie—. Por cierto, quiero pedirte disculpas por mi atuendo, no tuve tiempo de arreglarme, pero te aseguro que mi vestimenta no influye en lo absoluto en mi trabajo. Ahora, si no te molesta, apagaré la luz, trabajo mejor así. Entonces... ¿comenzamos?

—Por favor —respondió impaciente.

—Bien —murmuró Molly. Encendió una pequeña lámpara para que el ambiente no quedara en total oscuridad y apagó la luz principal—. Como venía diciendo, puedo sentir que algo te perturba —dijo sentándose en la silla de nuevo y cerrando los ojos como si quisiera concentrarse mejor.

La señora se quedó callada y Alexander observó con inquietud como los ojos de ella se movían con aparente desesperación debajo de sus parpados.

—Esto es muy extraño —murmuró Molly con voz que indicaba

preocupación—, incluso para mí. Es difícil de descifrar.

«No puede ser, estoy perdiendo mi tiempo» pensó Alexander, al escuchar esas palabras estuvo casi seguro de que era un fraude.

Unos minutos después Molly abrió sus ojos y parecía estar muy confundida.

—¿No necesita unas cartas, un amuleto o algo parecido?

—No necesito nada, todo está en mi cabeza —explicó ella lo más profesional que pudo—, pero debo de admitir que tu caso es complicado.

—¿A qué se refiere con complicado? —preguntó por preguntar, ya no sentía ningún tipo de interés y estaba dispuesto a marcharse cuanto antes.

—Es... como si faltaran escenas de tu vida —dijo intentando explicarse—, algunos de tus recuerdos están... no sé si están bloqueados o han sido borrados. No tengo acceso a ellos, pude ver como un extraño ser te perseguía desesperado a todo lugar, pude verte a ti huyendo de todo tratando de negarlo por completo, sentías su presencia, pero aun así lo ignorabas. Todo termina en lo que parece ser... ¿un hotel? —preguntó algo confusa—, vi un largo pasillo muy colorido con muchas puertas.

—¿Có... cómo pudo saberlo si no le he dicho nada? —preguntó Alexander quien no sabía si quería continuar escuchando o salir corriendo aterrado.

—¿Ya empiezas a creer? —preguntó asomando una sonrisa.

—No puede ser —murmuró muy alterado.

Alexander sabía desde hace años que existían personas que aseguraban tener poderes, leer la mente, ver el futuro y demás, pero era muy diferente saber que existían a comprobar que en efecto estaban en lo cierto.

—Tranquilo hijo, al principio puede ser difícil —dijo con voz calmada.

—Es hora de aceptar mi realidad —dijo Alexander en voz baja para él mismo. Respiró profundo para hacer un esfuerzo en relajarse y estuvo casi un par de minutos pensativo mientras frotaba las palmas de su mano contra su pantalón—. Continuemos ¿Usted dice que todo acabó?

—Así es, no puedo ver nada más allá.

—Pero ¿cómo se explica las cosas que me han pasado después?

—¿Qué cosas? —preguntó Molly con curiosidad.

—Me siento terrible. Ando todo el tiempo perdido, no estoy comiendo como acostumbro, siento que no tengo apetito, me despidieron del trabajo por ser un inútil, y ¡créame que era el mejor! Algo me sucede, al principio quería negarlo, pero no son tan idiota como para no darme cuenta de que no soy el mismo —explicaba desesperado—. Usted dice que hay algo que me perturba y es cierto, ¿qué me puede decir de una mujer llamada Anna? Tengo fotografías que prueban que la conocí, era mi novia, pero no puedo recordarla, aun así, siento algo extraño cuando las veo.

—No vi ninguna mujer —dijo con mucha seguridad y moviendo la cabeza de lado a lado.

—Pero ella es real, ¡Anna es real! ¿No puede preguntar de nuevo? ¡Haga lo que hizo ahorita! —imploró poniéndose de pie y acercándose a ella.

—Está bien, ¡está bien! —respondió, parecía bajo presión—. Haré algo diferente, ahora intentaré conversar con ellos, no emitas ni un sonido para poder escuchar sin interrupciones.

¿Ellos? Alexander no comprendía a quienes se refería, solo asintió nervioso con la cabeza y se sentó a esperar una respuesta.

Cerró los ojos de nuevo y permaneció inmóvil, solo de vez en cuando su rostro parecía inquieto, unas veces murmuraba unas palabras sin sentido y otras hacía extrañas expresiones como si alguien le estuviera hablando en un tono muy bajo y le costara escuchar.

Molly tardó mucho más que la vez anterior y Alexander se desesperaba, trataba de no moverse, respiraba lo más lento que podía para hacer el mínimo ruido, incluso tragaba saliva despacio, como si eso pudiera hacer alguna diferencia. Necesitaba que los espíritus o lo que fuera con quien ella estuviera hablando le dijeran todo lo que él necesitaba saber. Era una tortura, sentía que el cuerpo le picaba y necesitaba rascarse con urgencia. Empezó a sentir malestar en el estómago, y la frente le sudaba, sus ojos no se apartaban del rostro de Molly que parecía cada vez más confundido y eso no ayudaba en nada.

Al fin Molly reaccionó, Alexander estaba a punto de estallar con preguntas, pero ella parecía agotada y resistió con mucha dificultad las ganas de preguntarle qué había ocurrido.

El silencio era ensordecedor, la respiración agitada de Molly parecía retumbar las paredes de la cocina, o al menos para los oídos de Alexander que estaba tan desesperado que comenzó de nuevo a frotar sus palmas con el pantalón pues, a pesar de que estaba sudando, tenía las manos muy frías. Mientras repetía esta operación una y otra vez, no dejaba de observarla.

—Creo que en todos mis años de experiencia jamás había experimentado algo así —dijo Molly secándose el sudor de la frente con un pañito de cocina que estaba justo al lado.

—¿Que ha pasado? —titubeó.

—Estoy atónita.

—Pero sí le dijeron algo, ¿no?

—La mujer, como afirmas, existe —empezó a explicar poco a poco con su voz todavía cansada—. No la recuerdas porque los momentos que viviste junto a ella fueron borrados de tu mente, pero no sé porque, no me dijeron. Lo que sí me han dicho, es que esta mujer Anna, es tu alma gemela. Por eso te sientes así, porque no estás a su lado, tu vida carece de sentido si ella no está contigo.

—¿Alma gemela? —preguntó moviendo los ojos sin enfocar a ningún lado— ¿Cómo puedo sentir eso si no la recuerdo?

—Yo no creo que la hayas olvidado por completo, puedo sentir tu angustia porque no estás con ella. Yo pienso que eres muy afortunado, no es común que las almas gemelas se encuentren, yo personalmente en todos mis años solo me he topado con un par de casos.

—¿Almas gemelas? —preguntó de nuevo.

—Sí —respondió.

En eso Alexander vio como Molly, que continuaba estremecida, se ponía de pie y se dirigía al refrigerador para tomar un poco de agua.

—¿Se te ofrece algo? —preguntó después de sorber un gran trago— Tengo agua, soda, jugo de naranja...

—No gracias —le interrumpió haciendo un gesto con la mano.

Alexander de buena gana se hubiera bebido una botella de agua, tenía muy seca la garganta, pero estaba tan angustiado que no podría.

—Y ¿la criatura oscura que me persigue?, ¿qué es? —preguntó temeroso una vez que Molly se había sentado de nuevo y volvía a secarse la frente con el pañito —¿Un demonio?

—No podría decirte —dijo moviendo la cabeza—, ha desaparecido.

—¿Para siempre? —preguntó esperanzado.

—Eso espero —respondió después de una pausa y comenzó a echarse aire en el rostro con el pañito—. Es como si se hubiera desvanecido, no pude hablar con él, ni siquiera siento su presencia, solo sé que te atormentó casi hasta la locura.

—Entonces, lo que quiere decir es que... ¿no debo preocuparme ya?

—En cierto modo, supongo que así es.

—¿Debería buscar a Anna?, usted puede ver el futuro ¿cierto? —preguntó Alexander quien ahora parecía un devoto creyente— ¿Cree que deba buscarla?

—Creo que eso es algo que necesitas descubrir por ti mismo.

—Claro —respondió decepcionado por la respuesta.

—El futuro no es algo que deba saberse, trae muchas desgracias.

—Pero... sí decido buscarla, ¿qué voy a hacer? —preguntó Alexander nervioso— No la recuerdo.

—Eso debes decidirlo tú, estoy segura de que hasta aquí ha llegado mi asesoría. Ahora —dijo Molly al tiempo que se ponía de pie—, tal vez tu estés teniendo problemas para dormir, pero yo no... —dijo y empezó a bostezar.

—¿Cómo sabe que tengo problemas para dormir? —preguntó sorprendido.

—Bueno, me iré a dormir, creo que esta consulta ha terminado —opinó ignorando por completo la pregunta que Alexander había hecho.

—Sí, sí, tiene razón. Muchas gracias ¿Cuánto es por todo?

Alexander quedó atónito al escuchar el monto, pero no pudo quejarse, había sido una consulta de emergencia a la mitad de la noche.

Molly escoltó a Alexander hasta la salida y él se despidió agradeciendo toda la atención.

El taxi continuaba esperándolo.

—¿Todo bien, señor? —preguntó el taxista al momento que se montó.

—Creo que sí —respondió no muy convencido.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Lléveme a mi apartamento.

—¿Con prisa?

—Tómese su tiempo. Necesito pensar.

Alexander dio la dirección exacta de su vivienda. Estuvo todo el camino mirando por la ventana.

Cuando hubieron llegado, Alexander pagó el dinero correspondiente y agregó una propina exagerada. El hombre, que no cabía en sí del asombro, se mostró muy agradecido.

Mientras Alexander subía en el ascensor recordaba con terror todos aquellos momentos vividos en los que aquel ser misterioso lo estuvo persiguiendo, no eran ideas de él, de verdad había algo atormentándolo. El solo saber que había sido real lo atemorizaba más que ninguna otra cosa.

Cuando entró a su apartamento colocó las bolsas con las compras sobre la mesa de la cocina y se dispuso a ordenar comida, no tenía apetito, pero era mejor tener algo a la mano en caso de que no pudiera conciliar el sueño durante la noche, que era lo más probable.

Mientras esperaba se acostó en el sofá de la sala, sacó su teléfono del bolsillo y se puso a ver las fotos de Anna.

—James tenía razón —se dijo en voz baja—¿Qué debería de hacer?

Pronto llegó la cena, pero todavía no tenía ganas de comer. La metió en el refrigerador y subió hasta su habitación con el libro que había comprado.

Luego de una ducha se enfrascó en la lectura hasta que, sin darse cuenta, se quedó dormido.

Capítulo 50: una foto para James.

James se encontraba en la oficina del club revisando las finanzas, ya faltaba poco para irse a descansar. Los alborotados clientes se habían marchado, los trabajadores habían abandonado sus puestos de trabajo y el personal de limpieza estaba haciendo la última revisión para dejar todo impecable para la siguiente apertura.

Estaba complacido porque el negocio continuaba creciendo como planta en época de lluvia, pero, aunque era feliz por eso y una ligera sonrisa asomaba a sus labios al ver los estados de cuenta en la pantalla de su laptop, estar peleado con su mejor amigo lo hacía perderse en pensamientos por instantes y en ocasiones se veía distraído. No era fácil para él, en todos los años de amistad nunca habían tenido una discusión que los mantuviera sin hablar durante más de veinticuatro horas. En realidad, él estaba deseoso por saber cómo se encontraba Alexander y no tendría ningún inconveniente en hablarle, al contrario, esperaba que pronto volviera a dirigirle la palabra, ya fuera porque recordara a Anna o porque admitiera que necesitaba ayuda. «Ojalá las fotos sirvan de algo» se decía con frecuencia.

James pensaba que tal vez se preocupaba demasiado y que solo debía darle algo más de tiempo, después de todo, sus otros compañeros y amigos que frecuentaban el club, luego de preguntar durante una pequeña temporada que era lo que le sucedía a quien solía ser el alma de la fiesta, dejaron de preguntar por Alexander y al parecer se volvió una costumbre para todos no verlo. James después cambiaba de opinión y pensaba que no eran muy buenos amigos, ya que solo él parecía vivir angustiado y no dejaba de preguntarse cuánto tiempo más tardaría este problema.

La única persona que no le había preguntado absolutamente nada por Alexander era Anna, en realidad habían hablado muy poco, se podría decir que casi nada, pues, según le había contado, ella estaba dedicando el cien por ciento de su tiempo despierta al artículo, si no estaba escribiendo en la computadora, lo hacía en su mente. Sus planes eran redactarlo en una semana, corregirlo en otra y así tener quince días para relajarse y divertirse antes de marcharse al continente americano.

James no se atrevía a escribirle, no quería interrumpir su trabajo, así que esperaba paciente el día en que ella le escribiera o lo llamara.

Esa madrugada James apagó la laptop después de revisar todo, y empezó a recoger las cosas para marcharse.

Al estar casi listo, su teléfono vibró y al revisarlo leyó con una sonrisa un mensaje que no era muy largo, tan solo una palabra, pero sería el inicio a una conversación que no él hubiera podido imaginar cómo acabaría.

Anna_J: «Hola».

James: «Por fin tienes algo de tiempo para mí».

Anna_J: «James, cuanto lo siento».

James: «Anna, vamos, estoy bromeando».

Anna_J: «Eso no importa, de verdad lo siento».

James: «Lo sé, no te preocupes por eso. Espero puedas apartar pronto un rato para charlar, tengo mucho que preguntarte».

Anna_J: «Estaré feliz de contártelo todo, esto aquí es tan raro».

James: «¿Pero te gusta?»

Anna_J: «¡Me encanta!»

James: «Ya decía yo —escribió sentándose en su silla pensando que se enviarían mensajes por un rato—. Cuéntame, ¿te ha funcionado para olvidar a Alex?»

Anna_J: «Si me lo mencionas, no me ayudas mucho».

James: «Cierto, y ¿Anthony?».

Anna_J: «La verdad es que no quiero hablar de él, no ahora».

James: «Vaya, entonces las cosas van mal».

Anna_J: «No es eso, es que tengo problemas para decidir qué haré al respecto».

James dudó un poco, seguía sin saber qué era lo correcto, contarle a Anna la situación de Alexander o dejar que ella continuara con su vida. «De todos modos, no voy a decirle eso en este momento» pensó James.

James: «Está bien, no voy a insistir. ¿Qué estás haciendo ahora? Yo estoy por cerrar el club».

Anna dejó de escribir unos minutos y James aprovechó para hacer los últimos arreglos antes de apagar la luz y cerrar la puerta con llave.

Salió, y caminó hasta la salida, se aseguró que no quedara nadie, apagó las luces y se quedó en completa oscuridad, en ese momento su teléfono sonó de nuevo.

Anna_J: «Hablaemos luego, Natsuki me acaba de decir que hizo reservaciones para ir a conocer el Palacio Imperial, ¿puedes creerlo? ¡Oh por Dios! ¡Sí que estoy emocionada! Te enviaré muchas de fotos».

—¿Natsuki? —murmuró James.

En ese momento, como si lo hubiera escrito en un mensaje en lugar de decirlo, Anna envió otro mensaje.

Anna_J: «Por cierto, Natsuki es quien ha estado ayudándome con todo, entre tantas cosas creo que había olvidado decirte su nombre».

Debajo del mensaje había una fotografía con el rostro de ambas sonriendo muy alegres a la cámara. Al verla, James sintió una repentina y fuerte punzada en su corazón. Apretó con su mano el teléfono con toda la fuerza que pudo, y su rostro pareció contener unos potentes sentimientos, cerró los ojos, suspiró, guardó el teléfono en el bolsillo de su pantalón y salió del club.

La mujer, que mostraba su rostro sonriente al lado del de Anna, era Julia.

Capítulo 51: Los Hamptons.

Paul Blanchet, un hombre de seductores ojos verdes con cincuenta años recién cumplidos y muy atractivo, para la edad claro está, se encontraba en el jardín de su mansión en Los Hamptons en la celebración del cumpleaños de su nuevo hijastro, un pequeño de dos años. Tenía varios meses sin ver a su único hijo biológico, de hecho, la última vez que lo vio fue el día de su más reciente boda.

Caminaba observando a los que sin duda disfrutaban de la fiesta, no comprendía cómo el pequeño Alan tenía más invitados que él en su cumpleaños pasado. Su nueva esposa había exagerado con las invitaciones, la mayoría eran personas que no había visto en su vida.

Cuando vio de lejos a Alexander salió apresurado a recibirlo y, cuando estuvo cerca, no pudo evitar preocuparse al verlo.

—Hijo, ¿estás enfermo? —preguntó con su voz ronca.

—Hola papá.

—Yo te hago una pregunta, tú me contestas ¿Estás enfermo?

—No —respondió en seco— ¿Dónde está el cumpleañosero?, le he traído un obsequio —agregó levantando una bolsa.

—Colócalo en la mesa de la entrada junto a los otros, allí...

—¡Alexander, cariño!, que gusto me da verte —interrumpió Nicole plantándole dos besos, uno en cada mejilla—. Alan se va a poner muy feliz cuando te vea, ¡ven!, ¡ven a saludarlo! y... ¿te encuentras bien? —preguntó preocupada observándolo con detalle— Cariño que mal te vez, ¿estás enfermo?

—No pasa nada, estoy bien —respondió fastidiado y con la actitud fría con que siempre se había dirigido a ella.

—Pues, algo te sucede, estás diferente —aseguró Nicole sin quitarle los ojos de encima—, ¿estás comiendo bien? Voy a darte unos excelentes consejos de nutrición, tú comes mucha porquería, tal vez eso es lo que te tiene así, pero más tarde hablaremos, ahora ven a ver tu hermano.

Nicole, una rubia de ojos azules como el mar, alta y dotada de una figura envidiable, era la nueva esposa del señor Paul. Él sabía que Alexander no

estaba de acuerdo con esa relación, incluso recordaba que le había dicho que encontraba disparatada la idea de tener una madrastra que fuera tres años menor que él. Pero el señor Paul no le hizo caso, cada vez tenía esposas más jóvenes, bueno, en realidad las esposas no eran más jóvenes, era él quien estaba cada vez más viejo.

Una vez que Alexander hubo saludado a su pequeño hermanastro, quien lo miró como miraría a cualquier otro adulto, pues no tenía idea de quién era, le entregó el obsequio a Nicole y se dirigió a buscar algo de beber.

Lo más fuerte que pudo encontrar fue limonada, era una fiesta infantil y no había nada de alcohol. Se sentó un rato a ver como unos payasos hacían juegos a los niños en el enorme jardín, bailaban y hacían muecas intentando hacerlos reír. Alexander observaba como a duras penas lograban sacar sonrisas, o los payasos carecían de talento, o aquellos niños eran muy exigentes.

—Bonita fiesta, ¿no te parece? —preguntó una voz ronca a sus espaldas. Su padre se había acercado a él.

—Sí, Nicole lo planificó todo muy bien —respondió Alexander—. Es solo que pienso... —opinó moviendo la cabeza negativamente—, que estos payasos están pasando un mal rato.

—¡Sí!, así parece —expresó con una carcajada mientras que se sentaba a su lado.

Ambos estuvieron un rato en silencio, el señor Paul comenzó también a observar a los payasos y parecía dudar de sus habilidades.

—Entonces hijo, a ver, ¿cómo vas en el trabajo?

Alexander hizo un gesto de despreocupación.

—Por cierto, gracias por apartar el tiempo para venir, pensé que por la hora sería casi imposible.

—Eso no fue un problema, papá, ya no estoy trabajando.

—De acuerdo, eso es raro, ¿qué pasó?, ¿tuviste un problema en la compañía? —preguntó acercándose un poco para prestar atención a la respuesta.

—Yo era el problema —respondió Alexander con apatía—. Me despidieron.

—¿Cómo es posible eso?, ¿estás seguro que fue un despido justificado?, sabes que puedo darte asesoría, no voy a cobrarte, soy tu padre —explicó preocupado.

Alexander rio, como buen abogado, el señor Paul siempre estaba buscando defender cualquier injusticia.

—Estoy seguro que fue justificado, no te preocupes por eso.

—Pero, ¿qué hiciste? —preguntó muy preocupado.

—Nada —se limitó a decir Alexander.

—¿Cómo que nada?, ¿entonces porque...?

—No hice nada, papá. Por eso me despidieron, dejé de hacer lo que debía de hacer.

—¿Desde cuando eres irresponsable?

—Desde hace unos meses, al parecer.

—Pero algo te está afectando —insistió—. Tú no eres así.

—En eso tienes razón —respondió Alexander que no despegaba su vista de los payasos.

—Hijo, ¿qué sucede?, ¿hay algo en lo que pueda ayudar?, ¿estás enfermo?, ¿ya viste a un doctor?, ¿qué te dijo? —preguntó alarmado.

—Demasiadas preguntas juntas, papá —suspiró—. No, no estoy enfermo.

—¿Entonces? —preguntó impaciente.

—Bueno, si de verdad quieres saberlo... —suspiró de nuevo—. Es una mujer.

El señor Paul no pudo evitar reírse con sonoras carcajadas, incluso se dio golpes en las rodillas debido a la risa que aquello le causaba.

Alexander lo miraba con incomodidad.

—¡Oh!, ¿es enserio? —preguntó el señor Paul que se había fijado en su hijo.

—Muy enserio —respondió Alexander.

—Lo lamento, pensé que bromeabas, de verdad lo siento.

—Se llama Anna —comenzó a explicar Alexander como si aquella risa nunca hubiera ocurrido—. Fue mi novia hace tiempo, solo salimos un mes, pero terminé con ella y desde ese momento cada vez estoy peor.

—Y ella... ¿es una buena persona?

—Supongo que sí —respondió casi en un murmullo.

El distinguido abogado se puso de pie, se acercó a una de las mesas con bocadillos que estaba cerca, tomó un plato, lo llenó a rebosar y se sentó de nuevo junto a su hijo. Se recostó de la silla, montó una pierna sobre la otra y empezó a comer. Le ofreció un poco a Alexander, pero este, lo rechazó pues no tenía apetito.

—Hijo —dijo luego de una larga pausa—, yo me he casado muchas veces, y creo que eso me hace el candidato perfecto para darte un consejo.

—¿De verdad? —preguntó Alexander a modo de burla.

—Sí, de verdad, no te rías —pidió con seriedad—. Verás, el matrimonio con Nicole no está funcionando, la verdad estoy esperando que pase este cumpleaños para decirle que se acabó, me refiero a mañana, no quiero arruinarle el día de hoy —aclaró—. Con ninguna de mis otras esposas he sentido una conexión fuerte que durara mucho tiempo, ni siquiera con tu madre. Para mí, divorciarme es como... sentarme en esta silla en lugar de esta —explicó señalando una que estaba justo a su lado—. No causa efecto en mí ¿Entiendes lo que quiero decirte?

—Para nada —respondió mientras que fijaba sus ojos verdes en los de su padre que eran iguales a los de él.

—Esta mujer se nota que te llegó al corazón, te está afectando no estar con ella, tú no eres así. Debes buscarla y pedirle perdón, sea lo que sea que hayas hecho debes conseguir que te perdone o vas a terminar muerto, pero muerto de verdad. No creo estar exagerando hijo, esas cosas son posibles, yo sí creo que el amor verdadero existe, creo en que es posible vivir y morir por él, solo que no me ha llegado a mí, aunque... —suspiró—, creo que ya se me pasó el barco ¡Vamos! Olvida la vida de playboy que tienes y ¡comprométete con esta mujer! No sé qué estás haciendo aquí, deberías de ir a buscarla.

Alexander se quedó en silencio un instante, todo parecía indicar que buscar a Anna era lo correcto. Almas gemelas, ¿se puede pedir algo más

perfecto? Es posible que otra persona al saber que tiene su alma gemela corra a buscarla, pero para Alexander, quien no creía en el amor y además no la recordaba, era una decisión difícil de tomar ¿Cómo sabía si podría ser un buen novio?, ¿cómo podría estar con una sola mujer y serle fiel si había pasado su vida adulta saltando de cuerpo en cuerpo?, ¿no terminaría lastimándola, más de lo que ya había hecho?, ¿cómo terminó con ella? y ¿por qué razón?, ¿cómo podía pedir perdón por algo que no recordaba haber hecho?, ¿podría ella aceptarlo con sus defectos y permanecer a su lado?, ¿cómo era Anna?, solo sabía que era hermosa, ¿era tan bella persona como era por fuera? No sabía cómo tomar la decisión correcta.

Alexander miraba al vacío, estaba perdido en sus pensamientos haciéndose una numerosa cantidad de preguntas que no parecían tener fin, cuando un espeluznante payaso se paró frente a él para intentar en vano hacerlo reír.

—¡Maldita sea vete de aquí! —ordenó molesto al comediante quien se hizo el ofendido—. Papá, yo... —dijo volteando para mirar a su padre— Yo creo que tienes razón.

—Claro que la tengo —aseguró el señor Paul que sonreía de lo contento que estaba.

—Gracias.

—No tienes que agradecer —respondió complacido mientras masticaba una dona de chocolate.

—Discúlpame con Nicole.

—Tampoco... te preocupes por... eso, ¡anda! —exclamó con dificultad al tiempo que masticaba y haciendo señas con su mano libre— ¡Vete ya!

Alexander se levantó de la silla y se dirigió a la salida.

—¡Oye! —gritó el señor Paul cuando su hijo se hubo alejado unos metros— ¡Cuando la recuperes, tráela!, ¡quisiera conocerla!

Alexander sonrió asintiendo la cabeza.

Capítulo 52: decisiones.

James llegó a su apartamento y, al igual que siempre cuando volvía de trabajar, se metió a bañar. Ya había comido en el club, así que, después de una larga ducha, fue a su cama y se introdujo entre las sábanas para descansar hasta pasada la hora de almuerzo, pero, a diferencia de los otros días, no pudo dormir.

Estuvo una larga hora con los ojos bien abiertos y el corazón en la garganta. Su cuerpo descansaba sobre el colchón y su mente revivía el pasado, desde el momento en que conoció a Julia, hasta que acabó. De nuevo comenzó a tratar de encontrar alguna razón para que ella lo hubiera dejado, pero, al igual que siempre, no encontraba ninguna. James juraba que eran felices, solo de vez en cuando tenían una pequeña disputa, como por ejemplo debido a la impresión que había causado una película, o cuando a Julia le gustaba una canción y la escuchaba tantas veces que él se volvía loco, o cuando elegían algo para comprar, como un juego de sábanas, o una alfombra. Nada grave, pequeños detalles que, incluso sumándolos todos, no harían un efecto negativo en su relación.

James quería volver a ver la foto de Julia, pero resistía lo más que podía. Entonces se preguntó «¿por qué estoy tratando de evitarlo?, de todos modos, no puedo dejar de pensar en ella».

Buscó su teléfono. Anna le había enviado una gran cantidad de fotografías en donde se le podía ver en el parque del El Palacio Imperial. James sonrió al ver que Anna ponía caras graciosas de mucho asombro. Entre la cantidad de imágenes vio un par en donde claramente se veía que alguien le había hecho el favor, ella estaba con Julia y un hombre japonés. A James se le aceleró el corazón con solo pensar que tal vez era el novio de su ex, o peor, el imbécil por el cual ella lo había dejado. Al final de las fotos sintió un enorme alivio seguido de un sentimiento de curiosidad al leer que el hombre era Dai, el chofer.

Tenía tantas ganas de llamar a Anna y hacerle muchas preguntas, comenzando por saber si Julia estaba saliendo con alguien, pero terminó por quedarse dormido, a fin de cuentas, estaba muy cansado, pero solo logró conciliar el sueño unas cuatro horas.

James se levantó de la cama y deambuló en su propio apartamento,

cocinó, escuchó música, vio televisión, incluso limpió el baño para tratar de distraerse, pero fue en vano.

«Esto es una locura» pensó. Buscó su teléfono, y redactó un mensaje con los dedos temblorosos: «Anna necesito un favor». Solo eso escribió, esperaba que de un momento a otro contestara, pero pasaron unos minutos y nada. Decidió entonces llamarla.

El teléfono repicaba una y otra vez, mientras tanto, él se arrepentía por haber dejado pasar tanto tiempo.

—Tuve que haberla llamado antes, ahora ya es muy tarde —se decía.

«Vamos Anna por favor, despierta, despierta, despierta, ¡despierta!» gritaba en su mente mientras caminaba sin rumbo en su habitación. No despegaba el teléfono de su oreja, oír cada sonido de repique lo volvía loco. A veces le parecía escuchar que dejaba de sonar y creía que había contestado, pero no era así.

A la sexta llamada, Anna contestó con voz ronca.

—¡Vaya que tienes el sueño pesado! —reclamó alterado.

—¿Quién es?

—Anna soy yo, James. Despiértate es una emergencia anda al baño lávate la cara cómete algo brinca baila haz lo que sea, pero despiértate y ¡llámame! —exigió sin hacer ni una pausa y sin respirar—. Necesito que estés lúcida para lo que te voy a pedir—. Se despegó el teléfono de la oreja y con un brinco en el corazón volvió a hablar—. Por cierto, no es una emergencia médica, no ha muerto nadie.

James colgó después de soltar esa cantidad de información en apenas quince segundos. Eran las tres de la madrugada en Tokio.

En menos de diez minutos Anna llamó, y estuvieron hablando durante casi una hora.

Luego de colgar el teléfono James se dijo que no había vuelta atrás, así que empezó a organizar todo.

Tres horas más tarde cepillaba sus dientes mientras se duchaba, fue entonces cuando el timbre de la puerta sonó con insistencia.

«¡Rayos, pero ¿quién será? No tengo tiempo ahora, que crea que no estoy» pensó mientras se cepillaba las muelas.

Unos segundos después el timbre volvió a sonar repetidas veces, entonces comenzó a dudar en si abrir la puerta o no.

Casi un minuto después, tres timbrazos y fuertes golpes en la entrada lo hicieron salir apresurado con el cepillo de dientes en la boca mientras intentaba amarrarse una toalla en la cintura.

—¡Diablos!, estoy mojando todo —dijo para él mismo mientras caminaba con cuidado de no resbalar, pues no llevaba calzado. —¡Ya voy! —gritó como pudo, y un poco preocupado no fuera a ser una emergencia.

Por poco se cae al estar a pocos metros de la puerta. Al abrirla, la expresión en su rostro cambió por completo, tenía los ojos muy abiertos, pero pronto los entrecerró pues le entró una gota de agua en el ojo izquierdo.

—¿Alex? —preguntó pasmado mientras que se secaba con la palma de su mano.

—¿Por qué siempre tienes que tardar tanto tiempo en abrir la puerta? —reclamó Alexander.

—¡Porque siempre vienes sin avisar!, ¡me estaba bañando! —explicó sacándose el cepillo de la boca.

—Ya veo.

—¿Qué hora es? —preguntó James asustado pensando que se le había hecho tarde al pensar que Alexander ya había salido del trabajo —¿Qué haces aquí?

—Necesito tu ayuda —suplicó.

James se quedó de pie bloqueando la entrada y mirándolo serio.

—¿Qué? —preguntó Alexander.

—¿Solo eso?, ¿necesitas mi ayuda?

—Sí.

—Nada de ¿te debo una disculpa, lamento haberte corrido de mi apartamento, perdón por no hablarte en dos semanas?

—James, vamos, sabes que lo siento, —dijo Alexander con cara de asco y tratando de no mirarlo— después hablamos de eso, pu... ¡puedes por favor escupir y limpiarte la boca!, me da ganas de vomitar verte así.

—No te muevas —pidió alzando la mano como impidiéndole el paso.

Fue a la cocina que estaba muy cerca, se lavó en el lavaplatos, y volvió con el cepillo de dientes limpio en la mano.

—Listo, ahora discúlpate —exigió.

—Lo lamento.

—No me convence —aseguró James sin moverse.

—Lamento haberte echado de mi apartamento, no debí de haberlo hecho, estoy muy, muy, pero muy arrepentido —se disculpó Alexander mirándolo a los ojos con expresión seria.

—Siento que le falta algo, pero puedo aceptarlo por ahora.

—Eres difícil —reclamó entrando al apartamento—. Oye ¿qué es eso?, ¿te vas de viaje o estás llegando? —preguntó Alexander al señalar una maleta que estaba sobre el sofá de la sala.

—Me voy de viaje, voy a ver a Julia —dijo después de cerrar la puerta.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que hablamos? —preguntó Alexander alterado y dándose la vuelta— Explícate.

—La amo, y voy a tratar de recuperarla —dijo James, eso lo resumía todo.

—¿Cómo es eso de que la amas?

—Pensar en ella me ha estado matando poco a poco Alex, jamás he dejado de quererla, solo que... —suspiró— mi orgullo no me permitía decirlo en voz alta.

—Y ¿qué piensas hacer? —preguntó Alexander cruzándose de brazos.

—Voy a pedirle que vuelva conmigo.

—Y ¿el club?

—Tendrá que funcionar sin mí —dijo mientras iba camino al baño—. Oscar tiene copia de las llaves, le diré que se encargue. Cuidado no pises lo mojado —agregó señalando al piso.

—Pero, ¿cómo es eso de que te vas de viaje?, ¿dónde está Julia?, ¿por qué haces maleta? —preguntó siguiéndolo esquivando los minúsculos pozos de agua.

—En Tokio con Anna.

—¿Anna está en Tokio? —preguntó Alexander deteniéndose en un segundo.

—Sí —respondió James despreocupado.

—¿Qué hace allá? —preguntó reanudando la marcha.

—Elisabeth la transfirió para que estuviera unos días alejada de la ciudad y se olvidara de ti. Por cierto, Anna es su sobrina por si no lo recuerdas. Ella trabaja en la revista.

—¡No tenía idea! —exclamó Alexander sorprendido.

—Apuesto a que hizo lo mismo con Julia cuando supo que le pedí matrimonio —dijo James con rencor.

—Pero, ¿estará casada?

—¿Elisabeth?

—¡Julia!

—¡Oh!, bueno, si se casó con alguien eso terminaría de matarme —respondió James colocando el cepillo de dientes en su lugar y secándose el cabello que todavía chorreaba agua, con una toalla—. No sé qué ha ocurrido con Julia estos años, le pedí a Anna que averiguara todo sobre ella, ojalá sepa hacerlo con discreción.

—Pero ella te dejó amigo, Julia se fue, no fue una pelea que tuvieron, no la engañaste, no hiciste nada ¿Cómo puedes recuperarla, si no debes pedir perdón por algo que hayas hecho? —preguntó Alexander que se notaba que intentaba persuadirlo— Ella es la culpable, además ha pasado mucho tiempo.

—No lo sé Alex, tal vez sí hice algo solo que no me di cuenta, supongo —recapacitó pensativo—. Creo que lo que voy a hacer es una locura, pero la gente hace locuras por amor, y si no vuelve conmigo... —dijo, hizo una pausa y suspiró—, tengo que saber al menos la razón por la cual ella buscó a alguien más cuando éramos tan felices. Te sonará ridículo, pero necesito un cierre, necesito tener paz conmigo mismo.

James salió del baño, y se dirigió al vestidor, entró y cerró la puerta.

Unos minutos después se colocaba el pantalón cuando escuchó unos gritos de Alexander.

—¡Voy contigo!

—¡Gracias amigo!, ¡pero creo que podré manejarlo! —gritó como respuesta.

—¡Voy a buscar a Anna! —aclaró Alexander.

James no podía creerlo, asomó la cabeza entre las puertas y preguntó el motivo.

—Porque la amo —respondió con nostalgia.

—¡No puede ser!, ¿entonces la recuerdas?, o ¿era una broma? Alexander por Dios dime la verdad —imploró.

—No me creerías si te la digo —respondió haciendo un gesto de desconfianza.

—Pues tendrás que hacerlo, necesito saber qué es lo que te ocurre y me molesta que no confíes en mí, se supone que somos mejores amigos, ¿qué clase de mejores amigos no se cuentan los problemas?

James volvió a meter la cabeza en el vestidor y cerró la puerta para continuar vistiéndose.

—¡Está bien, te lo diré! —exclamó Alexander un instante después—, ¡Pero de verdad no me vas a creer!

—¡Haz el intento! —insistió.

Hubo un silencio y James esperaba ansioso mientras que se colocaba el cinturón del pantalón.

—¡Un demonio borró algunos momentos de mi vida! —gritó Alexander— ¡No puedo recordar a Anna, pero aun así la amo y la extraño porque es mi alma gemela! ¡Por esa razón voy a ir a recuperarla!

James no respondió, terminó de vestirse y abrió las puertas de par en par. Se quedó de pie observando a Alexander con los brazos cruzados y una extraña expresión en su rostro.

—James, me siento ridículo al contarte esto, por favor no me mires como si estuviera loco —pidió Alexander, tenía una expresión que le imploraba que no lo hiciera.

El silencio continuaba y Alexander parecía muy inquieto.

—¡James! —gritó.

—Está bien, amigo —respondió James con seriedad—, te creo.

—¿De verdad? —preguntó Alexander que se mostraba realmente aliviado.

—Claro que no, solo intento ser comprensivo —respondió muy tranquilo, se dio la vuelta y cerró las puertas del vestidor.

—Es verdad lo que te digo —insistió Alexander—, fui a ver a una médium y me lo dijo todo.

—Y ¿le creíste? —preguntó burlándose.

—Ella no puede estar equivocada, sabía cosas que no le he contado a nadie —aseguró.

—Solo te hizo creer que era cierto, ¡vamos Alex!, ¡no puede ser que hayas caído! Ellos estudian como dominar la mente y sacar información a las personas, luego la cuentan de otro modo, la gente se sorprende y ¡cae! —explicó señalándolo con ambas manos— Tú lo que necesitas es un doctor.

—James, esto es distinto, yo... a mí me han pasado unas cosas muy extrañas ¿Recuerdas que te dije que me desmayé y me quedé encerrado en el ascensor después de sentir una presencia?

—¿Cómo olvidarlo? —respondió con un gesto de burla.

—Bueno, esa maldita cosa no se apartó de mí durante un mes —aclaró con seriedad.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó James, no pudo evitar sentir un escalofrío al escuchar aquello.

—Que un demonio estuvo acosándome durante un mes, todos los días —confesó Alexander, se mostraba muy sincero—. Estuvo en mi apartamento, en el trabajo, en la calle, estuve a punto de volverme loco, James, te lo aseguro. La médium lo sabía, sabía todo sin que yo se lo hubiera contado.

James se pasó la mano por el rostro, le costaba creer todo aquello.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —preguntó atónito.

—Te hubieras reído.

—Pues sí —afirmó pensativo—, pero al principio, no durante un mes —aseguró.

Hubo un nuevo silencio, esta vez fue más corto.

—¿Cómo sabes que es un demonio? —preguntó James, sentía que las

piernas le temblaban. No estaba seguro de querer saber la respuesta a aquella pregunta.

—Yo lo vi.

James palideció, volvió a pasarse la mano por el rostro y palideció. Las rodillas le temblaron y tuvo que sentarse, lo hizo en el sofá que estaba junto a la cama.

—Fue en Hawái, en el hotel —comenzó a contar Alexander, tenía la mirada perdida y su voz sonaba nerviosa—. Solo recuerdo que yo estaba en la habitación, no sé qué hacía, pero estaba allí. En algún momento el teléfono sonó, yo atendí y después de allí lo que recuerdo es caminar sin sentido por los pasillos del hotel. Caminé sin parar, me fui hasta la playa y no me detuve, era como si estuviera poseído. Entré a la habitación horas después, aunque es un recuerdo muy borroso, sé que cogí mi equipaje y salí de allí en busca de un taxi que me llevara al aeropuerto.

James miraba a su amigo con atención, daba la impresión de que de verdad estaba reviviendo todo aquello.

—Recuerdo haber visto algo como un hombre con una túnica negra —continuó Alexander, continuaba con la mirada perdida y se veía muy turbado—, sus ojos me miraron de una manera muy extraña, como si quisieran traspasarme y destrozarme. Sentí un dolor fuerte en mi cabeza y la sensación de que iba a perder el conocimiento, estoy seguro que allí fue cuando borró parte de mis recuerdos. No lo vi bien, o no puedo recordarlo, solo sé que ese maldito me atormentó. Tiene que ser un demonio.

—Alex, amigo, no te lo tomes a mal, no es una broma, hablo muy en serio —dijo James con voz mucho cuidado— ¿Cómo puedes estar seguro de que lo que tú tienes no es un serio y muy delicado problema mental, que te está causando alucinaciones de esa magnitud?

—No es posible. Molly sabía que todo acabó en Hawái sin que yo se lo dijera.

—¿Quién es Molly?

—La médium —explicó Alexander.

—¿Se llama Molly?

—Sí, es hermana de Mary.

—¿Tú secretaria? —preguntó James confundido.

—Ex secretaria —aclaró en un suspiro.

—¿Por qué la despediste? Era muy buena —aseguró.

—Ella sigue trabajando allí, fui yo el que fui despedido.

—Pero ¡¿qué pasó?!

—No tengo ganas ni de trabajar James, tú mismo dijiste que estoy muy cambiado, y yo lo he notado.

—Espera, ¿lo has notado?

—Claro que sí, no soy idiota.

—Pero...

—No quería admitirlo ni yo mismo porque no entendía la razón, pero ahora al fin entiendo que es por Anna, todo es por ella, es mi alma gemela.

—¿De verdad crees que eso de las almas gemelas es cierto? —cuestionó James mirándolo fijamente.

—Sí, lo creo —aseguró devolviéndole la mirada—, algo me dice que es cierto.

—Bueno, eso explicaría porque estabas tan loco por Anna cuando la conociste.

—¿De verdad? —preguntó Alexander, pareció estar a punto de sonreír.

—No tienes idea —dijo James asomando una sonrisa. Y yo que fui a un psicólogo pensando que estabas demente.

—¿Hiciste eso por mí? —preguntó Alexander sobrecogido.

—Me dio un diagnóstico muy verídico, dijo que tenías un bloqueo mental.

—Pues, ojalá fuera un bloqueo. Así tal vez pudiera recuperar esos recuerdos.

—¿Crees que no los recuperarás? —preguntó James apenado.

—¿Cómo podría?

—Lo siento amigo —dijo con verdadero dolor.

—Está bien, ya he tenido bastante tiempo para lamentarme por ello, y me

di cuenta de que, si no puedo solucionarlo, no debo seguir haciéndolo —dijo encogiéndose de hombros—. Por eso ahora debo concentrarme en recuperar a Anna.

—Oye —dijo James pensativo y con seriedad—, ¿esto no te da miedo?, ¿el demonio y esas cosas?, porque si me pasara a mí... ¡Vaya! —suspiró—, yo estaría aterrado. Nada más pensar que ese bicho estuvo contigo y yo también... me da escalofríos —agregó, y le dio un ligero tembleque.

—Sí, tuve miedo, y en varias ocasiones mucho, pero ya no, Molly me aseguró que ese maldito desapareció. Lo que sí me asusta es que no se si logre comprometerme con Anna. Ya tú sabes que no soy de los que se enamoran.

—¡Oh!, no te preocupes por eso —dijo sentándose a su lado—. Anna es hermosa, sé que cuando la viste en mi oficina no estaba en su mejor momento, pero cuando la veas en su estado natural te enamorarás enseguida.

—¿Tú crees? —preguntó poniéndose nervioso.

—Bueno...

—¡¿Qué?! —preguntó Alexander impaciente.

—No sé cuál es tu tipo de mujer, pero Anna no se parece en nada a las que sueles llevarte a tu apartamento. Anna ella es muy sencilla, apenas usa maquillaje, no usa tacones altos, de hecho, creo que no sabe cómo caminar con ellos. Tampoco dice malas palabras, siempre anda con un libro, sonrío y arruga el rostro muy a menudo y cuando le hablas, te escucha con mucha atención —dijo pensativo y se dio cuenta de que su sonrisa se había prolongado y su amigo no decía nada— ¡Ejem, ejem! —hizo a propósito— Por cierto, nunca, jamás, bajo ninguna circunstancia le des de beber, esa mujer no tolera ¡nada! el alcohol —añadió y no pudo evitar volver a sonreír.

—Pareces conocerla muy bien —dijo Alexander que lo observaba con detalle.

—Bueno, hemos compartido un tiempo... —dijo James sintiéndose incómodo—, pero te aseguro que si pudieras recordarla sabrías más cosas sobre ella.

—Tú... no estás... ¡Ejem, ejem! Enamorado de ella, ¿cierto?

—Bueno... —suspiró, esta vez sí que estaba incómodo—, no voy a mentirte Alex, Anna no es difícil de querer, para nada, pero ella te ama a ti.

Alexander no parecía muy convencido.

—Además, no tienes qué preocuparte, yo tengo la esperanza de poder estar con Julia de nuevo. Y si ella no regresa conmigo tienes mi palabra de que no intentaré nada con Anna, no podría, eres mi mejor amigo.

—Gracias —dijo Alexander, pero su preocupación no pareció disminuir.

—¿Dije algo indebido? —preguntó James comenzando a inquietarse.

—Es solo que... ¿y si no regresa conmigo?, la necesito James, lo he pensado mucho, la necesito en mi vida.

—Ella te ama, estoy seguro de eso. Vamos —dijo poniéndose de pie—, deja de dudar y anda a hacer tu maleta. Yo voy a secar el piso, ordeno unas cosas y paso a buscarte en un taxi.

—De acuerdo —dijo Alexander, se mostraba un poco animado—. Oye, lo siento, no te dejé que me siguieras contando lo de Julia —se disculpó mientras caminaban hacia la salida teniendo cuidado de no pisar el agua.

—No te preocupes por eso, de seguro podremos ponernos al día, como recordarás, es un vuelo bastante largo. Además, no puedo esperar saber que le dirás a Anna para que te perdone por lo que le hiciste, comenzando por esa nota que le dejaste.

—¿Qué nota? —preguntó extrañado justo antes de salir.

—Créeme Alex, tenemos mucho de qué hablar —respondió James justo antes de cerrar la puerta dejando a su amigo muy confundido.

Capítulo 53: secretos.

Alexander y James, muy cómodos en sus asientos de primera clase, hablaban acaloradamente, entre platillos y atenciones del personal del avión, todo lo referente a los últimos meses.

James había comenzado desde el principio y Alexander no dejaba de interrumpir con preguntas y exclamaciones.

—¿La conocí en Fajitas Mex el día de la presentación? —preguntaba, se notaba que hacía un esfuerzo en recordar.

—Pero ¿cómo no te vas a acordar?! —preguntaba James que por instantes debatía lo de la pérdida de memoria— ¡Dios, no puede ser!

—¿Cómo le iba a pedir que fuera mi novia tan pronto? —preguntaba Alexander luego de un rato.

—¡Exacto!, ¡Vaya!, hasta que por fin me entiendes, ¡era muy pronto para que se hicieran novios!

—No puede ser —decía Alexander de vez en cuando.

—¿Viste?!, yo te dije que estabas loco por ella.

—¿Me la llevé a París?, ¡pero es eso es una locura!

—¡Lo sé!, ¡pero es que yo te dije que era demasiado y tu insistías!

—¿Estás seguro que ella fue conmigo a Hawái?

—Segurísimo.

—De verdad que me cuesta creer todo esto —expresaba Alexander completamente atónito.

—Yo insistía, e insistía en que terminaras con ella. Tú me ignorabas y yo estaba enojado. Pero, ¿cómo iba a saber yo que era tu alma gemela?!

—Ni yo mismo hubiera podido saberlo.

Cuando James hubo terminado de contar todo lo que había ocurrido en el primer mes, se dedicó a narrar la delicada noche en el club, cuando Anna fue a buscarlo, y los encuentros que tuvo ella meses después de eso. James sintió por un momento que se había quedado sin voz unos segundos antes de contarle que casi la besa, pero se armó de valor y confesó, no quería ocultarle nada, sobre todo no fuera a ser que Anna sí lo recordara y algún día lo mencionara,

James no quería ni imaginarse la reacción de Alexander. «Por eso siempre es mejor contar las cosas como son» pensaba mientras hacía un esfuerzo en terminar de relatar lo ocurrido aquella noche.

Luego de eso procedió a contar lo poco que sabía sobre Anthony, aquel hombre rubio y de ojos azules por el cual Anna parecía mostrar un pequeño interés. Pasaban las horas y era difícil saber quién estaba más sorprendido, sobre todo cuando Alexander comenzó a narrar con detalle las constantes presencias del demonio vestido de negro. A James se le ponía la piel de gallina, aunque no lo había visto, ni quería hacerlo, ya estaba convencido de que todo era real, y pidió disculpas repetidas veces, se sentía como un mal amigo por no haber estado allí para Alexander, sí admitió que lo notaba un poco diferente, pero toda la locura que tenía encima la asociaba con Anna y jamás se le hubiera ocurrido la posibilidad de lo que realmente le estaba ocurriendo. Al final terminó dejando de sentirse culpable porque Alexander le insistió que la culpa no era suya si no de él por no habérselo querido comentar.

Mientras que Alexander y James apenas durmieron, por estar hablando en el avión con destino a Tokio, Anna estaba en la oficina pensando en cómo le haría a Natsuki todas las preguntas que James le había encargado.

Anna había estado en shock un par de horas al enterarse de que Julia era la responsable del sufrimiento de su amigo, incluso, al despertar en la mañana, esperaba que todo hubiera sido un mal sueño, pero, al revisar el celular, vio el registro de llamadas y dejó de dudar. Anna no era de las personas que puedan odiar a alguien, pero la situación la consideraba delicada y, aunque Natsuki le había caído bien desde un principio, ahora le tenía cierto desprecio «Siempre hay dos versiones de la misma historia —se decía para no sentir tanto rencor—, paciencia y lo sabré».

Anna llegó a la conclusión de que la hora de almuerzo no sería buena idea, pues si la confesión, si es que lograba hacerla hablar, llegara a ponerse intensa y ameritara más tiempo, volver al trabajo lo arruinaría todo. Así que esperó con mucha dificultad la hora de la salida y siguió pensando en cómo podría interrogarla sin que pareciera que la estaba presionando, tenía que ser discreta, no quería arruinarlo todo disparando preguntas sin parar, que era lo

que en realidad quería hacer.

Cuando llegó la hora se dirigió a la oficina de Natsuki. «Ojalá tenga una buena excusa» pensó entrecerrando los ojos.

—¿No estás muy cansada o sí? —le preguntó.

—¿Por qué?, ¿necesitas algo? —interrogó Natsuki casi enseguida

—Quería saber si querías ir a tomar algo.

—Seguro.

—¡Genial! —dijo respirando con alivio.

Ambas salieron del edificio, Anna le dirigía miradas amenazantes de vez en cuando sin que ella lo notara. Las dos se habían convertido en buenas compañeras, Anna le había pedido, al tercer día de conocerla, que la tratara de tu, pues tanta formalidad la abrumaba, lo mismo hizo con Dai, aunque él se negó al principio.

Pronto llegaron a una calle muy estrecha en donde había muchas puertas, que conducían a diferentes bares de reducido tamaño.

Anna quedó asombrada al entrar, apenas cabían unas diez personas. El ambiente se sentía muy íntimo, y eso era perfecto para lo que ella planeaba, parecía ser un lugar en el que las personas van a contar secretos.

Dai se quedó afuera esperándolas y ellas se sentaron en una de las sillas altas frente a la barra y ordenaron.

—¿Solo vas a tomar agua? —preguntó Natsuki extrañada al escuchar el pedido de Anna en un torpe japonés.

—Sí, la verdad es que no tomo nada que tenga alcohol, pero estoy bien, tú pide lo que gustes —dijo acomodándose de nuevo en la silla que le resultaba bastante incómoda—, yo invito. Es raro este lugar ¿no?, bueno, a mí se me hace extraño, los bares en Nueva York son digamos... más grandes.

—Sí. Todo allá es muy distinto.

—¿Has ido a Nueva York? —preguntó Anna casi enseguida.

—Algo así —dijo Natsuki con una leve sonrisa—, y oye, ¿cómo vas con el artículo?

—Ya está terminado —respondió apresurada y sin intenciones de revelar más detalles.

—¡Eres rápida! —exclamó sorprendida— ¿Qué planeas hacer después?, ¿conocer la ciudad?

—Sí, ajá. Tokio es muy grande, ¿verdad?, Oye, hablando de conocer ciudades, me dices que conoces Nueva York —dijo Anna con velocidad tratando de retomar la conversación sin ser discreta— ¿Qué tan bien la conoces? —preguntó en un tono que sonaba sospechoso.

—Pues... la conozco bien.

—¿Cómo es eso?, cuéntame, ¿piensas volver? —preguntó Anna algo eléctrica y acercándose un poco apoyando su codo sobre la barra y su barbilla sobre su mano.

—No, no lo sé —respondió perturbada.

Anna se dio cuenta de que Natsuki se sentía acorralada y quiso remediarlo.

—Lo siento —dijo en un intento de disimular y volvió a su postura de antes—, es que es una ciudad tan asombrosa que creo que todo el mundo debería ir —explicó exagerando sus gestos.

—Lo es, pero no sé si lo haga.

—¿Pasó algo malo allá? Pareces triste —señaló Anna, estaba frenética.

—Es algo largo de contar —suspiró.

—¿Estas apurada? —preguntó en un tono serio y mirándola a los ojos sin parpadear.

—No —respondió Natsuki, se veía indecisa, como si estuviera tratando de decidir si reírse, o asustarse por el comportamiento de Anna.

—Entonces puedes contarme, ¿no te parece? —aseguró, sonaba como una orden.

Para suerte de Anna, Natsuki no pareció molestarse mucho por esto último, suspiró profundo y le dijo que vivió varios años en La Gran Manzana y que sus planes eran quedarse.

—Y ¿por qué no lo hiciste? —preguntó enseguida.

—Bueno... —suspiró de nuevo— La vida da vueltas, a veces tantas que terminas mareada. No puedo volver, es mejor estar aquí en mi país, lejos de todo eso —aclaró Natsuki decidida y dando un ligero golpe sobre la barra.

—Tienes que contarme que te ocurrió.

Natsuki rio.

—¿Te gustan las historias trágicas? —preguntó mirando atónita a su compañera.

—Oye, escribo para una revista de mujeres, me gusta escuchar todas las historias que me cuenten —respondió Anna haciéndose la despistada mientras fingía observar el lugar con mucho detalle.

—Bueno, a ver... yo me mudé a Nueva York cuando tenía diecisiete.

—¿Qué edad tienes ahora?

—Cumpliré treinta y uno en un mes —dijo sin mucha alegría.

—¿Treinta y uno?, No, no es posible —opinó Anna con seriedad mientras que movía la cabeza de lado a lado—. Pareces muchísimo más joven.

—¡Oh!, bueno, gracias —contestó con una sonrisa.

—No puede ser —murmuró Anna que no podía creer que fuera mayor que ella— Bueno, continua, ¿por te fuiste a Nueva York? —preguntó, la respuesta a eso ya debía de saberla James, pero ella no, y quería saber la historia completa.

—¿Quieres saber la historia completa?

—Sí, claro que sí —respondió aliviada de que hubiera adivinado.

—¡Já!, bien. Bueno, espero no hacerla muy larga. A ver, yo nací y me crie aquí en Tokio. Mi mamá trabajaba como personal de limpieza en las oficinas de la revista, no sé cómo exactamente ella logró llevársela bien con Elisabeth, aunque creo que tal vez fue porque mi madre estaba divorciada y decía que no necesitaba un hombre para estar completa —dijo con un gesto de burla—. Mi mamá siempre hablaba del sueño americano, lo tenía en la cabeza desde que era muy niña según me contó ella, pero sin darse cuenta dejó pasar los años. Cuando se divorció estuvo a punto de marcharse, pero se enteró que estaba embarazada de mí, y se aterrorizó.

Anna se lamentó.

—En fin, se quedó aquí, pero decidió colocarme Julia de segundo nombre, como un símbolo que prometía que haría lo que fuera para que yo lo lograra ¿Puedes creer que mi segundo nombre sea Julia? —preguntó con una

carcajada.

—Puedo imaginarlo —contestó Anna con una sonrisa de compasión por aquella historia de su madre—, aunque no tienes cara de Julia —se atrevió a decir.

—En lo absoluto —expresó negando con la cabeza antes de tomar un sorbo de su bebida.

—¿Qué pasó después? —preguntó Anna que estaba impaciente.

—Bueno... mi mamá enfermó.

—Lo siento.

—Elisabeth sabía del sueño de mi mamá, no me preguntes por qué, no lo sé. Apenas ella supo la gravedad de la enfermedad decidió pagarnos el viaje, un apartamento, y cubrir todos los gastos. Ella y mi mamá fueron muy amigas durante esos años, tu tía nos dio mucho más de lo que nos hubiéramos atrevido a soñar, se encargó de su salud, de todo...—dijo e hizo una larga pausa.

—¿Y tu mamá? —preguntó Anna, temía la respuesta.

—Ella murió un año después.

—Cuanto lo siento —dijo muy apenada.

—Fue hace mucho tiempo, fue... una suerte desagradable saber lo que nos esperaba, así que estábamos preparadas para eso. Fue difícil, pero pudo haber sido peor.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó Anna que de pronto recordó cuál era su propósito en esa reunión.

—Bueno, yo comencé a buscar trabajo, pero tu tía me buscó y me dijo que no lo hiciera, que ella pagaría por la universidad y todo lo que yo necesitara. Yo no podía creerlo, resultó que mi mamá le había contado que me apasionaba la escritura y ya todo estaba planeado. Me dijo que me concentrara en tener las mejores notas, así que me esforcé como nunca, me gradué con honores, y ella me dio un puesto importante en la revista, allá en Nueva York.

—No hubiera podido imaginarlo —dijo Anna sorprendida.

—Esa mujer tiene el corazón más grande que he visto en mi vida, mi mamá la admiraba muchísimo. Ha ayudado a muchas otras personas, no solo a mí y a mi mamá, solo que no anda publicándolo en periódicos ni contándolo en

entrevistas. Te lo cuento a ti porque es tu familia y sé que prácticamente acabas de conocerla, sé que la primera impresión que se puede obtener de ella no es la correcta.

—Bueno, no puedo negar que estoy muy sorprendida —dijo Anna que estaba completamente pasmada.

—Lo siento, estoy haciendo el cuento muy largo —se disculpó Natsuki cuando terminó de un trago su bebida.

—No debes disculparte —respondió.

—Bueno, lo que tu querías saber era sobre mi triste historia de amor, ¿cierto?

—Sí —respondió Anna que continuaba muy asombrada.

—Bueno, veras, lo conocí en la universidad. Yo estaba tan enamorada de él, que cuando me pidió que fuera su novia me lancé en sus brazos y lo besé —contó sonriendo al recordarlo—. Fueron unos años preciosos. Después de terminar la universidad yo comencé a trabajar y nos mudamos juntos. Con el tiempo me pidió matrimonio, pero no pude casarme con él, así que lo rechacé. Tuve que venirme para acá, vivir allá cerca de él sería una tortura.

—Sería tortura porque ¿lo amabas? —se atrevió a preguntar Anna mientras cruzaba los dedos bajo la barra.

—Aún lo amo —confesó con dolor—. Si te soy sincera, creo que cometí un gravísimo error.

—Pero, ¿por qué lo dejaste? —preguntó Anna esperanzada y al mismo tiempo con rencor.

—No sé si tenga sentido para ti, pero nuestra relación era perfecta.

—Tienes razón, no tiene sentido —dijo Anna arrugando el rostro.

—Era tan perfecta que, cuando me pidió matrimonio, yo le dije que había alguien más.

—Y ¿lo había? —preguntó impaciente.

—Sí... y no.

—Sigo sin comprender —dijo Anna moviendo su cabeza negativamente.

—No puedo creer que vaya a contarte esto —murmuró.

Los ojos de Julia se habían empezado a llenar de lágrimas. Anna la miraba en silencio, no imaginaba que le diría, pero decidió no apresurarla.

—Días antes de que me pidiera matrimonio —dijo secándose las lágrimas con una servilleta de papel—, una de mis mejores amigas me llamó desesperada una noche para decirme que acababa de descubrir a su marido con otra en la cama. Quería que le diera mi consejo, ¡imagínate!, ¿qué podría decirle yo? Ella estaba llorando como loca. Yo intenté calmarla, pero fue inútil, no se puede calmar a una persona que acaba de ver algo así —exclamó alarmada.

—Por supuesto —afirmó Anna.

—Ella acababa de casarse y eso me aterró. Como James y yo vivíamos juntos, el matrimonio no era un tema de conversación, es solo un papel que debes firmar, no haría diferencia en lo que sintiéramos, pero en mi mente pensaba que algún día me lo pediría y yo, sin dudarlo, le diría que sí, y seguiríamos siendo felices.

—Claro.

—Esa misma semana —continuó Julia—, estaba almorzando en un restaurante y estaba sola. Un hombre muy atractivo que trabajaba allí se me acercó y me invitó a salir, le dije que tenía novio y él me dijo que era una lástima. Me sentí muy mal porque por un segundo me hubiera gustado aceptar su invitación. Fue entonces allí cuando empecé a dudar. No de mi amor por James, si no de la posibilidad que existe de que una pareja no pueda serle fiel al otro por completo. Se supone que son los hombres los que engañan a las mujeres, o al menos es lo que se dice, y allí estaba yo, cuestionando mi fidelidad.

Anna escuchaba en silencio, no se escuchaba ni su respiración.

—Estuve unos días pensando en ese hombre, y no solamente recordando los pocos segundos que intercambiamos, le estaba siendo infiel a James en mi mente. Fue horrible, te juro que no podía sacármelo de la cabeza. Me sentía terrible, muy malagradecida, la peor mujer del mundo. James me había dado todo, ¡todo! No entendía que me pasaba —dijo de nuevo tratando en vano de que sus lágrimas no se escaparan—. Yo estaba luchando conmigo misma, cuando de pronto un día él me dio la sorpresa, me pidió matrimonio.

—¡Wow! —musitó Anna que también contenía sus lágrimas.

—Perdí el control de mi boca, «hay alguien más», fue lo que le dije. La imagen de ese hombre invadía mi mente, tuve que dejar a James, si no, de seguro le hubiera sido infiel, si no hubiera sido con él, posiblemente con otro, ese mes, en un año o en ¡una década!, porque dejé de creer en la fidelidad.

—¿Crees que James hubiera podido engañarte con el paso del tiempo? —preguntó Anna con dolor contenido.

—No —respondió enseguida—. Él no es de ese tipo. Ya sé que dicen que los hombres no son una especie diseñada para estar con una sola mujer, pero él es bueno.

—Y ¿qué pasó con el hombre del restaurante?

—Terminé por llamarlo un par de meses después y salí con él.

Anna no pudo evitar asombrarse, por suerte Julia no la estaba mirando en ese momento.

—Era doloroso. Anna, me sentía tan culpable que a veces, estando a su lado, tenía dolores de estómago, pero estaba decidida a que tenía que olvidarme de James, saliendo con él o con otra persona. Tal vez nunca me fuera a casar, pero tenía que estar con alguien para intentar sacarlo de mi corazón.

—Y ¿funcionó la relación con ese hombre?

—Para nada. A los quince días descubrí que era casado.

—¡No! —dijo Anna boquiabierta—, pobre de su esposa, ¡pero qué tarado!

—Apenas supe que tenía esposa terminé con él, aunque en realidad no habíamos empezado nada. Aquella noticia fue suficiente para al fin sacarlo de mi mente. Por suerte no llegué a acostarme con él, de todos modos, no creo haber podido hacerlo, esa relación estaba destinada al fracaso y hubiera terminado tan rápido como empezó. No éramos compatibles, solo fue un pequeño y estúpido episodio.

—Y ¿le contaste a James todo esto? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—No, no lo hice. Aquel descubrimiento de su matrimonio solo afirmó mis ideas —dijo con aparente dolor—, no existe la fidelidad.

—Pero, ¿sigues amando a James?

Julia asintió con la cabeza.

—Y ¿por qué no lo buscas y le explicas todo? —preguntó Anna.

—¡Dios, no!, ya han pasado cinco años, ¿qué puedo decirle? Él debe estar casado y con hijos, debe tener una vida.

—¿Quién sabe ¿Tú has salido con alguien más?

—Intenté salir con unos hombres japoneses, pero ninguno se compara con James.

Anna sonrió disimuladamente.

—Si lo conocieras sabrías, como yo, que es único. Es muy buena persona —continuó Julia—, cuida de todo el mundo sin esperar nada a cambio, en especial a Alexander.

—¿Quién es Alexander? —preguntó Anna, no pudo evitarlo.

—Ah, es su mejor amigo —aclaró.

—¿Y qué?, ¿tienen mucho en común?

—¡Já! Yo diría que son como el agua y el aceite, pero son buenos amigos ¡Oh vaya!, cuanto lo siento, Anna —dijo mirando su reloj—, he hablado demasiado.

—¿Te parece?, no lo he notado —respondió indiferente.

—Gracias, eres buena escuchando, te juro que no le había contado a nadie lo que ocurrió conmigo, ni siquiera a las amigas que dejé en Nueva York, solo les dije que Elisabeth me había transferido a Tokio, lo cual ella hizo solo porque se lo pedí. Ahora —dijo alargando la palabra—, háblame de ti ¿qué hay tu vida amorosa?

—¿Mi vida amorosa? ¡Já!, creo que le queda muy grande esa expresión.

—Vamos, cuéntame —insistió.

—Bueno, no tengo novio, pero hay un hombre que gusta de mí, solo puedo decirte que es muy guapo y se llama Anthony, pero apenas nos conocemos, no tengo mucho que contar ¿Por qué no nos vamos a comer algo? Tengo mucha hambre.

—Seguro, pero... ni siquiera probaste el agua —señaló Julia extrañada.

Anna, avergonzada, tomó el vaso y de un trago se tomó todo el contenido.

—Listo, ya está ¡vámonos! —dijo exaltada.

Julia no dio crédito a lo que vio, pagó la cuenta y la siguió a la salida.

Capítulo 54: James no puede esperar más.

James recibió un mensaje de Anna diciendo que ya había hablado con Julia, y que cuando estuviera sola en el hotel lo llamaría pues estaba cenando con ella en un restaurante. El tiempo de espera fue una agonía para a él y revisaba constantemente el teléfono como si acaso Anna pudiera tardar menos de cinco minutos.

Al fin el teléfono sonó, y no demoró nada en atender.

—¿Qué tan malo es? —preguntó desesperado.

James escuchó cómo Anna le contó todo con exceso de detalles, los cuales agradeció. Mientras escuchaba la narración sentía una presión en su pecho, no se atrevía a interrumpirla, no quería que se le escapara nada.

—Y ¿qué piensas hacer? —escuchó que le preguntó Anna.

—¿Qué crees tú?

—Es tu decisión —respondió extrañada.

—Lo sé, pero eres mi amiga y quiero saber tu opinión, tú estabas allí escuchándola.

—Bueno, yo creo que debes buscarla —aseguró Anna sin titubear.

—¿Después de lo que me hizo?, ¡¿estás loca?! —gritó James muy alterado.

Hubo un corto silencio.

—Anna, Anna ¿estás allí? —preguntó al no escuchar respuesta— ¡Era broma!, claro que voy por ella.

—Oh por Dios, de verdad te creí —murmuró en un suspiro.

—No soy tan malo, Anna, puedo perdonar. Ahora, ¿dónde crees que puedo verla?, podrías quedar con ella para ir a algún lugar y yo me apareceré allá —sugirió sin pensarlo mucho.

—No creo que sea buena idea que hables con ella en un lugar público, se veía bastante afectada, ¿por qué mejor no vas a su apartamento?, necesitan privacidad para poder hablar bien.

—Tienes toda la razón —dijo James— ¿Crees que te resulte muy difícil averiguar dónde vive?

—Eso no es problema, he ido hasta allá, sé muy bien dónde es.

—Anna eres espectacular, te debo como cien favores —exclamó muy contento mientras que sostenía el teléfono con su hombro y se inclinaba para sacar un bolígrafo y una libreta de su equipaje de mano.

James anotó la dirección y se la repitió dos veces a Anna para asegurarse de que estuviera correcta.

—Enserio, Anna, agradezco mucho lo que has hecho, espero algún día devolvarte el favor.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella, y su voz pareció nerviosa.

—Ya sabes, a resolver el problema con Alexander.

En ese momento, Alexander dio un fuerte golpe en el brazo a su amigo y este hizo un gesto mudo de dolor. James vio como él movía la boca desesperado como gritando, pero sin emitir ningún sonido.

—¿Qué? —susurró James arrugando el rostro mirándolo, no había entendido nada, pero le hizo una seña exagerada para que no lo fastidiara.

—...puedas hacer algo —decía Anna al otro lado de la línea, pero James no la escuchaba bien debido a su pequeña discusión muda con Alexander—, ...de todos modos, gracias.

James miró a Alexander con furia contenida, se acomodó el teléfono junto a la oreja y continuó hablando.

—Bueno, supongo que te verás con Anthony al regresar —dijo James que, a pesar de que no había escuchado lo que había dicho Anna, tenía una idea.

—Sí... claro, es una posibilidad —respondió ella con apatía.

—Anna, dime la verdad, ¿tú crees que te estás enamorando de él?

—Creo que no, es muy extraño todo.

—Pero, si no hubieras conocido a Alex, ¿preferirías estar con Anthony?

—Claro que no, pero... —suspiró—, ¿por qué me haces estas preguntas?

—Eso solo que creo que... es muy... posible, por lo que me contaste, que... Anthony sí se esté enamorando... de ti —dijo James haciendo grandes esfuerzos por ignorar los gestos desesperados de Alexander que le pedía algo que él no comprendía. —Me parece que es mejor que le digas una respuesta

antes de regresar.

—¿De verdad crees que sea buena idea?

—Claro que sí.

—Pero, ¿cómo se lo digo?, ¿por teléfono?, ¿no es de mal gusto?

—¿De mal gusto?! ¡Anna!, ¡esto no es una combinación de ropa!, ¡estás hablando del corazón de un hombre! —exclamó James tratando de ser lo más dramático posible—, No esperes a volver, ¡Hazlo ya! —exigió.

—Pero...

—Es una orden.

Ella suspiró y James se dio cuenta.

—Oye, Anna, no puedo decidir por ti, pero en serio creo que debes hacerlo. Confía en lo que te digo, cada día ese hombre espera a que regreses, de seguro cuenta los días para verte de nuevo, hazle un favor y evita romperle el corazón. Piénsalo ¿sí?, gracias de nuevo por todo —dijo James y colgó el teléfono sin esperar a escuchar la respuesta de Anna— ¿Puedes quedarte quieto?, ¡¿Qué diablos te pasa?! —pregunto dirigiéndose a Alexander.

—No quería que le dijeras que yo estaba aquí —dijo al fin en voz alta.

—No iba a hacerlo, no quiero arruinarlo todo.

—Quería escuchar, podrías haberla puesto en altavoz —se quejó Alexander.

—Se hubiera dado cuenta.

—¿Va a hablar con Anthony? —preguntó preocupado.

—Eso espero, creo que sí lo hará.

—Supongo que lo sabré pronto —dijo pensativo—. Oye y ¿qué pasó con Julia?, escuché que vas a buscarla.

—Así es, todavía me ama —reveló James y no pudo ocultar una sonrisa.

Enseguida James comenzó a narrarle a su amigo, este escuchaba con mucha atención. Estuvieron hablando sobre el tema un rato muy largo.

Horas más tarde el avión aterrizó y los dos amigos fueron a buscar sus respectivas maletas. Alexander no dejaba de platicar, pero James estaba en completo silencio, solo habló cuando iban a subir a un taxi para que los

llevara a un hotel.

—Alex no creo poder acompañarte.

—¿Ocurre algo? —preguntó curioso.

—Voy a buscar a Julia.

—Amigo, son las cuatro de la madrugada —explicó Alexander con desconcierto.

—Lo sé, pero no creo aguantar más, menos ahora que se cómo se estuvo sintiendo todos estos años —respondió conteniendo sus emociones.

Alexander le dio un abrazo y le deseó buena suerte, él le devolvió los buenos deseos y se marcharon en taxis diferentes.

Julia estaba acostada en el sofá individual que tenía en su pequeño apartamento. Se alumbraba solo con una lámpara de luz amarilla. Trataba de concentrarse en la lectura de un libro que se había leído repetidas veces, tanto así que se sabía varias partes de memoria, pero, a pesar de eso, no lograba avanzar, se distraía pensando. De vez en cuando notaba que ya había avanzado más de una página y debía regresar, pues no había estado prestando atención.

No había pasado una buena noche, la conversación con Anna la había tenido de cabeza, y no fue hasta las dos de la madrugada que logró dormir un poco, a pesar de eso se despertó antes de lo debido. No había sido fácil para ella revivir su historia amorosa, no es lo mismo recordar en la mente que decirle todo a una persona en voz alta, con detalles y observando su reacción. Todos los días recordaba a James, pero en ese momento, debido a aquella conversación con Anna, sentía unas ganas inmensas de retroceder el tiempo y aceptar esa propuesta de matrimonio.

Nadie sabe lo difícil que puede ser salir adelante después de una ruptura hasta que lo vive en carne propia, no es de exagerar sentir que se quiere dejar de vivir. Julia pensó incontables veces en buscar a James, incluso una vez, en medio de una depresión profunda, comenzó a hacer las maletas para viajar a Nueva York y buscarlo, pero una voz en su cabeza la convenció de que lo que hacía no tenía sentido porque él ya debía de estar casado y con hijos, James hablaba a menudo de que quería ser papá. «No es posible que un hombre como

él siga soltero —decía la voz—. Has perdido tu oportunidad para siempre, además, aún si no estuviera solo, no podría perdonarte por lo que le hiciste».

Julia se perdía en pensamientos entre las páginas de aquel libro, y decidió más bien prepararse para ir a trabajar sin importarle llegar muy temprano. En eso sonó el timbre de la puerta.

—Esto es raro —se dijo. Eran las cinco de la madrugada.

No tardó en abrir, la puerta no se encontraba lejos del sofá. Nunca hubiera podido imaginar a quien vería, era como si por fin, después de todos estos años, llamarlo con el pensamiento hubiera funcionado.

—¡James! —susurró— ¿qué... haces... aquí? —preguntó con dificultad, jamás en su vida había tenido tantos problemas para hablar como en ese momento.

—Estas despierta —dijo aliviado.

—¿Có...?, ¿cómo sabes dónde vivo? No me digas... —se interrumpió—, ¿Anna? —murmuró para sí misma al tiempo que desvió la mirada.

—No te molestes con ella —pidió James que la había escuchado.

—¿Cuándo llegaste? —preguntó observando que llevaba una maleta de viaje con él.

—Hace una hora, me vine directo del aeropuerto.

—James, ¿qué haces aquí?

Julia comenzó a hacerse ilusiones antes de que él respondiera, imaginó que había volado medio mundo para buscarla y pedirle que volviera porque la amaba demasiado y no podía vivir sin ella ¡Vamos!, sería muy romántico, pero no, el mundo no funcionaba así. Él solo había viajado para reclamarle que era una persona terrible por haberle hecho lo que hizo, y puede que algún otro insulto despreciable como «zorra» por haberlo engañado con otro en la imaginación.

—¿Puedo pasar? —preguntó James con seriedad.

—¿Qué haces aquí? —insistió ella.

—¿Puedo pasar?

—¡¿Qué haces aquí?! —preguntó de nuevo con lágrimas a punto de salir. Tenía tanto miedo de la respuesta que hacer esa pregunta le desgarraba el

alma.

—Anna me contó todo, bueno, eso ya debes suponerlo.

Ella no dijo nada, fue inevitable empezar a llorar, se tapó el rostro con ambas manos avergonzada preparándose para escuchar las palabras más hirientes de toda su vida.

—Julia, te fuiste de mi vida, pero no de mi corazón.

—¿Qué?! —susurró abriendo sus manos solo un poco, lo suficiente para mirarlo.

—Lo siento tanto —dijo James.

—Tú no hiciste nada —dijo Julia en voz baja.

—Tienes razón, no hice nada.

Julia ahogó un lamento y volvió a cubrirse el rostro.

—Y precisamente de eso es de lo que más me arrepiento.

Julia lo miró de nuevo.

—Te dejé ir, no hice nada para impedirlo y me he arrepentido de eso todos estos años. Lo siento mucho —admitió y se notaba que trataba de no llorar.

—Pero, después de lo que te dije, ¿cómo ibas a buscarme? —preguntó ella que se secaba las lágrimas.

—Estoy aquí ahora, ¿crees que es demasiado tarde?

—James.

—Me amas, ¿cierto?

—Sí —susurró.

—Julia, puedo entender tus dudas... y porque me dejaste, pero de verdad desearía... desearía que me lo hubieras dicho, te hubiera comprendido, y... habríamos encontrado una solución, no me preguntes cual, no la sé, pero habiéramos seguido adelante —decía James como podía, se le cortaba la voz.

—James... yo lo siento tanto —dijo arrepentida—, si pudiera regresar el tiempo...

—Pero no puedes —interrumpió.

—No, no puedo.

—Yo tampoco, pero ahora estoy aquí frente a ti ¿Quieres que me quede, o quieres que me vaya? —preguntó James con una enorme seriedad.

Julia se quedó en silencio, estaba inmóvil, no podía creer que James le estuviera haciendo todas esas cosas.

—Escúchame —pidió James—, podemos pasar horas, días tal vez, haciendo una competencia para saber cuál sufrió más, pidiéndonos perdón, explicando lo que vivimos, pero no quiero seguir lamentándome, quiero estar contigo.

Hubo un silencio ensordecedor, en donde ambos se miraban a los ojos sin parpadear.

—Eso quiere decir... que... a pesar de todo lo que hice tu... ¿puedes perdonarme? —preguntó Julia que no podía ya contener más un doloroso llanto.

—Julia, yo... —dijo entre lágrimas— claro que sí —susurró.

—Entonces eate —respondió Julia haciendo un enorme esfuerzo en hablar.

—¿Qué?! —preguntó James angustiado.

—Quéda-te —aclaró lo mejor que pudo.

—¡Dios, que susto! —exclamó poniendo su mano sobre su pecho y respirando aliviado.

—No puedo creer que estés aquí —dijo Julia riendo.

—Técnicamente, aún no lo estoy, no me has dejado entrar— reclamó en un tono gracioso mientras se secaba las lágrimas.

—Eres increíble, ¿sabes eso?

—Sí —respondió mientras daba dos pasos al frente quedando muy cerca de Julia—. Ahora yo tengo una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Cuánto tiempo más crees que debo esperar para que me beses?, yo vine a buscarte, soy demasiado, pero demasiado romántico, me lo merezco.

—Como dos segundos —respondió ella, había anhelado estar de nuevo

así con él—. Lo miró a los ojos y, poniéndose de puntillas, los cerró para darle un tierno beso en los labios.

—Estoy decepcionado —dijo James con frialdad.

—¿Por qué?! —preguntó sobresaltada.

—Pasaron como cinco —respondió con una sonrisa—. Ya no me hagas esperar más, no quiero volver a separarme de ti.

James abrazó a Julia, ella lo abrazó también y fue como si el tiempo no hubiera pasado.

James se quedó con Julia toda la mañana y la tarde, ella faltó al trabajo y hablaron hasta que les alcanzó el tiempo, rieron, se asombraron y lloraron más de una vez. Al hablar sobre las dudas de Julia, llegaron al acuerdo de que se dirían todo, sin importar que tan malo fuera, solo de ese modo podrían resolver las dificultades y continuar juntos.

Así de fácil ambos volvieron a estar juntos, ¿fue necesario que pasaran tanto tiempo separados?, no había forma de saberlo, pero es posible que si hubieran discutido hace cinco años, no hubiera resultado igual, ambos necesitaban saber lo que era vivir sin el otro, pero no un par de meses, si no intentar vivir de verdad, y cuando se intenta por tanto tiempo superar un amor y no se logra, entonces es amor verdadero y nada, ni siquiera el tiempo, puede acabarlo.

Capítulo 55: no se puede borrar el pasado.

Mientras James y Julia se ponían al día, Alexander se registraba en un hotel cercano al aeropuerto y, una vez acomodado el papeleo, se dirigía, con la ayuda de un botones, a la lujosa habitación.

Cansado por el viaje, y con el corazón acelerado por los nervios de haber llegado a la ciudad en donde estaba Anna, Alexander se acostó en la cama a pensar un poco después de ducharse. Había construido en su mente aproximadamente unos seis discursos diferentes para que su ex novia lo perdonara, le había costado trabajo crearlos, pero ninguno de ellos lo convencía por completo. Con tanta presión no tardó en aparecer un fuerte dolor de cabeza, pidió al servicio de habitación que le llevara un poco de hielo.

Una vez que los fríos cubos llegaron los colocó todos en una toalla y, envolviéndolos en ella, se acostó de nuevo con el improvisado calmante en la frente hasta que se quedó dormido.

Una hora y media después despertó sobresaltado, empapado en agua y confuso, había dormido muy profundo, en el avión apenas logró cerrar los ojos. Aun así, siendo el corazón más fuerte que el cansancio, se levantó precipitado y, vistiéndose lo más rápido que pudo, salió del hotel sin siquiera desayunar.

Buscó un taxi. Justo antes de subirse en él vio la hora en su reloj. Alexander no poseía, como James, un vocabulario tan amplio del japonés, pero conocía lo básico y no tuvo muchos problemas para indicarle al taxista que necesitaba que lo llevara al Four Seasons, con un poco de suerte Anna aún estaría allí, si no, tendría que decirle que lo transportara al edificio de la revista.

Todo el camino estuvo repasando en su mente lo que le diría al verla. En su bolsillo llevaba, por si acaso, un pañuelo, la visualizaba llorando en medio de la complicada disculpa.

Llegó al hotel y fue justo como lo imaginó, la reconoció enseguida. En ese momento Anna estaba saliendo de allí, no podía creer su suerte.

Alexander no tuvo el valor de bajarse, sabía que ella estaba muy enojada con él. Era la sensación más rara que había experimentado, no recordaba absolutamente nada de su relación con ella. Pensar que ella tenía recuerdos de

él, y de que de seguro lo reconocería al instante, lo encontraba difícil de creer a pesar de que sabía que era cierto.

Alexander se quedó dentro del auto, observándola a través del cristal de la ventana, iba vestida como James le había contado, camisa ancha, falda muy larga y su cabello lo tenía suelto, llevaba con ella un bolso pequeño que usaba de medio lado.

Un par de minutos después, Alexander vio que se subía a un auto negro que acababa de estacionarse casi frente a ella.

El vehículo arrancó y Alexander sintió una punzada en el pecho, enseguida le pidió al taxista que lo siguiera.

Quince minutos después el automóvil negro se detenía y Anna salía de él. Ella parecía no saber dónde se encontraba, pues miró a todos lados antes de entrar a una cafetería después de examinarla.

Alexander no tenía las palabras exactas, pero debía de enfrentarla en algún momento, entre más pronto mejor, ya estaba comenzando a sentir dolor de estómago de los nervios.

Pagó al taxista y se bajó del auto decidido, aunque caminó con paso lento a la entrada.

Pudo observar como su ex novia estaba esperando que le entregaran la orden, que al parecer había pedido para llevar, pues no había tomado asiento.

La mente de Alexander daba vueltas y vueltas. Infló su pecho de aire para acercarse a ella, cuando vio que ya la pelirroja se dirigía a la salida con su pedido en la mano. Enseguida se acobardó y, con una sorprendente velocidad, se escondió detrás de un par de ancianas que chismorreaban y que lo vieron de manera extraña. Alexander se sentía idiota al intentar hablar con ella en ese lugar, había mucha gente, no podía hacer una escena, eso lo arruinaría todo.

Estuvo caminando tras ella varios minutos, hasta que llegaron al Parque Ueno. Notó que Anna comía lo que estaba en el interior de la bolsa mientras andaba y que observaba con asombro la naturaleza del parque. Los árboles tenían las hojas amarillas y naranjas debido al otoño, era un hermoso paisaje.

Varios metros más adelante Alexander vio como Anna tiraba la bolsa, aparentemente vacía, en un cesto de basura y se sentaba en uno de los bancos frente al estanque en donde había pequeños botes con forma de patos en donde se paseaban algunas personas.

Alexander observaba a Anna y detallaba su cabello. Estaba parado justo detrás de ella.

Tomó aire con fuerza y se sentó el banco junto a ella, notó que tenía los ojos cerrados, pero debió de haber notado su presencia, casi enseguida los abrió.

—¡Oh por Dios! —exclamó muy sobresaltada y llevándose la mano al pecho— Casi me matas del susto —suspiró.

—Lo siento —dijo Alexander, no se le ocurrió otra cosa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó mirándolo a los ojos. Supongo que... viniste con James, y... él no me dijo nada. Lo voy a matar —murmuró con enojo.

—Vine a pedirte una disculpa.

—No creo que lo que me hiciste se solucione así.

—Quiero que vuelvas a mi lado —pidió Alexander en un tono desesperado, había olvidado los discursos, estaba demasiado nervioso.

—¿Es una broma?, No puedo volver contigo —respondió Anna con un tono de burla y desviando la mirada.

—¿No puedes intentarlo?

—No —respondió enseguida.

—Pero...

—No, vete de aquí, no quiero verte.

—Anna...

—¡Que te vayas!, ¡¿De acuerdo?!, No quiero verte.

Alexander suspiró, trató de imaginar cuales serían las palabras correctas para disculparse, pero en ese momento, que estaba frente a ella, lo encontraba mucho más difícil y estaba mucho más angustiado que todas las horas que estuvo tratando de encontrar la forma en que ella lo perdonara.

—Alexander, vete, te lo suplico.

—¿Por qué? —preguntó él con el corazón en la garganta.

—¡Porque hasta mirarte me duele! —emitió con un chillido agudo, se notaba que hacía un esfuerzo por controlar sus emociones.

Alexander se perdió en su mirada un instante, pensó que Anna tenía los ojos más hermosos que había visto, sabía que eran color miel, pero para él era la primera vez que estaban así de cerca y empezó a detallar cada detalle de su rostro. Pudo observar que tenía una pequeña cicatriz en su mejilla derecha, pero eso solo la hacía única y más hermosa.

—¿Qué?! —preguntó Anna que todavía lo miraba desafiante.

—Eres tan bella —murmuró.

—¿Y?, ya me lo has dicho varias veces, eso no cambia las cosas. Lo que hiciste no tiene perdón —dijo Anna con una actitud indiferente—. No se puede borrar el pasado —agregó, pero no tenía la más mínima idea de que para Alexander el pasado entre ellos no existía.

—Tienes razón —le respondió.

Alexander desvió su mirada al estanque, en su corazón había una tormenta de emociones y el agua frente a él estaba calmada como si nada ocurriera a su alrededor.

Estaban sentados uno a cada extremo del banco, cualquiera que pasara por allí podría perfectamente posarse en medio de los dos. Ninguno se movía, estaban tiesos, solo sus ojos reflejaban lo que pasaba por sus corazones. Era una conversación con largos segundos entre intercambio de palabras, lo cual era extraño, porque ambos tenían mucho que decir.

—¿De verdad crees que la tengo? —preguntó Anna después de un rato.

—Sí, de verdad —respondió Alexander con seriedad—. Anna me voy a ir a Nueva York, pero yo no voy a estar bien sin ti. Yo no te estoy pidiendo que seas mi novia en este instante, no podría pedirte eso y que pretendas que nada pasó, yo no creo que esto se pueda arreglar con un discurso, ni siquiera con uno bien largo y convincente. No te voy a mentir, esto puede llevar bastante tiempo, pero te juro, oye, —dijo e hizo una pausa— mírame —agregó y solo continuó cuando ella volteó la mirada—. Todo tiene una explicación, debes creerme Anna, dame una oportunidad para probártelo.

—Ya me habías jurado antes que no romperías mi corazón y lo hiciste.

Alexander no lo recordaba.

—¿Se supone que debo creer que esta vez cumplirás tu promesa? —preguntó Anna con mucho enfado.

—Anna, te amo. Siento que te amo, algo me dice que sin ti no puedo vivir. Desde que te dejé he tenido un vacío en mí, es como un hueco aquí en el pecho —dijo poniendo su mano en su corazón—, no he podido llenarlo, y ahora que te veo siento que ese vacío no está. Te necesito en mi vida.

—Yo no creo necesitarte en la mía —aseguró con frialdad.

—No digas eso, sabes que no es cierto.

—¿Qué hay de las mujeres con las que te acuestas? —preguntó riñéndolo.

—Anna, eso no se ha vuelto a repetir. Desde que te conocí no he querido estar con otra mujer que no seas tú.

—Ajá, sí, claro ¿Y la rubia que estaba bailando esa noche contigo en el club?

Alexander se quedó mudo, no esperaba eso. Sabía a qué noche se estaba refiriendo ella, James se lo había contado con detalle.

—No puedo negarte que he bailado con varias mujeres después de que te dejé, pero...

Anna lo miraba como con odio contenido y Alexander se sintió acorralado.

—¿Pero? —preguntó ella.

—Fue solo un baile, no pasó nada.

La reacción de Anna no daba ni el menor signo de esperanza.

—Escúchame, sé que te estoy pidiendo mucho, pero te iré explicando todo con el tiempo.

—¿Por qué me escribiste esa nota?

Alexander volvió a guardar silencio, le daba la impresión de que, cada vez que lo hacía, Anna se iba molestando más y más, pero era necesario, le costaba un poco seguir la conversación cuando no eran sus recuerdos, no sabía cómo se había sentido en esos momentos, todo lo que sabía era porque James se lo había contado. No tenía idea de aquella nota, se había esforzado en grande, pero no venía a su mente la más mínima imagen. Desde que James le había narrado el contenido de esta había estado por momentos pensando en si acaso existía la posibilidad de que él hubiera de verdad querido decir esas palabras, pero James aseguraba dos cosas. La primera era que no era posible

que él, con lo enamorado que estaba de Anna, hubiera terminado con ella escribiéndole algo así, mucho menos dejándola sola en aquella isla. La segunda era que su amigo juraba que aquella no era su letra, lo cual lo encontraba bastante raro, pero a falta de memoria debía de confiar sus palabras y en que Molly había asegurado que eran almas gemelas.

—¿Entonces? —preguntó Anna que rabiaba de la impaciencia.

—Yo no escribí esa nota —dijo al fin.

—¿Y debo creerte?

—Sí.

—Si no la escribiste tú, ¿cómo sabes de que nota hablo? —preguntó irritada.

—James me lo dijo.

—Claro —murmuró.

Hubo un silencio

—Te voy a decir algo —dijo Anna casi un minuto después.

—Te escucho.

Alexander sintió que se llenaba de esperanza, pero Anna no hablaba y esta vez fue muy desesperante. En eso vio como ella tomaba aire antes de parecer por fin decidirse a hablar.

—No puedo volver contigo después de lo que me hiciste. Alexander me dejaste casi desnuda en la habitación, te saliste así no más ¿quién hace eso?

Alexander trataba de disimular su reacción, eso no lo sabía.

—¿Por qué me dejaste allá? ¡Me dejaste sin nada de dinero!, sabías que yo no tenía nada, sabías que no me estaban pagando. Tuve que llamar a mis padres ¡¿Tienes idea de lo vergonzoso que fue pedirles dinero sabiendo ellos que su hija tenía un novio millonario?! —Anna elevaba cada vez más la voz, pronto se encontraba gritando— Cuando al fin logro regresar a mi apartamento, fui, dejando mi orgullo muy por debajo del suelo, a buscarte para pedirte una explicación, ¡solo eso quería! Termino observándote bailando con una mujer en un club, y de paso me entero ¡que tú eres socio de ese club! Alexander, yo no tengo problema con que tú seas socio de ese lugar, no es ilegal, pero no me lo habías contado, ¡no me lo habías contado! —repitió—, y

me tuve que enterar de todo por ¿boca de James?, quien yo no tenía idea de que existía y quien por cierto ¡es demasiado buena persona para ser amigo de alguien como tú! A pesar de todo esto yo seguí como una idiota e insistí en hablar contigo y me ignoras, haces como si yo no existiera, no solo por esa noche, ¡si no por cuatro meses!, cuatro meses sin saber absolutamente nada de ti. Ahora te apareces aquí, crees que, por volar medio mundo hasta acá como hizo James, te perdonaré así no más, y para completar me dices que no puedes explicarme en este momento porque hiciste lo que hiciste ¡¿crees que soy una tonta?! —exclamó exhausta y con la respiración acelerada, sus mejillas se habían puesto coloradas— Yo no puedo perdonarte, tendrías que regresar el tiempo, pero no puedes, no puedes cambiar el pasado.

Anna pareció no poder soportarlo más. Se puso de pie y se alejó de allí con velocidad.

Alexander se quedó completamente pasmado al escuchar todo, había cosas que no sabía, escucharlo de su amigo no era lo mismo que escucharlo de Anna quien se notaba realmente dolida, pero había un problema tan grande como el dolor que sentía en su pecho, él no era el culpable de eso.

Alexander se llevó las manos a la cabeza y se la sujetó con fuerza, apoyó los codos en sus rodillas y gritó con toda la fuerza que le permitieron sus pulmones.

—¡Maldita sea!, ¡¿por qué?! ¡¿Qué he hecho yo, por qué me persigues?! —preguntó dirigiéndose al aire— ¡¿Te has ido?!, ¡¿de verdad te has ido?!, ¡contéstame si estás aquí, imbécil! —gritaba desesperado mientras parecía buscar al ser oscuro hasta debajo de la multitud de hojas secas en la tierra.

La aparente locura de Alexander hizo que más de uno de los que pasaba por allí se le quedara viendo, no solo porque hablaba solo y se movía como un demente, sino porque no entendían ni una palabra de lo que decía.

Vio el asiento vacío a su lado, y sintió el temor más grande de su vida al imaginar que así quedaría su vida sin ella, vacía.

—No puedo dejarla ir —murmuró.

«No puedes cambiar el pasado» Dijo una voz en su interior.

—Sí, es cierto, pero el futuro sí lo puedo cambiar —aseguró en voz alta.

Miró a todos lados, pero al parecer había pasado mucho tiempo, no pudo encontrar a Anna a simple vista.

—¡Anna!, ¡Anna! —gritaba desesperado mientras corría— ¿Se fue por aquí, o por el otro lado?, maldición no la veo, ¡Anna!

Sabía que podía ir a hotel y esperarla allá, pero no podía dejarla ir así, imaginaba que así solo sembraría más odio hacia él.

No quería rendirse, corría mientras que intentaba examinar a las personas con velocidad.

—¡Anna! —gritaba cada a cada instante y en todas direcciones.

Pareció entonces que el destino quisiera darle una mano. De pronto dos hombres, que iban caminando juntos, cambiaron de rumbo y logró distinguir una cabellera roja a una larga distancia, pero se alejaba con rapidez y sintió que su corazón dio un brinco.

—Allí estas —murmuró, y corrió.

Sintió un fuerte impulso y corrió con gran velocidad, como si su vida dependiera de ello. Tropezó con más de una persona, pero no pensaba detenerse para disculparse, solo se enfocaba en no perder a Anna de vista.

Estaba a pocos metros de ella cuando de pronto vio como desaceleró el paso, hasta el punto de detenerse por completo. Terminó de alcanzarla, pero no la llamó, se quedó afincando sus manos en las rodillas mientras que trataba de recuperar el aliento.

Vio que Anna no se movía, estaba cabizbaja y observó cómo se llevaba una mano al rostro, como si estuviera secándose unas lágrimas.

Pasó un tiempo demasiado largo para Alexander, tenía mucha curiosidad, quería saber qué hacía ella allí de pie, sin alejarse más.

Entonces decidió que no podía esperar más y se acercó hasta ella. En ese momento se dio la vuelta, justo antes de que su mano tocara su hombro para hacer notar su presencia.

Ella pareció sorprenderse al verlo allí, abrió mucho sus ojos debido a la emoción y luego de soltar un suspiro pareció que iba a romper a llorar. Alexander notó que tenía la nariz roja, pero no había lágrimas en sus mejillas.

—¿De verdad te ibas a ir? —preguntó Alexander.

Ella no le contestó.

—Anna, yo quiero, necesito estar contigo —explicó Alexander todavía

un poco agitado por correr—. Pero yo no quiero obligarte. Estoy consciente de lo mucho que te he lastimado, si me rechazas yo pudiera entenderlo, así que si quieres irte está bien, puedes hacerlo, no te voy a retener, pero solo si no me amas. En cambio, si me quieres, aunque sea un poco, solo un poco, te pido, te suplico —pidió acercándose más y tomando su mano—, que me des una oportunidad para explicártelo todo.

Alexander estaba ahora más seguro que nunca de que ella era su alma gemela, al tomar su mano sintió una especie de conexión casi sobrenatural, era nuevo para él esa manera de sentirse y consideraba muy extraño que de seguro ya hubiera sentido eso antes y no lo recordara.

Anna, que continuaba en silencio y no se había soltado, había comenzado a derramar lágrimas. Había llegado el momento. Alexander sacó el pañuelo que tenía reservado para la ocasión y con delicadeza secó aquellas lágrimas de dolor y confusión que corrían por sus mejillas.

La situación era desesperante, ella lo miraba fijamente, pero no sonreía, la expresión dolida en su rostro lo decía todo. Aun así, Alexander decidió no perder las esperanzas, su corazón le decía que todavía lo amaba.

—Una —respondió ella al fin.

Capítulo 56: la despedida de James.

A la media noche, en una fila de sillas dentro del Aeropuerto Internacional de Narita, Tokio, estaban James, junto a su maleta, y Alexander, que desde hace un rato había llegado para acompañarlo. Ambos habían estado charlando para ponerse al día con lo que les había ocurrido desde que se separaron en la madrugada. James había contado su historia muy emocionado, y después de eso se había dedicado a escuchar con atención a su amigo que, al contrario que él, narraba con los ánimos muy bajos como Anna le había dado una oportunidad.

—Después que me dijo que sí, le pedí que me dejara pasar el día con ella antes de contarle —decía Alexander—. Me acobardé, no sabía cómo empezar, además, no podía decirle todo allí en medio del parque ¡No era el lugar apropiado! —opinó tratando de justificarse.

—¡Por supuesto! —respondió James que había estado interrumpiendo la narración con constantes exclamaciones.

—Hubieras estado allí, no pudo haber sido más embarazoso.

—¡Que mal!

—Yo quería preguntarle muchas cosas para conocerla —se lamentaba Alexander—, quería saber de ella más de lo que tú me has contado, pero no podía hacerlo porque se supone que ya lo sé.

—¡Qué difícil!

—Lo fue —dijo cabizbajo.

—Solo hay una solución. Debes decirle la verdad cuanto antes, hasta que no se le digas no dejará esa actitud indiferente que dices que tiene.

—Lo sé.

—Todo esto que te ha sucedido parece una locura Alex, pero debes cuanto antes justificar tus acciones —dijo sermoneándolo—, no te va a perdonar si no le dices, lo que me preocupa es que le pediste solo una oportunidad, ¡debiste de haberle pedido varias!

—Tienes razón —aseguró Alexander preocupado—, tengo que decirle mañana.

—Bueno, bueno, ya no puedes cambiarlo.

—¿Tú crees que ella me crea?, ¿fue fácil para ti?

—Todavía me suena de locos —dijo James—, pero te creo, de todos modos, si ella no lo hace, llévala a una consulta con Molly como último recurso —dijo bromeando.

—¿Sabes qué? No es mala idea —dijo pensativo.

—¡Claro que no lo es! —exclamó carcajeando—, pero enserio —agregó aclarándose la garganta—, hazlo mañana, no sé cómo pudo pasar el día contigo, debes estar agradecido por la paciencia que tuvo.

—Es por ese parque, es asombroso, tiene museos, templos y ¡hasta un zoológico!, había mucho por ver.

—Ja, ja, ja, lo sé —dijo James.

—En fin, casi no hablamos, solo unas pocas cosas sobre cómo le ha ido desde que llegó.

—¿Te dijo algo de Anthony?

—No quise decirle que ya conocía de su existencia, no quería presionarla.

—¿Hablaron de mí?

—¡Oh sí! —respondió Alexander y después suspiró.

—¿Cómo que oh sí?!, ¿de qué hablaron?

—Cuando nos llegó tu mensaje, contando que te había ido bien con Julia, ella mencionó algo así como que sentía que la habías traicionado.

—¿Traicionado, yo?! —reclamó— ¡Con más razón ahora debes apresurarte a contarle!, no quiero que esté molesta conmigo, además —agregó todo altanero y bromeando—, yo soy el héroe en esta historia, gracias a mí pudiste encontrarla.

—No te preocupes, le diré todo. Yo le insistí para que viniera a despedirte, espero cambie de opinión.

—Está bien, ya se le pasará, espero —dijo James impaciente—. Termina de contar, ¿de qué más hablaron?

—No hay mucho más que decir, como te dije, apenas intercambiamos palabras, caminamos bastante, me duelen las piernas, estoy agotado.

—Te hace falta ejercicio —dijo como si lo estuviera reprimiendo.

—Yo no soy el que se queja de que le aprieta el pantalón —respondió Alexander defendiéndose.

—¡Yo no hablo de ejercicio para rebajar!, hablo de poner el cuerpo en movimiento —aclaró.

—Sí, claro.

—En fin, ¿cuándo te despediste de Anna? —preguntó James para volver al tema.

—Fuimos a cenar a un restaurante. Al terminar de comer me dijo que estaba cansada y que se iba al hotel. La acompañé y después de allí estuve caminando sin rumbo un rato, como si no me dolieran lo suficiente los pies, y me vine para acá.

—¿Pero sí le dijiste para que se vieran mañana?

—Sí.

—Y ¿qué te respondió?

—Que me iba a avisar —respondió Alexander con indiferencia.

—Eso es malo —dijo pensativo.

—¿¿Por qué?!

—Yo digo que te aparezcas mañana en su hotel con un enorme ramo de flores, como los que solías regalarle, y le digas todo.

—Está bien, lo haré —dijo Alexander después de un par de segundos, sonaba muy decidido.

Ambos amigos se recostaron de sus asientos y se dedicaron a observar a los transeúntes.

—¿Qué ha pasado con Julia?, ¿dónde está? —preguntó Alexander unos minutos después.

—No debe tardar, pero supongo que quiere torturarme. Estoy seguro de que llegará fingiendo mucha tristeza.

—Pero, ¿tú no estás asustado por lo que le haya dicho Elisabeth? —preguntó con curiosidad.

—No, confío en que la transferirá de nuevo.

—Eso espero amigo, pero ¿y si le dice que no? ¿Le pedirías que renuncie o te mudarías tú para acá?

—No lo he pensado, no quiero adelantarme a nada, siempre hay que tener un plan B, pero no creo que este sea el caso.

—Admiro tu confianza —dijo Alexander bostezando.

—¡No bosteces! —reclamó bostezando también— ¡Me lo pegas!, no puedo quedarme dormido de nuevo, ella ya está por llegar.

—Ja, ja, ja, no puedo creer que te hayas dormido mientras le hablabas a Julia.

—¡Estaba muy cansado! —se justificó—, además, fueron solo tres horas, y ella lo entendió a la perfección.

—Yo también lo estoy —dijo Alexander haciendo un gesto de queja—, cuando tu avión salga me iré directo a dormir, creo que no necesitaré tomarme nada esta vez.

—Yo dormiré como un bebé en el vuelo de regreso, por cierto, gracias por comprarme el boleto, la verdad es que no necesito viajar en primera clase como tú, pero no te iba a decir que no —confesó con una sonrisa.

—No hay de que amigo, pero no puedo creer que tengas que devolverte tan pronto.

—Tengo que hacerlo, el club se va a caer a pedazos sin mí —expresó James muy preocupado—. Oscar se enfermó de gravedad, está en el hospital, y dos empleados tuvieron un problema muy serio con un cliente, ¡justo cuando me voy del país ocurren estas cosas!

—¿Esa es Anna? —interrumpió Alexander.

James volteó, y en efecto, Anna venía caminando hacia ellos con cara de pocos amigos, llevaba una chaqueta blanca cerrada hasta el cuello y el cabello suelto como acostumbraba.

Ambos se quedaron en silencio observándola mientras que se acercaba.

—Vaya, con que has decidió venir —dijo James mirándola con seriedad cuando llegó.

—Sí —respondió ella con seriedad.

—Alex, ¿me dejas a solas un rato con Anna?

—Seguro —respondió poniéndose de pie con dificultad—. Iré a buscar algo para comer —agregó mientras se estiraba y bostezaba de nuevo.

Alexander se marchó y Anna seguía de pie inmóvil.

—¿Te vas a quedar allí como un palo?, ¡siéntate! —exigió James aguantando las ganas de reír, le causaba gracia que ella estuviera molesta— ¿Por qué viniste? —le preguntó una vez que estuvo sentada al lado de él.

—Para despedirte, Alexander me dijo que te vas de regreso a Nueva York —respondió con indiferencia, trataba de no mirarlo a los ojos.

—Ya falta casi nada para irme, yo creo que decidiste a último minuto venir para reclamarme por qué no te dije que venía acompañado.

—¡James!, ¿por qué me hiciste eso? Me...

—¿Traicionaste? Es la palabra que buscas —sugirió abriendo bien los ojos.

—¿Qué Alexander y tú lo único que hacen es hablar de mí?! —reclamó más enojada y mirándolo fijamente.

—Más o menos —vaciló—, pero quiero aclararte algo, yo no te he traicionado, te estoy ayudando. Además, ¿me vas a decir que no estás feliz de verlo?

—James...

—Mírame a los ojos...

—Te estoy mirando —interrumpió desafiándolo.

—Sí, pero sigue mirándome y dime que no sentiste una enorme felicidad, ligado con un profundo odio por supuesto —agregó volteando los ojos—, al escuchar cómo te pedía perdón. Dime que no te alegraste al escucharlo y entonces, ¡entonces! te pediré disculpas.

James notó como Anna desvió la mirada y asomaba una ligera sonrisa en sus labios.

—Ya decía yo —dijo James poniéndose contento y acomodándose en su asiento—. Oye, él tiene una razón por la cual hizo lo que hizo, no te molestes conmigo, apenas me enteré ayer, o antier, estoy algo perdido con todo este cambio de horario —aclaró—, pero créeme, les irá bien, él te ama.

—Está bien —dijo ella a regañadientes.

—No pareces muy convencida, pero es mejor que nada. Ahora, quiero pedirte que, cuando él te cuente, seas tan amable y comprensiva como siempre eres. Ha sufrido mucho sin ti, no creo estarte pidiendo un favor, sé que mueres por estar a su lado. Yo sé que tú también has sufrido sin él, y que resistes en perdonarlo, pero ¿sabes? A veces hay que soltar los sentimientos, el corazón no se equivoca. No me considero un experto, pero ¡mírame! —añadió bromeando— cinco años y se resolvió en cinco minutos.

—Y me alegro mucho por ti —dijo Anna sonriéndole.

—Te lo debo, sin ti no hubiera podido hacerlo.

—No me des mucho crédito —agregó apenada.

—Es la verdad —insistió.

—Solo una pequeña parte, ahora, cuéntame los detalles —pidió Anna con emoción.

—Lo haré, pero necesito saber antes que pasó con Anthony —preguntó con una ligera desesperación.

Anna suspiró y desvió la mirada para luego recostarse de su asiento.

—Lo llamé, hablé con él y le expliqué que no podía comenzar una relación.

—Anna, aquí entre nos —dijo James acercándose un poco a ella y bajando la voz—, no te escuché muy segura cuando hablé contigo por teléfono.

—¿A qué te refieres? —preguntó confundida.

—Me refiero a Anthony, ¿tienes sentimientos por él?

—Es confuso, como te dije.

—¿Te gusta?

—No creo, es decir, no puedo negar que es atractivo, demasiado diría yo —explicó con un suspiro—, es amable, inteligente... La verdad es que, juzgándolo por lo poco que sé de él, creo que sería un buen partido para cualquier mujer.

—¿Y allí te incluyes a ti?

—Creo que te mentí cuando te dije que si no hubiera conocido a Alexander no hubiera querido estar con él, pero dadas las circunstancias... no sé James, esto que siento con Alex es una cosa que no puedo explicarte, es

algo raro aquí en el pecho. No. Incluso si las cosas entre nosotros no se arreglan ahora creo —suspiró con dolor—, creo que no podré estar nunca con nadie más, dirás que es absurdo, pero es como si no puedo estar con él, no quiero estar con nadie.

—¿Cómo si fueran almas gemelas? —se aventuró a preguntar James mirándola con detenimiento.

—Pues... —Anna pareció extrañarse mucho—. Sí, ahora que lo pienso, sí. Como si estuviéramos hechos el uno para el otro. Ridículo, ¿verdad?

—No quiero responderte eso yo, a ver, ¿qué ocurrió con Anthony?, ¿aceptó tu decisión así no más?

—No, bueno, es decir, insistió un poco, pero yo le dije que no sería posible. Le expliqué que el motivo era porque continuaba enamorada de otra persona y no podría en ese momento estar con él ni con nadie más.

—¿Terminó todo bien?

—Me dijo que podríamos ser amigos y yo le dije que cuando regresara podríamos vernos.

James se llevó la mano a la frente y movió la cabeza de lado a lado.

—¿Qué?! —reclamó Anna— Yo no sabía que Alex vendría, además, no sé siquiera si se va a solucionar, yo quisiera perdonarlo, pero francamente creo que sería una idiota si lo hago.

—Anna, escúchame, sí se van a solucionar las cosas entre ustedes, confía en mí.

—Ahora entiendo porque insististe tanto en que hablara con Anthony —reconoció Anna.

—Bueno, era necesario, ya vez...

—¿Interrumpo algo? —dijo una voz familiar a las espaldas de Anna.

James observó cómo su amiga palideció antes de darse la vuelta.

—¡Natsuki!, digo, Julia, Oh por Dios, no sé cómo llamarte —dijo sobresaltada y poniéndose de pie.

—Anna, no puedo creerlo. Me engañaste, me hiciste una buena cantidad de preguntas, y yo como una tonta te lo dije todo sin saber que estabas averiguando mi vida con un propósito ¡Abusaste de mi confianza!

—Julia, yo...

—No puedo creerlo —dijo Julia moviendo la cabeza de lado a lado.

—Lo siento —suplicó Anna.

—¿Lo sientes?, ¡¿estás loca?!, ¡no podría estar más feliz! —gritó Julia dándole un abrazo muy fuerte.

—¡Oh por Dios! —dijo Anna en voz baja y chillona.

James solo reía al ver su expresión, imaginaba que su novia haría algo así.

—¡No puedo esperar a que estemos todos en Nueva York y salgamos los cuatro!, ¡será muy divertido! —dijo Julia todavía abrazándola.

—¿Entonces, vendrás? —exclamó James saltando del asiento.

—Quería hacer todo un drama para hacerte creer que no iría, pero no contaba con que Anna estuviera aquí. En fin, al menos pude asustar a alguien —dijo con una carcajada—. Todo está arreglado, puedo volver en una semana.

—¡Wow! —gritó James abrazándola con fuerza— Eso me hace demasiado feliz. Hay que comprarle un obsequio a esa mujer.

—Está bien —dijo Julia riendo tratando de no llorar de la felicidad—. Eso sí, me dio una advertencia.

—¿Cuál? —preguntó preocupado.

—Qué no podemos volver a terminar porque no me transferirá más.

—Por eso no te preocupes mi amor —dijo James sonriendo y abrazándola de nuevo.

James sentía que no podía contener la felicidad, si no estuviera tan agotado estaría saltando de la emoción.

—Hola Julia —dijo Alexander mientras masticaba un sándwich acercándose al grupo.

—¡Alex! —respondió ella mirándolo de arriba abajo con una sonrisa— No has cambiado nada.

—Tú tampoco —dijo tratando de tragar para hablar mejor—. Bueno, tienes otro corte de cabello.

Todos rieron, menos Anna que se mantenía en silencio.

—Amigos, detesto irme ahora, pero ya faltan veinte minutos, debo abordar —dijo James.

—No digas más —dijo Alexander dándole un fuerte abrazo—. Buen viaje avísame cuando llegues. Vamos, dejémoslos solos para que se despidan —pidió en voz baja a Anna quien apenas le había dirigido la mirada.

—¡Rayos Alex! —reclamó James—, me manchaste la chaqueta —agregó tratando de limpiarse con una servilleta que su amigo le dio apenado.

James también recibió un abrazo de Anna y vio como después ella abrazaba a su novia, para despedirse mientras le daba las gracias por no haberse molestado.

Alexander y Anna se marcharon, dejando solos a la reconciliada pareja.

—No parecen muy enamorados —señaló Julia.

—Es porque aún no han solucionado su problema.

—¡Por qué no me dijiste nada! —reclamó dándole un suave golpe en el brazo.

—¡Auch!, ¡me acabo de enterar! —se defendió.

—Pobre Anna, que vergüenza me hiciste pasar.

—No te preocupes, ellos volverán y podremos como dijiste ¡salir los cuatro! —dijo imitándola.

—Te quiero —murmuró Julia.

Ambos estuvieron charlando abrazados unos minutos, James no quería soltarla, pero afirmó que debía marcharse.

—No creo poder soportarlo —dijo Julia al escucharlo decir eso—. Desearía haber llegado antes.

—Mi amor, es solo una semana, no podemos quejarnos —explicó abrazándola con más fuerza—, es perfecto, piensa que en siete días estarás de nuevo en el apartamento conmigo, y todo será como antes, un momento, no... —se interrumpió— ¿sabes qué? Será mejor.

—Tienes razón —dijo ella secándose las lágrimas—, solo siete días.

—Solo siete días —repitió.

Hasta el último minuto estuvieron abrazados y James tuvo que correr a la

sala de espera para entregar su boleto y al fin abordar. Fue una despedida dolorosa, pero con muchas ilusiones de que pronto estarían de nuevo juntos, esta vez, para siempre.

Capítulo 57: la verdad.

La tensión entre Alexander y Anna aumentó al estar solos de nuevo. Caminaron a la salida del aeropuerto guardando una distancia poco agradable entre ellos, parecían dos desconocidos.

—Imagino que te vas a tu hotel —dijo Anna una vez que estuvieron afuera.

—Sí. Es muy tarde ya, necesito dormir.

—Claro —dijo entre triste y enojada.

Alexander llamó a un taxi y le pidió a Anna que subiera después de preguntar si no le molestaba tener que compartirlo. Ella apenas movió la cabeza negativamente, y él no supo que quería decir hasta que, cuando abrió la puerta del carro, ella se subió.

Los diez minutos que duró el recorrido hasta el hotel, donde se hospedaba Alexander, transcurrieron en silencio. Sentados, en ambos extremos de la parte trasera del vehículo, observaban por la ventana la ciudad a oscuras en un silencio tan incómodo que, si prestaban suficiente atención, podían escuchar la respiración del otro.

Cuando el taxi paró, Alexander pagó lo suficiente para que llevara a Anna hasta su destino. Luego de eso habló para despedirse de ella.

—Fue un día, no sé cómo describirlo —dijo con voz cansada—, pero espero te decidas pronto si quieres que nos veamos mañana, verás que será mejor.

Anna no contestó y él, resignado, se dispuso a cerrar la puerta con lentitud cuando ella interrumpió a medio camino.

—¡Si quieres subo contigo! —gritó al tiempo que arrugaba el rostro como arrepentida.

—¿De verdad? —preguntó Alexander muy extrañado y abriendo de nuevo la puerta.

—Solo si me dices la verdad —exigió.

—¿Ahora mismo?

—Puede ser en la habitación.

—Bueno... lo intentaré —dijo Alexander.

—Bien —respondió ella con un suspiro.

—De acuerdo.

—Solo si no hay problema, no quiero incomodarte.

—No me incomodas, si quieres subir... es tu decisión —aseguró Alexander bostezando.

—¿Por qué? Tú no quieres que te acompañe.

—Si tú quieres —respondió con indiferencia.

—Claro que quiero, pero, ¿tú quieres? —insistió.

—Anna, creo que esta conversación se está haciendo un poco tonta, voy a subir, si quieres vienes —dijo bostezando de nuevo y dándole la espalda.

Anna se bajó del auto y lo siguió enseguida.

Alexander apenas podía mantener los ojos abiertos mientras iban en el ascensor.

Al momento de entrar a la majestuosa habitación se dejó caer en la cama, o se cayó sobre esta, la cabeza quedó lejos de las almohadas y un brazo sobresalía del colchón.

—Sabes.... —murmuró con dificultad—, estoy feliz de que hayas... decidido acompañarme. Solo dame... —bostezó— cinco minutos para que hablemos y...

Anna estaba de pie a pocos metros, pero no escuchó muy bien lo que dijo. Quería estar molesta con él, pero no podía ser tan incomprensiva, era más de la una de la madrugada, ella también estaba muy cansada, había sido un día muy largo y lleno de emociones de todo tipo.

Cerró la puerta tras ella, y se paró junto a la cama. Verlo dormir hizo que se relajara y empezó a frotarse los ojos mientras bostezaba, quería acostarse a dormir, pero ¿al lado de él? «No va a pasar nada, no se puede ni mover —se dijo para justificarse—, me levantaré antes de que se despierte, solo dormiré un par de horas».

Anna, que estaba más que segura que Alexander no se despertaría en cinco minutos como había dicho, acomodó su chaqueta y su bolso en una pequeña mesa que había cerca y se acercó a la cama. A pesar de que esta era

lo suficientemente grande, se acostó lo más en la orilla que pudo tratando de no estar tan cerca, pero se tuvo que parar de nuevo porque no se había quitado las botas que cargaba y no quería ensuciar las sábanas blancas, como haría Alexander si cambiaba de postura durante la noche. Se durmió antes de lo pensado y no colocó la alarma en su teléfono como había planeado.

Al amanecer, Alexander abrió los ojos debido a los rayos del sol que entraban por la ventana gracias a que la cortina se encontraba descorrida. Le dolía el brazo por tenerlo guindado tanto tiempo, intentó cambiar de posición, al menos girar la cabeza para que la luz dejara de estorbarlo, pero, como consecuencia de no haberse movido en horas, el cuerpo no le respondió. Por segundos dudó sobre qué hacía allí, no recordaba haberse acostado, pero sí recordaba que estaba con Anna subiendo a la habitación del hotel, ¿dónde estaba ella? Sin moverse la buscó con la mirada, pero no la encontró. «Maldición. Me quedé dormido y se fue» se dijo.

Pocos minutos después, movido por unas desesperantes ganas de usar el baño, hizo un esfuerzo y logró sentarse en la cama, se pasó las manos por el rostro y no tardó en sentir una capa de sucio acumulado muy desagradable.

—Necesito un baño —se dijo.

Se puso de pie. Enseguida se asustó, pero fue un susto agradable al ver a su ex novia acostada que dormía profundamente. Se había quedado, eso era bueno, y no solo eso, se había acostado a su lado a pesar de que había un enorme y muy cómodo sofá a escasos pasos.

Entró al baño. Se tardó más de lo normal, se distrajo bajo la regadera mientras recordaba lo vivido el día anterior, necesitaba decirle a Anna toda la verdad esa misma mañana.

Salió con un paño en la cintura, se dirigió a la cama a buscar la maleta para sacar su ropa. Trató de no hacer mucho ruido, pero, en un momento de torpeza, dejó caer su perfume que había envuelto en una camisa y Anna se despertó sobresaltada.

—¡Alex! —murmuró sorprendida— Es de día. Lo siento, me quedé dormida.

—Buenos días —dijo él con una sonrisa.

—¿Puedo usar tu baño? —preguntó con nerviosismo, al parecer tenía problemas para mantener su vista enfocada en sus ojos y no en su cuerpo.

Sin que Alexander tuviera tiempo de contestar, ella se puso de pie con prisa, tomó su bolso y se apresuró a entrar al baño caminando con dificultad, parecía cojear de una pierna.

Anna entró, cerró la puerta con seguro, hizo un gesto como de dolor y, apretando los ojos, dobló la pierna varias veces con lentitud, la tenía dormida.

Cuando pudo calmar el malestar se vio en el espejo y se alarmó al ver su estado. «Pero que mal estoy» reconoció. Además de verse todavía semidormida, y tener el rostro marcado por las sábanas, tenía su cabello levantado de un lado de la cabeza, producto de no haberlo acomodado antes de recostarse sobre la almohada.

—Genial, no traje mi peine, ¡no puede ser!, siempre lo cargo —mascullaba desesperada mientras hurgaba en su bolso.

Tuvo que usar manos y dedos para arreglarse el cabello y hacer un improvisado moño alto con la coleta de emergencia que siempre llevaba con ella. Lavó su rostro y cuello agradecida de usar siempre rímel transparente, de haber sido negro, sus ojos se verían horribles a falta de desmaquillador. Hubiera sido buena idea traer su cepillo de dientes en el bolso, pero jamás se le hubiera ocurrido que amanecería en otro lugar. Colocó bastante pasta dental en su dedo índice y trató de lavarse lo mejor que pudo, como el resultado no era el mismo que el habitual, repitió la operación. Una vez que hubo terminado de arreglarse, se dio unos minutos más de tiempo en donde no hizo nada, solo tratar de calmar los nervios, y así darle oportunidad a Alexander para que terminara de vestirse, no quería arriesgarse a salir y que no lo estuviese, sería difícil hablar con él así.

Por fin se atrevió a salir, él la esperaba sentado en la cama, afortunadamente ya tenía puesto como siempre su saco y corbata, ni en Japón abandonaba su estilo formal.

—Imagino que tienes hambre, ¿te parece si bajamos a desayunar? —escuchó que le preguntó.

Ella asintió con la cabeza y ambos bajaron en un silencio que cada vez se

hacía más desesperante.

Tuvieron un espectacular desayuno. A pesar de eso Anna tuvo problemas para tragar la comida, tenía mucha hambre, pero sentía que había un nudo en su garganta.

—¿Cómo cuánto tiempo más o menos debo seguir esperando? —preguntó apenas hubo terminado el último bocado.

—Es difícil —respondió él con un suspiro.

—¿Cuánto tiempo? —insistió.

—¿Cuánto más estas dispuesta a esperar? —preguntó, se notaba preocupado.

—Cinco minutos —respondió enseguida.

—¿Te parecen diez?

—¿Por qué diez?

—Mientras subimos a la habitación —vaciló Alexander—, no pienso decírtelo aquí.

Anna se puso de pie con rapidez y sin mirar atrás se dirigió a la habitación. Cuando llegó, se dio cuenta de que Alexander no estaba con ella y por un momento pensó que había huido. Fue un alivio cuando lo vio venir a lo lejos. Se dedicó a esperarlo con los brazos cruzados mientras descansaba la espalda en la pared, justo al lado de la puerta.

Alexander llegó hasta la entrada de la habitación y apenas abrió, vio como Anna entró casi que arrollándolo y se sentó en un extremo del gran sofá. Entonces colocó el aviso de «no molestar» y, después de cerrar la puerta con cuidado, se sentó al otro extremo del mueble girando su cuerpo y cruzando ambas piernas. Ella lo imitó y quedaron frente a frente.

—Tienes que jurarme que no vas a salir corriendo —pidió Alexander con seriedad.

—Pero...

—Júralo.

—¿Qué tan...?

—¡Júralo! —insistió Alexander casi que gritando.

—Está bien, está bien, lo juro.

—Bien —suspiró—. Anna, he repasado esta conversación en mi mente tantas veces que no puedo contarlas y siempre me escucho como un idiota.

—Alex —dijo mirándolo a los ojos—, solo dilo —suplicó—. Ya no aguanto más.

Alexander afincó su codo en la rodilla y se tapó los ojos con su mano. Se quedó en silencio, respiraba agitado y nervioso.

—No me acuerdo de ti —murmuró al fin, y sintió que su corazón aceleró al soltar estas palabras.

—¿Cómo? —preguntó Anna más que extrañada.

—No sé quién eres —aclaró aún sin mirarla—, es decir —agregó después de unos segundos tratando de verla sin sentirse como un tonto—, ahora lo sé porque James me contó y porque bueno ¡estás aquí frente a mí! —dijo señalándola—, pero no sabía que existías.

—Sí esa es tu excusa yo...

—Anna, algo me pasó en Hawái —la interrumpió Alexander con firmeza—, perdí la memoria.

Anna rio.

—¿Estás jugando conmigo?

—No —respondió Alexander muy serio.

—¿Tuviste algún accidente? porque no parece, esa noche en el club te veías normal —dijo con rencor.

—No lo llamaría un accidente, vas a creer que estoy loco, fue... fue... Vamos a ponerlo así, ¿tú crees que hay cosas que no podemos ver?, ¿cosas, digamos, paranormales?

—Por supuesto —respondió sin dudar.

—¿De verdad?! —preguntó esperanzado.

—Claro.

—Como ¿demonios?, por poner un ejemplo.

—Sí, estoy segura —respondió afirmando con la cabeza.

—Vaya, no sabes cuánto me tranquiliza esto —dijo alzando los brazos—. Bueno, uno de esos demonios te borró de mi mente.

—¿Ah? —Anna parecía tener serios problemas para decidirse entre reír o asustarse.

—¿Avancé muy rápido? —preguntó arrepentido.

—Demasiado —respondió horrorizada.

—Déjame contarte mejor —dijo antes de tomar aire—. Todo comenzó una noche en que iba saliendo de mi apartamento...

Alexander narró con detalle como estuvo sintiendo, durante un mes, que era vigilado por algo que él no podía ver, y de cómo después del incidente en la isla desapareció. Contó como su vida cambió después de eso, sus peleas con James y las fotos que le enseñó de ambos y de cómo creía que su amigo estaba jugando con él. Habló de su falta de apetito, el despido en el trabajo, la reunión con Molly y cómo le costó admitir que lo que le sucedía era algo que él no podía controlar. Durante todo lo que duró hablando, Anna no lo interrumpió ni un segundo. La expresión en el rostro de ella era tan confusa, que él no sabía si parar y repetir lo que acababa de decir. Incluso se quedaba callado de vez en cuando, parecía a veces que Anna iba a llorar, pero, como no decía nada, seguía contando. Pensaba que era muy comprensiva, la mejor de todas las personas, pero él ignoraba que ella había estado experimentando sueños muy extraños y escuchado una voz antes de partir en el viaje que acabó con su relación.

—Creo que ya te he dicho todo —dijo Alexander después de más de media hora—. Ahora, la pregunta es... ¿me crees?

—Te creo —dijo ella reteniendo las lágrimas.

—¿De verdad? —pregunto Alexander completamente pasmado.

—Sí —susurró.

—¡Wow!, no tienes idea. Espera un momento, necesito agua, tengo la garganta seca.

—¿Me traes a mí también? —preguntó ella con voz temblorosa.

Alexander se puso de pie sintiendo un alivio tan grande, que era como si su cuerpo no pesara nada.

—Ten —le dijo entregándole el vaso con agua después de un instante.

—Gracias —dijo ella tomándolo entre sus manos, pero sin probarlo, solo lo veía y parecía que quería usar el agua para aclarar sus pensamientos.

Alexander la miraba con detalle, sus mejillas estaban rojas, se veía muy mal, tan mal que no sabía si arrepentirse de haberle dicho todo de una vez, sin darle tiempo para que procesara la información ¿De verdad le había creído?, a pesar de que se veía mal, se le notaba muy tranquila, Alexander se la había imaginado varias veces gritando aterrada al escucharlo todo.

—¿Estás bien? —preguntó Alexander seis minutos después—, estoy empezando a preocuparme. No te estoy diciendo mentirosa, pero me cuesta mucho entender cómo puedes creerme todo.

Pasaron otros minutos más, Alexander no los contó, pero sintió como si fueran diez. Ya se había tomado toda el agua, pero sostenía todavía el vaso entre sus manos y no quitaba la vista de la mujer que tenía enfrente, que parecía sacar cuentas, que se veía cada vez más perturbada y que no había probado el agua.

—Yo... —dijo Anna al fin con voz temblorosa—, tengo que decirte algo.

Alexander comenzó a sentir un pequeño ataque de pánico, la manera en que Anna le dijo esas cortas palabras sonaban como algo oculto y muy pero muy malvado, como si ella hubiera tenido algo que ver y se asustó muchísimo al pensar en la loca posibilidad de que ella hubiera ido con un brujo para hacerle algún tipo de vudú o algo así, ahora, como creyente de que todo puede pasar, estaba más que aterrado.

—Yo tuve sueños con un Ángel.

—¿Un Ángel? ¿Sueños? —preguntó confundido, no era lo que esperaba.

—Nunca te lo dije, pensé que no me creerías, siento que ya no lo recuerdo, no le di mucha importancia, eran solo sueños y no entendía ninguno de ellos —decía en voz baja—. Yo creo que él quería decirme algo, un tipo de mensaje, así que decidí esperar a que se diera solo. Ahora siento que todo es mi culpa.

—¿Cuál era el mensaje? —preguntó aterrado.

—Cuando me dejaste, llegué a pensar que él me estaba advirtiéndome que tuviera cuidado contigo porque romperías mi corazón, suena tonto, lo sé.

—Y ¿ahora?

—Ahora creo que trataba de avisarme lo que te iba a suceder, él me dijo que no fuera a Hawái, yo escuché una voz que me lo dijo, tuvo que haber sido él, soy una tonta por no haberle hecho caso ¡Es mi culpa todo esto que te ha pasado! —dijo sollozando cubriendo su rostro con ambas manos—, fue algo tan mínimo, que no le presté atención, estaba aterrada por el viaje, ¡pensé que era una voz en mi mente!

—Anna —dijo Alexander con dificultad, estaba demasiado confundido —, un momento, déjame analizarlo todo, yo no creo que hubiera forma de que adivinaras todo eso.

—Pude haberte dicho y ¡no hubiéramos ido! —lloraba arrepentida.

—No te hubiera creído —aseguró Alexander con firmeza—. Además... —agregó pensativo— aún si no hubiéramos ido el maldito ese hubiera encontrado la forma de hacerme lo que me hizo. Sí, estoy seguro, esa cosa no me dejaba en paz.

—Pero es que... —dijo Anna, pero no pudo seguir, lloraba exasperada.

—Ya pasó, Molly dijo que se ha ido —dijo acercándose a ella para quitarle el vaso lleno de agua que temblaba en sus manos y que peligraba derramarse sobre su falda.

—Pero no me recuerdas, ¡eso es tan triste! ¡No puede ser! —exclamó como pudo.

—Anna, vamos —dijo colocando los vasos en la mesa y volviendo a sentarse cerca de ella para intentar calmarla— ¿Sabes?, no es tan malo todo esto.

—¿A no?!

—No. Podemos crear nuevos recuerdos, terrible sería si no te hubiera encontrado.

—Ya no me amas, ¡no sabes quién soy!, todo lo que pasamos se ha borrado de tu mente, nuestro primer encuentro, el primer beso, nuestro primer viaje, todas esas conversaciones, no te acuerdas de mí... —decía cada vez más desesperada.

—Anna, mírame —dijo sosteniéndole el rostro con ambas manos, parecía que ella se iba a salir de control—, ¡mírame! —repitió—. Puede que mi mente

no te recuerde, pero mi corazón —dijo poniendo la mano sobre su pecho y hablando muy lento—, mi corazón se acuerda de ti ¡¿Qué no escuchaste lo miserable que he estado desde que te dejé?! —preguntó con lágrimas en sus ojos y sonriendo —Mira esto, ¡es de locos!, ¡estoy llorando!, ¿cómo se explica que esté llorando por una mujer que conozco desde hace veinticuatro horas? No Anna, no me he olvidado por completo de ti. Si esta cosa no pudo separarme de ti entonces nada lo hará. Somos almas gemelas, yo lo creo ¿tú no? Escúchame, no dudo que seas maravillosa, pero por algo siento esta atracción hacia a ti que no puedo expresar con palabras. No sé cómo no me di cuenta cuando te vi esa noche en el club, debo haber estado todavía trastornado —dijo arrepentido de no haberle prestado más atención.

—Todo este tiempo sin ti he estado sintiendo que me moría, intentaba ser fuerte —dijo secándose las lágrimas.

—Anna lo siento tanto.

—Yo lo siento, es horrible que hayas estado tanto tiempo asustado, sin comprender que te ocurría.

—Yo no sé porque me pasó esto, no entiendo porque esta cosa quería hacerme tan miserable, pero necesito que me perdones por haberte fallado. James me insistió y me insistió, pero yo me negaba a creer, no fue sino hasta que me mostró esas fotos, no creía que fuera posible para mí enamorarme, pero no contaba con que aparecerías en mi vida.

—¿Qué fotos? —preguntó Anna confundida.

—Unas fotos nuestras.

Anna pareció pensativa, Alexander recordó que ella no sabía que James había registrado su laptop.

—Alex, ¿por qué nunca me contaste de James, y del club?

—Creo que sabes bien que estilo de vida solía llevar antes de conocerte, supongo que estaba avergonzado.

—Y ¿qué hay de la nota que me dejaste?

—Yo no recuerdo haberla escrito, tampoco me creo capaz de haberlo hecho.

Anna pareció decepcionada.

—Me parece que habrá cosas, referente a esto que ocurrió, que no

entenderemos por completo, pero creo que no debemos darle muchas vueltas al asunto, lo más importante es que te he encontrado y te he explicado todo lo que sé.

—Ahora que me acuerdo... —murmuró Anna mientras que sacaba algo debajo de su blusa—. Encontré esto, ¿me lo obsequiaste tú?

—No creo haberlo hecho, no me gustan los collares —respondió impresionado al ver las pequeñas alas negras.

Anna se lo quitó enseguida y lo guardó en su bolso, parecía atemorizada.

—Aún hay mucho por contar, quiero que me digas todo lo que hiciste desde ese día, incluso que me cuentes sobre Anthony —dijo cabizbajo y acariciándole la mano con suavidad—, me tiene preocupado.

—De acuerdo —asintió ella.

—Entonces, ¿todo está bien entre nosotros? Yo quiero quedarme contigo aquí en Tokio el tiempo que te falta, ¿qué dices?

—Me gusta la idea, terminé el artículo, estoy libre dos semanas.

Alexander sonrió muy complacido, todo estaba resuelto, todavía tenían que hablar de muchas cosas, posiblemente recuperar la relación tardaría días, quién sabe si semanas, pero lo importante era que ya Anna sabía lo que había ocurrido, ambos sabían la verdad, una verdad dolorosa y que los aterraba a los dos, pero debían estar tranquilos, ya todo había pasado.

—Quisiera besarte, pero no sé si estés lista para eso, yo no tengo idea de cómo fue nuestro primer beso.

—Déjame y te ayudo a recordar —dijo Anna. Y lo besó.

Capítulo 58: una nueva vida.

Fue poco el tiempo que se necesitó para que Alexander y Anna recuperaran su relación. Estar en Tokio, en un hotel de lujo, libres de trabajo y preocupaciones ayudó bastante, pero para ellos que estaban tan enamorados, todo lo demás restaba importancia.

Pasaron los días y visitaron cantidades de lugares turísticos de la ciudad, comieron todo tipo de cosas exóticas, algunas podrían resultar poco apetecibles a la vista y al paladar para quien no está acostumbrado, incluso Alexander dudó en probar ciertos platillos y Anna se reía al ver que su estómago sí tenía un límite después de todo.

Caminaban siempre tomados de la mano como antes y hablaban todo el tiempo. El tema de lo recientemente ocurrido era tocado con frecuencia y en pocos días lograron aclarar muchas cosas. Había detalles que no se habían contado, como por ejemplo el hecho de que Alexander llegó a ver unas enormes alas negras la noche en Hawái, y la vez que Anna se quemó la muñeca en un sueño. Ambos se asustaban por todo lo ocurrido, pero no duraba mucho el sentimiento pues ambos estaban seguros que todo había acabado, y que él no sería perseguido más.

Para Alexander fue muy fácil sentir que estaba enamorado. Opinaba que Anna era una mujer fascinante y no quería dejar de estar con ella, cada día sentía que la amaba más, y ahora, como un romántico, pensaba que el amor era la fuerza más poderosa del mundo y que podía sobrepasarlo todo. Jamás hubiera podido imaginar que, en tan poco tiempo, su vida daría un giro tan drástico y maravilloso.

Pronto el deseo entre ambos se hizo difícil de controlar, y su trato se volvió cada vez más íntimo hasta que compartieron la cama. Para Alexander fue todo un descubrimiento estar entre las sábanas con una mujer que sí amaba.

Cuando llegó el fin de su estadía ambos prepararon las maletas con emoción, les había fascinado Tokio, pero deseaban volver y continuar su vida juntos en Nueva York.

Anna decía con frecuencia que no podía esperar a volver al trabajo, sería un mundo nuevo estar en la oficina sin tener el corazón roto, ahora podría disfrutar sus horas laborales, y además volver a trabajar con Julia sería genial, la consideraba como una excelente compañera y estaba segura de que Amanda

y las chicas la encontrarían muy simpática.

Alexander, por su parte, había estado en contacto con James y ambos habían hecho planes para vender el club y abrir un restaurante. Era perfecto, su amigo amaba cocinar y él amaba comer.

En el avión de regreso, Alexander pudo descansar al igual que lo había hecho estos últimos días, sus problemas de insomnio dejaron de ser un inconveniente, dormir junto a su enamorada era más efectivo que las pastillas.

Cuando el avión aterrizó ambos almorzaron juntos en el aeropuerto. Después se fueron en taxis separados, volverían a encontrarse en unas horas.

Anna se dirigía a su apartamento, iba a desempacar y a hacer una nueva maleta, esta vez más pequeña, para pasar el fin de semana con Alexander antes de volver a su rutina de trabajo el día lunes.

Llegó al edificio donde vivía y procedió a buscar las llaves, mientras el taxista cargaba con cuantas maletas podía.

Anna, quien no se dio cuenta de que la observaban desde una distancia no muy lejana, subió las cortas escaleras hasta la entrada.

Al abrir la puerta de su apartamento sintió que, aunque el lugar era el mismo, un nuevo comienzo iniciaba para ella, ¿qué le depararía el futuro?, estaba ansiosa por saberlo.

Pagó al agotado señor lo debido por el viaje y adjuntó una generosa propina, además de lo que había llevado, traía consigo dos maletas más, llenas de obsequios y recuerdos.

Una vez sola, lo primero que hizo fue darse una larga ducha para recargar energías, opinaba que divertido viajar y conocer nuevos lugares, pero lo encontraba agotador, sobre todo cuando se está tanto tiempo lejos de casa.

Salió envuelta en una toalla de baño y fue a la cocina a buscar agua, al ver el refrigerador vacío, agradeció haber almorzado.

Salió a asomarse por la ventana a observar el paisaje, que hace un mes no veía. Había cambiado, el invierno se acercaba, continuaba siendo una bonita vista, pero no podía esperar a ver la ciudad cubierta de nieve, en especial el Central Park, sería espectacular salir a caminar y disfrutar el

hermoso paisaje. «Navidad en Nueva York, debe ser asombroso» pensaba. De pronto vio a lo lejos una mujer que caminaba con una niña pequeña y recordó algo pendiente.

—¡Oh por Dios!, mi mamá —murmuró.

Corrió a vestirse y buscó el teléfono, supuso que su mamá estaba angustiada porque no le había avisado de su regreso.

Anna no se equivocaba, al sacarlo de la maleta, vio una cantidad considerable de llamadas perdidas. Marcó enseguida y, después de una larga disculpa, procedió a contarle su viaje. No había hablado con su mamá casi nada durante el mes pasado y la señora Samantha estaba deseosa por saberlo todo.

—¿Estuviste comiendo bien?, ¿no te hizo daño la comida extraña de allá? Mira que esa dieta es muy rara ¿Tardaste mucho tiempo para adaptarte al cambio de horario? ¿Pasaste frío? ¿El trabajo era muy pesado? ¿Conociste mucha gente? ¿Tomaste muchas fotos? —. Eran algunas de las numerosas preguntas que le formulaba.

—Me acostumbré muy rápido mamá, de hecho, más rápido de lo que pensaba, en realidad mi estómago fue el que tuvo las mayores consecuencias, el cambio de dieta, me tuvo ligeramente enferma los primeros días —contaba Anna.

—¡Hija!, ¡¿porque no me dijiste nada?! —

—No era nada grave mamá —aclaró.

Después de responder estas y otras preguntas, llegó la que más temía.

—¿Tú crees que el viaje te ayudó a superar a Alexander? —escuchó que le preguntó como con miedo.

—Este... —dudaba Anna.

—¿No me digas que regresaste peor?

—No, no. La verdad mamá, es que, Alexander fue a buscarme en Tokio para pedirme perdón por lo que había hecho —dijo con los ojos cerrados temiendo por una reprimenda cuando le dijera que había decidido perdonarlo.

—¿Qué? —escuchó que su madre susurró.

—Veras mamá...

Anna se armó de valor y empezó a narrar, con extremo cuidado, lo que había ocurrido con Alexander, obviando las cosas paranormales, le explicó cómo volvieron. Tardó muchísimo tiempo en decirlo todo, cada cuantos segundos su madre exclamaba un «¡no!» o «¡sí!», o a veces «¡ahhh!».

—¿Mamá estas bien? —preguntó cuándo hubo terminado, no escuchaba respuesta.

—Es... es —. Se escuchaba un sonido como sonándose la nariz con mucha fuerza.

—¿Te resfriaste de pronto? —preguntó Anna con repulsión al escuchar la sonora sinfonía.

—Es... demasiado...

—¿Demasiado qué?! —preguntó desesperada.

—¡Romántico! —exclamó la señora Samantha al otro lado de la línea.

—¡Eso me alegra mucho! —gritó Anna quien se había alejado el teléfono del oído al oír semejante grito.

—¡Estoy tan feliz por ti hija!

—¿Y papá? ¿Cómo se lo dirás? —preguntó con temor.

—No te preocupes por eso, él está aquí al lado escuchándolo todo.

—Pero, ¿está feliz?

—Tomará algo de tiempo convencerlo, pero no te preocupes por eso hija, yo me encargaré, ¡oh Dios!, ¡voy a explotar de emoción! —gritaba de júbilo.

Anna supuso que su madre opinaba que aquello era un final feliz igual a sus novelas, en donde, después de peleas, infidelidades, insultos y demás, la pareja siempre volvía a estar junta como si nada hubiera pasado.

La conversación no acabó allí, después de escuchar durante unos instantes más a su madre celebrando, Anna tuvo que acostarse en su cama, para seguir charlando.

Casi una hora después, Anna, aliviada, se despidió prometiendo que pronto irían a visitarlos, y les llevarían muchos regalos de Tokio.

Al colgar la llamada, vio la duración de esta y se sorprendió bastante, con razón le dolía tanto la oreja, tenía que apresurarse.

Buscó entre las pocas prendas que había dejado, y escogió lo que le pareció más adecuado para la ocasión. Tuvo que meter algo de ropa sucia que había traído en una enorme bolsa, tendría que llevársela y lavarla en el apartamento de Alexander.

Tenía ya bastante tiempo desempacando, cuando revisó su equipaje de mano para sacar algunas cosas que necesitaría, como artículos de higiene personal. Dejándose llevar por algún extraño sentimiento, abrió el bolsillo pequeño de enfrente, metió la mano y sacó el collar con las alas.

Fue hasta la ventana para verlo con detalle a la luz del sol, y notó algo que nunca había visto. Las alas parecían ser de plata, eso ya lo sabía, pero eran tan hermosas, que resultaba difícil de creer que pudieran fabricarse, mucho menos conseguirlas en una tienda. Una vez llegó a pensar que El Ángel de sus sueños se las había obsequiado, pero lo consideró como una idea más que loca, no tendría sentido, así que todo este tiempo se dijo que era un regalo de Alexander y que ella usaba al parecer para torturarse más. Ahora, que sabía que él no tenía nada que ver, había terminado por convencerse de que habían venido con la maleta cuando la compró en una venta de garaje, no había pensado en esa posibilidad, porque se aseguró que estaba vacía al momento de adquirirla, pero era lo más lógico. Ahora que las observaba con cuidado volvió a considerarlas como un obsequio de El Ángel y sintió miedo, había algo en ese collar que no era normal, comenzando porque las alas no pesaban casi nada a pesar de su tamaño. En eso le pareció que se movieron, fue un movimiento mínimo, como para estar completamente segura de que era producto de su imaginación, pero bastó para asustarla y las dejó caer por la ventana al instante. Como si en la vida real las imágenes pudieran transcurrir en cámara lenta, Anna observó, con un perturbador escalofrío, como el collar caía con lentitud. En ese momento escuchó sonar el intercomunicador y se estremeció más aún.

Muy trastornada por lo que acababa de presenciar, se dirigió hasta la cocina donde estaba el aparato y presionó el botón.

—¿Diga?

No hubo respuesta.

—¿Diga? —insistió.

Nada.

No le dio mucha importancia, y se apresuró a continuar con los arreglos.

Mientras sacaba las cosas de las maletas, trataba de pensar en cómo haría para decirle a su tía que había vuelto con el hombre que la había dejado abandonada en una isla. De seguro no reaccionaría igual que su madre, y ¿las chicas?, ¿cómo se los diría?, no podía imaginar sus reacciones, mucho menos la de Amanda, no podía andar por allí contándole a todo el mundo lo que en verdad había ocurrido. Trataba de enfocar sus pensamientos en estas cosas, pero a cada instante se perdía ella misma al recordar las alas cayendo «¡Deja de pensar en eso!» se decía a cada rato y trataba de desviar su preocupación a otra cosa.

Pocos minutos después, sonó de nuevo el intercomunicador, y corrió a contestar.

—¿Sí?

Igual sin respuesta.

—¿Diga? —insistió de nuevo.

Nada.

—¿Hay alguien allí?!

Anna no quiso abrir la puerta, así que se calzó los zapatos, tomó la llave y corrió abajo. No podía ser Alexander, la hubiera llamado al teléfono, además, todavía faltaban unos cuantos minutos.

Una vez que llegó a la planta baja, se asomó y no vio a nadie, abrió la puerta y el resultado fue el mismo. Dio un vistazo al intercomunicador, parecía normal, pero tal vez se había averiado mientras estaba fuera.

Anna, despreocupada, decidió subir de nuevo sin saber que alguien sí había presionado el botón.

Capítulo 59: reencuentro.

Cuando Alexander entró a su apartamento, después de llegar del aeropuerto, subió las escaleras a la habitación cargando las pesadas maletas. Como la estadia se extendió, tuvo que comprar otra, y de gran tamaño, para poder llevar la ropa extra que compró, además había adquirido unas chaquetas de primera calidad como regalo para James.

Colocó el equipaje sobre la cama para empezar a desempacar, y ahora que sabía que Anna había estado allí, durmiendo a su lado, sonrió al tratar de imaginar cómo había sido.

Al terminar de organizar todo, se dio una ducha, no sabía qué más hacer, sentía que la hora para buscar a su novia nunca llegaría o al menos que tardaría demasiado, no se había despegado de ella en más de una semana y todavía quería estar a su lado.

Para matar el tiempo colocó el canal de las noticias a ver qué había pasado de nuevo en el mundo, en Tokio hizo de todo menos ver televisión. También aprovechó de meter a lavar la ropa sucia del viaje.

Entretenido con un documental muy interesante sobre cómo serían los alimentos del futuro, casi se le pasó la hora.

Corrió a su habitación a vestirse, ya tenía la ropa preparada, un elegante traje blanco y camisa azul claro, esta vez sin corbata.

Con llave en mano, salió al ascensor, se veía muy contento al saber que más nunca tendría episodios de terror en ese lugar.

Llevaba rato conduciendo cuando paró en una floristería, donde compró un enorme ramo de claveles rojos y se dirigió a buscar a Anna, quien le había dicho que podía irse en un taxi, pero él había insistido en ir en persona, quería sorprenderla llevándola a cenar en un restaurante muy elegante.

Pronto llegó, y por suerte, logró conseguir un puesto no muy lejos de la entrada, a unos tres vehículos de distancia.

Con las flores en mano, se dirigió hasta las escaleras de en frente del edificio y justo saliendo, había un hombre de cabellera rubia, que parecía tener problemas para decidirse si cerrar la puerta con él afuera o adentro.

—¡Déjala abierta! —le pidió Alexander, y subió con prisa los seis escalones restantes— Gracias amigo —dijo al llegar.

—¿Qué haces aquí?

—Perdón —preguntó dándose la vuelta.

—¿Qué haces aquí? —repitió el hombre sin mirarlo.

—Vengo a visitar a mi novia —contestó extrañado acercándose un poco para tratar de verle el rostro al sujeto que tenía en frente y que continuaba cabizbajo—. Lo siento, ¿te conozco? Te parecerá extraño, pero tengo problemas de memoria. No bromeo, te lo juro, es cierto.

—¿Es por ti que me rechazó? —preguntó al fin levantando la mirada—
¡No puedo creerlo! —murmuró.

—¿De qué hablas?

—No puede ser. No, no puede ser —decía una y otra vez el sujeto, se mostraba muy afectado.

—¿Te encuentras bien?, ¿te conozco?

—Pero ella me dijo que... tu, tú te fuiste de su vida.

—Trataré de adivinar.

Alexander ya comenzaba a tener una idea de su identidad, era como Anna lo había descrito, rubio, alto y ojos azules. Observó que vestía una ropa de invierno desgastada, usaba una bufanda vieja, estaba demasiado abrigado, en su mano sostenía una flor casi marchita y juzgando por la expresión en su rostro, parecía ser alguien con algún tipo de conflicto interno.

—¿Tu eres Anthony? —preguntó y cerró la puerta a sus espaldas quedando ambos fuera del edificio.

—¿Sabes quién soy? —preguntó, parecía sorprendido.

—Lo siento, creo que Anna no te contó que volvimos, ella... un momento —se interrumpió Alexander—, ¿Cómo sabes que soy yo? ¿Ya nos habíamos conocido antes?

—Sí.

—¿De verdad?, ese detalle no me lo habían contado. Perdón, es que como te dije, tengo problemas de memoria, hay mucho que no recuerdo.

—¡Oh no!, a mí sí me recuerdas —aseguró Anthony adoptando un tono de voz extraño.

—No... no lo creo —dijo de verdad esforzándose en hacerlo.

—¿Que no intenté lo suficiente? —preguntó cabizbajo en voz baja y forzada, como si no quisiera de verdad decir esas palabras— No lo fue, si no, no estuvieras aquí —susurró para él mismo.

—Lo siento, no te oí bien.

—No quería que volvieras con ella —expresó con enojo contenido.

—Oye, de verdad lo lamento, Anna me dijo que...

—Detente —interrumpió.

—¿Qué dijiste? —preguntó Alexander desconcertado.

—¡Detente! —repitió afligido—. Te lo dije esa madrugada en las escaleras, te dije que no fueras a verla ¡¿Qué no recuerdas eso?! —agregó con una indescriptible desesperación.

Alexander sintió un desagradable escalofrío recorrer su cuerpo, se alejó de él con violencia y esto causó que chocara su espalda contra la puerta haciendo que se alterara todavía más, y dejó caer las flores sin querer.

—Pero que...

—Te lo dije aquella noche.

—Maldición ¡¿Eras tú?! ¡¿Qué... rayos... eres?! —balbuceó mirándolo de arriba abajo.

Alexander comenzó a dar pasos sin sentido, sentía que se ahogaba, desesperado, quiso aflojarse el nudo de la corbata, pero no traía ninguna, y por un momento fue como si todos los colores hubieran desaparecido y el aire hubiera dejado de circular.

—¿Dime como hiciste para recordarla?

—¿Qué eres? —musitó aterrado —¿No y que... habías... desaparecido? —se atrevió a preguntar con la poca voz que salió de su garganta.

—¿Dime como hiciste para recordarla? —repitió.

—¿Dónde están tus alas? —preguntó Alexander aterrado, temía que fuera a transformarse allí enfrente de él.

—Ya no las tengo.

—¿Por qué? —preguntó enseguida.

—¡No tengo porque contestar tus preguntas! —reclamó Anthony molesto —, solo dime como hiciste para recordar a Anna.

—Tampoco tengo porque contestarte.

—Necesito saber —pidió desesperado, su mirada imploraba una explicación.

—¿Por qué te interesa tanto?, ¿por qué quieres arruinar mi vida? — preguntó Alexander alterado— ¿Qué te hice yo?

Anthony no contestó.

—¿Tú estás demente cierto?, ¡¿Qué te hice yo?! —repitió.

—¡Me quitaste a Anna!

—¿Anna? —preguntó desconcertado— ¿Todo esto tiene que ver con ella?

—Ella no debió conocerte, ella... —reclamó apretando los puños y avanzando hacia él.

—¡Oye! Cálmate ¿sí? —pidió Alexander alejándose hacia las escaleras y mirando con cuidado sobre su hombro no fuera a caerse— No estoy entendiendo nada.

—He estado con Anna muchos años, he cuidado que nada malo le ocurra, que ningún hombre se le acerque, que ningún idiota como tú la haga sufrir — explicó con los ojos vidriosos.

—¿La conoces desde hace años, dices?

—Así es.

—¿Tu eres El Ángel que aparecía en sus sueños? —preguntó Alexander.

—¿Te contó de mí? —preguntó con un brillo en sus ojos.

—Sí, lo hizo ¿Puedes transformarte? —preguntó con temor.

—No, no puedo, dejé todo para estar con ella —aclaró—, lo hice porque se suponía que tú no volverías a buscarla nunca.

—¿Es decir...?

—¡No tengo porque responder a tus preguntas!, ¡¿Cómo hiciste para recordarla?! —gritó interrumpiéndolo.

—¡Shhh! Baja la voz —pidió Alexander mirando hacia la ventana del apartamento de Anna—, ¿quieres que ella sepa que estamos aquí abajo? —

preguntó mientras trataba de ordenar las ideas en su mente.

El miedo que sentía Alexander había disminuido un poco, no tenía idea de que hacer, pero su mente trabajaba a toda velocidad.

—Entonces... ¿Eres El Ángel de sus sueños y el mismo que me atormentó?

Anthony no respondió.

—¿Tú fuiste quien llamó en la habitación esa noche en Hawái? —preguntó después de unos segundos.

Anthony no respondía y Alexander se desesperaba con su silencio.

—Tú has hecho todo esto, todo lo que ha ocurrido ha sido por tu causa. La borraste de mi mente, ¿cierto?

Anthony seguía sin pronunciar palabra.

—¡Contéstame! ¿Fuiste tú?

—Sí, lo hice yo.

—¡Maldito imbécil! —exclamó Alexander tan alterado que por poco se lanza contra él— ¿Estabas allá arriba con ella?, ¿qué le hiciste?, ¿qué le dijiste?! ¿Le dijiste que eras tú? ¿Le dijiste lo que eras? ¡Contéstame maldición! —exigió tomándole con fuerza por la chaqueta con ambas manos.

—No le hice nada —dijo mirándolo con firmeza.

—¿No has subido?

—Aún no —respondió desafiante.

—Ni lo harás —expresó fijando sus ojos verdes en él, como si con una simple mirada pudiera destruirlo.

—¿Y qué harás para impedirlo? ¿Me vas a golpear? —preguntó casi burlándose— Porque te aseguro que soy mucho más fuerte que tú —dijo haciéndose hacia adelante, casi empujándolo.

Alexander lo soltó con brusquedad y se pasó ambas manos por la cabeza mientras que daba más pasos sin sentido tratando de calmarse. Era claro que aquel hombre frente a él no representaba ninguna amenaza paranormal, él mismo se había confesado, «dejé todo para estar con ella había dicho», con eso Alexander suponía que ya no era un ángel, nada le costaría transformarse en ese momento y enfrentarlo.

—Escúchame bien maldito imbécil —dijo Alexander después de tomar aire y con extrema seriedad volviendo a detenerse frente a él—, ahora estoy tratando de recuperar lo que tú destruiste. No voy a pelear contigo, pero déjame decirte algo, estás en mi mundo ahora, así que, si pones uno de tus malditos dedos sobre mi o sobre Anna, te demandaré por todo lo que tienes y haré de tu vida un miserable infierno el resto de tus días en la tierra.

Anthony apretó ambos puños de nuevo, esta vez con tanta fuerza que si hubiera tenido las uñas lo suficientemente largas sus palmas se hubieran llenado de sangre. Aparentemente intimidado ahora por el hombre que en un pasado había atormentado, retrocedió. Miró hacia la ventana del apartamento de Anna, como despidiéndose de ella, y al bajar la mirada pareció sorprenderse mucho, se dirigió unos pasos más adelante, se inclinó para tomar algo que Alexander no vio, y se marchó.

Alexander lo siguió con la mirada hasta que se desapareció de su vista, quería asegurarse de que se fuera de verdad.

Una vez pasada la adrenalina del momento, Alexander sintió un malestar que lo hizo sentar enseguida en las escaleras. No hacía calor, pero él había empezado a sudar, sentía que el corazón se le iba a salir por la garganta y un desagradable cosquilleo recorría sus piernas.

Pasó un largo rato, repasaba la conversación en su cabeza una y otra vez, hasta que un hombre gordo, y con cabello lo suficientemente largo como para hacerse una trenza, salió del edificio acompañado de un irritante y diminuto perro que no dejaba de ladrar, y que quiso jugar con el ramo de claveles tirado en el suelo que estaba cubierto de hojas secas. Alexander se puso de pie para recuperarlo, le costó trabajo, la pequeña mascota quería morderlo. Cuando lo tuvo en mano, aceptó las disculpas del apenado dueño y aprovechó que la puerta estaba abierta para entrar.

«Lo dejó todo, es decir que es humano, por eso Molly dijo que había desaparecido» pensaba mientras subía las escaleras a paso lento.

Anthony ya no podría jugar con su mente ni perseguirlo en la oscuridad. Podía estar completamente seguro de dejar eso en el pasado, su futuro lo estaba esperando cinco pisos hacia arriba detrás de una puerta amarilla. Anna era lo único que le importaba ahora, nada lo hacía más feliz. Estar con su alma gemela no le garantizaba que su vida sería perfecta todo el tiempo, tendría sus diferencias y discusiones con ella como cualquier otra pareja, no era un poder

o un escudo que lo protegería contra todo mal, pero él cumpliría su promesa de serle fiel y estarían juntos hasta el fin de sus días.

—Se ha ido —murmuró para él mismo una vez que llegó al apartamento, había superado todos los obstáculos.

Apretó el ramo con fuerza, respiró profundo, hizo un puño con la mano y tocó tres veces.

Pronto la puerta se abrió, una indescriptible felicidad inundó su corazón, y con una sonrisa se dispuso a entrar.

Hubo un tiempo en que Alexander pensó que un demonio quería volverlo loco, pero no era un demonio, era el Ángel de su alma gemela.

FIN

Epílogo.

Anthony se marchó cabizbajo, derrotado, podía sentir como su corazón parecía querer salir de su pecho, era doloroso respirar y a medida que se alejaba le dolía más, pero no podía hacer nada. Un cuchillo atravesando su corazón no es lo suficientemente doloroso, si lo comparamos con lo que sintió al darse cuenta de que había perdido a Anna para siempre, ni siquiera el intenso dolor que experimentó al arrancarse sus propias alas se podía comparar con ese sufrimiento. De verdad la amaba, y la verdadera prueba de su amor, no fue dejar sus alas, fue dejarla ir.

Llegó al edificio en donde había logrado alquilar una pequeña habitación que ni siquiera tenía baño propio, solo uno pobre y descuidado que debía compartir con otros inquilinos del mismo piso.

Entró al lugar y lo observó con desagrado. La insignificante flor había caído en algún momento por el camino, en su mano solo tenía el collar que al parecer Anna había tirado por la ventana. Con él, fue directo a la cama, que no era más que un viejo colchón en el suelo, cubierta con unas sábanas que había logrado adquirir a un precio razonable.

Se quedó acostado, lamentándose, y con el corazón roto en pedazos, recordaba su vida de antes y en todo lo que había dejado atrás.

Sintió como si se hubiera quedado dormido, no estaba seguro, pues de pronto el cuerpo lo sintió pesado y le dolieron los ojos. Tenía hambre, estaba cansado, y hacía frío, sensaciones humanas muy desagradables con las que ya estaba familiarizado.

Una brisa fría entró a través de la ventana, cubierta por una delgada cortina que solía ser blanca, estaba un poco rota, se movía con agitación y era tan delgada que apenas resistía la fuerza del viento. Se levantó con dificultad, no tenía ganas de nada, y se dispuso a cerrar la ventana.

De pie junto a ella, asomó la cabeza cruzando los brazos para protegerse del frío cada vez más intenso, y observó con detalle a las personas que caminaban abajo en la calle.

Anthony había renunciado a sus alas por un amor que no le correspondía, una vida sin Anna era una que no deseaba, pero ya no podía volver a su condición anterior, estaba condenado a vivir como un simple mortal hasta el fin de sus días. Con su mano derecha tocó su espalda, parecía buscar algo,

estaba incompleto. Miró al cielo, que ya había comenzado a oscurecer, y se quedó contemplándolo.

—¿Qué he hecho? —murmuró

NOTA DE LA AUTORA

¡Hola! Me alegra muchísimo que hayas leído esta novela ¿Te cuento un secreto? Te he estado esperando desde hace tiempo. Sí, así es. Mi mayor pasión desde que era niña ha sido escribir, pero, por razones muy largas de explicar, no había podido desarrollar una historia de esta magnitud. Por eso estoy tan feliz de que me hayas leído, esta es mi primera novela, tú has hecho que mi sueño se cumpla, por ello te doy las gracias.

Si gustas, puedes dejarme un comentario, unas estrellas, una reseña, lo que desees. Créeme cuando te digo que tú eres la fuerza que me impulsa a dar lo mejor de mí.

Si tienes redes sociales, te dejo aquí las mías, puedes escribirme y estaré fascinada de responderte.

<https://www.wattpad.com/user/MLauraZarraga>

<https://www.facebook.com/MaryLauB>

<https://www.instagram.com/laurazarraga/>

https://twitter.com/zarraga_laura

Espero podamos encontrarnos pronto en la segunda parte de esta trilogía.

Gracias desde el fondo de mi corazón.